

IVÁN GONZÁLEZ CRUZ

La isla del olvido

NOVELA



EDITORIAL  *Verbum*

Verbum  NARRATIVA

LA ISLA DEL OLVIDO

IVÁN GONZÁLEZ CRUZ

La isla del olvido

Novela

EDITORIAL  *Verbum*

© Iván González Cruz, 2007
© Editorial Verbum S.L., 2007
Eguilaz, 6-2º Dcha. 28010 Madrid
Apartado Postal 10.084. 28080 Madrid
Teléf.: 91 446 88 41 - Telefax: 91 594 45 59
e-mail: verbum@telefonica.net
www.verbumeditorial.com
I.S.B.N.: 978-84-7962-397-5
Depósito Legal: SE-6399-2007 Unión Europea
Diseño de la colección: Pérez Fabo
Ilustración de cubierta: Mapa de Cuba (1597)
Fotocomposición: Origen Gráfico, S.L.
Printed in Spain / Impreso en España por
PUBLIDISA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A Nuchi total

ÍNDICE

El Heredero	11
El sol de invierno	35
Decir tu nombre	68
La República de los muertos	103
La pasión de Mefistófeles	167
El sueño del lagarto	223
Condenados a reír	262

El Heredero

1

Todavía pienso que era feliz, alguna vez, hace mucho tiempo, fui ese niño que apuntaba con su arco al cielo y esperaba ver caer una imaginaria flecha cargada de regalos imposibles concebidos en mi mente en una fiesta secreta para mí mismo, donde entraba el personaje que siento ser: tú, yo, él. Ellos han sido mi vida de principio a fin, hecha de múltiples rostros, todos míos, cuyo nombre es Nadie. Ah, sí, el nombre... ese dedo acusador que nos condena a convertir un instante del ser en la eternidad. Yo también creí en la flecha, el destino. Y estoy aquí, frente al mar, y eso es lo que cuenta. Cada ola nos trae la noche y el rumor de olvidada leyenda cuando sentimos estar solos frente a la inmensidad de un mundo de espuma y sal.

Todo empezó como nacen las cosas que tienen importancia: paso a paso, en lo invisible. Seguramente una palabra, un gesto, una insignificancia, impulsó desde siempre, en la sombra, mi historia. Ahora presiento que estaba esperándome prenatalmente en cada esquina, agazapada como algo inevitable contra lo que no he podido dejar de luchar. ¿A quién puede interesar una existencia en una época donde vida y muerte son una ciudad ausente? Nada existe excepto el vacío, dicen los que no creen en el silencio para contar lo innombrable. Así intentas salvar el niño que junto a su arco soñaba agradecido por nacer en *el mejor de los mundos posibles*. La Historia no la escribe el hombre, sino el espejo.

2

Camilo fue el nombre prestado que me dio mi padre. Con los años supe su origen: significaba el héroe desaparecido en el viaje interminable del que nunca se regresa. Papá quiso de esta forma exorcizar su muerte dándome a mí la vida de su nombre, sin saber las extrañas consecuencias ocultas detrás de estas vehementes decisiones. Recuerdo el parto de mi madre, cómo eligieron entre ella y yo porque apenas quedaban unas horas de suerte. Yo parecía aferrado a su matriz, y ella a su celo materno. No dudó en cambiar su vida por la mía pese a las recomendaciones de médicos y enfermeras de abortar. Sus gritos suplicaban, crecían con fuerza infinita, encerrados entre aquellas amarillas paredes que recibían sus ecos, a pesar del dolor, con una hermosa confianza: no íbamos a morir. Mi madre fue la primera evidencia que tuve del amor. La magia estaría reservada para mi Abuela.

3

Aquel día mi padre llegó temprano para darme de comer. Camilo, mi infancia, se retorció en una cuna de pintados conejos que mostraban sus zanahorias ante unos colibríes incrédulos. Oía esa voz tan característica con la que era alzado de mi reino:

—Oh, aquí está mi chiquitico. Ven con papá.

Una suculenta sopa de pollo esperaba en la mesa. La Abuela permanecía en la cocina realizando tareas imposterables que ella misma fijaba. Cualquier detalle era objeto de una fantasía indescriptible al organizar la limpieza de platos y cubiertos como si estuviera ante dos batallones enfrentados. En ese momento ninguna vajilla era *mejor ni especial*: las sumergía en un gran lavadero de mármol donde, a pesar de los golpes y la pasión con que se aplicaba, nada se rompía durante la limpieza. Su ritmo solo parecía detenerse si por casualidad, en la mañana, olvidaba regar las plantas favoritas suspendidas por recias macetas en el balcón, o si en la tarde un inexplicable descuido la apartaba de las atenciones de su zoológico particular —cotorra, jicotea, palomas y curieles— junto a su cuarto, en la terraza de la casa. Había convertido cada acto cotidiano en una razón de ser donde ella se sentía el pilar de la familia, centro natural del entorno que le rodeaba. Tal concentración la sumía en sus sacramentales menesteres, que no escuchaba los lamentos de mi padre.

—¡No respira, Camilo no respira!

Yo estaba bocabajo, balanceado por papá como un péndulo balístico al irrumpir la Abuela con las manos en alto. Cuando empecé a llorar todo había acabado. Su mano derecha, aquella que lucía la desconcertante sortija con la piedra de esmeralda, había extraído un hueso de pollo atravesado en mi garganta. Tenía cuatro años y ese suceso me preparó para una experiencia aún más asombrosa: el encuentro, por vez primera, con el universo de la Abuela, su dormitorio.

4

No podían sospechar que esa persona, vestida invariablemente con bata blanca, había pasado a ser el imán preferido de Camilo. La Abuela, a partir de aquel susto, se le manifestaba desde lo recóndito de los rincones de la casa. Si antes habitaba en él como uno de los muñecos de cuna, algo aceptado sin sorpresa, ahora había adquirido el brillo de una llamada cómplice que iba tejiendo, día a día, una imaginaria red donde ambicionaba ser atrapado. Ella debía vivir en un lugar incomparable. No por gusto estaba en la terraza, esa región donde nunca le habían querido llevar.

Fue fácil hallar unos minutos entre la escapada de la Abuela al mercado en busca de café, y la distracción de los padres en la sala, un sábado de estío, aunque el tropiezo en la escalera de caracol casi impide la determinación de remontar la planta baja hacia esa altura,alzada ante los ojos como una muralla infranqueable. Una mano, una rodilla, una mano... por fin, sin saber muy bien cómo, pudo escalar, acercándose entre jadeos y suspiros a un territorio que sería ya para siempre inolvidable.

5

Resultó la aventura más memorable de mi niñez. Allí estaba la respuesta a todas las preguntas, la revelación de enigmas que florecían en un convite de curiosos objetos indicando implícitamente, en su profusión, ser yo el único testigo de sus existencias. Sobre la cama las ropas eran una montaña que tocaba el techo en un amasijo de prendas indescifrables. Aquello nada tenía que ver con el sentido del orden de mi madre. Ella siempre partía de una lógica inexorable que regía su vida: "eso no se toca, Camilo, y si se toca, se vuelve a poner en su lugar". Sin embargo, el caos de la Abuela me abrazaba desde lo más profundo, y me enseñaba una nueva dimensión del espacio donde me hundía y flotaba, sintiéndome de pronto en un paraje que resultó conocido, como si en un tiempo indefinido, hubiera vivido en él. Cerca descansaba el escaparate, un pequeño gigante de color marrón que a mí se me antojó un tesoro a la deriva. A tientas pude inclinarme sobre él y deslizar las manos por la madera hacia el prominente picaporte, pero de repente, sin poder evitarlo, la puerta cedió, y quedé cautivo en un torrente de nuevos hechizos. Ante mí se mostraba lo increíble de una forma inesperada. Esta experiencia trazó en mi mente infantil la noción de lo que debía ser un viaje: ir hacia el reencuentro con lo más querido. En la marea de cachivaches, esparcidos por doquier, sobresalía el cucharón que mi madre llevaba meses buscando, la corbata de mi padre dada por perdida en la tintorería, una foto de un señor muy serio que supe, al paso de los años, era el Abuelo, monedas en desuso de la época cuando la Abuela había sido niña, y mi juguete predilecto, desaparecido misteriosamente hacía semanas de mi cajón de muñecos. Comprobé cómo al caer sobre mí, independizados del escaparate, cobraron en el suelo una significación que no hacía falta interpretar, porque cada minucia esparcida había ido a dar con su equivalente. De esta forma, la corbata de mi padre fue a parar en el cuello del Abuelo, y el cucharón de mamá tapó la cabeza del *señor muy serio*. Sólo una de las velas encendidas entorno a una muñeca negra, arrojada con frutas semipodridas, un rosario, picados tabacos y un viejo crucifijo oxidado en un vaso de agua, se apagó.

6

Desde entonces la Abuela y yo nos mirábamos diferente. No hubo averiguaciones, que yo sepa, sobre el intruso que ascendió al fascinante recinto de su mundo privado. Pero adivinaba en sus besos y abrazos un calor especial como si hubiera sido aceptado en una congregación o hermandad secreta. Si salía a la calle con mis padres, ella iniciaba un reiterado ritual de santiguarme con agua de colonia, si por el contrario, permanecía a solas en un recodo de la casa, ensimismado en armar los juegos de rompecabezas que mi madre intercambiaba en función de los días de la semana para cultivar, según ella, mi imaginación, veía con el rabillo del ojo la sombra de la Abuela tras de mí, verificando mis progresos en componer las más laberínticas y difíciles figuras. Cuando pienso en estas cosas, me pregunto por qué más tarde tendría que ocurrir un devenir tan distinto a lo vivido y sentido en esos años radiantes de la inocencia. Extraña paradoja vivir condenado al futuro del pasado.

7

Mamá ha sido esa mujer que encarna todas las mujeres. El prodigio de su ternura es comparable al salto en la cascada, allá en Soroa, nuestro Niágara pinareño. Contemplarla reír ha sido para mí como participar en una ceremonia de penetración en los dibujos cabalísticos de las líneas de la palma de mi mano. Yo soñaba que esos trazos me conducían a ella y se entrelazaban con sus pinturas de gastados paisajes en las cuales me imaginaba a su lado recorriendo montañas hasta tocar el sol. Cada color era la constatación de su plenitud amorosa. Tras aquel cisne suyo pasado de moda, el gallo matinal, o el rosal, se ocultaban otras representaciones que danzaban dentro de mí en un baile donde ella y yo éramos los únicos invitados. Mi padre, por su parte, era el militar, el honor de la familia. Podía anticipar su paso antes de abrir la puerta de casa. Conocía su olor en el viento, y quería ser ese aire en la lejanía que me anunciaba su regreso triunfal de imparciales combates. Jugábamos a la pelota el sábado y pescábamos juntos los domingos en una presa a las afueras de la ciudad. Él me enseñó la importancia de la constancia frente al pez en una isla hecha de espera. Sólo tenía un defecto: confundir mi beso de hijo con una ley marcial en la que dos hombres no se podían besar.

8

No he sabido exactamente en qué proporción la familia ha influido en mí. Bastaba verles, tocarles, hasta saciarme de su incondicional amor. De este modo fluían en mí durante la niñez, como la primera ocasión en que conocí el parque de la infancia.

Las imágenes acuden en tropel, en una mezcla de emociones y sentimientos confusos, fragmentos de un escenario ignorado por mí enteramente aunque se reitere la misma secuencia: yo bajo un nido de pájaros próximo al espantajo de piedra humedecido por la estela de centenares de babosas multicolor. Habían grupos de niñas y niños jugando a la *rueda-rueda* en el vaivén nervioso de una algaraza interminable. Poco distraían mi atención. Pretendía hacer míos los habitantes de esa confortable cesta de paja y plumas que no por gusto había hallado. Después de procurar sin éxito trepar al florecido flamboyán, ostentoso de mi deseo entre sus ramas, actué con palos y piedras hasta acertar de lleno en el centro de mis ansias. Observé un revoloteo sobre el deshecho nido y, acto seguido, calló él, un huevecillo. Lo tomé entre las manos. Se había roto un pedazo del cascarón por donde asomó, con los ojos cerrados, la cabeza de un pichón malherido. Corrí hasta el banco de la Abuela. Ella tejía su pañuelo de toda la vida. Le enseñé mi proeza. No puedo olvidar la expresión de sus ojos al ir conmigo hasta el árbol que había sido nido. Se agachó y me hizo dejarle en la tierra, con cuidado.

—Sus padres vendrán por él.

Fueron sus únicas palabras. Nos marchamos en silencio. Yo apenas entendí. Sabía su encanto por los animales y anhelaba regalarle uno más para su particular arca de Noé que era la terraza de casa. Estuvo como ausente esa noche, se despidió de mí en la cama musitando un lenguaje inextricable que yo imaginé un canto de leyenda. Al día siguiente pedí a mi madre ir al parque. Caminé hasta el árbol pero no encontré rastro alguno del cascarón y el pájaro. En lugar de ellos habían plantado una siempreviva igual a las que Abuela tenía en las macetas del balcón.

El otro gran suceso que me acompañó años y años fue mi quinto cumpleaños. Siempre había festejado cada aniversario en una recogida velada donde no faltaban los refrescos y la tarta de celebración. Con antelación ya podía saborear en casa la víspera de mi natalicio por el exuberante carácter que iluminaba el rostro de mamá, y la acentuada risa de mi padre que parecía perdonar, durante esa etapa, cualquier desliz de la Abuela: o bien su café sin azúcar brindado en el desayuno, o los paseos con la jicotea para tomar sol en el balcón. Sin embargo, esos pregones de mi natalicio desaparecieron de improviso en el primer lustro de mi existencia. El peculiar trasiego de invitaciones fue sustituido una semana antes por constantes viajes que mantenían a mi padre lejos de casa jornadas enteras. Partía con sacos repletos de pomos vacíos acostumbrado a canjearlos por vianda o arroz. Ahora era otra su meta: conseguir con el trueque los ingredientes para hacer una panetela. La Abuela había dado la voz de

alarma. Era ella quien se ocupaba de la compra de dulces, y hacía semanas escaseaban en la ciudad.

Pese a los esfuerzos, mi cumpleaños fue una deliciosa limonada y cinco velas que alumbraron la tristeza de mi madre y el silencio de la Abuela. Todos reímos en la foto, pero yo presentí en lo más hondo que había acontecido un cataclismo.

9

La estancia de Camilo en el círculo infantil fue muy corta. No se adaptaba. Su única motivación consistía en olfatear el húmedo olor de un río cercano a la guardería que le evadía, al atravesar el puente de piedra, de la triste nave donde sería abandonado por la madre. La frondosidad del paraje rendía una mezcla aromática que había incorporado en su catauro de sensaciones predilectas. Excepto aquel sitio, el lugar repelía su aparición. No había forma de consolar el llanto. Los juguetes y las pelotas del jardín de infancia acentuaban la melancolía como si hubiera sido desterrado de los suyos. Ver alejarse a su madre le acercaba un desconsuelo insoportable.

Aquel otoño no pudo más. Hasta los retratos de dibujos animados en las paredes parecían hacerle muecas. Abrazó la columna donde estaba el cucú y empezó a darle cabezazos al compás del reloj. Las niñeras le sujetaron en vano. La cabeza volaba sangrando contra cualquier obstáculo: brazos, suelo, pared... Fue el último día en el parvulario. La madre, espantada, recibió un consejo en el hospital: "Señora, la escuela quizás ayude a integrarlo." Así, una mañana, vistió otro ropaje. Los habituales compañeros de viaje, el oso de peluche marrón, y el bobito de *Blanca nieve y los siete enanitos*, se transfiguraron en el uniforme de pantalón corto rojo y la camisa blanca.

El cambio surtió un efecto radical. Cuando preguntaron en casa cómo le había ido en su primer día de clases, respondió con una acuarela y una tímida sonrisa.

10

"Seremos como el Ché", grité anegado en el clamor de un gentío de niños, cuyas voces amplificaron la repercusión de la frase más allá de las rejas de la escuela, donde se apostaban los padres observando la escena con orgullo. Un lazo anudó la pañoleta azul en torno a mi cuello y miré a mi padre allí, en la acera, seguro de que él me recordaba acompañándole cuando le condecoraron por sus méritos revolucionarios en la lucha insurreccional. El sol cayó en picado sobre la plaza de la escuela. Sonó el Himno Nacional y saludamos el izamiento

de la bandera de la estrella solitaria como tantas veces había visto hacer a papá en el ejército. Todos los niños nos abrazamos después, sin conocernos, contagiados de pureza. No sé una visión más perfecta del Paraíso terrenal. El director de la escuela terminó la ceremonia con la lectura de los versos *Yugo y estrella*, de José Martí:

*“Ésta, que ahumbra y mata, es una estrella:
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz, se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece!”*

Un silencio de pacto y juramento asediaba la plazoleta al declamar el final:

*“—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.”*

—Ustedes, como dijo el apóstol Martí, “son la esperanza del mundo” —concluyó el director.

11

En un extremo del aula, al fondo, próximo al cesto de la basura, las clases no eran para él. Camilo se volvió una página en blanco, una maleta vacía de tareas. Remigia, la profesora, fue explícita.

—Debe esperar el curso siguiente. Está desfasado. Aún no tiene edad...

Madre, lágrimas y azares, se encomendaron a la dirección de la escuela.

—Compañera, la profesora sabe qué es mejor para sus alumnos.

—Pero no le indica actividades a mi hijo, cómo puede determinar que no es apto... haga algo, por favor, no es justo.

El director contemplaba a la madre metido en aquel silencio de pacto y juramento. Finalmente habló como si el *Yugo* pudiera convertirse en *Estrella*.

—Si el Metodólogo acepta, su hijo será evaluado por la Comisión.

La madre no hizo comentario de la situación escolar de Camilo. Temía la furia militar de su esposo. Para él los problemas se solucionaban como en un campo de batalla donde sólo habían aliados y enemigos. Todavía recordaba sus terribles amenazas contra las niñeras de la guardería por haber permitido que Camilo se golpeará la cabeza. Escarmentada de sus estilos resolutivos, decidió aplicar su propia estrategia.

–No pasa nada, me encanta la enseñanza –era la única respuesta cuando él se inquietaba por dedicarse ella hasta altas horas de la noche en el aprendizaje del niño.

Camilo disfrutaba sentir la mano de su madre sobre la suya marcando el paso de la letra. No importaba que fueran las 9 de la noche y se perdiera en la radio los cuentos de la semana. Ella acaparaba su pequeño planeta de infante. Bastaba oírle deletrear “se-má-fo-ro” y la voz se encendía en su mente sin apagarse, o escucharle “caperucita”, “pelota”, para otorgarles distintos significados en el papel y en el aire. Decía por lo bajo, “Caperucita”, y se representaba un vaso de zumo donde se zambullía; “Pelota”, y la boca se llenaba de caramelos en una piñata preparada por la madre para él. De esta forma, iría cultivando un sentido metafórico que impresionó al tribunal en el examen. “Su hijo, señora, es especial”, fue el dictamen de su recompensa, el más precioso veredicto sobre su Camilo.

12

Un buen día mi padre abrió la puerta de casa con una caja que hizo rechinar el sofá como si imitara el chiflido de la cotorra de la Abuela.

–Camilo, es una sorpresa. ¿Adivinas qué hay dentro? –preguntó.

En un santiamén contesté: “un payaso”. Sólo sus cabriolas y circenses ocurrencias podían ser noticia en aquellos años de mi vida. La desilusión cedió al asombro. Era un televisor. Papá se lo había ganado al ser elegido “Vanguardia Nacional” por sus compañeros del Ministerio.

Instaló la antena con destreza. Parecía que hubiera estado con nosotros desde siempre. La pantalla encajó sus imágenes en blanco y negro. Súbitamente la cara de papá mudó su aspecto. Emitían noticias de última hora. Había humo, disparos, un edificio incendiado.

–Cabrones, mierdas, miserables –bramó en medio de mi perplejidad.

Me acerqué al televisor como ante algo sobrenatural. Un avión volaba tras el cristal. Seguí su recorrido con el dedo igual que si tuviera un pedazo de cielo entre las manos. El deslumbramiento del nuevo visitante me anulaba la inquietud de mi padre.

–Lo han hecho... Han dado el golpe de estado.

Él estaba marcialmente de pie frente al receptor, semejante a un coloso, creciendo dentro de su uniforme con la mano derecha aferrada a la pistola reglamentaria. Sonó el teléfono.

—Sí, a la orden.

No volvió hasta la madrugada, cuando la Abuela dormía. Mi madre le esperaba en la sala balanceándose en su costumbre de permanecer en vela hasta que todos los miembros de la familia estuvieran reunidos en casa otra vez. Yo aguardaba también, escondido entre las sábanas, acompañado por la luz de una linterna.

La voz denotaba una tristeza infinita.

—Han derrocado el gobierno de Salvador Allende.

13

La sugestión televisiva, con el tiempo, fue a más. La Abuela empezó a invitar un grupo de amigas que no se sabía de dónde salían, pero evaporaban con su algarabía la tranquilidad de la casa. Formaban un círculo de telespectadoras que debatían la emisión de los programas fuese cual fuese el contenido. Mis padres aguantaban resignados, menos yo, que desde mi cojín, me divertía distinguiendo entre ellas estilos y maneras variopintas de conductas. Allí estaba la del torniquete parecido a un ladrillo de merengue dispuesto a caer sobre sus contrincantes en las discusiones; la que arrastraba las sílabas con un silbido taladrador; la de los invariables colgantes en sus diminutas orejas; la de empolvados vestidos cruzados de pasadores decimonónicos; la de cosméticos que oían a serrín con cursilones brillitos en los arrugados pómulos; y aquella de peluca de mantecado con sudadas mantas y manteletas, enloquecidamente combinadas, a la que yo reconocía con el íntimo sobrenombre de *puerca de solar*. Eran insuperables en su unidad esperpéntica. Entraban en la sala en fila, con paso de garza, alzando los cuellos como aves en cortejo, ansiosas de divulgar sus dotes de corral, a imitación de esos maniqués de tiendas que muestran su colección de estación con un desencajado porte donde cabe todo. No obstante, aquellas veladas tuvieron un dramático desenlace cuando la puerca de solar acabó enamorándose de *La Cosa* que aparecía diariamente en la televisión. Su delirio se estrenó con un simple piropo “Qué buen mozo”, y fue a dar con un progresivo comportamiento histérico donde mi padre, gracias a su jerarquía militar, “tenía que ayudarla a obtener una cita para declararle su amor.” Los esfuerzos por hacerle entrar en razón fueron frustrantes. Quimera e ilusión, o lo que es lo mismo, vida y televisión, eran sinónimos en su cabeza. Había que presenciar los suspiros y seniles coqueteos como si *La Sombra* de *La Cosa* se hallara en el centro de nuestra casa.

—Es a mí a quien se dirige —afirmaba ella—. Consulté el horóscopo y coincidí: su manera de mirar a la pantalla, su voz temblorosa, el carraspeo nervioso, son mensajes en clave de los amantes... ¿Acaso no se ha fijado Ud. cómo acaricia el micrófono mientras habla?

Esa noche, en el colmo de las súplicas e imploraciones porque no lograba su propósito, embistió el televisor, y antes de que pudiéramos reaccionar, abrazó la pantalla con la imagen de sus desvelos. Papá se levantó de súbito como si estuviera en el palomar de la Abuela y él fuera el palomo y señor.

—A partir de mañana, señoras y señores, el receptor no se encenderá.

La orden expiró al día siguiente para nuestra familia, pero las amigas de la Abuela no nos visitaron más.

14

Con el decursar de los años sobrevivió en mí el mote de *puerca de solar* de la mano de otro: las/los *caga oros*. Usaba estos enunciados con miras a designar dos comportamientos diferenciados en algunos personajes que conocí. En la *puerca de solar* concurrían varias acepciones significantes: la deshumanización de la moda, el grotesco social de los que enmascaran su vulgaridad con afeites y ridículos ropajes, o un *dandy* damnificado en su insigne rusticidad aspirante a famoso de la fama; en otro rango, las/los *caga oros*, era el vicio por excelencia en sus sutiles derivaciones, o la pedestre élite de una especie venida a menos, la raza de una aristocracia adocenada, cuyo linaje sin solera ni abolengo, ambicionaba gestar una clase superior a los faraones. Ambos, las puercas o puercos de solar, y las/los caga oros, en paralelo, cruzaban sus huellas en el infinito. Etiquetados y visibles, pavorreaban en sociedad, excitando la curiosidad y envidia de los candidatos a incrementar las huestes modernas de los nobles sin nobleza, acreditada por la riqueza miserable de los dones sin espíritu. Eran manifestaciones extremas de un mismo rebaño: la mediocridad.

15

Querery poder estuvieron unidos a *René*, la chica que apareció en mi niñez marcada por el “no seas masculina” del otro René, el hijo del bodeguero, su primo. En la mente de los niños de mi barrio el nombre *René* pertenecía a esas verdades que se crean en la infancia sobre la naturaleza y origen de las cosas. Nadie había dudado, al constituirse los juegos de equipos en las jornadas sabatinas, en qué bando estaba René. Pero su llegada esa mañana, proveniente de Gibara, en una visita familiar de sus padres a los parientes habaneros, vino a complicar la sencillez de nuestra *verdad* con aquella respuesta suya al primo: “Y tú, no seas femeni-

no." No sé cuando echó a correr, pero yo, como si la protegiera del enfurecimiento del *otro* René, me fui tras ella a escondernos en los bajos de una enmohecida escalera de mampostería donde liberó sus pies de un par de botas ortopédicas que le habían impedido huir con mayor soltura. Nos acurrucamos *René* y yo por temor a unos pasos que se acercaban desde fuera. Respiramos aliviados. No era el primo. Las voces se alejaron escalera arriba cuando oímos la enigmática frase: "Joder con querer es poder, Pancraccio, ya está bien". Ella, recuperada del susto, con un jadeo hilarante, comenzó a repetir traviesamente agitando las botas en el aire: "Pancraccio, Pancraccio, ya está bien". Fue entonces que vi su pie, menudo, sutil, y sentí un impulso infantil por pegarlos a los míos y hacerles cosquillas. *René* aceleró mi determinación al apoyar sus pies desnudos sobre mis zapatos. Imposible olvidar esa sensación realizando un deseo inocente. Descalzo los dos, sus frágiles dedos no eran la impresión, sino un sentimiento. Estuvimos inmersos en la exploración de las formas de los pliegues de las plantas de los pies como si fuera la primera vez en descubrirlos. Nada nos sustrajo de la inexistencia del tiempo hasta que su madre la llamó. *René* calzó las apretadas botas sin lamentos, y huyó de mí, de aquel escondite, para siempre, con una mueca que parecía repetir: "Pancraccio, ya está bien".

Jung habría roto la castidad de mi encuentro con ella al calificar de *sexo* el pie de *René*, o quizás el propio *Pancraccio* me hubiera aleccionado sobre las inquietantes evidencias de Eros y Poder. Yo dividí en casa las sílabas de esa invención increíble: Pan-cra-cio. Hoy sé que más allá de cualquier psicoanálisis de *Pan*, o temor anímico de un *Crac*, me quedé con el silencio de *Cio* grabado en la memoria por la expresión *querer es poder*. Oída desde los bajos de aquella escalera, la frase perduró como el retrato oral de las botas y el pie de *René*, surgidos en un contexto de azares donde, pronunciar en lo adelante la palabra *bota*, significó para mí dotar de *poder*a los objetos inanimados que me rodeaban, a fin de esconderme en el *amor* contenido en ellos ante la carencia mágica de algunos seres reales del mundo de los hombres. Esa sublimación estuvo totalmente justificada hasta el día que mi padre trajo a casa un retrato con unas botas idénticas a las de *René*. Sufrí una indefinición amorosa. De algún modo, el *Coso* y la *Cosa* lacaniana estuvieron prefigurados en el precedero conocimiento que tuve de *René*. ¿No era ella a la vez, después de todo, la prueba indeleble de la relatividad del *término* masculino y el *principio* femenino?

cionados del día. Camilo poseía diez cruces al lado de su nombre. Otros sobrepasaban la cifra de veinte. El tipo de penitencia no estaba vinculado a la cantidad de cruces, aunque la gama correctiva iba de mayor a menor: arrodillarse sobre chapas metálicas de botellas se llevaba la peor reputación; le seguía mantenerse de pie, de espaldas al grupo, con los brazos extendidos a la altura de los hombros mientras se impartía la lección. Las condenas más leves y fugaces consistían en ser levantado del suelo por las orejas, o recibir en los nudillos de las manos un golpe con el puntero. Los factores para merecer una cruz eran aleatorios. No existía un código o reglamento definido. Había absoluta potestad de interpretar la magnitud de la falta: dormirse, conversar, “mirar a las musarañas”, o interrumpir la sesión de una asignatura con ganas de ir al baño antes del receso... Todas contenían distintos valores cada jornada en función del alumno y el humor del profesor. De esta manera, a Camilo, con menos cruces ese día que el resto de los compañeros, le fue arbitrada la pena máxima: estar de hinojos, con las rodillas descubiertas, apoyado sobre chapas de botellas colocadas al revés. Sin chistar, se sometió al borde cortante de la lámina de metal que se enterró en la piel abriendo hilos de sangre. Los ojos se enrojecieron de suplicio. Eliodora, impermeabilizada de emociones, comenzó la lección de Historia del día: *Grandeza y decadencia del imperio romano*. Camilo no podía explicarse cómo ella no sentía en el cuerpo las espadas y lanzas de los gladiadores que salían disparadas de sus ojos.

17

Los hematomas escolares fueron atribuidos por los padres a inconfesables peleas con adversarios de clase. Igual que el traslado forzoso de la guardería a la *primaria*, una mañana se vio aterrizando con la madre en otra escuela. Pronto fue testigo de un nuevo azar intimidador. No había castigos inmediatos, sino indirectos, con secuelas más refinadas y perdurables. Se fundaban en una sobria advertencia del profesor, aparentemente inofensiva.

—Te voy a manchar el expediente.

El *expediente* era una metáfora del *yo*, correspondía a un tipo de documento de identidad que acompañaba en la sombra, desde el inicio de la docencia, hasta el acceso a la Universidad. Reemplazaba cualquier información visible del individuo por un mecanismo oculto de imposible conocimiento, excepto para los profesores que escribían en sus páginas las valoraciones sobre los resultados académicos y el comportamiento del estudiante durante el curso. Era un sistema confesional sin confesores ni confidentes. El *expediente* podía ser un aliado o un estigma inapelable que se arrastraría en la existencia. En las pesadillas personificaba un Caronte que conducía hacia el fracaso y la frustración. Por eso,

aquella insinuación de “manchar el expediente”, bastó para que fuera preso de un vértigo indecible. No era una sensación fisiológica, sino una náusea de futuro. Una simple interpretación negativa desencadenaría el edicto de los supuestos: la irrefrenable tendencia humana a tomar la parte por el todo. Así, si el profesor anotaba el vocablo *distraído* en el juicio de un alumno, otros podían deducir años más tarde que quería decir en realidad *inconveniente*. La sola perspectiva de una notificación negativa desató en él aciagos presentimientos. Su infantilismo ardoroso le hizo interpelar, pedir una justificación.

—Usted bien sabe por qué —reprendió el profesor con un dejo de superioridad.

A los 9 años de edad Camilo no había jugado con un niño negro. Hacía una semana que Gerardo y él eran amigos. En una isla donde todo es ideológico no podía tardar en padecer el pésame de la ideología. No había oído hasta entonces la tan farragosa como peregrina expresión de “diversionismo ideológico” asociada a su niñez. El profesor le había acusado de ese mal por parecerle lógico preguntar ¿por qué Gerardo no se desteñía cuando le frotaba la piel?

No supo hasta los 18 años que sí, Filberto, el profesor, había cumplido su amenaza. Fue en la Universidad que pudo leer por vez primera su expediente escolar. No era un privilegio, sino una opción de conocer el fantasma de la infancia al emprenderse una nueva etapa, donde aquella analecta de perversidad, reconocida como *expediente*, era ya historia antigua.

18

He ahí el acoso, otra sublimación de un sistema mutilante.

Camilo fue el último en aparecer en aquel curso que agotaba su primer semestre. Esta situación le hacía vulnerable. El recién llegado no solo atrae hostias miradas sobre su figura, es el novato y el grupo debe probarlo. No demoraron en catar el temple del que surgió de súbito, de la mano de su madre. El profesor lo ubicó con los rezagados, en un pupitre vacío, cerca de Gerardo.

Ocurrió en el baño de la escuela. Camilo estaba de pie en una letrina de mampostería sin puerta. El cuarto de servicio tenía las bombillas fundidas. La luz se filtraba imperceptible por las persianas de una ventana sellada. A penas podía verse las manos. El suelo estaba encharcado de orina. Sentía los calcetines humedecerse a través de los *kikos plásticos*, esos seudozapatos de textura cubierta de agujeros puestos de moda como calzado del uniforme escolar. Abrió las piernas, apuntó hacia lo que parecía el hueco del urinario cuando recibió un violento tirón en la espalda. Había caído en el centro mismo de la letrina, ensuciando la ropa de excrementos y más orina. Lloraba, lloraba, mientras una car-

cajada se alejaba del baño. Se levantó como pudo y regresó al aula. No había otro remedio. La madre no acudiría hasta la hora acostumbrada, las cuatro y cuarto de la tarde.

Camilo veneraba ese tiempo desde que una vez pudo consignar solo, en el papel, sin la mano de la madre: “cuatro y cuarto”. Creía que ella, su maestra en la lectura y escritura, era la autora de esa frase de misterioso juego de palabras, donde la *r* se movía permutando el sentido hasta transformar el *cuatro* en su refugio, el *cuarto* de la casa. “Sí, tuvo que ser ella quien inventó ese tiempo mágico para mí”, dijo, y rogó en su interior, con todas sus fuerzas, le fuera a buscar cuanto antes.

—Meadó.

—Cagado.

Las burlas se relevaban. Marieta, la consentida, nieta de la Directora, sacó la lengua; Rigoberto, el guajiro, hijo del cantante oficial de música campesina de la isla, estaba bizco de risa. Se hizo una rueda de niños con Camilo en el centro. Gritaban y escupían. El profesor no había vuelto. El receso tocaba a su fin. Camilo seguía llorando cuando entre el vocerío destacó la carcajada del baño. Había sido él, Abelardo, el hijo del Vice-Ministro. Se quitó la camisa apestada de mierda entre abucheos y aclamaciones, caminó hasta Abelardo y se la restregó en la cara. Él era más fuerte y grande, pero no importaba. Callaron de pronto, se había atacado al Jefe del grupo. Camilo dejó de sollozar.

—¡Dale Abelardo, cómetelo! —corearon algunos niños exaltados.

Emilio, el *tracatán* de Abelardo, apodo con el que los alumnos reconocían sus cualidades serviles, anduvo a gatas hasta Camilo sin que le viera, se detuvo detrás de él y acanaló el lomo a la altura de las rodillas. Abelardo empujó a Camilo y éste, sin equilibrio, fue a parar al suelo.

—Pégale, Abelardo, pégale.

Los dos niños se enzarzaron en la pelea con manotazos y codazos. Abelardo aprovechó la caída de Camilo para colocarse encima y practicar una llave en el cuello. Camilo, rabioso, le dio una mordida que duró semanas en curarse. Emilio se quitó el cinto y puso en la mano de Abelardo la gruesa hebilla de plata para que golpeará. Abelardo, retorcido de dolor, fue sujetado por Gerardo. Unos segundos más tarde, cuando el profesor entró, los niños componían los maltrechos uniformes. La riña había finalizado. A la pregunta qué ha ocurrido aquí, se hizo el silencio. Una ley Primaria obligaba a callar para prevenir represalias.

Esa tarde, a las cuatro y cuarto, al pasar la madre por Camilo, oyó una inusitada petición.

—Mamá, quiero que un día Gerardo coma con nosotros en casa.

Ella sonrió complacida. Vaya, dijo pensativa, al fin Camilo ha hecho amistades en la escuela.

19

Los libros fueron parte de la otra familia de Camilo con una salvedad: no estaba dispuesto a sustituir el juego por la lectura. Pero poco a poco el leer se impuso cuando acaparó tantas piezas de soldados de plomo que se cansaba al desplegar la línea de infantería. La biblioteca recorría el pasillo de la casa y reptaba por las habitaciones como una serpiente. Las más disímiles obras se concentraban en los estantes: textos de política, economía, fotografía, biografías, y clásicos de la literatura universal. A ella había contribuido modestamente Camilo en sus infantiles paseos a las librerías. Se puede decir que su voracidad consistía en poseer, más que leer. Bastaba reparar en la ilustración de un libro para solicitar comprarlo. El habitual forcejeo se daba con el padre: "Hijo, comes con los ojos", aunque el niño logró, entre llantos y pataletas, conseguir un museo particular de volúmenes que ocupó su propio espacio en la biblioteca. Desde entonces autores favoritos como De Amicis, Esopo, Hans Christian Andersen, Homero, los hermanos Grimm, Jack London, Julio Verne, Mark Twain, Saint-Exupéry, Salgari,... convivían con otros bellos libros ilustrados, pero no leídos. No obstante, el padre fue determinando la entrada de nuevos héroes en su vida. "El próximo domingo, cuando vayamos a pescar, me gustaría oírte contar un libro que no he podido leer, se titula *Un hombre de verdad*, de Boris Polevoi". Acto seguido desviaba el tema de conversación hacia las enormes truchas y tilapias que atraparían los anzuelos. Pero horas después, Camilo tropezaba con el libro citado entre los juguetes o bajo la almohada de la cama. De esta forma, el padre instruyó al niño en otro tipo de excursión por la senda del realismo socialista. El pretexto de nuevas opiniones lo *incursionó* en muchas más obras: *Nadie es soldado al nacer*, *La guardia roja*, *Así se templó el acero*... Sin embargo, aquellos seres no podían reemplazar la fuerza que se había grabado en su corazón al descubrir la valentía y lealtad del perro Colmillo Blanco, o el Caballo de Troya, que condicionó su valoración de las películas en buenas o malas en dependencia de aparecer o no caballos. Camilo aprendió a convivir con los ídolos. El padre se había disgustado seriamente la noche que él se orinó en la cama por una pesadilla donde le fusilaban. Tenía entre las sábanas la novela *De los vivos y de los muertos*.

20

Primero fue un desvanecimiento, después la fiebre. Caí enfermo. Me deshidraté como si estuviera vaciándome hasta hacerme inmaterial. Mi madre se alar-

mó. “Vuelo, mamá”. Y volé en camilla a Urgencias. El análisis del hospital no precisó el origen de mi descontrol estomacal, pero sí la solución al impetuoso fluido de mis entrañas. El parte médico sonaba a sortilegio y poción mágica: “Puré de malanga y yuca hervida”. Había que acudir al comercio más *preclaro* de la Isla. La malanga y la yuca, entre otras frutas y exotismos, asomaban sutilmente en él, el *mercado negro* de La Habana. De ahí la abrumadora expresión pronunciada por mi padre frente a su biblioteca que sigue siendo el gran *rompe-cabezas* del edificio de mi infancia: “¡Es la hora!”. La Abuela abrió la puerta del recibidor y surgió Campañá, el rostro pálido y sin alma. Siempre he querido pensar que estaba allí, en la sala, no por la similitud de su apellido con una *campañá* militar, sino porque era la hija de Crecencio, el intermediario de todas las cosas del más acá y más allá del barrio. Ella estudiaba filosofía en la Universidad, y mi padre, preocupado por sanarme de blandura, concluyó la cita de mi *conclusión* nerviosa. Campañá escogería de nuestro librero los volúmenes que necesitaba para su licenciatura, y Crecencio elegiría manilargo para mí las mejores piezas de su próxima batida por los sembrados de la Isla.

—Dile a Crecencio que te los doy al mismo precio que mi padre los compró en la librería de su pueblo —enunció papá con un aspecto de ateísmo *bienaventurado* mientras su índice de batuta señalaba seguro de poder mudar los libros en yucas y malangas.

Yo pujaba entre la hija de Crecencio y mi padre cuando vi despoblarse la ciudad de mis sueños que era la biblioteca de casa como si perdiera uno a uno los miembros de una familia secreta y ancestral. Hasta que Campañá, por esa suerte paradójal que contiene el remedio en la propia enfermedad, exclamó: “¡También cogeré ese, *El contrato social* de Rousseau!” En mí resonó aquel *Rusó* igual a un íntimo mandato que me enviaran mis héroes rusos del realismo socialista por quienes había sacrificado noches en vela para conocer sus vidas cuando los demás dormían. Abducido por esa encomienda me eché a los brazos de Campañá en plena *campañá* de salvación con un “Ni uno más”.

La hija de Crecencio se llevó un saco de libros sin dejar de mirarme con una admiración de niño prodigio al estar abrazado entre lágrimas a la imagen del escritor suizo mientras repetía compulsivamente: “Rusó, rusó, mi rusó”.

Nunca antes un libro tuvo ese exquisito sabor a malanga del tiempo, ni Homero había podido gustar tanto convertido en la yuca con mojo que me aderezó la Abuela en la cura de mis diarreas, maestra, desde aquel festín de viandas, de la ciencia oculta de la transformación de la literatura en arte *culinario*.

21

Estaban muy preocupados por las ganas crecientes de dormir junto a mi madre. Últimamente las campanadas del reloj me impulsaban a desplazarme en sigilo hasta su cama. Entre ella y yo se había forjado una unidad inquebrantable que me mantenía invisible a los sentidos de mi padre. Unos minutos antes de las siete de la mañana, hora en que él se ponía en pie para asearse y vestir su traje militar, mi madre me despertaba y yo me encaminaba a hurtadillas a mi habitación. El plan fue perfecto hasta aquella madrugada en que la acarició bajo las sábanas y dio conmigo. Lanzó gruñidos y vi salir fuego de su boca. “Esto se acabó, o sino Camilo nos sale cherna”. No comprendía sus alaridos ni por qué aludía a la cherna pensando en mí. En nuestros ratos de pesca gustaba evocar la carne de este pescado que había probado una vez en misión por el Mediterráneo. “Eso sí que es pescado, Camilo, y no las biajacas de agua dulce”. En mi confusión creí que había dirigido uno de sus elogios en clave. Al hablar de mí acostumbraba aplicar un estilo parabólico. Si en algún momento ansiaba que le trajera un vaso de agua, la fórmula utilizada era la siguiente: “¿Quién regalará a papá un cristal de agua fría?” y me precipitaba alegre a buscárselo consciente de ser el elegido, o cuando orgulloso daba unas palmadas en la mesa y se jactaba por yo comer: “Es un roble.” Pero el gesto de ella al taparse el rostro horrorizada por el “...sino Camilo nos sale cherna”, indicaba un cifrado código al que no tenía acceso, y ese código ensombrecía a mi madre. Si bien no se ocuparon en esclarecerme el significado, sí se preocuparon cuando apagar la luz y empezar a gritar fue lo mismo.

El piso sufrió una remodelación general. El armario empotrado en la pared de mi cuarto fue sustituido por una estantería de libros cuando aseguré escuchar ruidos en su interior; la mesa que estaba al lado de mi cama fue retirada porque se transformaba en una pantera negra al quedar a oscuras, y el cuadro del general de la guerra de independencia, Antonio Maceo, verticalizado sobre mi cama, fue reemplazado por una lámpara de luz que ya jamás se apagaría después de comunicarle al psicólogo las conversaciones con el cuadro, mi *titán de bronce* durante la noche. Yo perdí el miedo, pero mi padre no pareció reponerse sumido en la creencia de que el “roble” se había vuelto sauce.

22

Me hice hiperestésico. Nadie sabía cómo la olla de presión me desesperaba desde la cocina mientras ablandaban los frijoles, o hasta qué punto el timbre del teléfono era el responsable de una irritación cutánea sobre mi piel. El goteo de la ducha se agolpaba en la cabeza igual que cien tachuelas clavadas y repetidas

en derredor de la sien. Tuve violentos pensamientos en los que me representé a mí mismo silenciando cualquier resonancia de ecos distantes o cercanos. Este incremento patológico de mi sensibilidad se fue recrudesciendo con el rudimentario estudio del entorno, porque al no soportar el ruido proveniente de un objeto, me abalanzaba hacia él para apreciar qué era. Es curioso que el sonido de los animales no me perturbara. Ni el canto de los pájaros ni el atronador idioma de los grillos exasperaba mi ánimo como el chasquido de la lengua al separarse del paladar. En este ámbito nació la pasión por criar peces. Llegué a poseer tantos que hizo falta restaurar una vieja bañera abandonada en el trastero, pues apenas podían nadar entre ellos. Estaba extasiado con el ceremonial que urdían para comunicarse a través de la majestuosidad de sus silentes movimientos. Practiqué sus procedimientos. Opté por la introspección refractante de las escamas y no responder incluso ante mis mayores aficiones. “Camilo, ¿qué te ha parecido el dulce de guayaba que preparó Tomasa, la de los bajos?” y yo apretaba los labios. La Abuela y mi madre se esmeraban en experimentar prodigiosas recetas que pudieran devolver a mi cara alguna prueba de aceptación o alegría. Hasta que un día papá retomó su cólera. “Si no quieres abrir la boca dejaremos de ir a pescar los domingos.” Entonces ocurrió algo insólito que aún continúa siendo un misterio para mí.

Aquel domingo cumplió su promesa y no salimos de casa. Yo tomé los aparejos de pescar y como si no estuviera castigado por mi actitud, ensarté un pedazo de pan en la punta del anzuelo y lo sumergí en una de las peceras. A mis espaldas resonó una estrepitosa carcajada. Era Papá. Me cargó con sus fuertes brazos y me apretujó contra el pecho. No recuerdo que hayamos pronunciado palabra alguna, pero a partir de ese abrazo, recuperé yo también la risa y, por supuesto, las ganas de hablar.

23

Una de las situaciones más incómodas era que se dirigieran a mí en diminutivo. Yo ansiaba ser adulto. “¡Qué gracioso Camilito, es un niñito tan bonito!”, y sentía un pesado grillete que me ataba a ras de suelo paralizando el crecimiento. No cesaba de medirme con todo lo que tuviera a mi alcance. La entrada al autobús siempre se hacía con las manos en alto y unos fijos pensamientos que me auguraban tocar alguna vez el techo. Pero tanto esfuerzo se venía abajo si me acariciaban la cabeza y agregaban: “¡Papito, dame un quierito!” Mi madre se sonrojó cuando a Celina, la chismosa del barrio, no pude reprimir contestarle: “¿Y por qué no te tocas el culito?” Era la manifestación embrionaria de un instinto rebelde frente a lo inaceptable.

24

Fui también aquel aunque se escriba sobre la niñez cuando se ha dejado de ser niño.

Salvar el niño que fuimos es el retorno a la libertad, pese a la negación de negaciones durante esa fugaz estancia deseosa de lo que se desconoce hasta internarnos, con los años, en un ideal del pasado. La nostalgia del tiempo perdido es el pretexto del presente olvidado. Entonces estaba el amor, el desencanto... ¿Por qué en aquella mañana de todas las conmemoraciones Armando se *armó* de ojeriza y rompió las charreteras del traje militar que llevaba puesto Camilo a imitación de su padre? En los juegos se percibía ya quién era quién: el policía, el juez, el amante. Él, como cualquier niño, probó sus armas y se asustó de alguna de ellas. "Pun, Pun, te maté, Armando". Gritaba su castigo por haberle roto además la cartuchera. Las pistolas cargadas de una culpa feliz: matar, jugando, a otro niño. ¿Cómo perdonar si al nacer empezamos matando?

25

En las calles de La Habana existió un hombre al que todos llamaban con el título de *El Caballero de París*. Era una persona que traslucía un mal: su independencia. Vivía refugiado entre cajas de cartón en los bajos de un edificio de la céntrica avenida 12 y 23 cuando Camilo le conoció. Su aspecto ciertamente contenía hidalguía, una dignidad de la pobreza que dotaba a su imagen de un porte distinguido, a pesar de vestir y andar como un mendigo. Se desconocía su procedencia y tono de voz. La imaginación popular le confirió unos orígenes diversos que exacerbaban el mito de sus ancestros. Así, como si cualquier forastero tuviera que recalar en París y ser Caballero, La Habana había acogido en su seno a este personaje entre los autores de su historia secreta.

Para Camilo fue un encuentro inolvidable. Había ido con la familia a disfrutar de un film en el cine aledaño donde habitaba el extraño *Caballero*. Hasta ese día no podía vislumbrar que hubiera en el mundo seres en la miseria, presos de infortunio, forzados a vagar por la tierra como espectros de un desterrado fulgor. La vida era para él un poco a su imagen y semejanza: todos tenían padres, casa y Abuela.

—Camilo, regresa inmediatamente —riñó la madre.

La curiosidad infantil le había alejado unos pasos. Algo se removía dentro de unas cajas.

—No, déjalo, ya se está haciendo hombre —agregó el padre mientras apretaba con suavidad la mano de la esposa.

Camilo aprovechó esa improvisada complicidad para ir en línea recta hasta lo que se movía sin mostrar su figura. Sudaba frío y creyó que la ciudad advertía los acelerados latidos de su corazón. Se detuvo próximo a la mole de cartón cercada por bolsas y jarros de latas vacías de leche condensada. Permaneció sin respirar unos segundos que le parecieron interminables, volvió la cabeza hacia donde estaba la madre y vio al padre reír bonachonamente. Un brusco resoplido le obligó a girarse sobre un rostro senil envuelto en una abundante barba que rebasaba la cintura. Una trenza canosa se extendía por la espalda hasta culminar en un lazo que unía las dos puntas con un cascabel. Camilo se quedó inmóvil ante lo que imaginó una criatura de otra galaxia. Ambos se tantearon de arriba abajo con fijeza. Camilo reconoció un gesto de este mundo: el anciano le indicó que se acercara. Nervioso, con las piernas apretadas, entrechocando las rodillas, se percató avanzando hasta el desconocido que introdujo el dedo meñique en el bolsillo y sacó un pedazo de papel amarillento con una exagerada escenificación de prestidigitador.

—¿Y a ti, cómo te llaman? —preguntó el viejo como si el nombre fuera cosa de otros.

El niño apenas podía mover los labios.

—No te oigo —insistió con gravedad.

—Camilo, señor —balbuceó.

Casi sin aliento, sin salir de su perplejidad, atendió unos trazos que el anciano efectuó sobre el papel.

—Es para ti.

El *Caballero* entregó lo que Camilo estimó un autógrafo y volvió a hundirse en una maraña de cartón entretanto el niño corría asustado hasta sus padres para darles el pedazo de papel.

—“Vive, Camilo”. Vaya noticia te ha dado el *Caballero de París*, hijo —dijo el padre guiñándole un ojo a Camilo que era puro temblor.

26

Esa frase se clavó en mí para siempre. “Vive”, vivir, cueste lo que cueste y pase lo que pase. No puedo sostener que este fuera el significado exacto de su sentencia, pero es el que ha prevalecido en mí todo este tiempo. Acepté su letra como un mensaje, una inexorable orden impuesta por la autoridad de su aura mágica. Él, desde su cueva de papel, me pedía a mí, entonces niño, vivir. Hoy cuando afirman que hace años murió, sus palabras cobran un extraño valor. La sencillez de su caligrafía, la naturalidad de un humanismo vital expresado sin más pretensión que la certeza de su verdad, sembró en mí un sentido de la vida que no

me ha abandonado y cuya impresión ninguna persona ha vuelto a inspirar. Su estampa era la de un sabio abrumado por el peso de la sabiduría. Diviso su silueta todavía como un destello, una emanación retirada de la fatuidad material. Fue un privilegio presenciar la excepcionalidad del espacio que creaba a su alrededor con una distinción que me hacía fuerte. Aquella sí era una locura divina al engendrar la racionalidad de un nuevo mundo. Cultor de la fácil dificultad, su existencia pertenece a una magnitud egipcia, esa dimensión transgresora en la que la inexistencia de la vida no equivale a la existencia de la muerte.

27

Había tenido un mal sueño. Mamá desaparecía. ¿Es verdad que algún día te irás, es verdad la muerte? Camilo se desplomó sobre su madre. Las lágrimas habían cortado sus frases de niño. Hijo de mi vida, no sucederá. Los que creen eso es porque no saben amar y tu madre te quiere mucho mucho. Si alguna vez no vuelvo a casa es que estoy en todas partes: en los juguetes, en la escuela, en el parque, hasta en la comida que comes. Sí, pero es mejor verte, mamá. En el sueño no te veía, era oscuro como el traje de gala de papá. En la escuela explicaron que “morir por la patria es vivir”, que los héroes no mueren. Yo quiero ser héroe y tú también para que te salves. Camilo llevaba el rostro pálido y la cabeza baja. ¿Cómo se vive en una tumba, mamá? ¿Por qué una tumba? ¿Morir es soñar? La profesora había asegurado que los traidores yacían en una tumba sin nombre. Yo no te traicionaré. La madre se agachó hasta la altura de Camilo. Escucha. Óyeme bien. A tu edad hice esas mismas preguntas a la Abuela y ella me enseñó que nunca se está solo de veras. Fíjate en papá, cuando duerme ronca, pero si estás bien atento oírás entre los ronquidos cómo hay una especie de edificio lleno de gente que trajinan de un lado para otro subiendo y bajando pisos, conversando, saludándose, cantando. Esos son los antepasados que siguen ahí, junto a él, contándoles sus vidas de siempre. ¿A quién se le puede ocurrir, Camilo, que la muerte cabe en semejante sitio? Los que admiten la muerte precisan fantasía. Cuando oigas mencionarla acuérdate de que es nada más una palabra, y si repites por dentro muchas veces su sonido, así, muerte muerte muerte muerte muerte muerte muerte muerte... rápido, más rápido, aparecerá una rumbita como ese guaguancó que tanto te gusta bailar, y entonces baila mientras repites muerte muerte muerte... hazlo conmigo, a ver, muerte muerte muerte, eso es, ¿no oyes la canción? Canta, Camilo, canta y baila que no estás solo. Los dos danzaron cogidos de la mano un son imaginario mientras Camilo contemplaba extasiado la belleza de su madre.

28

No tardé en asistir al conocimiento imborrable de la Música. La Abuela no gustaba comer fuera de casa. Cuando se le convidaba la excusa de “tareas pendientes” imponía su costumbre. Era su peculiar método de rechazar lo que enjuiciaba “una lamentable pérdida de tiempo.” A mis padres, por el contrario, les entusiasmaba ir a los restaurantes de la capital siempre que podían, y yo me sumaba incondicionalmente con mis desesperantes ropas almidonadas. Los esmeros de mi madre frente a la plancha porque mis camisas tuvieran un alisamiento impecable se hacían añicos entre mis brazos. La textura del almidón rozando las axilas era otra de las incontables hiperestésias que sufría. No podía reprimir equipararla con legiones de hormigas caminando dentro de mí. Estrujaba los hilillos salientes de las costuras erigidos en punta contra la piel. No paraba hasta vencerme de la derrota del almidón, factor consustancial a la felicidad de mis excursiones fuera del hogar. Resuelto este eventual dilema, me preparaba a bañar la ropa en perfume: primero un chorro del frasco de mi madre y luego, en el mismo sitio, otro con la fragancia preferida de papá. Ambos me vigilaban porque en mis manos las colonias y lociones se esfumaban en un frenesí aromático.

—Camilo termina de perfumarte. Vamos al *Monseñor*.

—¿Qué es, mamá?

—El restaurante donde tu padre y yo nos conocimos.

La oscuridad del salón era atenuada por diminutas bombillas rojas que contagiaban el lugar de un halo romántico dispuesto a saturar el ambiente con pretencioso aire de película. Se aspiraba una forzada intimidad. El humo de cigarros y tabacos despedido de las mesas arreciaba la atmósfera de disfrazada bruma cuando sonaron unas notas... Su sonrisa era un piano.

—Buenas noches.

Unos dispersos aplausos acotaron la cálida voz del hombre negro que apenas se insinuaba en la penumbra. Lucía un traje magenta perfectamente acoplado con la ambigüedad del local. Sus dientes resplandecieron de improviso por el impacto de la luz cenital en la cara. Se diría que la boca era todo su cuerpo. El difuminado de la figura contribuía a subrayar la artificiosa aureola de recinto exclusivo. Me escurrí bajo la mesa y fui a dar, a tientas, con la banqueta del piano.

—Vaya, vaya, tengo compañía.

La iluminación me atrapó en su círculo. Enfocaron al pianista mientras me sentaba en sus piernas. Los aplausos prorrumpieron nuevamente, ahora con más fuerza.

—¿Quiere Ud. escuchar una Nana?

El arco fluorescente afloraba frente a mí, obnubilando.

-¿Sí?

Y sin llegar a proferir palabra, encandilado también por la emoción, se hizo la música con un “*Drume negro...*” El piano se transformó en una orquesta bajo sus manos. El contrapunteo melódico de la mano izquierda suscitaba el efecto de un toque de tambor contestado por un coro a través de los arpeggios de la mano derecha. La ternura de su voz me arrullaba con perfecta armonía. Allí estaba el señorío de la música cubana, el esclarecimiento de su esencia, el testimonio de por qué la Isla ha podido sobrevivir cada accidente histórico que ha procurado asolarla. “*Drume negro...*” y mi alma despertaba al llamado de una sinfonía de invocaciones: contemplé la cadencia hacerse idea, la melodía fundar una música toda pensamiento. Al unísono las dos manos pusieron punto final con un acorde. El intérprete soltó una sabrosa risotada que se mezcló con los “Bravos” del público. Mi padre ya se encontraba entre nosotros.

-Perdone, maestro, cuando nos dimos cuenta, estaba a su lado.

Él había alterado el retrato de la escena, porque no era *a su lado*, sino sobre sus piernas donde me había puesto el pianista.

-Ha sido un gustazo, señor -dijo con esos labios que parecían dar un beso redondo al hablar.

Esa fue la primera y última vez que asistí a la maravilla de Ignacio Villa, más conocido como *Bola de Nieve*.

29

Un niño y su Abuela, el desbordamiento de cualquier aventura. La tentación de lo prohibido fue saboreada gracias a ella. La Abuela había convidado al niño Camilo a un cine de barrio donde se anunciaba en cartelera el film *Fantasia*, de Walt Disney, pero en el retorno torció por otro camino, y arribaron a la solemne parroquia de la calle Línea. “Iglesia” era una de las palabras impronunciables en el léxico cotidiano del hogar. Poco faltó para el divorcio a causa del bautizo tramado a espaldas del padre cuando recién nació Camilo. *Evangelio y religión* formaban parte de un binomio traidor a lo largo y ancho del país. En la casa él aludía a estos dos términos con un elíptico “Dios ampare”, en un irónico surtidor de sentidos contrapuestos. Entrar a un santuario era comulgar con un demonio que se llamaba “Contrarrevolución”. Quien se atrevía a introducirse en sus fueros, estaba expuesto a ser identificado, reconocido como los *otros*. Camilo era ajeno a la desmesurada proporción que podía adquirir un simple resbalón en ese umbral, pero intuía la excepcionalidad de la situación cuando la Abuela le rogó tenazmente no comentar nada a su padre.

-¿Lo juras?

-Lo juro Abuela, estáte tranquila.

Y la Abuela se arrodilló ante el altar. Unas cuatro o cinco personas, salpicadas entre los numerosos bancos de madera alineados consecutivamente, yacían postradas en silencio con las manos entrelazadas sobre el pecho. La escena asoció en la mente de Camilo los castigos de la escuela. Reparó en que todos tenían los ojos cerrados y apenas parecían respirar. No eran la estampa del devoto ni el éxtasis piadoso, más bien se les notaba errantes, como náufragos a la deriva en una espera inerme, dolorosa. La Abuela no tardó en ponerse en pie luego de realizar unos movimientos que al niño le recordaron los gestos del mimo del barrio. Él seguía extático junto a la gran puerta carcomida de sombras, petrificado por la atmósfera de incienso y soledad que despedía la Iglesia. La Abuela apretó su mano.

-He hecho una promesa para cuando seas grande. Si se cumple tendrás que ir conmigo al *Rincón* de San Lázaro en Santiago de las Vegas y darle las gracias personalmente.

Camilo desconocía que ella había pedido a su Dios que nunca las Fuerzas Armadas le reclutaran. El país acababa de involucrarse en un nuevo conflicto bélico al mandar a miles y miles de jóvenes a la guerra de África.

El sol de invierno

1

Jamás podré olvidar el ingreso en la Secundaria. Había algo de tristeza de hospital en aquella mañana. Era el inicio del curso. Estábamos reunidos en el patio de la flamante escuela cientos de jóvenes entre 11 y 14 años para partir hacia el campo a trabajar en la agricultura. No había nadie conocido, excepto la Abuela y mi madre, que fueron a despedirme. Mi padre no me acompañó por razones de *última hora*. La noche antes me dio un abrazo con su acento militar: “Te vas a hacer un hombre”.

Yo imaginaba que iba a una finca como la de aquel verano vacacional con la familia, poblada de acogedoras cabañas cerca de un río ceñido de montañas y árboles frutales. Pero esta visión se volatilizó al observar a mi madre guardar en la maleta de madera las prendas del equipaje, dobladas y dispuestas como únicamente las madres saben. Me invadió la conciencia del vacío, la nostalgia por la inminente lejanía. Empecé a hablar a solas conmigo mismo. ¿Quién mejor que uno para compartir lo incompartible? Volví a los sueños despiertos. Me acuerdo que monologué: Vamos, son nada más 45 días, y esta vez nadie podrá impedir que subas a un caballo y le des la vuelta al mundo.

Los de primer año nos encontrábamos perdidos en el bullicio de nuevas caras, a diferencia de los de segundo y tercero, cuyos rostros mostraban la ventaja de conocerse de años anteriores. Una caravana de autobuses nos transportó a golpes de tambor, cencerro y palmadas. Se había formado un corro de entusiastas que silbaban y cantaban los estribillos populares de la época.

–“Si yo llego a saber que Perico era sordo, yo paro el tren”.

–“Oh, La Habana, Oh, La Habana, quién no goza caballero en mi Habana.”

–“Calláte corazón, no llores, calláte corazón no digas nada.”

Después de dos horas de trayecto un fangal frenó el jolgorio. Pregunté por qué nos bajaban de los autobuses y alguien me respondió con lástima: “Chico, ¿tú eres bobo? Hemos llegado”.

Ante nosotros había dos barracones con el piso de tierra. En uno estarían las chicas, en el otro, con chinches y piojos, los varones. Las literas eran de dos personas con un tablón encajado en el medio para un tercer durmiente. Inmediatamente un altavoz *afincó* el reglamento disciplinario.

—El desayuno será a las seis de la mañana, a las siete nos vamos al campo y no regresaremos hasta la 1:00 p. m. para almorzar. A las dos la siesta, y a las tres tornamos a las labores hasta las 6 de la tarde. Para los aventureros... ¿ven esa ceiba que está allí a unos 20 metros? Aquel que se atreva a salirse de este perímetro será sancionado. Bienvenidos a la *Escuela al Campo*.

No había montañas, ni árboles frutales, y a cambio de la cercanía de un río, el campamento estaba delimitado por una *cerca* de alambres de púas que remataba justo en el límite indicado: la ceiba. Por ahí se fue el caballo de mis sueños.

2

Las instrucciones reglamentarias del recibimiento no habían sido exactas. Hacía días que no se podían bañar. Había apenas 10 duchas para más de doscientas personas, y la cisterna de agua agotaba sus reservas en media hora. El barro, el sudor y los mosquitos decidieron a Camilo intentar aquel 10 de septiembre un baño impostergable. Tanto se afanó que logró turno en la cola entre los primeros. Nunca se había bañado con extraños.

La curiosidad por examinar otros cuerpos era tentadora. No había descuidado la tendencia de medirse y comprobar los progresos de su crecimiento. Allí había jóvenes de más edad y él siempre había querido saber la forma que adoptaría su físico cuando fuera grande. Hurgó con discreción entre pechos lampiños y peludos hasta posar la vista en un muchacho que acariciaba su enjabonado pene. Camilo no entendía por qué rozaba una y otra vez los dedos por el miembro. Los gestos se hicieron más y más pronunciados en caricias. Advirtió cómo se mordía los labios y gemía con los ojos cerrados. Los compañeros del cuarto de baño se habían incorporado a la escena con exclamaciones y aplausos.

—Métesela coño, métesela por delante, métesela por el culo.

La erección era ahora total. El torso se estremeció con una brusca sacudida y las nalgas se tensaron mientras salía disparado un flujo desconocido para Camilo. Lentamente, el muchacho se incorporó y descubrió a Camilo boquiabierto, observándolo todavía desde su puesto de ducha.

—¿Qué cojones? ¿Nunca te has hecho una paja?

La calma se restableció, y como si nada extraordinario hubiera acontecido, cada uno concluyó el baño y se fue a cenar.

3

No se le quitaba de la cabeza. ¿Qué diablos fue aquello? Invocó en la imaginación a su amigo Gerardo. ¿Cómo le iría? Hubiera sido sensacional estar con él y presenciar su reacción. Recordó la visita a su casa. Había querido, a punto de terminar la Primaria, devolver la deferencia que Camilo tuvo de invitarlo a comer, y revelarle su mayor descubrimiento. Aquella tarde los padres se habían marchado a Batabanó y no regresaban hasta el anochecer. Gerardo vivía en una cuartería de Centro Habana construida con techo de zinc y paredes de pino. Poseía el espacio justo para una cama, un baño y la radio rota. Dentro del receptor habían escondidas unas fotos que Gerardo se topó en una ocasión jugando a armar y desarmar su estructura. Eran imágenes de mujeres refociladas, desnudas, procedentes de revistas pornográficas. También había dibujos a plumillas de varios personajes de la serie televisiva de turno haciendo el amor semidesnudos.

—Estos los hizo mi padre. Es *ilustradol*—precisó Gerardo—. ¿Te gustan?

Camilo enmudeció. Tenía ante sí por vez primera el cuerpo de la mujer despojada de todo ornamento. Discutió con Gerardo cuando sostuvo que se nacía por el *sexo* femenino. “Imposible, Gerardo. Por ahí orinan. He oído que venimos por el ombligo”. “No, que no. Es verdad, Camilo, y antes tenemos que *besarnos* con lengua”. “Qué asco, Gerardo. Sé muy bien, porque me lo explicaron... basta con dormir al lado de una mujer, estás detrás del palo, Gerardo, seguro tampoco conoces que respiramos por los poros...” “¿No me digas? *A vel* si respiras, *a vel*...” Camilo reía silencioso en la litera camuflado por el mosquitero. Gerardo le tapaba la nariz. “Si no suelto te ahogas, ¿te das cuenta, Camilo?” En el forcejeo imaginario con Gerardo le asaltó su temor a la oscuridad. Se recogió bajo la sábana como si fuera su piel y encendió la inseparable linterna. Estaba sin el pijama, en calzoncillo. El baño, el cuarto, la noche, el amor, el amor, ¿qué es el amor? Oía como un tropel de voces que le provocaban un cosquilleo interior. Guió la mano hasta los testículos e imitó los movimientos del bañista. No sentía nada excepto la erección de su pene. Vaya aburrimiento. Me han gastado una broma —susurró casi dormido.

4

La Escuela al Campo fue un platanal, un oasis de juvenil autarquía en las inmediaciones de La Habana, donde lejos del hogar, los adolescentes desataban las prohibidas fantasías. No había quién pudiera controlar a centenares de muchachas y muchachos en la maleza. El plátano fue dueño y señor de los apetitos más diversos. Hasta creamos una bandera con las hojas de su árbol frente a la que rendíamos cómicas reverencias. Los cuchillos para cortar los racimos se trans-

formaron en objetos circenses con los que practicábamos puntería al lanzarlos hacia la corteza de las matas, o bien eran artefactos disparadores de fragmentos de plátanos que volaban por los aires trinchados violentamente contra el filo. El horario laboral en el surco lo distinguimos con el sobrenombre de *tiempo del majá*, que significaba divertirse mucho y faenar poco, porque al cargar los exuberantes racimos de plátano del trópico hasta los tractores en la linde del surco, los hombros adolescentes cedían y daban paso a los requiebros de la pubertad. Se empezaba por comer un plátano maduro de merienda, y el ambiente se impregnaba de una excitación como si la fruta tuviera poderes afrodisíacos. Unos perdieron la virginidad, otras retornaron a La Habana embarazadas. Por mi parte, comí tanto plátano, que hasta cinco años después no pude reconciliarme con su sabor. Probé todas las variedades: plátano macho, manzano, fruta... pero la libido no se personaba. Corrían leyendas de litera en litera de los estragos que ocasionaba en chicas y chicos de años superiores al multiplicar la voracidad sexual. Llegué a considerar no estar hecho para el sexo o el sexo para mí, porque lo máximo que me despertó el exceso de aquel codiciado fruto fueron unos cólicos ultraterrenales. Despechado y no exento de arrogancia varonil, mi manifiesta indiferencia ante el tema se hizo tan notable que mi generación quiso honrarme con el alias de *el abstracto*.

5

Lo demás fue añoranza y espíritu gregario. Como cualquier contingente humano, la Escuela al Campo engendraba las jerarquías de caudillos y vasallos, dominantes y rendidos en el asedio de la pesadumbre, vencidos conquistados. Ese fue Ezequiel, que no pudo adaptarse, que no lo dejaron en paz con su sensibilidad diferente, pidiendo día tras día volver al hogar de donde nunca debió haber salido.

La sogá y el árbol, a sus doce años, lejos del perímetro autorizado. Fue la novedad del día, su adolescencia, pero de un solo día, porque a la mañana siguiente todo volvió a la normalidad, es decir, al olvido. No se habló de causas y efectos. Un coche trasladó el cuerpo. Supongo que entonces fue feliz. Su voluntad se había cumplido.

Recuerdo que habían transcurrido unas semanas. Su anciana madre fue a visitarlo. Era hijo único, Ezequiel. Pasé con ellos ese domingo de reuniones familiares porque sabía que mi madre no vendría. Papá se encontraba de guardia y ella no podía desplazarse así. La Abuela proseguía de viaje, dilatando las andanzas por su pueblo, aficionada al cariño de otros de sus muchos nietos inventados o reales.

Ella consoló la angustia de Ezequiel.

—Hijo, pero si estoy aquí. ¿No me ves?

Él parecía extasiado en no atender, murmurando otras preguntas como si estuviera ya acompañado definitivamente en su órbita de sombras. Conté a la madre su inapetencia, la automarginación después de ser señalado. Ezequiel era el andrógino del campamento. Le apostrofaban *cóctel*, o *varón entra y mujer se va*. Otros, la mayoría, esquivaban su presencia indefinida. La madre procuró sacarlo de aquel sitio, pero al final, no pudo ser. Y él, cansado, decidió regresar.

—Ezequiel, Camilo es un amigo —musitó ella en el oído con los cabellos del hijo entre los dedos.

—Lo sé —contestó. ¿O fui yo mismo por él?

Me fugué hasta donde dicen que acechó el ocaso. Anochecí allí, caminando alrededor del árbol, recogiendo hojas otoñales, esperé, sintiéndome observado, consciente de que él, alguien, seguía mis pisadas.

6

¡Rápido, de pie! En lontananza: Tú. Sacuden, zarandean. Debía ser. Sí. Ya voy. En la cama, somnoliento, aferrado. Ensueño. Me visten. ¡Despierta, un ciclón, viene un ciclón! Corren. El caos. La oscuridad. Vibra la puerta como si fueran a saltar las bisagras.

—¡Atravesará la provincia Habana. Hay que evacuarse urgentemente!

Las ráfagas de viento acallan, amordazan la huida.

—Salgan agarrados. Que nadie se aparte de su compañero.

La maleta hace las veces de almohada. La linterna, en el suelo. El agua roza las rodillas. Busco la luz, la linterna. Tropiezo con una pierna.

—Fuera de aquí. ¿No has oído que nos vamos?

El campamento, incomunicado. El noticiero, desde el atardecer, venía informando. Cada vez más real. Puede desbordarse la presa del municipio.

Se duda de la operatividad de los autobuses... la travesía por zanjas, el territorio anegado. No hay alternativa. El cielo: rajado. Miedo. Más. El platanal ha desaparecido. Excéntricas figuras alumbran fugazmente la desolación del paisaje. Nadie practica esa tradición tan nuestra de bañarse en la tormenta como una ancestral fiesta. Yo la llamaba *ciclonear*.

La lluvia anhela trocar el espacio en la misma lluvia. Los granizos. La borrasca. La noche sedienta. Todo persevera en licuar los cuerpos. Alguien comunica que no estamos solos. *La Cosa* se había desplazado para evitar un desastre.

7

Desde el balcón la vi. Habían avisado que me esperaba. Ahí estaba la Abuela, sobre un tanque anfibio, conversando y riendo amigablemente con los militares que la ayudaron a desmontarse del carro de combate. En la frente llevaba una venda. Volé escaleras abajo saltando los escalones del edificio. Habían pasado los días sin noticias de la familia. Nos mantenían evacuados hasta que descendiera el nivel del agua. El lugar parecía un lago interminable como un cielo lívido donde, a veces, nos asomábamos. Algo ha ocurrido en casa, pensé. La Abuela me dio un largo beso.

—¡Qué guapo te ves con las botas y ese sombrero de yarey!

—¿Estás herida, Abuela? ¿Y mamá, y papi?

Ella tomó asiento en uno de los bancos del pasillo.

—Estamos bien, Camilo. Nos preocupabas tú.

—Pero Abuela...

Hizo un gesto cariñoso de silencio y sacó del bolso un recipiente plástico.

—Te traigo un poquito de dulce de coco y pan. No podía permanecer más tiempo sin que lo comieras. Me ha quedado riquísimo. Deja que lo pruebes.

La Abuela giró la cabeza hacia uno de los militares del anfibio y le ofreció un caramelo de menta.

—Toma. Uno para ti y otro para tu compañero. Ya me voy.

Se levantó y me puso un collar en la cabeza. Reconocí el viejo crucifijo oxidado de su cuarto.

—Todo saldrá bien. No te separes de él. Dicen que pronto regresan a la Habana.

Otra vez sentí sus labios en mi mejilla y un abrazo grande, inimitable, como era el suyo.

—Por cierto, Camilo, ¿sabes qué nombre le han puesto al ciclón? ¡*Freddy*! Qué costumbre la nuestra, hijo... aludir cuando se puede contemplar. Ya me contarás.

La Abuela subió al tanque con su exquisito estilo criollo y yo, hasta hoy, sigo viéndola, preguntándome si fue un sueño o un espejismo huracanado.

8

Fui agasajado como la estrella de cine de casa. Me sentía un Dios del hogar aclamado y revestido de sus poderes perdidos. Mi padre al abrir la puerta me estrujó con esa fuerza tan suya, tan militar.

—¡Este es mi hijo!

Mi madre, a mi lado, llevaba la maleta. La Abuela, en un segundo plano,

me observaba. Habían ido a recogerme en el mismo patio de la flamante escuela desde donde partimos a los trabajos agrícolas.

—Esto hay que celebrarlo, esto hay que celebrarlo...

Repetía una y otra vez mi padre. Y así fue. Después del mediodía él encarriló nuestros pasos hacia *Pepita de Oro*. Nunca habíamos comido en ese restaurante y prometía estar a la altura del valor que me atribuían durante el asedio y resistencia del ciclón Freddy. Sólo echaba de menos a la Abuela en aquel empalagoso ritual donde mi padre bramaba ¡Qué hijo, qué hijo! y luego nos hacía detener en medio de la calle para darme un nuevo abrazo. La Abuela, siempre religiosa, se imponía austeridad frente a todo placer existencial que opinaba extracotidiano. Si había tiempo para restaurantes, primero debía atender asuntos *pendientes*, como incorporar en su armario algún objeto de la casa que no formara parte de su colección particular. Recientemente había aparecido en la mesita de baño una mota cetrina que usábamos para entalcarnos luego del aseo. Mi madre la había comprado en el bulevar de la calle Galiano, y desde entonces, la Abuela calculaba las horas y días en que pudiera sumarla al conjunto de sus grandes tesoros. Así, cuando preguntaron aquella noche por la mota, el único que sabía la respuesta era yo, y claro está, me callé.

Antes de ganar el restaurante Pepita de Oro, mi padre se antojó de tomar helado de chocolate, su sabor preferido, en una cafetería llamada *La Prodigiosa*. De haber estado iniciado cualquiera de los tres en la ciencia del esoterismo tropical, no hubiéramos sufrido la duplicación de una lección en el mismo día. Un Maestro no fallaría frente aquella evidencia, y habría comprendido de antemano la conveniencia del retorno a casa antes de perseverar en acudir al restaurante Pepita de Oro.

Un letrero a mano publicitaba el señuelo en la fachada de *La Prodigiosa*: “Ay elado de mantecado, bainilla y chocolate.” Un cuarentón pulía el mostrador de piedra con una balleta de sospechosa blancura. En la boca retenía el cabo de un puro añejo que mascaba y chupaba con la ayuda de sus dos únicos dientes delanteros: un colmillo de oro y un molar postizo. Nos ojeó como si nos hubiera estado esperando hacía cien años. Estaba seguro, feliz, consciente de la fuerza magnética de su cartel. Allí había tres sabores difíciles de encontrar en cualquiera de las otras cafeterías de la ciudad.

—Un chocolate y dos mantecados —pidió mi padre.

—Peldone, solo ay bainilla —respondió el cuarentón con un parpadeo que subrayaba cada palabra al hablar.

—Ahí dice que tienen chocolate y también mantecado.

—Sí, é beldad. Pero tenemo una circual que dipone no depachal un elado hata que se acabe el otro.

—Pero hay tres...

—Pol eso mimo. Hemo empezado a suminitral el bainilla y hata que no se telmine no podemos vendel un nuevo sabol.

—¿Cuánto falta para que se acabe el helado vainilla? —inquirió mi padre al borde de la cólera.

—Ya le dige que hemo empezado a suminitral el bainilla. Si quiere pase dentro de un pal de hora pol si se acabó, si no llévese ahora el bainilla, é mi consejo.

Ella estaba nerviosa. La pierna izquierda de mi padre temblaba. Era la manifestación de su ira extrema.

—¡Carajo!

—No se altere, señol. No é culpa nuetra. Ecriba al Miniterio y quéjese. Son ello lo que pueden hazel algo, yo no.

Él iba por la calle con un rojo pasión. Poco importó que mi madre y yo le dijéramos que no deseábamos helado alguno y que en Pepita de Oro quizá habría chocolate. No despegó los labios hasta pedir el menú en el restaurante.

Un anuncio lumínico acogía con su verde fluorescencia: “Bienvenidos a Pepita de Oro.” Nos sentaron en una mesa próxima a la barra. La decoración de la pared del fondo, un gigantesco fresco de patos criollos nadando entre lomas, competía con los chirimbolos colgantes del techo, que en su mixtura, reproducían figuras imposibles. Los manteles amarillos a cuadro, en contraste con los cojines de las sillas, diseñados cada uno dentro de formas y colores diferentes, simulaban un pastel de boda. Coronaba la mesa un cenicero de hierro pintado de naranja, en el que las moscas se yuxtaponían. Ellas, las incondicionales de Pepita de Oro, amenizaban la espera con sus abordajes, reemplazando en todo momento los esfuerzos por templar el ambiente de un cuarteto de músicos. Yo quería huir, pero mi madre cortó mis intenciones.

—Camilo, no molestemos a tu padre. Ya nos han hecho bastante en La Prodigiosa.

Pero ella se equivocó. Requería un poco *más* ese bastante. Emergió como del centro de la tierra, con una aparatosa entrada, una camarera negra a la que se dirigían con el nombre de Chichi. Igualé en mi interior esta expresión a la de Chichiricú, tal y como le decíamos cariñosamente a una amiga negra del colegio, mortificada por otros con el membrete de “Ruperta de noche Azabache de día”. En el caso de Chichi sobresalían de la cabeza dos rígidas coletas rematadas con lazos verdes que sugerían antenas de orientación. La cara relumbraba con

una estética expresionista en la que la sobreabundancia del polvo facial, la sombra en los ojos, y un obstinado creyón morado en los labios, repasado a través del grosor de la carne y luego reconstruido en la línea de la boca, hacían del rostro un sainete. Un colmillo como de jabalí pendía de un manojito de collares quincalleros que producían un compás de sonajero al chocar entre sí. Blusa y saya compartían un blanco intachable. Un poco más atrás la seguía un esqueleto, un señor achaflanado vestido de blanco y negro, con una anudada pajarita que subdividía la delgadez de su cuerpo. No sé por qué en ningún momento se separó de ella. Eran un desafío hedonista. Luego de espantar el revoloteo de las impertinentes moscas, Chichi se dispuso a tomar nota con un refinamiento dieciochesco.

—Nos quedan arroz blanco, huevo frito, potaje de frijoles coloraos, tortilla, croqueta y ensalada de berro. El cerdo asado y el congri se acabaron.

Había en un apartado de la carta entremés de chorizo, jamón, queso y unos bocaditos de pollo. Mi padre prefirió ese menú y unas cervezas.

—La cerveza no la servimos con el entremés y los bocaditos —aclaró la camarera abriendo la boca del tamaño de un melón.

—No queremos comer nada más y tenemos sed.

—Ahora le pondremos vasos de agua.

—Sí, pero la cerveza está fría —replicó mi padre.

—El agua también —contestó ella.

—Esto es increíble. ¿Para tomarme una cerveza tengo que pedir un huevo frito?

—Con arroz y potaje, señor —agregó la camarera con voz meliflua—. Tampoco podemos traer cerveza si pide un huevo frito solo.

—Pero esto ¿qué es? —vociferó mi padre con un manotazo en la mesa que atrajo la atención de la clientela.

—Son las normas de Pepita de Oro, señor, las normas —acotó circunspecto el achaflanado.

—¡Vámonos! —ordenó él.

Todo era falso. Desde el olor a vino que se esparcía mezclado con los aromas de carnes y arroces condimentados, hasta la pulcritud de los listones del mostrador donde se asomaban las cucarachas.

Por el camino mi padre farfullaba sin parar. Pude descifrar, en un galimatías de palabrotas y maldiciones, que dijo:

—Hay una conspiración de brazos caídos. Lo sé. Esta gente hará que se derrumbe el Bloque Socialista Internacional.

9

Por las mañanas, antes de iniciar las clases, se efectuaba el *matutino* con el parte de las noticias más importantes del mundo. Camilo, junto a los compañeros de escuela, escuchaba desde la fila las tragedias de países y gobiernos: golpes de estado, guerra, atentados, hambre, incendios, miseria, persecuciones, desolación, muerte... catástrofes y signos de la barbarie humana en un universo sin remisión. Excepto la Isla. Sus temas estelares –la zafra, el deporte, el turismo, el ejército...– sobrecumplían las metas trazadas. No había dolor ni dolientes, solo fotos entusiastas más deleite, mucho deleite: que una gallina había puesto 50 huevos de una sentada en Finca Melao, al día siguiente la convertían en estatua, que desde el *Norte* vendría el diluvio, los periódicos con tinta y papel lo secaban antes de su llegada... En la Isla el problema consistía en no tener problemas. Esto inculcó en Camilo el sentimiento de estar en un lugar inmarcesible, privilegiado, protegido del tiempo. No se cansaba de repetirse la suerte de haber nacido allí donde nada ocurría, salvo triunfos y congratulaciones.

Los viernes se cerraba el *matutino* con la interpretación del Himno Nacional, instante de difícil prueba porque la desafinación de algunos hacía perder con el tono de la melodía, la rectitud y seriedad de ánimo. Pero esta vez no era la disonancia la que paralizaba el aliento de Camilo, sino la desarmonía de Arlequín, *el extraño*. Los pantalones le quedaban cortos, y los tobillos dejaban al descubierto unas medias distintas en cada pie. Él, unos pasos más allá de Camilo, había sentido la imantación de la mirada y se había dado la vuelta para comprobar qué fuerza era esa procedente de su espalda. Vio a Camilo con los cachetes inflados de tanto retener la carcajada, y como si se diera cuenta de la causa, enseñó un pañuelo en el que se leía: “Tu madre”. La cara de Camilo varió de forma fulminante. Mentar la madre en la Isla es una de las peores ofensas. Arlequín comprendió el desconcierto de Camilo y mostró el reverso del pañuelo: “Por si acaso”. Giró la cabeza y levantó el pie derecho. En la suela había dibujado un ojo abierto, luego alzó el izquierdo y estaba el mismo ojo con el párpado cerrado. Arlequín era ahora el que intentaba no reventar de risa.

10

No le gustaba que le llamaran por su nombre, Carmenate, aunque era el chico más popular de la escuela. No por el agobio de no abrocharse el primer botón de la camisa justo porque era el primero, tampoco por su vocación de recortar los pantalones hasta pegarlos a las piernas en forma de tubo, ni que los zapatos tuvieran a veces herraduras en la planta. Era una actitud ante el mundo, donde según él, había que pasárselo bien “porque la vida es una pasada”. De ahí las

inútiles batallas de profesores y administrativos que aguardaban su aparición en el colegio para impedir su entrada si no cumplía las ordenanzas del reglamento. Bastaba divisarle en la lejanía con una sartén amarrada a la maleta de clase, o llevar en la cabeza un gorro de navidad en verano. Entonces las señas de Clodomira, la profesora de matemática, o Braulio, el conserje, le indicaban compostura, o se abstuviera de aproximarse a la escuela. Hasta en la biblioteca le acechaban después de sorprenderle llevándose libros en el interior de un desproporcionado traje con doble fondo. Consultados los motivos de esa acción, declaró: "los libros están muy caros y el saber no ocupa lugar". La bibliotecaria quiso disculparlo ante el director con "es un cleptómano", pero Carmenate no cedió y volvió a su frase exculpatoria: "Lo volvería a hacer. Los libros están muy caros y el saber no ocupa lugar". Pero en su leyenda existían otros muchos actos de feliz recordación. Gracias a él, Xiomara, la joven epiléptica, se salvó de un paro respiratorio cuando la bajó en los brazos desde el cuarto piso del colegio y logró en la calle que un camión les condujera hasta el céntrico Hospital Emergencia. También se comentaba que en su barriada era el defensor de los niños. Estas historias fueron acrecentando en Camilo la simpatía hacia Carmenate como un héroe romántico. De esta manera, la observación se convirtió en gesto, y la risa en palabra, hasta que sin percatarse, Carmenate acabó por sentarse a su lado, invirtiéndose la admiración cuando, en los días de exámenes, Camilo le soplaba las respuestas de aquellas preguntas que no sabía por las reiteradas ausencias a clase, o sencillamente por no haber estudiado. Después de todo, pensaba Camilo, un héroe no posee tiempo para asuntos menores como aprobar exámenes.

Sí, Carmenate abominaba su nombre, pero Camilo decidió no llamarle nunca como los demás insistían bajo el disfraz de *Arlequín*.

11

Semana tras semana asistíamos al espectacular desarrollo físico y mental de nuestras compañeras de clase. Mientras nosotros seguíamos chocando las canicas entre sí, o practicábamos el juego del *come fango* al lanzar desde los hombros una cuchilla que debía clavarse en la tierra verticalmente, ellas se iban aficionando a nuevas inquietudes y preocupaciones que las hacían más inaccesibles a nuestros ojos. En un mes los senos de Maritza redondearon su belleza con un gusto que enloquecía nuestras mentes infantiles; Adriana había ensanchado las caderas en armonía con un sensual movimiento al andar que nos ponía la expresión acarnerada; Laura, María, Inés... obligaban a realizar quinielas sobre cuál poseía el trasero más duro y las piernas más tersas. De la noche a la mañana, ellas nos habían abandonado en la frontera de los *niñatos*.

Desconozco si eran inconscientes de las fiebres que provocaban en nuestros espíritus, hechos entonces para corretear y retozar como cachorros, pero también dados a la fantasía contemplativa. Nos hicimos sus secretos admiradores, los seguidores anónimos de un mundo fascinante que se abría en flor ante nosotros. Así, empezamos a disputar en el aula los asientos de mejor posición con el inofensivo propósito de atender al cruce de piernas de Teresa, los muslos descubiertos de Ana, o el pronunciado escote de Berta, la hija del panadero. Yo me dejaba seducir por el ambiente. Aunque no tenía preferencia por ninguna, pronto participé de rivalidades y solapadas apuestas acerca de quién era el mejor candidato de ellas. De esta forma, surgió “el chismógrafo”, libreta que fungía de recadero en aras de poner en conocimiento de los interesados la provocación de pasiones desatadas o encubiertas. Este método terminó por rematar las ilusiones de varios aspirantes a Don Juan, y puso a prueba la paciencia de los enamorados del amor. “Poner una piedra”, era la frase hecha que indicaba la necesidad del chismógrafo. Quien quisiera tentar la fortuna del romance o sondear el azar del noviazgo, debía inclinarse ante ese recurso infalible que le revelaría, sin tapujos, las posibilidades objetivas de éxito o fracaso. ¡Cuántas decepciones y engaños no acaecieron entonces! Sin embargo, quizás por inverosímil, o tal vez por esas cábalas misteriosas que la naturaleza engendra sin explicación aparente, dentro de aquel calvario de esquivéz y desdenes, las muchachas hacían una distinción. Mostraban debilidad y adoración por Carmenate. Unas elogiaban sus pecas, otras el color verde de los ojos, algunas su caminar, y no pocas, con una percepción no menos desconcertante, el olor de su cuerpo a “fresa”. Cuando Enrique le transmitió a Carmenate su reputación entre las jóvenes del grupo, éste se limitó a mirar el reloj y a notificar: Señores, es la 1:00 p. m. Hora de comer.

12

Como esa ecuación ética que impone el mal menor frente al mal mayor, la concupiscencia juvenil se vio atenuada por un imprevisto que, en el fondo, exacerbó un nuevo tipo de predilección y deseo: la profesora de química. Ella, Patricia, había caído del cielo en el grupo de Camilo. Estaría un mes allí, de prácticas docentes, dentro de la exigencia curricular de un futuro profesional de la enseñanza Secundaria. Del hastío en las clases de Migdalia, la catedrática, se pasó a una efusión por la química cuando Patricia la sustituyó en aquel invierno húmedo, corrosivo del trópico. Nadie pudo permanecer indiferente a esa belleza en la que se reabsorbía cualquier imperfección con una naturalidad restituyente del orden y la simetría. Su atracción tenía duende. Intensa, afable, compasiva,

Patricia era única. Bastaron unos segundos de su presencia para conquistar los celos de las muchachas que presintieron la extinción de su imperio en los maltrechos corazones de los admiradores del aula. Comenzaron las trifulcas por los pupitres más próximos a su mesa, las discusiones por decidir quién le acompañaría desde el rellano para llevarle el bolso con los libros, hasta hubo el que se propuso como una misión limpiar la pizarra de tiza con el sólo premio de recibir el borrador de su mano. Camilo también rodó subyugado por la transgresión de un ser que rompía el límite. Para colmo la sugestión redobló su conjuro cuando Manuel, sentado junto a la mesa de Patricia, afirmó que no usaba bragas, sino tangas brasileñas, inmensamente transparentes.

—Que sí, lo digo yo. ¿No han notado cómo me mira?

Manuel poseía la teoría de que no había que enamorar, sino ver. Y mezclaba refranes con la fusilería cursilera de un despampanante fullero: “Los ojos, por si no lo sabían, son el vitral del alma.” El *espejo*, Manuel, rectificaba Rubén. Pero él se empecinaba en esta frase con sus teorizaciones. Así, un primer encuentro de miradas significaba “Hola”; un pestañeo con los ojos fijos equivalía a “Me gustas”; bajar la vista, era toda una declaración de amor.

—Patricia está loquita por mí. Mañana me toca sentarme frente a la mesa.

Y se armaba la gorda, que no cesó hasta marcharse Patricia. Fue Carmenate el encargado de despedirla en nombre del grupo y a regañadientes, como siempre, de las muchachas.

—Le he compuesto una canción, Camilo —anticipó Carmenate.

—¿Si?

—Tengo varias... Es fácil. Lo único que hago es recordar la entonación de Luis Ángel cuando canta el Himno en el matutino. Traslada los sonidos de un tono a otro con tanto entusiasmo que torna la melodía en original y nueva. Él es la fuente de mi inspiración. El pobre, desconoce que es un músico nato —sonrió Carmenate.

—¿Y la letra?

—No hace falta. Ella pensará en lo que quiero decir cuando me oiga tararear.

La actuación de Carmenate con su armónica, después de las flores para Patricia, nos sumió en una renovada fascinación; no porque Patricia, al sonar la última nota, le diera el beso en la cara que todos hubiéramos ansiado, sino porque Carmenate interpretó su música mientras se impulsaba sobre una bicicleta de una rueda por el pasillo del aula, sorprendiéndonos esa habilidad y maestría desconocida en él. Al final, a las afueras del colegio, Camilo coincidió con Carmenate y dos compañeros más de clase.

–Felicidades. Ahora no podrás evitar que te llamen Arlequín –enfaticó Camilo con un apretón de manos.

–Espera, hay algo por aquí –dijo Carmenate rascándose la pelvis.

–¡Es un pendejo! –exclamó admirado uno de los presentes al sacar Carmenate del calzoncillo una liga con un mechón de pelo.

Él vio en el rostro del muchacho esa señal de respeto de quien se encuentra ante un ser superior. Ninguno de los varones había desarrollado físicamente como él, prueba irrefutable de su superioridad.

La preeminencia de poseer *un pendejo* fue olvidada a las dos semanas del adiós de Patricia. Entretanto, la escuela continuaba evocando la actuación de Arlequín con su armónica y monociclo. Cumplía además aniversario en esa fecha, y Camilo quiso impresionarlo con un gesto: el regalo del disco de las *Cuatro estaciones* de Vivaldi. La madre le había descubierto recientemente este violonista y creador italiano.

–Esto es para que sigas componiendo, pero por favor, no te inspires más en Luis Ángel –suplicó Camilo con ironía.

Arlequín, emocionado, abrazó a Camilo. Él ignoraba su acierto. Vivaldi era su autor preferido.

13

Patricia dejó en mí un sentido de la nostalgia no experimentado. Cuando ya la habían obviado de las conversaciones, yo proseguía recordándola. No era amor, ni siquiera puedo definirlo. Había en esa sensación algo primigenio como si me sustrajeran de un tiempo al que pertenecía vitalmente y me despoblara de mí mismo en un desierto sin arena, sin sol. La fineza de Patricia habitaba en la lejanía. La nitidez de su figura prescindía de zalemas y expandía, sin embargo, ¿la locura? ¿Por qué persistía en mi memoria? ¿Por qué, en tan pocos días, se había desvanecido en ellos el irreproducible perfil que ella hizo centro de nuestra existencia? Tal vez sea esa la excusa para justificar lo que le ocurrió a mi generación, perdida en la asolada circunstancia del ocultamiento como forma de vida. Evasión, inercia de no creer, o mejor, creer en pensar que no se piensa. Quizás Patricia era en mí, a mi pesar, la consecuencia de una causa, el silencio de otros. ¿Habría yo deseado volver a verla si no hubiese sido el único que a solas la evocaba? ¿Tan caro es el precio que debemos pagar por ser recordados? Ella no representaba solo una etapa, un suceso, la anarquía del azar: era, fue, un pedazo del pasado. Y el pasado es trance, gala, un acto de la alucinación del tiempo eterno, o no es pasado. La imagen de Patricia me alentaba, infundía un ánimo donde el recuerdo era suficiente razón para no claudicar con lo efímero. Solo

es perecedero el instante sin memoria, y yo invocaba su paso por mi vida no como una fuerza menos, sino como una gravitación precisa, necesaria, inevitable. Se es dichoso ante la fugacidad cuando se ha conocido a una persona que deja en ti el renacer del universo. Patricia, la ausencia, late.

14

“Algunos quieren oír que sus problemas serán resueltos por añadidura, o reniegan de su país porque hay otros mares del mundo... nuestro mar es pequeño, pero es nuestro mar. Aquí, compañeros, el revés es victoria” —explicaba el profesor de los *Fundamentos*.

Camilo, como cada lunes, miércoles y viernes, asistía en el colegio al invento de una panacea impartida bajo el título de “Fundamentos de los conocimientos políticos”. Esta asignatura dilucidaba la piedra filosofal del éxito y los impedimentos de las naciones del planeta para alcanzar el progreso y la ventura. Era igual a un melodrama *hollywoodense* con final feliz, donde el bien vencía al mal, y los buenos, vivían allí, en la Isla. Su contenido se daba por capítulos que trabajaban la intriga, el suspense, los golpes de efecto. No se concluía la lección con un frío *hasta mañana*. El profesor dejaba al auditorio en vilo al cierre de la clase. Una idea entre inescrutable y apocalíptica establecía la incertidumbre de la respuesta.

—¿Alcanzará la Isla su plan nacional el próximo quinquenio?

O, en otras ocasiones, barnizado de sentido común a través de uno de sus eslóganes favoritos, infundía en el programa un toque de horror y misterio.

—¿Podrán ellos, los de siempre, destruir nuestra libertad?

Ahí estaba él, la inteligencia mestiza de blanco sobre negro, resguardándonos de un enemigo invisible con sus oraciones de eco omnipresente. “No es que exista el diablo, es que hay capitalismo”, extraía de su saco de obviedades donde nos metía, como si afirmara el cielo terrenal de la Isla. Gesticulaba a modo de una caja de música que se queda sin cuerda, con ademanes infieles de polichinela en falsete y espíritu *Matrioshka* de muñeca rusa que saca dentro de sí la sorpresa de otra muñeca que no existe. Más que ver la realidad, el profesor hablaba como si el ojo derecho contradijera el izquierdo. Más que predicar, zurría expresiones ampulosas que sin saber cuándo se iban llegaban, creando la sensación en Camilo de estar dentro de una pompa de jabón construida por las palabras de un vocalista que fuerza la atención con escalas cromáticas. Él se dormía como un Ícaro sin alas en la monotonía de aquella voz de iluminado.

—Despierte.

Y Camilo despertaba con alas sobrevolando el Mar Rojo que el profesor acababa de descubrir.

Era su figura una táctica. Si bien durante una hora ratificaba hasta la saciedad la supremacía del modelo ideado, a la postre, como a un niño que se enseña y esconde un caramelo, hacía vacilar, no sólo para incentivar la expectación, sino también comprobar la capacidad de convicción o recelo. Manejaba el *desasosiego* y *conocerás* con donaire detectivesco. El profesor podía empezar también la disertación por el final.

—“No somos quizás el camino correcto, puede haber algo mejor que nosotros...”

Entonces esperaba desentrañar, en el curso de su intervención, las secretas reacciones según este nuevo punto de vista. Al confundir la utilidad con el beneficio, podía enterarse por la expresión de los alumnos quién creía firmemente y quién no. Arlequín llamaba a esta asignatura “La Trampa”.

Aquel viernes, Julián, el testigo de Jehová del grupo, estaba frente a la pizarra.

—¿Dónde está tu tarea?

—No la hice señor, se fue la luz en casa.

—¿Otra vez sin luz, Julián? —impugnó el profesor con enfático doble sentido.

Tomás, el profesor de los “Fundamentos”, inspeccionaba el rostro igual que si estuviera ante un insecto. Julián no cantaba en el matutino el Himno, no saludaba el izamiento de la bandera. Su fe le imposibilitaba ser como sus *compañeros*. Él era, para Tomás, parte de ese gremio de escoria pública y antisocial que se debía barrer de las calles. De ahí el reojo de sus alusiones a Julián cuando criticaba “al enemigo”, la diferencia.

—¿Y tu pañoleta?

—Papá no me deja ponérmela, señor. Dice que se ofende a Jehová Dios Todopoderoso.

El profesor cogió airado su termo con té caliente, bebió unos sorbos, y enrojándose por los efectos del *teísmo*, sermonizó:

—El único Dios, Julián, es *Cosa* nuestra, y dejar la pañoleta en casa, como no hacer la tarea, tiene sus consecuencias.

Tomás, ateo en humanismo, no era sólo *un profesor*. Ostentaba además el cargo de Secretario General del Partido de la escuela. Eso hacía su palabra y voto incuestionables.

—¿Qué podremos hacer contigo para que aprendas?

Julián mantenía la cabeza baja.

—Estás castigado. Hoy no saldrás a merendar.

Era la cuarta vez en el mes que perdía el refresco con panqué del receso. Arlequín saltó desafiante del asiento.

—No estoy de acuerdo.

La reacción de Arlequín tomó por sorpresa al profesor. Nadie se había atrevido a replicar sus decisiones.

—¿Y quién es usted? —Tomás le conocía perfectamente. La pregunta no exigía una identificación, sino la rectificación inmediata de su actitud.

—Soy... Carmenate —titubeó como si le costara pronunciar ese nombre.

—Ah, el famoso Arlequín. Usted se ha equivocado de sitio, los bufones están en el circo.

—Julián es diabético. No puede prohibirle que coma —añadió Arlequín sin sentirse aludido por el tono despectivo del profesor.

—¡Es usted un insolente! Queda de penitencia también.

Se impuso un silencio secular. Nada se movía. Los alumnos tenían sólo ojos para el profesor. Camilo tosió y levantó la mano en señal de permiso.

—Diga.

Algo se revolvía en su interior congelando cada uno de los miembros. En pie se sintió inseguro, oscilante, como si estuviera ante el abismo. Aspiró hondo, contuvo la respiración, y lentamente manifestó:

—Señor, si les quita Usted la merienda...

—¡Ni una más! —interrumpió el profesor.

—... yo no atenderé su clase —concluyó Camilo con la vista puesta sobre Julián y Carmenate.

—¿Ah, sí? ¿Con que esas tenemos? ¡Una huelga!

Él abandonó el aula con un portazo. Se hizo un murmullo. Camilo se desplomó sobre el asiento. Julián y Arlequín seguían inmóviles sin saber qué hacer. Tomás mutaba, avanzaba en una metamorfosis con los *Fundamentos* de la letanía: "Huelga, huelga, huelga..." Sonrió sarcásticamente antes de empujar la puerta del director: "Ya se enterarán de lo que es bueno".

15

Establecí una involuntaria alianza con la tierra natal de mi tatarabuelo. Ciertamente no puedo decir que conociera en aquel momento el significado reivindicatorio de la palabra, pero fue oír Huelga y vi ante mí un caldero con tres brujas. La Abuela me había relatado de niño historias que transcurrían en las montañas de Europa, en aldeas intrincadas de la Auvernia o en bosques como el que habitó el tatarabuelo. Él vivió toda su vida en Huelva, y desde pequeño, fue ese uno de los lugares más enigmáticos que conocí a través de las fantasías y ficcio-

nes de la Abuela. Cualquier fábula acababa relacionada con Huelva aunque naciera en un país distinto de España. Así, los gnomos de la floresta nórdica, los elfos escandinavos aparecidos a los niños buenos, y las brujas raptoras de los que no se portaban bien, recalaban siempre, al final, en Huelva, como el destino de una estación inexorable. Por ese motivo Huelva fue creciendo en mi imaginación con las leyendas y mitos de la Abuela, donde también, muy a mi pesar, se reunía una vez al año el Consorcio de Brujas Universales para deliberar qué niño iba a ser confinado en el valle de los malcriados. De manera que allí había una guardia permanente de brujas sentadas en torno a una hoguera a través de la cual controlaban el mundo con pociones y maleficios.

Fue ese precisamente el único aliciente que tuve: Huelva por Huelga. No fue difícil vestir al director de Bruja de Ceremonia, obligado a parecer asexualizado para que las otras brujas no le zambulleran en la olla hirviendo al grito de:

—¡Maldito, maldito!

Tomás, el Secretario, era otra de las brujas, pero no poseía ninguna jerarquía entre ellas, excepto su indiscutida función de maquillista. Encargado de cuidar las arrugas de sus compañeras y pintar las exageradas cejas que casi tapaban los ojos, su esfuerzo por complacer las manías de las compatriotas hechiceras, era recompensado con un pellizco de taberna. Andaba de una en una como si trabajara en una barbería de pueblo repartiendo tarjetas de citas con las uñas pintadas de negro. A mí me pareció la bruja perfecta, porque en mi mente se miraba en el espejo parpadeando en un salón con la boca de marquesa y el culo de mona rodeado de rosas y geranios.

—Camilo, póngase en pie.

Y me paré como ante un escuadrón de fusilamiento.

—Su falta es grave, Camilo.

Mi madre estaba allí con las madres de Julián y Arlequín en el despacho del director. Él fumaba como si diera zancadas con los labios, estirando los pliegues de la cara entre el humo de una pipa indiferente, arcaica. Mi padre no estaba porque ella, nuevamente, le ocultó algo de mí, la acusación de huelguista. Las tripas de Tomás sonaban ufano del banquete que había inventado. Volví a sentir el olor de la olla invadiendo el espacio. Ahora entraba una nueva bruja al festín. Había llegado un poco tarde, lo que provocó una mirada zahiriente del director. Hurgó dentro de la olla y dejó caer una pizca de mala fe en Julián y Arlequín. El caldo se enrabió más y más desprendiendo un vapor de azufre que hizo llorar a la madre de Julián.

—¿Qué tiene que alegar, Camilo?

La bruja directora profería sus condenaciones y yo giraba sobre mí esqui-

vando las salpicaduras del cucharón que se sumergía y brotaba del fondo maloliente del caldero. El Secretario hacía alardes de su saber nigromante echando más leña al fuego.

—Han sido los tres, director. No sólo Camilo. Arlequín, Arlequín es el instigador.

Ahora lloraba la madre de Arlequín con la de Julián en un dúo de súplicas que encolerizaban a las llamas, reclamando la intervención renovada de la bruja perfecta para que no se destiñera el cosmético en los párpados y pómulos de sus compatriotas. Qué arte el suyo del retoque y el sombreado. Hasta la pipa recibió un brochazo del mejunje que prodigaba la bruja Tomás en su eufórica actuación. Estaba radiante, sí, con su capa de manual inveterado y la escoba acusatoria, disfrutando aquel aquelarre que terminó con el llanto de las tres madres en un implorante discurso de desconsoladas plañideras. El dolor de las madres, la crueldad infinita de las brujas del poder. Asoma tras la puerta el rostro de otra bruja. Avisa la hora de una nueva reunión. Caso cerrado. Las brujas se retiraron alborotadas. Visitaba ese día el colegio una delegación del Comité Nacional de Brujas. Sobre el caldo de la olla flotaba un letrado entre las preguntas sin respuestas: Abajo los huelguistas. Yo me dije: viva Huelva.

16

El inventor de la apisonadora debía haber presumido sus efectos sociales. No conformes con la reunión en la dirección, se convocó otro consejo administrativo una semana después. Arlequín, en el examen de matemática, había sido amonestado por fraude al prestarle a Lorena, la más pobre del grupo, una calculadora portátil no autorizada. Los dos estaban frente a todos. El turno de palabras incluyó el arbitraje de la escena por parte del director, el Secretario, y la profesora de matemática. Traían por separado, al nuevo espectáculo, su particular máquina de moler carne donde iban metiendo a cada uno de los alumnos, obligados a levantarse y censurar el hecho gloriosamente como una pugna de ideas. Había que opinar de forma ejemplarizante, contundente. La cacería de brujas se cobró la primera víctima. Lorena no pudo resistir los adjetivos de algunos estudiantes. Se desmayó, y fue trasladada a la enfermería donde le aplicaron alcoholes en la nariz. Todavía quedaba Arlequín. Tomás, el Secretario, dio el pie forzado como si se tratara de una dramática canción que Arlequín debía interpretar. “Estamos ante un huelguista que hace fraude.” Y el aura tiñosa que llevamos dentro voló en dirección al corazón. Arlequín se había transformado en carroña y la comedia humana, trágica en su esperpéntica realidad, reveló los buitres y las hienas que convivían juntos en el aula sin levantar sospecha. Camilo

no había visto el rostro de Arlequín tan lívido y desencajado. Parecía el payaso lamentable de una triste feria.

—Carmenate, señores, es nuestro compañero. Como dice el profesor Tomás, un camarada.

Fueron las palabras de Camilo que desataron la exasperación del coliseo.

—Tú también eres un huelguista. ¡Qué compañero ni camarada! —exclamó Tomás indignado.

Esta vez fue Arlequín quien dio a Camilo un abrazo invisible que los unía más con cada saetazo de diatriba y reproche. El conciliábulos se retiró para analizar si los tres merecían estudiar en la Universidad.

Al día siguiente Lorena, sin saludar, ocupó su puesto de siempre en la clase. Arlequín se llenó de vergüenza y no regresó más. Camilo lo esperó en vano. Tampoco sabía dónde encontrarlo. Carmenate no dijo nunca estar acogido por una pareja de ancianos que cuidaban de su madre y dos hijas discapacitadas. Entre ellos, Carmenate, más que Arlequín, era la alegría de la casa.

17

Por aquella época proyectaron la película *Abbot y Costello contra los fantasmas*, del realizador Charles T. Barton, en uno de los cines de la capital. Me entusiasmé al verla porque en ella estaban los personajes más temidos de mi infancia: el Conde Drácula, el Hombre Lobo y Frankenstein. Era una parodia de la tradición terrorífica de estos seres y me dejé contagiar por el efecto catártico, de *anagnórisis*, al identificarme con aquellos monstruos desde la perspectiva no del horror, sino de la sátira y el humor. Ni Drácula era la sugestión irresistible, ni el Hombre Lobo la bestia encarnada, ni Frankenstein la personificación de la brutalidad. Se habían trocado en mansas visiones, caricaturas de un salvajismo que inspiraba ternura y complicidad. ¿Cómo habían eludido la censura? La historia narrada poseía una gran vigencia en nuestras vidas. El vampiro, ese inapelable seductor de ultratumba, cobraba una especial semejanza con *La Cosa*; el Hombre Lobo, en su taimada condición, representaba un poco la doble moral del país que de día y de noche vivía en *La Sombra* existencias diferentes; y Frankenstein, era en cierta forma nosotros mismos, aquello que quiso ser pero no fue. Sentí de repente un arrepentimiento por estos juicios, como si yo me estuviera condenando hacia una interpretación demoníaca de las cosas. Se activó mi pulsación hiperestésica de los acontecimientos y noté en la boca del estómago ese ardor tan característico provocado por la duda o el desamor. ¿Por qué se reordenaba en mi mente el mundo como las piezas de un rompecabezas donde volvían a contemplarse los sucesos con otra significación? Salí del cine con hambre

de esparcimiento, ansioso por anularme, no pensar. Oí a lo lejos la música del *Buey cansado* de Los Van Van. Había una fiesta en un edificio. Eso necesitaba. Bailar, no reflexionar, adiós a la dialéctica. Estaría más feliz siendo camionero, sentado ante un timón dándole la vuelta a la Isla, transportando cebollas y calabazas, que estudiando y complicando mis paseos con razones. A fin de cuentas, la Universidad podía no estar hecha para mí. Un huelguista que confunde Huelga con Huelva ¿asistir a la Universidad? Imposible.

Cualquiera podía entrar entonces a una celebración inefable: esa donde no eres invitado. Un festejo congregaba, y si era sábado por la noche, hermanaba a conocidos y desconocidos. Subí hasta un tercer piso por una escalera de Centro Habana inflamada de cables cubriendo techos y paredes descascaradas. En lugar de la baranda había unos tabiques adosados. El ascensor era una reliquia de los años cuarenta. No funcionaba. Ya no se escuchaba a Los Van Van, sino a *The Wall*, de Pink Floyd. Me abrí paso en una sala iluminada por un bombillo rojo. Apenas veía entre la oscuridad. Choqué con un cubo en el suelo que contenía el ponche de la fiesta: una mezcla de alcohol de 90 grados con poca agua, mucho *jugo*, y trozos de frutas tropicales. Bebí dos vasos, uno detrás de otro. Eso buscaba. Marearme. Y empecé a dar saltos y cabriolas entre el gentío de bailarores. Estaba solo. Me acerqué a una columna desgastada que fingía un mármol blanco auténtico, y la tomé por pareja. Debo haber estado realizando cosas increíbles con ella porque oí una voz a mi espalda.

—Pareces Peter Sellers bailando en *El guateque*.

Me di la vuelta pero no encontré a nadie. ¡Madre mía, estoy borracho. Ya oyes apariciones! Salí como pude a la escalera y me fui tarareando el tema que empezaba a sonar. “Si me pides el pescado te lo doy”. Crucé la esquina de la calle Oquendo y tropecé con dos mujeres que avanzaban frente a mí.

—Niño, ¿qué es eso de si me pides el pescado te lo doy? —las dos rieron como urracas.

—¿A que todavía no orinas dulce, sabrosura? —preguntó una de ellas, una soberbia mulata.

Tosí. La segunda mujerona, una morena teñida de rubio, sopló con sus gruesos labios de un carmelita pendón el humo de su cigarro sobre mi cara.

—¿Sabes cómo se te quitan esos granitos de la cara, papi?

Y la mano de la mulata agarró mis testículos con una delicada firmeza que me turbó.

—¿Quieres que te la mame aquí mismo?

Salí corriendo mientras a mis espaldas se repetían los gritos de Maricón, Comemierda.

En casa, al acostarme, me asaltó otra vez la imagen de Frankenstein. Me dormí considerando que la monstruosidad de Frankenstein no radicaba en haber querido su creador dar vida a un muerto, sino en pretender hacerlo inmortal.

18

El padre de Camilo tronaba. La Abuela había estado en el silencio de la madrugada componiendo su peculiar sinfonía hogareña, el árbol de Navidad. Heredado de generación en generación, ella lo había adornado con objetos anacrónicos en memoria de la familia ausente. El sentido del tiempo de la Abuela estaba condensado en ese arbusto artificial del que pendían objetos y piezas pertenecientes al patrimonio familiar. Junto a los muñequitos de nieve y manzanas de porcelana, compartían espacio las pantuflas del desaparecido Abuelo, las gafas del tatarabuelo, la gorra del tío Pascual, la saya de la primera comunión de su madre, la sortija que le regaló el niño monaguillo que conoció en la iglesia y que según ella, fue su primer novio... Todo un panteón navideño en homenaje a la historia de sus antepasados. Pero el padre de Camilo seguía tronando.

Se había levantado a las seis de la mañana cuando un reflejo de luces parecía perseguirlo. No podía ser. Ahí estaba, por vez primera en 20 años, el árbol de Navidad en la esquina de la sala, puesto con esa ternura que le aguijoneó olvidadas sensaciones que no pudo reprimir y empezaron a atormentarlo. Vio ante sí a su madre abriendo regalos y al padre desempaquetando para él un bate de béisbol de su equipo de pelota. El hermano menor, muerto años más tarde en la lucha insurreccional, danzaba otra vez, dando volteretas de alegría en torno al arbolito de Navidad hecho de retazos, y la hermana mayor, actualmente en el *Norte*, le tapaba los ojos para que no descubriera de golpe los pocos regalos comprados el día anterior, en una ceremonia humilde pero sentida por él siempre grande, inmejorable. Podía oírlos.

—Ven, hijo, este pañuelo es tuyo. Los Reyes le han bordado tu nombre al lado de tus hermanos —decía la madre con aquella voz de cuna.

—Con este bate darás más jonrones que yo —afirmaba el padre.

Él saltaba con el hermano menor imitando que se le escapaba en el aire una pelota invisible.

—Es tuya, es tuya. Nadie podrá cogerla. Se ha salido del estadio.

Y retumbaba ciertamente el estadio aclamando el jonrón dedicado a los padres que ya no estaban, muertos de dolor a causa de las torturas que recibió el hijo apresado en la clandestinidad por los soldados de la dictadura. ¿Por qué él,

tan creyente, tuvo que desaparecer de aquella manera sin tumba y sin cruz? Apenas era un adolescente. ¿Por qué sólo se halló el testimonio de los torturadores y ni un rastro de su piel, sus ojos azules tan vivos y felices? ¿Por qué, por qué, por qué ahora Camilo era acusado de Huelga después de tantos mártires, tantos muertos como su hermano? Y volvía a escucharse el rugido del estadio detenido en el tiempo con los padres abrazados en el bohío, en el fervor de la familia unida y en lo alto, por encima de todo, su jonrón que llevaba la pelota lejos, bien lejos, triunfando en las grandes ligas como pelotero, brindando ahora al hijo que iba a nacer aquel batazo, aquella guerra que él después haría en venganza de tantos crímenes. Tronaba el padre de Camilo joven, demasiado joven para entender por qué lloraba y volvía a llorar.

Despertaron. Camilo estaba ante él, observándolo deshecho secarse el rostro sin reconocer que eran lágrimas.

–Quiten inmediatamente ese árbol. Saben que no está bien. Maldita Navidad. Tanto Dios, y tanto Dios... miren el mundo. ¿Dónde está ÉL?

La Abuela se fue a retirar, pero él la tomó fuertemente del brazo.

–No, quédese y oiga. Estas porquerías son las que están confundiendo a Camilo. Nuestra Navidad empezó en enero, no en diciembre, señora. Este país no necesita la hipocresía de la religión. Y aquí, en esta casa, no cabe un árbol de Navidad...

–Lo dice porque la Pascua está prohibida... –interrumpió la Abuela.

–Lo digo porque la Pascua es una mierda y se acabó. Y tú Camilo ya me explicarás qué cojones es eso de organizar una huelga en la escuela. Ayer en la comandancia pasé la vergüenza de una llamada por teléfono del profesor Tomás contándomelo todo.

La Abuela desconectó el árbol de la corriente y lo cargó en peso hasta la escalera de caracol. Camilo ayudó a subirlo al cuarto de la terraza mientras la madre se recogía en un silencio del que más nunca quiso salir.

19

No tiene ningún sentido dar detalles de las lentas horas, los días estériles y las insoportables semanas que se sucedieron después. Prefería permanecer encerrado en mi habitación intentando encontrarme a mí mismo, desesperado por comprender qué estaba sucediendo. Creía hasta la fecha en lo que puede creer un hombre sin religión. Mi país y la familia eran lo más grande. Él había arriesgado su vida en el combate para que yo viviera una existencia mejor que la suya, y mi juventud se fortalecía convencido de pertenecer a una sociedad nueva, donde la libertad no significaba un ideal, sino una conquista. Me sentía culpa-

ble. La Abuela, al regresar de la calle, no paraba de santiguar las ropas, el pasillo, la cocina, el baño, la casa entera.

—Un mal de ojo. Nos han echado mal de ojo.

Y nerviosa abría el grifo del lavadero, repletaba dos, tres, cuatro botellas, e iba a la iglesia para que el padre Rodolfo le bendijera aquella agua y pudiera continuar, pese a las protestas de mi padre, purificándonos obsesivamente a cada uno, hiciéramos lo que hiciéramos. Su descanso consistía en acudir a la ventana de la sala y abrirla de par en par clamando al cielo piedad y misericordia.

—Somos inocentes, Señor —rezaba con las manos dirigidas hacia el vacío.

Recitaba en aquel momento varios Padres Nuestros, y tornaba a derramar el agua bendita por los rincones y recovecos de la estancia hasta el anochecer.

—Sal de tu cuarto, Camilo. Son las ocho de la noche. Toca santiguarte.

Entonces oía a la Abuela murmurando, mientras su húmeda mano se deslizaba por mi cuerpo.

—Nadie te hará daño. Irás a la Universidad, serás médico y salvarás a mucha gente.

Hacía días que mi madre no pintaba y aquello me consumía lentamente. Por mí, por defender a Arlequín, estaba todo al revés. Si me hubiera contenido, o resignado, como los demás compañeros del aula, nada habría ocurrido y al menos mi madre estaría ahora dando forma y color a los lienzos. Me arrepentí. Debía haber pensado en ella, su predecible dolor. He sido un imbécil. Nada merece en este mundo afligirla. Busqué el tablero de ajedrez que ella me regaló en el último cumpleaños y jugué en mi soledad a darme jaque mate. El mundo frente a mí. Él se había convertido en el antagonista, el rival de fichas negras a quien le cedía, alterando las reglas, el comienzo de la partida. Mi naturaleza se había dividido en dos, algo se independizaba y pugnaba por pelear contra mí. Contemplé, enfrente, al otro ser anónimo que eliminaba mis caballos y alfiles. Quise darle unos rasgos, un semblante, y pegué en la pared mi foto de Secundaria, vestido de uniforme completo, y le disparé pedazos de plastilina que mi madre utilizaba para moldear y crear figuras en su tiempo libre. Ya no era el Camilo conocido. Había perdido su punto de vista adentrándome en otro cuerpo, en una existencia que no reconocía y sin embargo, estaba ahí, señalando, diciéndome que era parte de esa realidad propia, ajena, enana en su quijotismo. Me rompí en la foto. La Abuela debió presentirlo porque me llamaba a la puerta otra vez en medio de la madrugada. Despeinada, altiva, pareció inmensa, como si hubiera hecho un pacto mágico con la eternidad.

—Camilo, desde la última escandalera de tu padre llevo días sin dormir porque no te dije allí lo que tocaba. Perdona mi cobardía. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti.

Cerró la puerta tras de mí sin añadir nada más, convencida de sus poderes ante la aurora, dejándome de repente del otro lado, con una extraña confianza, mientras aquel fantasma mío empezó a ascender hacia el techo, devolviéndome el ser sin mancha, en un fogonazo que no quemaba, que restituía las ganas de comer y mirarme al espejo en paz conmigo mismo.

20

Una sutil modalidad del acoso impera cuando se unen el miedo y la desidia: el silencio. Camilo era esquivado en la escuela como un *inconveniente*, un escollo que había de sortearse para no ser perjudicado. Etiquetado con el sello de huelguista, no podía ir más allá de su pupitre en clase. La acusación del profesor Tomás, el Secretario, cercenaba sus aspiraciones, las ansias de soñar. Y los compañeros de aula, de forma expeditiva, se ocupaban en recordarle diariamente, con el distanciamiento y el desdén, que ya no era uno más en la guarida. Debía mantenerse en la periferia, en el laberinto del no ser. De esta manera, en casa, al ver los documentales de animales, forjó una extraordinaria identificación con aquellos miembros de la manada que, en un instinto darwinista, la selección natural apartaba de los suyos haciéndolos vulnerables al destino. Él era aquel antílope herido, la misma *Peste*.

—Me miran como si estuviera infectado de un mal.

—No les hagas caso. Ellos se pierden tu amistad —añadió la Abuela interpretando las palabras que el mutismo de su hija impedía decir a Camilo.

La madre mostraba una tristeza, un estar en ningún lugar, que agravó aún más a Camilo. La suavidad de su rostro había sido sustituida por una lenta mansedumbre. La serenidad inquietante de su aspecto terminó por socavar el túnel de la culpa. No la preocuparía más con insensateces y asumiría su responsabilidad, aunque no supiera qué significaba exactamente esa palabra, ni el por qué de un procesamiento donde él no se hallaba.

A los tres meses, alguien se atrevió en el colegio a romper el cerco, su particular cuarentena de calendas griegas. Fue Francisco, el hijo del director, el primero de la clase. Camilo había tropezado con él en la biblioteca al devolver un poemario.

—Das pena.

Fue la cortante expresión que recorrió los armarios de libros hasta alcanzar a los estudiantes sentados en la zona de lectura. Se hizo un rumor. Dos o tres

se dieron la vuelta para huronear de quién se trataba, y al reconocer a Camilo, volvieron perezosos a la rutina de la indiferencia.

—¿Pena de qué? —preguntó Camilo en el límite de su paciencia.

—Tú sabrás.

Francisco recogió el nuevo préstamo de manos de la bibliotecaria.

—Léela cuando la entregue —agregó lacerante.

Francisco enseñó a Camilo la novela que se llevaba bajo el brazo: *El idiota*, de Dostoyevski. Dos desconocidas se marcharon con él mientras les participaba al oído quién era *ese* Camilo.

21

Pero había otro silencio. Nació aquel día del árbol de Navidad, cuando Sócrates se interpuso entre ella y él. Su interrogante método del “habla para que yo te conozca” dejó de tener resonancia en el desciframiento silencioso de la madre. Se sentía el invitado de honor en aquel universo de gestos breves y miradas ausentes donde lo sutil se bifurcaba en constancias del mundo verdadero de ella, en cuyos dominios se le unía, sin que nadie pudiera impedirlo. Verla era suficiente para realizar inasequibles anhelos, imaginarla a solas en cualquier punto de la casa pasó a ser la evidencia de esa compenetración que llena la nada. Camilo se especializó en uno de los juegos más vehementes de su infancia: desentrañar las palabras que componían el lenguaje callado de la madre. Aprendió a conocer el por qué de su presencia sigilosa en el balcón, creyó hilvanar la razón de su levitante vaivén en la mecedora, soñó con las múltiples revelaciones de aquellos ademanes solapados a través de los cuales ella se comunicaba con él, como cuando creyendo a Camilo dormido, sonreía frente a su cama. Así, las *señas* de la madre fueron sus *señales*, los movimientos de su cuerpo una inestimable cartografía para las obligadas incursiones lejos del hogar. De esta forma, cada comprobación de su respiración, fue una contestación de que ella, su madre, viviría siempre. Ni siquiera la Abuela pudo suponer que el nieto, tras ese permanente silencio de la madre, olía sus secretos, como la Abuela, entre cien fragancias de jazmín, era capaz de reconocer la suya por esas gotas de azafrán que vertía inevitablemente sobre su frasquito de colonia. Camilo fue creciendo ganado por la impresión de que, la reserva de palabras de la madre, se había producido en realidad como otra de sus enseñanzas de escritura, una suerte de *reserva* espiritual orientada a la historia del hijo, según una amorosa interpretación donde ella le iba desvelando un mensaje de confianza que necesariamente debía encubrirse en ese mutismo para preservar su alcance del conocimiento ajeno.

Sócrates perdió la partida. *No hablar* fue la mejor vía de eso que con el tiempo Camilo llamó la metáfora del Sileno, gracias a la cual, el sabio griego fue sinónimo de una mayéutica del silencio. Todo gobernó el elogio de un inefable, su madre.

22

La hospitalidad dejó de ser asilo espiritual y fue cobijo de la intemperie humana. Yo era un síntoma, la prueba de algo muerto en el fanatismo, y por tanto, me convertía en la vislumbre del gusano que anuncia la putrefacción. Por eso es de gran valor antropológico, más que positivista, estudiar cómo una sociedad que persigue el símbolo, acaba siendo simbólica.

En la Isla, en nombre de los misántropos de la ley, al implantarse el odio al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, se fraguó sin querer, por esas extrañas paradojas de la historia, un nuevo Infierno, un renovador Purgatorio y un desconocido Paraíso, con la salvedad de que los tres se resumían en un Limbo Tropical donde gravitaba justamente la aportación experimental del Comité de Sabios de la Isla, gabinete concebido con la festinada ilusión de transplantar sus hallazgos a otras latitudes. Básicamente, en esa concepción, yo pertenecía al Infierno, aunque no pueda explicarlo. Sería abrumador atacarme a mí mismo. Pero ahí entra el Shakespeare caribeño que, por supuesto, es superior al inglés. Porque en la Isla se trasciende el *ser o no ser* del teatro isabelino. Esto quiere decir, en pocas palabras, que aunque “no me ataque a mí mismo”, tampoco pueda “justificarme a mí mismo”, pues allí lo que importa *es* y *no es* al mismo tiempo. De este modo, el Shakespeare inglés es sentado en la silla del iniciado para contemplar cómo su genio no fue capaz de percibir que su dicotomía no es una contradicción, sino una cantidad indisoluble, o lo que es igual, una mágica unidad. El problema realmente empieza para los que están fuera del Infierno. Aquí es donde algún día deberá detenerse la ciencia para poder comprender su horror.

23

De niño asistí a la apertura en mi fantasía del demonio. Ocurrió un día al tropezar en el librero de mi padre con el *Fausto* de Goethe. En clase también había un compañero llamado Fausto. Era una mezcla de ermitaño y taciturno que no se relacionaba ni con su sombra. Despertó en mí una curiosidad insondable por tratarlo, pero no dejaba a nadie acercársele. El libro del dramaturgo alemán, más que un descubrimiento, se mostró como la llave misteriosa de los secretos de aquel ser recóndito. Fue de esa manera que, entendiendo poco y adivinando

mucho, lo leí. Y de la trama, se apoderó de mis evocaciones no el Fausto, ni Margarita, sino Mefistófeles, ese personaje que aparecía y desaparecía. Años más tarde supe que era el mismísimo Diablo, pero a pesar de ello, no se borró la idea que plantó en mí de la amistad. El amigo era eso: alguien que, como en el *Fausto*, surge cuando hace falta y jamás te abandona. Yo me interpelaba puerilmente: si él es Fausto, entonces me corresponde el lugar de Mefistófeles, que obviamente no tenía en mí el peso de una maldición, sino la delicia de un individuo capaz de hacer milagros. Con esas enseñanzas, incorporadas al estilo de un San Agustín habanero-niño, donde lo entendía todo si no me preguntaban nada, apareció y desapareció él en mi vida. Pude oírle de repente un día, acompañarle otros, y quererlo, como se quieren dos niños aspirantes en sus sublimaciones infantiles a una relación inseparable. Sin embargo, el tránsito de la Primaria a la Secundaria había producido algunas modificaciones en esta visión de la amistad, fundamentalmente después del “día de la huelga”. Ahora Fausto y Mefistófeles se habían unificado en un ente abstracto donde nadie aparecía. Nada más estaba el desaparecer. El hechizo se había roto. Me sentía dentro de una espiral en la que daba vueltas de carnero, y cuando me interrumpía, veía veladamente, en la imagen de los compañeros de aula, el rostro yuxtapuesto de Fausto y Mefistófeles sin manifestarse de cuerpo entero. A medida que se acoplaba en ellos un perfil sobre otro, yo iba desapareciendo. La constatación de esta realidad en mi adolescencia, me hizo añadir una interpretación a la percepción del *Fausto* de la infancia, que se puede sintetizar, más o menos, en la siguiente frase: la amistad es la antesala del demonio.

24

Al apagar y prender la lámpara pasaba la mano tres veces por el interruptor antes de accionarlo. Se había desatado una hipertrofia de la sensibilidad por la exclusión de su persona en el cinturón del grupo. Ya no era él una pieza de esa vestimenta en la que completaba un espacio del cuerpo. Camilo había concebido a sus compatriotas de clase como parte de un mismo organismo. Ellos, en función del carácter y la actitud, ensamblaban en su imaginación los distintos componentes de una figura indivisible. Desde que se fue Arlequín los incidentes se catalizaron. Aquel ser creado por obra y gracia del *compañerismo*, empezó a desintegrarse, apagándose jornada tras jornada igual que la luz de su cuarto. Comprobó otro embuste del profesor Tomás, que en sus mítines y sermones, no se cansaba de repetir: “la masa determina al individuo”, “la materia ni se crea ni se destruye, se transforma”. Si esto era así, cómo el vacío de Arlequín había *determinado* el adiós de la *masa*. Lo que existía en el grupo, mucho antes del

aciago “día de la huelga”, era la *creación* de una barcaza hacia un mismo puerto en la que había un espacio, un lugar para todos, donde se afirmaba el momento del entusiasmo y la ocasión de la alegría en cada uno. Ahora, la privación de Arlequín, había engendrado la vorágine, no la *transformación* de la *materia*. De lo contrario, ¿a dónde habían ido a parar los saludos a la entrada del colegio, el agradecimiento cuando ayudaba a una muchacha de la Secundaria a cargar los libros, o la enhorabuena de los profesores al obtener una inesperada alta calificación en las asignaturas? La retirada de Arlequín no dejó materia alguna, sino espíritu en Camilo.

25

El reportaje que exhibieron en la escuela sobre el entorno de las ballenas le suscitó por una hora del mundo real. Le impactó oír que eran viajeras incansables y cómo sus vidas se desconocían una vez se adentraban en el mar. “Se les puede avistar cuando salen a la superficie a respirar, pero después sus hazañas se describen a centenares de metros, en las profundidades de los océanos, donde ellas sumergen la potestad de sus biografías” –dijeron. La Abuela brotó en su cabeza como un surtidor. Ella poseía algo de ballena. Durante el día, su esporádica presencia en casa, la emparentaba con ese estilo de irrupción e inmersión de los majestuosos cetáceos. Camilo vio en un destello que él también podía asociarse con la esencia de una ballena a través de esa necesidad de oxigenación y resguardo. Estuvo abismado en el ojo de un ballenato. Desde la pantalla parecía mirarle, dictándole un precioso mensaje. Era un gesto cálido, de confluencia. Entrecerraba el párpado invitando a seguirle. Camilo se introdujo en la órbita del pez y pudo contemplar lo desconocido.

Al atardecer, cuando la Abuela retornó de sus peregrinaciones por la ciudad, Camilo pidió un deseo.

–¿Podrías ayudarme a conseguir un catalejo?

Ella ni se inmutó.

–Tu padre tiene uno.

La cara de Camilo se iluminó repentinamente. La Abuela disfrutaba con disimulo el efecto de su noticia.

–¿Dónde está?

–¿Para qué lo quieres? –indagó ella con picardía.

–Es un secreto.

–Un secreto...

–Sí.

La Abuela suspiró con guasa criolla.

—Bueno, si es un secreto... —articuló las palabras con rumbosa musicalidad quedando suspendida la última sílaba—. Si de verdad es un secreto, registra debajo de la cama de tus padres.

Estaban solos en la casa. Él se internó en el cuarto. Husmeó cauteloso donde la Abuela había aconsejado. Quitó unos ejemplares de revistas nacionales apilados en una caja verde y halló dentro, tapado con un plano militar, un estuche de cuero. Era un prismático. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Jamás habría buscado en aquel lugar. No se molestó en averiguar por qué ella lo sabía. La Abuela también poseía sus secretos.

26

El recrudescimiento de la soledad desencadenó la ansiedad, el delirio hiperestésico de la niñez. No podía escuchar hablar en voz baja sin que su ánimo se erizará. El característico bisbiseo del murmullo le exasperaba como humedecer los dedos en la boca al pasar las páginas de los libros. Ese inexacto crujido del movimiento de la lengua dentro de labios reseco, persistía en martirizarlo tan encarnizadamente, que podía trasladarse de un extremo a otro en el autobús con tal de rehuirle. No obstante, los encuentros en la mesa a la hora de comer fueron los más difíciles. El arroz con pollo de la cena, después de quince días sin probarlo por los imponderables de la cartilla de racionamiento, no significaba para él un suceso, sino una agonía. Regresar la Abuela de la carnicería con la compra del cuarto de pollo quincenal correspondiente a la familia y sentir al padre chupando huesos, era lo mismo. La disyuntiva no estaba en querer la pechuga y tener que conformarse con el muslo, o negarse la Abuela a ingerir carne por respeto a los animales, sino en que él no masticaba si otros lo hacían. Esta situación dio lugar a extrañas escenas. Debían sentarse a la mesa en un orden que permitiera mascar de manera escalonada en el sentido de las manecillas del reloj. Ellos conocían una ínfima selección del repertorio de manías que se había apoderado de Camilo.

En aquella época no se atrevía a pisar la calle sin tirar al aire la moneda de cinco centavos regalada por la madre para el durofrío de piña de la merienda. En una cara había una estrella y en el reverso un escudo. Era imprescindible que cayera en la mano la parte de la estrella, entonces todo saldría de maravilla. Si no ocurría, las consecuencias podían ser tan extravagantes que es mejor ignorarlas. Inconforme con estos auspicios, el afán de aceptación en la escuela, de recuperar el afecto y la confianza, le obligó a desarrollar otros oráculos. Su habitual peinado de la raya en el lado izquierdo de la cabeza fue sustituido, antes de entrar al aula, por un desorbitado ondula-

miento del pelo en cascada sobre la frente, idéntico a la foto del difunto abuelo. Forró los libros y cuadernos del colegio con nuevas carátulas de revistas, cuidando no hubiera en ellas escrita una noticia desagradable, o los rostros de las personas retratadas le transmitieran eso que él llamaba “gratas emociones” o el “desahogo del amigo” para, de vez en cuando, poder conversar con ellos si era necesario. Prestó más atención a la música oída por la calle porque era indiscutible que le comunicaba sofisticados mensajes, como aquella ocasión donde reconoció a su admirado Benny Moré cantando “hay que vivir el momento feliz, hay que gozar lo que puedas gozar, porque al final la vida está hecha de infelicidad”. ¿Qué era su realidad sino una *infelicidad sin momento*? Por esto había que seguir creando oráculos. Y adoptó otros ficticios *compañeros* de juego: los dados de parchís. El tres se hizo el inseparable consejero, al punto de pedir una nueva colonia para completar, con los dos envases vacíos de lavanda, el triángulo equilátero que realizaba sobre la mesa de noche a fin de dormirse. Así, gestó su propia explicación de las cosas en aras de retrotraer el ayer de los amigos. Poco a poco la moneda de cinco centavos fue relevada por los dados. El futuro de su existencia dependía de salir el tres al lanzarlos, o que la suma o la resta de ambas caras dieran por resultado esta cifra. Si no, se autocastigaba con un ejercicio. Al día siguiente, por las calles, anotaba en un papel las chapas de los coches y las retenía en su mente hasta volver a la cama. Allí las repasaba de memoria, contrastando con sus apuntes que no se equivocaba. Si fallaba, mala señal, venían las pesadillas. Había una recurrente. Camilo en un bosque. Habla con las plantas, acaricia animales hasta llegar a una formidable palma real que sostiene, en uno de sus penachos, una colmena. Toca el árbol con delicadeza y luego se tiende sobre la hierba a contemplar el vuelo de las abejas. Al despertar sueña que no puede despertar, está dentro de un sueño que se abre a otros sueños donde se repite, a intervalos, la misma secuencia del bosque y las abejas.

Sudaba. Se levantó jadeante con el zumbido de un panal. Se acercó a la ventana y enfocó los prismáticos, a oscuras, hacia un trasnochado transeúnte. Comenzó el monólogo de un diálogo interminable.

27

Nueve en punto.

—Se ha ido.

Subía las escaleras con pisadas de plomo, como si me fuera la vida en cada peldaño, dejando el rastro de los que van sin compañía hacia la infinitud.

—Se ha ido, se ha ido.

El fastidio, la fosa, la levedad, el muro. Iba contracorriente ascendiendo hacia el barranco. Allí estaba mi espacio de noria: el aula. Quejas, imprevisto, alucinaciones. Todos coincidían en lo mismo.

-Se ha ido, se ha ido, se ha ido.

No averigüé. Hacía tiempo ellos habían dejado de ser míos. Los observaba eufóricos, congregados imprudentemente, entrechocando las palmas de las manos igual que en la victoria de un juego de pelota. No era un día cualquiera.

-Un mierda.

Y yo estaba a punto de gruñir con ellos sin saber por qué chillaban, convencido de que dirigían contra mí una inédita manera de resaltar mi insignificancia.

-Traidor.

La voz, el clan, un coro, me descomponía. Al unísono.

-Gusano, gusano, gusano.

Me vi en el fuego sin Santelmo con los grandes apóstoles de la hoguera: el indio Hatuey, la inmortal Juana de Arco... Conocía aquella ofensa. Mi metamorfosis en *gusano*. Con el aumento del escándalo se alzaba aún más el patíbulo. La horca. Ya la soga se cerraba sobre el cuello. Los encapuchados me rodearon. Ahora miran. No había dudas. Habían decidido sin mí otra vez ese, mi último día. Era yo. ¿Quién sino era el gusano del colegio? El vértigo, la vertical del vacío. El grito. Caí abatido.

-¡Camilo, Camilo, Camilo!

Me levantaron en una improvisada parihuela de manos y hombros. Se había destapado en mi cabeza la caja de Pandora.

Mi padre me esperaba a la entrada de casa con los brazos abiertos y la promesa de una invitación. No quise ningún tipo de aclaración ni disculpa. La Abuela estaba cogida del brazo con mi madre aceptando mis ganas de volver a la vida.

Reproduje la escena en la cama al acostarme. Yo, el elegido nuevamente, pero esta vez mi función consistía en cumplir el encargo del director: leer en el matutino la carta que firmé con los demás. Me trasladó primero a su despacho con un gesto de filiación. Telefoné.

-Lo queremos mucho. Estábamos equivocados.

Se organizó el mitin donde pasé de la ejecución al perdón, de la humillación a la alabanza. Leí como si estuviera en la *Plaza*. Evité mencionar los insultos y vejaciones escritos, pero no pude sosegar en mi interior otras muchas palabras que nunca había creído evocar, tantas, insuficientes en la expresión de mi enojo. Tomás, el Secretario del Partido, había desertado, se iba al *Norte*.

El director cerró el acto diciendo que yo había resistido como un Héroe. Aplaudieron.

Me eché la almohada encima y me tapé con la sábana hasta la barbilla. Desde entonces no he podido dormir desnudo. No me protegía del azar sino de mi país. El cachumbambé. Hasta hoy no ha sido posible despojarme de la idea de que la Isla es una tómbola. ¿A quién estaban dedicados aquellos aplausos en el cambio de mi suerte?, ¿al héroe que no era, o a la sombra que fui?

Decir tu nombre

1

Era su aniversario. Camilo fue a felicitar a la Abuela. Ocultaba en una mano su fragancia predilecta, la colonia de jazmín, envuelta con especial esmero por la chica de la perfumería, y en la otra escondía el poco de brillantina que le quedaba en su habitación. Esa iba a ser una ofrenda secundaria, pero de igual importancia. La Abuela utilizaba grasa de pelo al peinarse y Camilo sospechó que se le había acabado. En los últimos días estaba más desgreñada que de costumbre.

-¡Qué susto me has dado!

Escribía en la mesa del comedor cuando él puso los dos regalos al alcance de los ojos.

-¡Qué rico, Camilo! Ahora me podré bañar con perfume.

Varios billetes de un peso se hallaban apilados junto a la Abuela. Camilo la había interrumpido.

-¿Qué haces, Abuela?

-Felicitó.

-Pero Abuela, si es tu cumpleaños...

-Ay, Camilo. Cuando era niña tuve un billete de un peso donde habían anotado dos palabras en mayúscula: MUCHAS FELICIDADES. Recuerdo lo que significó para mí aquello. En casa éramos muy pobres. Corrían años duros. Había lo justo para el día, unos centavos y rara vez disponíamos de la cantidad requerida. Yo poseía una curiosidad infantil por las figuras en papel moneda. Tan escasas ocasiones se nos daban de verlas... -la Abuela se contuvo con la voz vacilante.

Camilo escuchaba con la intensidad propia de un capítulo inédito de la vida de la Abuela.

-Desde entonces, -prosiguió ella reponiéndose de inmediato- el día de mi cumpleaños escribo felicitaciones en billetes de un peso, que es el dinero de los pobres y también una forma sencilla de dar contento a otros. En fin, aunque se felicite a un desconocido, nunca se sabe el bien que se hace. He estado toda mi vida agradecida de aquella persona, que sin saberlo, brindó por mí cuando más lo necesitaba.

Acarició el rostro del nieto que la contemplaba abstraído, imaginando cómo él podía salvar en lo adelante al mundo con felicitaciones.

—Dale, vas a llegar tarde al colegio —indicó la Abuela, que volvía a consagrarse a la tarea primordial de su natalicio.

2

Tan plétórico estaba que podía penetrar hasta el centro de la tierra si me lo hubiera propuesto. El barrio se mostraba ante mí con la nitidez de un espectáculo hasta entonces desapercibido. La Abuela me había contagiado sus MUCHAS FELICIDADES. Todo estaba en el mismo lugar de ayer, pero era diferente. La Cromañona, vecina del tercer piso, insomne en el balcón de tanto entrometerse en la vida ajena, ya no me molestaba con su prepotencia de Celestina Mayor. La Desmelenada, que tiró fotos a los bomberos mientras asaltaban su casa colonial en situación de emergencia, no se había mudado. Emelina, la eternidad por testigo, seguía agazapada en el portal sopesando el calibre de sus presas cotidianas. Junto a ella Casimiro, castigado a *casi ver* de tanto malquerer a las personas, anclado con sus hediondas chancletas de siete leguas. Ambos perseveraban en comprobar quién se atrevía a pasar cerca de ellos y resistir los comentarios a media voz. Era insufrible soportar sus frases con la carga de burla y medianía.

—¡Vaya pichón, no das ni pa' paloma!

Y se cocinaba la sopa boba de sus risitas en sordina como si hubieran hecho el chiste del siglo. No muy distante, se erguía la casa de la Dama Triste, una anciana enloquecida. Vestía invariablemente un raído ajuar de bodas desde que su prometido salió de la Isla sin poder volver jamás. Un poco más allá estaba Manteca, el timbalero de la cuadra, la gozadera encarnada. Para él sí que no había pasado, presente ni futuro. Su República era un par de tambores, un cencerro y una botella de ron, conocida popularmente como *chispa é tren*, porque había que ser una locomotora para poder tragarse aquello. El vecindario estaba revolucionado con él por su exportable algarabía de 24 horas que le daba la vuelta a la manzana en un país donde no hay manzanas. Era mi mascota urbana. Trataron de expulsarlo del barrio en una asamblea de vecinos, pero la Querendona lo impidió con sus influencias en la policía. Ella sí que tenía poder, o como decían, paraba el tráfico. Vivía en una casa de madera que hacía esquina con las entrecalles de Manteca, y siempre había atascos de automóviles por las rastras y camiones de su corte de pretendientes, aparcados delante de su casa, ansiosos de conquistarla con artículos de lujo del contrabando: un pernil de puerco, ristras de ajos, o una lata de aceite de freír. Faltaba en el mural de mi reino en *mi mayor* el Paseante del Domingo, un perro abandonado que nos visitaba ese único día como si aguardara el plato de chícharos guisado por mi madre el sábado, y que yo le servía semana tras semana.

Ellos apenas cabían en mí de las MUCHAS FELICIDADES que quería darles sin saber por qué, pero a partir de aquella mañana algo había cambiado, me lo decía la clara conciencia de sentirlos en mi corazón como una gran familia.

3

Uno es a veces un barrio, una provincia o el universo. A esta conclusión llegó Camilo después de cerciorarse de que su habitación no era un electrón libre en medio de aquel mundillo aspirante a la heterodoxia de urbe. Había, si quería, un equivalente, una razón para cada cosa. ¿O no tenía un poco de todos ellos? Empezó a darse cuenta de que transitaba en él la voluntad del Paseante del Domingo, ese ir a donde no se le espera con la certidumbre de encontrar a alguien. Hasta sintió un don, un linaje del espíritu en aquel can que le recordaba indecibles pasiones. ¿O no había inventado cada domingo un pretexto de entretenimiento para reducir la tristeza de ese día de la semana? Por muchos intentos, nada pudo hacerle desistir que, en contraste con el Viernes, sinónimo de regocijo, el Domingo representaba el callejear por la melancolía. ¿Y la Desmelenada, con su tendencia a fotografiar lo súbito? ¿No había en él una propensión a la evocación hasta reproducir el instante? ¿Acaso Manteca no significaba el paradigma de la dicha, el testimonio que debía citar en sus juicios desapacibles a fin de avecinar el optimismo? Hasta Emelina y Casimiro estaban, porque él también perdía mucho tiempo en ver los insectos deambulantes de la casa, llamándolos caprichosamente con exóticos nombres que los sentenciaba o libraba de morir en sus manos. La Querendona no ofrecía dudas. Ella ilustraba su deseo, la vehemencia por los libros, que como furgones estacionados, interferían el paso a través del cuarto. La Dama Triste y la Cromañona se unían en lo surreal.

Camilo llevaba días en un ensueño. Mariana, la nueva del aula, se le aparecía. Esta persistencia onírica le enfadaba. No hay motivo, decía. Los dos eran distantes en la escuela. Ella no reparaba en Camilo, y él se esforzaba en no verla, incluso cuando la profesora de Geografía regañó a Mariana porque estaba conversando con una estudiante y se echó a llorar de pena. Aunque él hizo que le alcanzaran su pañuelo para enjugar las lágrimas, procuró no mirarla así, y Mariana después de secarse el rostro, devolvió en silencio el pañuelo, sin observar al dueño tres asientos más allá de ella. Camilo oyó la voz en off de sus sueños. ¡Ya verás que otra vez se te manifiesta! De esta suerte, la Cromañona y la Dama Triste participaron de su vida. Porque la vecina del tercer piso se apoderó de las noches del adolescente del tercer asiento, que vigilaba dormido si se le volvía aparecer Mariana; y la Dama Triste, al despertar, ocupaba el puesto de él en la

escuela mientras acechaba una señal esclarecedora de sus viglias. Camilo se ratificó en sus nociones. Uno es un barrio o el universo. Todo es cuestión de perspectiva.

4

Y el universo estaba allí, en la Biblioteca Nacional.

Pasó de largo entre los *autores de calendario*, como reconocía a los escritores de doce libros por año. Buscaba en el tarjetero una obra que le atrajera por el título. Era su guía en la espesura de aquellos anaqueles rebosantes de volúmenes donde terminaba exhausto, sin orientación, inmerso en las marejadas de libros y libros que no le llevaban a ninguna parte. A punto estuvo de desistir cuando se fijó en el encabezamiento de uno como si escondiera el ingenio de Charles Perrault. Eso es justamente lo que creyó encontrar perdido entre los laberínticos estantes, una reminiscencia de *La caperucita roja y el lobo* en la novela *El lobo estepario*, de Hermann Hesse. Anotó la clasificación de referencia y se dirigió a la bibliotecaria.

—No está disponible. ¿Por qué quieres ese libro?

—Me interesan los lobos.

La bibliotecaria le dio un repaso con la mirada de arriba abajo.

—¿Los... lobos? ¿Me quieres engañar?

Camilo no entendía aquella hostilidad. Nunca le habían negado una petición.

—No. Me gustan los animales.

—Con tantos libros de animales y venir a escoger precisamente este que no tiene nada que ver. O sí... ¿Sabes quién es *Elman Ese*?

Él negó con la cabeza.

—Un corruptor —contestó tajante la bibliotecaria.

Iba a exigir una explicación cuando se reveló el universo. Ella había aparecido interrumpiendo a Camilo.

—¿Ha llegado mi libro?

Él observaba estupefacto. Pensaba que no se había percatado una vez más de su presencia.

—Sí, aquí lo tiene —informó la bibliotecaria entregando una antología de relatos.

—Gracias.

Ella se retiraba.

—Espera. ¿No eres la nueva?

Mariana sonrió.

—¿Nueva?

—Sí... quiero decir... en...

—¿Me conoces? —ella miraba fijamente el nerviosismo de Camilo.

—¿Conocerte... no... si nunca...

—Entonces, ¿cómo me llamas “La Nueva”? —preguntó Mariana con gracia.

—Claro por... la escuela... el aula...

—Ah, entiendo. ¿Eres el de la... fiesta?

—¿Qué fiesta?

Camilo apoyó su espalda en la pared. Temblaba.

—¿No te acuerdas lo que hiciste aquel sábado en mi fiesta?

—¿Tu fiesta?

—Sí. La que organizaron mis amigos en Centro Habana... Te lo voy a recordar.

Ella indicó que la siguiera. Al llegar a la hemeroteca Mariana se puso a bailar frente a una columna. Camilo se puso pálido. “Está loca”, pensó, como si tuviera al fin la respuesta a la relación en sus sueños de la Cromañona y la Dama Triste.

—Basta, por favor, todo el mundo te está mirando...

Él, influido todavía por los padres de la literatura infantil, se acordaba de la escena de la bailarina y el soldado de plomo de Hans Christian Andersen.

—Peter Sellers, *El guateque*, ¡qué mala memoria, chico! —exclamó ella sin dejar de danzar en torno a la columna de forma estrafalaria.

—¿Peter Sellers...? ¿Nooooo? ¿Eras tú? —Camilo interrogó sin salir del asombro.

—Siiiiii —contestó Mariana con una mueca de alivio.

—No puede ser,... Mariana —expresó con lenta timidez, como si pronunciar su nombre por vez primera ante ella significara un acontecimiento.

—Pues sí que lo es, Camilo.

—¿Camilo? ¿Sabes mi nombre?

Al llamarle Camilo pareció avizorar no quién era, o había sido, sino lo bueno que estaba *por-venir* en él. “Camilo”, repitió, y él no sentía el dolor del herraje de la tradición sobre la piel de su nombre, sino un sonido que transparentaba dentro de *Camilo* una realidad distinta, invisible, gracias a Mariana. Ella sonrió otra vez.

—Hasta mañana. No vuelvas tarde al aula.

Camilo se recostó en la columna con la respiración entrecortada. ¿Cómo? —se preguntó— ¿me ha visto además llegar hoy a clases?

Ahora ella se alejaba por el pasillo. Camilo seguía divisándola incrustado

en la pared. No pudo moverse hasta que Mariana desapareció por la puerta principal de la biblioteca.

5

“No son la historia ni la memoria quienes rigen el horizonte de la sociedad, sino la casualidad y el olvido”, me enseñó Mariana aquel día.

Con ella mi vida estuvo conducida por un destino que encontraba respuestas a preguntas inexistentes. El poco tiempo que la conocí fue el Tiempo para mí.

–La casualidad es la simiente de lo maravilloso –me dijo al final, frente al malecón.

Yo atendía hipnotizado el movimiento de sus labios, semejantes a los de las mujeres del Bosco en *El jardín de las delicias*.

–Quiero proponerte un juego de naipes, pero las cartas seremos tú y yo.

Asentí mecánicamente, como no podía ser de otro modo. Ella desconocía que yo habría afirmado hasta la locura.

–El azar no es azaroso. Nos ha reunido a los dos y me gustaría que le rindiéramos otro azar. Tú escribirás como yo, y te contestaré como tú. Vendríamos aquí mismo para leerlas con el mar por testigo. ¿Qué te parece?

–Me parece muy bien –fue lo único que se me ocurrió añadir. ¿Qué podía hacer si no aceptar y seguir aceptando?

–¿Sólo muy bien?

Ella me cogió las manos y yo continuaba sin reaccionar. Sus ojos transparentaban lo invisible. En los arrecifes varios bañistas hendían la calma del litoral.

–Buscaremos un espacio más tranquilo. Es algo que he deseado hacer siempre. Mi orgullo femenino necesita compartirte.

Todo era azul, infinito.

6

No sabía por dónde empezar. Buscó en la biblioteca de su padre algún libro sobre la mujer. En efecto, había uno. Abrió la página marcada con un almanaque de bolsillo y leyó:

Me he mantenido alejada del mundo de hombres. Puedo imaginar sus temas y aficiones, descubrirlos uno a uno según la procedencia y edad. No añoro esta concesión. Tengo otras ventajas: la contraconquista. Mas es insuficiente. Reduce el arte femenino de la seducción. Seducir es amar lo desconocido. Ellos no son ese misterio. Se precisa al hombre. ¿Y dónde está hoy? Prefiero mil veces imaginar lo que hacen a solas, pero no condescender mi soledad a

ninguno por esa compañía que parece del todo prescindible. A veces me pregunto cómo pueden anegarse en la nadería de una virilidad desprovista de delicadeza. Los hombres fuertes a los ojos de los demás son los más débiles a los ojos de las mujeres. La fuerza está en el instinto para sentir la fragilidad de la resistencia, en el empuje y la energía de lo vulnerable, en gestar lo imposible aunque en eso les vaya la hombría. La metamorfosis del varón es imprescindible en el encuentro del hombre. Todavía hay quien se esfuerza en lucir sus armas de guerra, sexuales y militares, sin percibir la deplorable tautología que subyace tras este camino. El ejército que nos interesa es inerte. Sexo y milicia son miméticos. Aborrecemos los estereotipos constantes. Vale mil veces más el llanto de un hombre exánime que la caricia del soldado que vence. Eros y muerte. Pobre gente. A esos no quiero siquiera pensarlos...

Esto no le servía. Cerró el libro. Debía encontrar otro punto de partida. Su imagen de la mujer se correspondía más con el globo de Matías Pérez, aquel aeróstato que dicen subió hasta el techo del mundo. El ascenso era una metáfora asociada en su cabeza al desarrollo fisiológico de las compañeras de clase. Así, se fue imponiendo un brío infantil mientras escribía. Al concluir la escuela, Camilo parecía haberse vuelto otra vez niño:

“...Es como el viaje que alegra y cambia tu vida, es el vuelo de...”

Iba a escribir el “vuelo de Matías Pérez”. Tachó.

“...La mujer es... por lo que vale la pena conquistar Troya.”

Se detuvo. ¿Conquistar? No. Mejor *defender*. Sí, “la mujer es por lo que vale la pena *defender* a Troya”. Respiró hondo, como si le hubieran liberado de un lastre milenario. Camilo firmó: Mariana.

7

“Siento en la proximidad una engañosa certeza...” ¡No! –exclamó Mariana. “Hay en ti una especie de quietud abisal...” Vaciló unos segundos. ¡Tampoco! –se negó a consentir ese razonamiento que le pareció dividir la espera y el tiempo. Dios mío, no estoy feliz de ideas. Otra sentencia afluyó. “El amor y el amante ¿no son parte de distinta interrogación?” Por favor, se dijo, menos que menos. Pulsaba el tono de las palabras urdiendo una estructura aforística donde, sus quince años recién cumplidos, no declararan al Camilo de catorce, qué sentían. De ahí su petición de intercambiar roles para que no percibiera la atracción nacida desde aquella noche en su fiesta, mientras él bailaba casi a oscuras con la columna de la sala. Pero ahora, el asedio de pensamientos arracimados e inconexos, la levantaron de la cama. Fue hasta el espejo de la cómoda.

–Relájate, Mariana. Son las cuatro y media de la mañana. Puedes hacerlo. Concéntrate en Mariana-Camilo.

Dio varias vueltas en círculo con los brazos abiertos. Surgieron otras voces, estas sí eran suyas. Mojó en el tintero la punta de la pluma de pavo que su padre le compró en un mercadillo de Amsterdam y escribió:

“Carta de Mariana-Camilo.

Jueves a las 5:00 a. m.

Amo desesperadamente.

Jueves a las 5:05 a. m.

Me gusta verte rodeado de otra intimidad: la compañía de lo bello sin la soledad de la belleza.

Jueves a las 5:07 a. m.

Un puente escinde un extremo y otro de mí. Allí, ¿quién es la realidad del deseo?

Jueves a las 5:11 a. m.

Todos buscan. Yo, sin embargo, amo.

Jueves a las 5:14 a. m.

Permanezco inventando las mismas mentiras sobre las mismas verdades. Quiero decir te quiero y solo puedo decir desesperadamente.

Jueves a las 5:22 a. m.

El verbo amar en todas las conjugaciones para que desaparezca la tristeza de don Juan.

Jueves a las 5:26 a. m.

He visto hombres semejantes en diferentes mujeres.

Jueves a las 5:32 a. m.

Tú, aunque no sepa todavía lo que es el amor.

Jueves a las 5:35 a. m.

Creo en la posibilidad de desnudarme a tu lado dejando fuera las palabras hombre y mujer.

Jueves a las 5:37 a. m.

Temo que seas, al fin.

Ella firmó:

Camilo.”

Se citaron en el puente levadizo de la fortaleza del Morro. Era uno de los espacios más emblemáticos de la vida de Camilo. Ese lugar, conocido inicialmente como parte de las enseñanzas histórico-militares que el padre se empeñó en transmitirle de niño, en un afán de incorporar en su espíritu las tradiciones de la ciudad, había terminado por adquirir en él un sentido vital con el decursar de

los años. De no haber existido el faro del Morro, Camilo no habría sabido a dónde ir los fines de semana de aquellos largos meses en que estuvo acusado de huelga, soportando la marginación, el ocultamiento. Esa edificación colonial se había convertido en algo más que un refugio de meditación. Caminando por las fortificadas galerías, encerrado en los torreones con vistas al litoral, palpando las paredes de antiguas celdas sin cerrojo roídas por la humedad, o tendido sobre la arena del foso, sentía la compañía de las almas que, épocas atrás, habían habitado esa construcción. Reproducía cómo debía haber sido la existencia en cada una de esas zonas guarnecidas en su mente para ser otra vez pobladas. Desde los cambios de guardia de los centinelas, las bromas entre oficiales, los presos fugados, hasta los episodios costumbristas propios de la metrópoli. Para Camilo, el encuentro de las culturas criolla y peninsular, seguía conviviendo allí en una dimensión mágica, donde el tiempo había difuminado las heridas y enfrentamientos, hermanando en un pacto inviolable los bandos enemigos. También las primeras pesadillas de su infancia se asociaban al Morro, a la brecha que le abrieron los ingleses en la toma de la ciudad. Su padre le había hecho una magistral descripción de los errores estratégicos que facilitaron la ocupación de ese bastión considerado inexpugnable, y cómo un puñado de combatientes había muerto heroicamente en la Isla. La vehemencia referida en el relato, la minuciosidad con que explicó la crudeza de los combates cuerpo a cuerpo hizo al pequeño Camilo socorrer en sueños a los mutilados y moribundos lanzados en el pozo o esparcidos en las inmediaciones de las zanjas y trincheras. Hubo de volver despierto varias veces al *campo de batalla*, en plena luz del día, para comprender que se trataba solo de un sueño. Entonces no podía imaginar que siendo adolescente lo onírico se le iba a manifestar en un estado de vigilia en esa misma región, pero sin la carga de dolor y muerte habitual de sus sueños. Así, esos seres del pasado regresaron en plasmaciones protectoras, o a través de presencias corpóreas que a otros hubieran parecido intangibles. Ellos, durante las horas dedicadas por Camilo a permanecer en la fortaleza, acudían a compartir con él las historias de sus vidas. Justo dialogaba con una pareja de soldados de la escuadra española que recién había recalado en la bahía en 1774, procedente de Valencia, cuando reconoció a Mariana.

No se anochece en ninguna parte del mundo como en la Isla. Todo parece dotarse de un significado fraterno, ancestral. Puede respirarse la naturaleza en un acto participativo donde nos desvanecemos suavemente al compás del sonido de la noche. El crepúsculo nos penetra, se sustancia, nos reconcilia con el contrapunto del viento, que descorre los colores de un paisaje fulgente de imaginación. Cae el día como un cuadro de Cézanne en el que el sentimiento

sucede a la impresión. Primero un tono, luego otro y otro, expandiendo en el espacio infinito las tonalidades del iris con la sinfonía de la luz en su ocaso. No se hace la noche total. Es solo el matiz de un espectáculo único que nos devuelve la ilusión de la vida que no hemos podido ser. La isla nocturna se recoge en sí, nos arrulla a todos por igual, sin divergencias ni encrucijadas. Nacemos otra vez a la aventura de la utopía. La noche en la Isla es liberal.

El hermetismo inicial de Camilo fue quebrantado por la petición de ella.

—¿Leo tu carta? —subrayó el significado de la pregunta con la sutileza que nos resguarda del acierto realizado por otros sobre nuestra forma de pensar y sentir.

Estaban sentados peligrosamente en el declive de una roca, cerca de la explanada de la fortaleza. Ambos pegaron aún más los cuerpos. Camilo se movía inquieto. Ella había empezado a mirarlo de esa forma que le ponía tan nervioso. Él le entregó encogido de hombros la página arrancada de una libreta. Ella carraspeó. Leyó en voz alta el texto. Él le alumbraba las manos con la linterna de la Abuela. Ella parecía hablar también con la mirada. Tenía en la contemplación la forma del descubrimiento. Su voz adquirió la tonalidad del paisaje.

—Mariana, ¿estás bien?

El rostro de ella se había vuelto idéntico a las sensaciones que le invadieron al escribir la esquila.

—Están aquí, junto a nosotros, las estrellas.

Su mano flotaba sutil, vaporosa.

—Ahí, fíjate, esa es la tuya.

Tuvo el presentimiento de que había descubierto la relación secreta con la estrella de la moneda de cinco centavos. De cierta manera ese episodio estaba retratado en alguna parte de su piel. La voz no era ya el paisaje sino la crónica de su existencia. Sintió junto a ella el distanciamiento irreversible de sus manías, el adiós a la infancia hiperestésica. A Mariana le encantó cómo había tachado el verbo *conquistar* por *defender*. Él no había prestado demasiada atención a su carta, pero fue todo oído para la de ella.

—Perdonarás el estilo. Puse las horas y minutos en las frases según se iban produciendo igual que si tú las recogieses en un diario. Ya me dirás si eres el que ha escrito desde mí —expresó Mariana con la timidez de Camilo.

Ella lo envolvía con su acento. Mariana quiso leer también su epístola como si pudiera disimular las emociones que se le escabulleron en cada letra. Él abría y cerraba los ojos cazándose juguetonamente la punta de los pies para rehuir asimismo los sentimientos crecientes que le empezaron a inspirar aquellas palabras.

–Me desvelé pensando en ti –dijo ella antes de acabar–. ¿Me oyes?

–¿Quién “ama desesperadamente”? –preguntó él citándola en voz baja.

Mariana aproximó su cara y acarició la mejilla de Camilo con la punta de la nariz. Ella tenía los ojos abiertos cuando él la besaba.

–No cierras los ojos, Mariana –observó Camilo como si se aferrara a un nivel primitivo del eros donde lo oscuro prefigura el ser.

Ella sabía que él nunca la hubiera besado si cerraba los ojos.

–Me gusta verte sentir, Camilo.

Mariana escurrió la mano por el pantalón de Camilo y empezó a acariciarle.

–Algún día me contarás qué sienten los hombres cuando le hacen esto –le susurró al oído.

Camilo estaba inmóvil. El cuerpo entero era un miembro erecto por el que Mariana practicaba su adolescente deseo. Ella se aventuraba por el cuello con un mordisco, volvía sobre los labios, tragándose la pasión de Camilo, respirando su mismo aliento sin descanso. Camilo experimentó en su interior el tránsito de una estación impetuosa, como si de repente en aquel momento le abandonara una parte de su vida tras esa sensación nueva, allí, entre él y ella. Camilo hundió la cabeza en los senos de Mariana, duros, redondos, calientes. Mordía con delicadeza la punta de cada pezón, oliendo su aroma, recorriendo con los labios el pecho. Ella gemía, ronroneaba, le estaba enloqueciendo. Mariana zafó la camisa y fue trazando con la lengua su nombre por el torso de Camilo, enterrando con cuidado los dientes en la piel, bebiéndose cada poro. Se tendió sobre él semidesnuda, frotando los pechos contra su boca. Camilo quedó atrapado por una ola cálida que provino del vientre. Ella fluía sobre él renovando sus movimientos como el mar.

–Mariana, Camilo, Mariana.

Ella apretó aun más las manos contra el sexo, aumentando el ritmo de las caricias, comiéndose ya el amor de Camilo. Un escalofrío tibio se convirtió desde dentro en cascada abrasadora. El estremecimiento nubló la visión. Mariana se eclipsaba con él. El éxtasis, los dos, el Caribe. Volaban. Habían caído al mar.

–Oh, dios mío, Camilo, qué susto. Vaya momento para un resbalón.

Camilo zambullía a Mariana en la orilla. Reían cogidos de las manos. Un abrazo, otro beso.

–¿Quién te enseñó todo esto Mariana?

–Tú.

Otra vez fue el amor. Ahora Mariana era el mar.

9

Hacia varios días que anunció una sorpresa. Acostados sobre la hierba, sacó del bolso una grabadora de periodismo.

—Es de mi padre. Me la presta para grabar por las calles. Oigo después en mi cuarto la soledad de la gente.

La examiné largamente. No había tenido la oportunidad de estar tan cerca de un artefacto que de niño comparé con la lámpara de *Las mil y una noches*.

—¿Quieres...? —me propuso con una interrogación afirmativa—. Puedes permanecer en silencio si lo prefieres. He aprendido después de muchas horas de práctica el lenguaje de los árboles. Por ejemplo, éste —Mariana mostró el estuche de un casete marcado con el número once— es de aquel cocotero. Ha crecido conmigo. Vas a presenciar sus últimas confidencias.

Insertó el casete entre los cabezales y accionó la audición. Yo creía que estaba tanteando en mí las huellas de viejas manías. Subí el volumen. Nada. Acerqué desconcertado el oído. Solo rechinaba la cinta en la veteranía de la grabadora.

—¿Será posible, Camilo?

—¿Estás decepcionada?

—¿Cómo no te das cuenta? Empezaremos desde el principio.

Llevó la grabación al punto inicial y apretó nuevamente el botón. Seguía sin oír.

—Es inútil.

—Mariana...

—No puedo enseñarte sino crees.

Fueron unos minutos sin afán, hasta que se iluminó de pronto su expresión.

—Hagamos otra cosa mejor. Habla. Te grabaré. He traído uno para ti.

Pronuncié unas palabras. Ella registró la voz unos segundos. Luego quiso que escuchara. Me asusté. No era yo. Ese que hablaba era un desconocido.

—Para, Mariana, no ha salido bien.

—¿Por qué?

Cómo explicarle que me sentía deforme, amorfo, derretido en la resonancia de mí mismo.

—No te preocupes —indicó como si oyera mis pensamientos.

—Si pudiera hablarte con el silencio no me oirían más...

—Ha sido perfecto, Camilo.

Ella parecía satisfecha. Le dio un beso a la cinta.

-Ya tengo otra forma de sentirte.

A su lado no era posible el hastío. Hacía de cada detalle un símbolo. Entonces no era consciente de la importancia de convertir lo efímero en sacramento en la vida de Mariana.

10

Vagaron por el centro legendario de la ciudad. Mariana manifestó un conocimiento apasionado de un paisaje inexistente. El esplendor de la antigüedad se había transformado en las ruinas del presente. Apenas unas pocas edificaciones sobrevivían apuntaladas, otras eran migajas de la belleza de un mundo condenado a la barbarie.

-Han enterrado nuestro patrimonio. La historia aquí es un cementerio.

Se podía intuir entre los escombros la opulencia de una tradición ilustrada. Todavía habían monumentos desafiantes, como si resistieran al derribo aún despojados de su prestancia. Parecía una forma de rebeldía del pasado. Era la grandeza de lo innegable frente a la fuerza de lo negado. Mariana le llamaba la cultura de la resistencia.

Habían empezado el viaje en la casa natal del poeta José Martí. Ella conocía su obra y quería impregnar de martianismo a Camilo. De ahí fueron en busca de la calle Obispo, el corazón de la Habana Vieja.

-Pasear aquí es poesía, Camilo. Su diseño transpira evocación. En cada una de sus entrecalles, bajo los adoquines, viven personajes y leyendas.

Mariana habló también de la ruta hechizada. Había como una energía que fecundaba el camino. Después se fundieron con la multitud en dirección a la Plaza de Armas hasta dar con la Catedral. A Camilo le recordó un termitero, pero no se lo dijo. Para Mariana era la arquitectura del oasis.

-He pensado, Camilo, lo que debió ser aquella época siempre que entro en esta zona. El tiempo parece detenerse. Es como si nacióramos otra vez. Después de haber estado en este lugar siento al irme que soy otra.

Mariana estaba aspirando el reflejo de los vitrales en el medio de la plaza. Ese espacio representaba para ella la trascendencia, era la prueba de que el desprecio por el ayer no extinguiría completamente la geografía de su Pompeya habanera.

-Estás preciosa. ¡Qué pena no tener una cámara fotográfica para retratarte!

-No hace falta. Esto es ya inolvidable.

Salieron a la Bahía de La Habana y emprendieron rumbo al Paseo del Prado por el malecón. En el trayecto no hablaron, iban pensando en lo felices

que eran. Al llegar estaban exhaustos. Tomaron un granizado de limón a la sombra de unos arbustos.

—Cerca de aquí vivió un gran poeta que mi padre entrevistó poco antes de morir —señaló Mariana.

—¿Cómo se llamó?

—Lezama, José Lezama Lima.

—No lo conozco —contestó Camilo sudando los sorbos de su refresco. Estaba somnoliento bajo los efectos del anochecer del trópico.

Observaron el trasiego de coches, el fragor de la ciudad no podía entorpecer la paz interior que se experimentaba al descansar en aquellos bancos de piedra donde también Mariana sentía la historia.

—La Habana parece un conjuro, Camilo, como si el mundo hubiera nacido de su embrujo a pesar de ella.

11

A Mariana le daba muy mala impresión soltarse de las manos, ya fuera por venir frente a nosotros un transeúnte, o porque la calle se estrechara y tuviera que separarme.

—Trae mala suerte, Camilo. No lo hagas más.

O se enfadaba al pasar debajo de un puente sin que la besara.

—¡No estamos en Venecia pero podemos inventarla! —fue siempre su frase ante mi omisión del espíritu de las góndolas.

Era una Ariadna. Introducía mi vida en los hilos de un laberinto maravilloso del que no quería salir. Se esmeró como si tuviera que vencer otro Minotauro, mi falta de fe. Una vez trajo un libro dedicado. Debía leerlo al revés.

—Desarrollarás un nuevo sentido cuando lo hagas y podrás sobreponerte a las apariencias.

Asimismo me pidió en otra ocasión un extraño deseo: vestirnos de amarillo y situarnos de espaldas al Capitolio mirando hacia un mismo punto en el vacío.

—¿Por qué? —me resultaba forzado, artificioso, excéntrico...

—Es sencillamente necesario. Se trata de comprender que vivimos con los ojos entre los dedos de los pies.

—¿Y por qué amarillo? —indagué como quien sigue la corriente de un río sin cauce.

—Elegí este color porque pensé te gustaban los girasoles.

Era cierto. Pero yo seguía sin acertar.

—Camilo, no puedes imaginar lo que se aprende al reunirse las personas en la contemplación. Esto prepara para conocer el lenguaje de los árboles.

Mariana se me hacía en esos momentos tan irreal como el mundo en el que se desesperaba por iniciarme. No pude contener más un instinto de protección que irrumpía en mí al sentirla ya casi etérea una noche. Confuso, haciéndome ininteligible mientras andaba a mi lado, le pedí permiso para pasarle el brazo por la espalda. Quería asirla, que no se me escapara.

—Pues claro, Camilo. Eres mi novio —respondió con ese salero que abre todas las puertas.

Fue entonces su sonrisa la que me transmitió la seguridad de poder ella habitar no solo el entorno mágico de la Habana Vieja, sino crear también otra realidad.

12

Nadie pudo sospechar la existencia de aquel código privado.

Días antes habían ido al estreno de *La Flauta Mágica* en el Teatro Nacional. Al concluir la función, la devoción de Mariana por el compositor austríaco despertó los celos.

—El genio no es un don, sino una manera de ver y sentir. Mozart no fue solo un niño prodigio. También fue un hombre prodigio.

Camilo no ocultó su incomodidad por esos elogios a través del método que ella le había ilustrado de una forma incomparable: el silencio. Mariana le inspeccionaba traviesamente.

—A ti te pasa algo.

—¿A mí? Nada.

—Ese nada dice mucho —exclamó con un pellizco en el costado de su barriga.

Mariana se recogió en sí misma unos minutos como si solicitara permiso a una tercera persona.

—Mozart, Camilo, no se opondría en enseñarte un sistema de comunicación que utilizó con su padre cuando eran perseguidos por ser masones. ¿Harás las paces con él?

No hizo falta contestar. Ella estaba decidida a confiarle todos sus secretos.

—Consiste en escribir mensajes reemplazando cada consonante por la siguiente del alfabeto. Por ejemplo, tu nombre, en vez de Camilo sería...

Danimo.

Recordó al *Caballero de París* entregándole aquel papel con su "Vive, Camilo". *Danimo*, ánimo, Camilo. Habían aristas en su nombre que coincidían. Se le escapó *las gracias* pensando en él.

—No tienes que agradecerérmelo a mí, sino a Mozart.

Iba a rectificarle. No, no es a Mozart. Mi genio es un mendigo, pero desistió.

–Sí, mis respetos, Mozart.

–No seas irónico, Camilo –reprendió ella zarandeándole.

Al despedirse de Mariana no fue la ironía mozartiana quien le impulsó a inundar las paredes, murales y afiches políticos con el adagio más espléndido y genial que podía concebirse: *Nasiaña, ve ruieso*. Ella, él, sabían la clave del espíritu mozartiano, cuyo desciframiento no podía ser otro que *Mariana, te quiero*.

13

La conga, la apoteosis. Violentadas. Las tumbadoras. Tumba Tumba Tumba... Tumba Taca Tumba... Tumba Taca Tá. El miedo se hace música. Un platillo. A mi lado. Escacha la razón. Las maracas, el ritmo, el baile. El reventón, metálico. Tararean. Sonidos de muerte.

–¡Ya, ya, ya! ¡Que la escoria se vaya yá!

La consigna, Marisela. El aula: arrostrar fue arrastrar. La voz, se marcha.

–¡Apátrida!

La casa. Marisela. La familia, las ventanas. Muchedumbre: piedras. Impacto. El manifestante, una muleta. La puerta. Golpes.

–¡Entremos!

–¡Arrastrémoslos como gusanos!

Los estudiantes. El jardín. Marisela. Trepan. Un árbol, la muñeca, el cartel: TRADORA. La sogá. La muñeca, el cuerpo. Parecía, en el aire, retorcerse. La terraza. La madre. Marisela. Grito.

–¡Marisela!

–¡Marisela!

Reconocimiento. El llanto. Su rostro, el pánico. Otro manifestante. Una mandarina.

–Apártate –gritó al hombre cojo de la muleta que seguía golpeando la puerta con su prótesis–. Vamos a ver si se resiste con esto.

Marisela, la madre, el abrazo. Huyen. Los altavoces. La policía.

–¡Alto! –vociferó un teniente desde el puesto de mando del coche de patrulla–. Desalojen la vía. Es suficiente, compañeros.

Rompen, fila. La muñeca. Inmóvil. La terraza. Después, Marisela. Sola. Jamás he podido olvidar. Sus ojos.

14

Hacía un par de días que no salía con Mariana. Por vez primera había un pretexto para no estar con él.

—Mariana, por favor, un segundo, sólo un segundo... —insistía Camilo en vano.

Estaba seria, sin brillo. Era verle venir y cambiaba de dirección en el pasillo de la escuela, oía su voz en el recreo y huía escaleras arriba en busca del baño de las muchachas donde Camilo no podía entrar.

La Abuela le ayudó a disfrazarse. Conservaba un bigote postizo del Abuelo de cuando la cortejó aquellos meses de juventud en que quiso aparentar unos años de más. Tenía además una gorra deportiva de no se sabe quién que lució en la cabeza del nieto bastante calada. El resto lo puso una camisa y un pantalón del padre. Se asomó en los ojos de la Abuela.

—Estás hecho un pollo —fue el aliento de ella ante la vacilación de Camilo.

Nadie le identificó mientras leía el periódico cerca de la escuela. Una de la tarde. Ella cogió por el atajo que siempre le había prometido evitar. Era muy arriesgado aquel arenal de chozas semiabandonadas donde no había sido posible hacer un censo por la inconstancia de inquilinos o la constancia de sus espacios deshabitados. Le decían “La Ciénaga” porque los que se aventuraban en su interior después no podían salir. Al menos eso comentaban los que nunca habían entrado. Se enojó al comprobar hasta qué punto ella quería irle a la contraria exponiendo inútilmente su seguridad. La siguió. Un gato saltó de un latón de basura. Mariana se dio la vuelta asustada. Era él.

—Hola, Mariana.

Suspiró.

—¡Qué impertinente estás!

Él activó su recital de súplicas.

—Mariana, por favor, un segundo, sólo un segundo...

—Déjame Camilo, estoy ocupada.

—Voy a desnudarme aquí mismo como no me atiendas.

—No lo harás.

—¿Qué no?

Mariana echó a andar. Él se quitó zapatos, cinto, pantalón... corrió hacia ella en aviso de no estar bromeando.

—¿Y ahora...?

Mariana se llevó las manos a la boca casi sin poder contener la risa.

—¡Vaya calzoncillo *matapasionés*!

—¿Mata pasiones?

Camilo soltó la ropa en un alarde de liberarse del calzoncillo cuando pasó un camión a toda velocidad atestado de personas que comenzaron a chiflar y rechiflar.

-¡Tíratela ahí mismo!

-¡Dile que no, preciosura!

-¡Mamalona!

Mariana estaba sonrojada. El camión se perdió con un abucheo.

-Vístete, Camilo.

Ella le ayudó a ponerse el pantalón y los zapatos.

-¿Por qué te escondes de mí?

-Estuve con Marisela. Me contó que fuiste... Tú con ellos, Camilo,...

Mariana caminaba con la vista en alto, suficientemente alto para que él volviera a divisar a Marisela sola, en aquella terraza.

-No fui...me llevaron... no sabía... no podía... no quería gritar los gritos de ellos.

Mariana interrumpió sus pasos.

-Sí, pero estabas allí.

Ella se alejaba mientras él contempló otra vez el disfraz que habían buscado para colgar a Marisela en su jardín. Camilo se quitó la gorra y el bigote postizo del Abuelo. Resonó el Zarathustra. Te perdono, pero ¿cómo podrás perderte a ti mismo el daño que te has hecho?

Esa noche imaginó un delfín entrando y saliendo del mar hasta que los dos pudieron conciliar el sueño.

15

No obstante, Mariana dijo creo en ti. Tuve la impresión de que creer y crear eran lo mismo, porque sentí cómo ella creaba en mí. Algo iba creciendo por dentro como uno de esos árboles con los que Mariana conversaba. Me pareció vivir una conversión, invencionar otro yo que era más que yo mismo. Ella había pulsado en mi espíritu una sensación hasta ahora no manifestada que enardecía mi conciencia. Aquel *creo en ti* significaba mucho más que una creencia. Desahugué junto a ella la extraña asociación experimentada frente a la terraza de Marisela.

En las vacaciones del año anterior habíamos ido a visitar unos primos paternos en la región oriental de la Isla. Coincidió con los festejos de los carnavales del verano. No había tenido la oportunidad de conocerlos en primera persona. Mes de julio. Fue, sencillamente, increíble. Como increíble era, en otra dimensión, el acto de repudio a Marisela.

Allí está la cultura carnavalesca en la naturaleza de la ciudad y su gente. La comparsa se origina espontánea, como una necesidad primigenia donde el movimiento corporal revela todo lo que se puede pensar. El cuerpo engendra la rumba, el ritmo expresa la caducidad de las cosas, se ha de gozar del trance producido por el baile como una germinación que torna la supremacía social en un ridículo inostentoso. "Se formó caballero, se formó". Y se tiene que rumbear porque no hay otra forma de vida en ese preciso instante. Nos posee una especie de hipnosis colectiva. Blancos, indios, mestizos, negros... nos anegamos en una corriente descendente que recorre las calles en una hibridación de sentimientos, en una erradicación circunstancial de penas y calamidades por una confluencia de pasiones ocultas, imposibles de confesar. Se desata el regodeo sensual, la lujuria de lo festivo. La comilona porque sí, el desenfreno carnal, la desmesura bullanguera, la saturnalia caribeña, todo cabe, y más. El éxtasis se alcanza cuando flota en el ambiente el contoneo de una orgía universal de razas. Entonces, lo africano, lo americano, lo chino y europeo... es el color de miel de los ojos de las mulatas. Llega el clímax, la señal que reanuda el orgasmo de la danza. Así eran, así son, los carnavales de Santiago.

Ahora oye relacionar el acto de repudio con un carnaval. Había algo hipnótico en la retahíla consignera, una pavorosa copia de la escuela de samba en la que el guía conduce con los altavoces hacia lo miserable. Marisela lloraba y algunos celebraron su festival de la infamia. Era lo festivo-trágico sin ser trágico-cómico. Comprendí que toda manifestación humana marcha hacia terribles *ismos*. Mariana intervino.

-Deseo que me prometas...

Estaba trémula, palpitante.

-Al acostarme me encomiendo a Dios por si es mi última noche.

-Mariana...

-Quiero que hagas lo mismo.

-Estás preocupada...

-Me gustaría poder encontrarme contigo siempre dondequiera que esté. Intenté acariciarla. Ella ladeó el rostro plácidamente.

-Hazlo por mí, aunque no creas.

Me dio entonces un beso distinto, maternal, en la frente. Dejé de hablar de Marisela y el repudio comparsero. Mariana no me dijo por qué su gesto era un presentimiento.

16

Alguien expresó: “si no puedes transformar el mundo al menos intenta describirlo”. Eso nos queda cuando el ideal desaparece por el ideario que lo creó.

Había anunciado un viaje con la familia. “Estaré lejos de la ciudad una semana”. Pero fue ella la que apareció esta vez en medio de la calzada del Cerro, acechante, sigilosa. Su cara, el modo de acometerme saliendo de improvviso de una esquina, pregonaba una situación inusitada en nuestra relación. No tuve tiempo de sorprenderme. Mariana me empujó hacia los bajos de un edificio solariego y allí, con voz de hilo, sinceró la verdad de su ausencia.

—Te he mentado, Camilo. No hubo viaje. He estado estos días encerrada en casa con mi familia. Mi padre ya no será periodista.

Lívida, desencajada, Mariana era otra.

—Lo han acusado de disidencia. Escribió una carta al gobierno pidiendo reformas y lo han expulsado del trabajo.

Qué podía decir, a dónde acudir. Pensé en mi padre, el ejército, la Patria.

—No. Mis padres me han pedido la mayor discreción. Si se enteran que te lo he contado habrá un disgusto. Ellos ni siquiera saben que eres...

Mariana miró asustada a sus espaldas. No la reconocía. Una pareja bajaba por las escaleras del edificio. Ella guardó silencio hasta que se fueron.

—Soy católica, Camilo.

—¿Y qué, Mariana? Mi Abuela también.

Fue el único momento en que sonrió. Acarició mi cabeza y con los ojos aguados añadió:

—No podré estudiar diplomacia. Tenía esperanza de que papá influyera desde su puesto cuando fuera a entrar en la Universidad. Los católicos no podemos elegir esa carrera.

Di un puñetazo en la pared con tan mala suerte que me fracturé. Mariana me acompañó al ortopédico donde me hicieron una radiografía y pasaron de inmediato a escayolarme el brazo. Nos mantuvimos sin hablar, sintiendo su mano en mi cuerpo mientras me vendaban. Al salir del hospital la acompañé hasta las inmediaciones de su casa. Me enseñó un anillo que traía en el bolsillo de la blusa. Había una inscripción en el interior: “Tu Mariana”.

—Iba a dártelo antes, tu brazo no me dejó.

Puso el anillo en el dedo anular de mi mano derecha. Quedé sin palabras, sin aliento, sin ganas de vivir.

17

A veces el desdén posee aspecto de planilla. Era el Éxodo. Había que refrendar imposibles para iniciar las tramitaciones de salida hacia el *Norte*. Mariana me había dado la noticia demoledora, radical. No. ¿Cómo yo sin ti? ¿Adónde, Mariana, adónde? Lucharemos juntos. Es un error, igual que cuando me atribuyeron ser huelguista. Ya nos reiremos de este malentendido. La Isla es magnánima, está por encima de esas mezquindades. Ella replicó. Somos culpables de lo que nos está pasando. No, no y no. Discutimos acaloradamente hasta que los ánimos se apaciguaron en las proximidades del parque Mariana Grajales. La casa de ella daba a un costado de aquel inmenso jardín rodeado de ceibas, ocujes y flamboyanes. Había una luna de cuarto menguante. Mariana desvió la conversación cuando nos sentamos en uno de los bancos de madera.

—Observa allí —ella alzó la cabeza en dirección a la luna—. He pensado muchas veces que mi existencia está ligada a su trayectoria. Ahora me siento también incompleta.

Apreté a Mariana contra mi pecho. Lloraba.

—No llores. Nada merece tu tristeza.

Intenté un giro a su abatimiento.

—Te dieron nombre heroico, como a mí. Tú Mariana, yo Camilo...

—Conmigo fue diferente —rectificó—. Les pregunté de niña por qué me habían llamado así y dijeron que por este hermoso parque.

Ella volvía a estar preciosa. Las lágrimas le habían dado un vigor cristalino a los ojos. Sí, su mirada era hija de ese parque.

—Camilo... hazme el amor...

No sabía si mis deseos habían inventado esa frase. Mariana insistió en una musitación febril.

—Hazme el amor, hazme el amor... quiero que seas tú el que posea mi virginidad.

Sentada en mis piernas extendió las alas de la saya cubriendo los laterales de los muslos. Estaba inclinada dándome el perfil, bajando suavemente la cremallera del pantalón.

—Mariana...

—Quiero hacerlo... antes de partir... no sé cuándo volveremos a vernos después que emigre con mis padres...

—No te vayas... puedes quedarte en casa... hablaré con mi madre...

Ella sacó un bolígrafo del bolso y escribió sobre mi brazo escayolado: *Me encontrarás.*

—Mariana, no permitiré que te marches...

Un beso y otro. El viento, la noche, el placer de los amantes. Mariana me hacía hombre. Repetía en silencio su frase: “La casualidad es la simiente de lo maravilloso”. Ella era el parque; el parque Mariana Grajales; Mariana Grajales la madre del Titán de Bronce; el Titán de Bronce mi confidente de niño; la Infancia, la virginidad que Mariana me entregaba y que yo acrecía, penetrando su universo. La ciudad se había quedado sin luces cuando Mariana y yo nos completábamos en un apagón que nos hacía más el uno para el otro. Ella en la oscuridad atisbaba la estatua de Mariana Grajales en el centro del parque, esculpida con el hijo moribundo entre los brazos, inmolado por la guerra, señalando la madre con el dedo la senda del futuro al otro hijo menor con un “Y tú, empínate”. Mariana corría ahora por el monte, tocando sobre mí las flores de su otra inocencia, imaginando las olas del mar entrando y saliendo de ella, como el pez de mis sueños. Traspasaba su sexo con mi cuerpo soñado de delfín azul, acera-do, rehaciendo la infinitud en una danza para dos, mientras ella surgía conmigo en aquella, su fiesta de Centro Habana, donde yo convertí la columna en un baile, la casa en mujer. Un espasmo. Bailaba otra vez. Una convulsión. Eres mágico, tú la Magia.

18

Los padres se negaron a firmar. “Nuestras vidas no están presas en un papel”. La orden fue explícita. “Se pudrirán aquí”.

—En cualquier momento pueden organizar el acto de repudio. Recoge tus cosas, Mariana.

El padre hizo unos contactos urgentes a través de amigos extranjeros de la agencia de Prensa donde había trabajado. El aviso no tardó en llegar. “Playa Guanabo. Jueves 20. A las 3:00 de la mañana.” La partida era inminente, clandestina. Se irían en una lancha. Cuando se lo comunicaron ella poseía un destino ineludible en su cabeza.

—No puedo dejarlos, compréndelo. Morirían de pena por mi culpa.

—¿Y yo, Mariana?

—Tienes mucho que hacer aquí, Camilo, por ti y por mí.

—Sin ti no puedo.

—Sí que podrás... porque yo siempre estaré contigo.

Mariana apretó mi mano con su anillo.

—Es tarde, debemos apurarnos, Camilo.

Oscurecía en el jardín de la Biblioteca Nacional. Ella empezó a plantar allí dos retoños de pinos que desenterramos del parque Mariana Grajales. Los ubicó uno al lado del otro. Daban justo al frente de la *Plaza*.

—Es mi manera de decir que nunca podrán sacarme de este país —manifestó ella sintiéndose trasplantada—. Así, cuando vengas tú a la Biblioteca, o te traigan a la *Plaza*, sabrás que estoy también cerca de ti.

Mariana llevaba un tomo de las *Obras completas* de José Martí, y atendiendo emocionada de vez en vez a la *Plaza*, comenzó a leer, en el crepúsculo, un fragmento del texto *Los Pinos Nuevos* escrito en el exilio, el 27 de noviembre de 1872. En él se hablaba de la esperanza, de la realidad de una *luz súbita* desde la que renacería “en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos”.

La sentencia del poeta, el “todo convida esta noche al silencio respetuoso más que a las palabras”, parecía cumplirse. Nos fuimos, abrazados, sin dar la espalda a los arbolitos sembrados, contemplándolos, contemplándonos.

19

Esa fue la última vez que nos vimos. Con el transcurso de las semanas, al convenirme de que Mariana no volvería, caí en una depresión regresiva. Sólo quería leer a Martí, caminar por el litoral habanero, o palpar el anillo de Mariana para comprobar que estaba, que no había desaparecido.

Al mes me quitaron la escayola. Escondí bajo el colchón de mi cama el pedazo de yeso donde ella había anotado: *Me encontrarás*. Probé a escribir libre del vendaje y percibí al inicio cierta dificultad en recuperar el estilo de mi grafía que a ella le causaba tanta gracia. “Tienes letra de garrapata”. Y su recuerdo era una *garra* que me hacía sangrar por dentro, y su ausencia el peso de una bota *pateándome* la esperanza. ¡Qué gran error no haberle realizado una foto! No debí hacerle caso cuando me pedía no echar a perder la eternidad con un retrato. Tenía su anillo, pero sus ojos, su boca, su rostro... deseaba reproducir en las paredes su imagen hasta estar seguro de que ella no había sido una quimera. Partí hacia su casa.

No quiso nunca presentarme a los padres, pero había indicado en aquel, nuestro parque, su edificio. Era absolutamente innecesario que hubiera revelado el número del apartamento. Yo lo descubriría, todavía permanecería su perfume. Corrí como una exhalación por la calle, la avenida, el solar, los atajos... hasta que alcancé jadeando la visión del parque como si aún hubiera alguna posibilidad de encontrarla, de pedirle por favor, Mariana, quédate... o llévame contigo. Eso fue lo que no le dije entonces: “Quédate o llévame”. Volé por las escaleras, oliendo, más que mirando, las puertas. En el cuarto piso había un precinto que notificaba una residencia clausurada. Era allí. No había sido ficción. Mariana existía. Me senté a llorar en el rellano como lo hacía mi madre en la

furia de mi padre: con un mutismo sin lágrimas. Estuve horas con la cabeza recostada en el umbral de la puerta. Intentaba escuchar, como ella, palabras invisibles, quizás la última frase que pronunció antes de marcharse. Era imposible que no hubiera alguna resonancia de su voz, o una evidencia en el ambiente de su respiración. Un vecino apareció increpante.

-¿Qué hace usted?

No hubo respuesta.

-Si no contesta llamaré a la policía.

Mi cuerpo heterónimo debió espantarlo porque él se amuralló con pestillos, cadenas y candados. Debía irme. Lo imaginé telefoneando a la comisaría.

Toqué suavemente la madera. Fue entonces que la vi. En el fondo, entre las cintas de papel precintado descubrí unos rasgos que me eran inconfundibles. La letra sobresalía en el centro mate de la puerta: *Ne eñdoñusasát*. Ella decía una vez más, quizás poco antes de escapar con sus padres: *Me encontrarás*.

Yo, un bautizado a contracorriente, sin primera comunión, ni religión, me puse a rezar. Me sentí como un Cristo sin cruz. Mi plegaria debe haber provocado la risa de Dios porque murmuraba una simple oración: *Sí, te encontraré; Sí, te encontraré; Sí, te encontraré; Sí, te encontraré...*

20

Por aquellos meses leí a Cervantes. Más que las *Novelas ejemplares*, fue *Don Quijote de la Mancha* quien confirmó encaminarme hacia lo alucinante. Dolía aquel Caballero Andante que hacía reír, inventé otra Ínsula Barataria para él... Pero todo se atomizó cuando terminé los dos tomos de sus galopaduras. No estaba Mariana, y un Quijote sin Dulcinea, es un Quijote loco. Él se debía a su circunstancia real, a una Dulcinea que fue mujer porque la realidad es femenina. Ella, con paso premioso, crea al Quijote. Ama en la imaginación sus desventuradas aventuras, otorgando un sentido racional a cada andanza irracional donde enfrentarse a Molinos de Viento no es un desvarío, sino el símbolo de los más altos dones de la pasión en la búsqueda de la verdad. Por eso la cordura le acompañó en formas nuevas porque amaba y amó hasta la muerte. Nadie como él ha conocido la libertad. Su destino me enseñó que el único Quijote apócrifo es el que vino después, nosotros. Y una Isla sin Mariana era un Quijote sin Dulcinea. Yo no era existencia, sino existencial. Iba sin rumbo, tratando de llenar el tiempo de horas. Hasta hubo una mañana en que no pude —o no quería— levantarme de la cama porque me contraía como un cucarachón. Gregorio Samsa contemplaba mi metamorfosis desde la foto de fin de curso que mi madre había puesto en la mesa de noche. Él usurpaba mi sitio entre los compañeros de año con una

expresión sardónica, y observaba cómo crecían antenas e inservibles alas en mi pesado cuerpo que no podía moverse. Kafka debió haber perdido también su Mariana al relatar la biografía de Gregorio Samsa. Sólo se sobrevive al insecto cuando se escribe su historia para matar nuestra cucaracha interior. Eso lo supe después, un poco más tarde.

Pero aquel año rozar los ínferos no representaba el regreso de lo insondable trayendo la luz del conocimiento, sino a la marioneta sin titiritero que aspira por lo menos ser un juguete de cuerda en el mundo. Tenía los mismos gustos que un cucarachón: consumir la vida en *La Sombra*. Y aunque lo que nos inspira de veras nos es siempre desconocido, me hice inconcebible con la sed de un quijotismo kafkiano al convivir en la frontera de una Dulcinea sin Mariana.

21

Amanecemos con la muerte. Los programas radiales, la prensa, la televisión, coincidían en una noticia: la Isla iba a ser invadida.

Nada más llegar al bachillerato los profesores nos reunieron en el salón de actos. Las clases continuaban por formalidad porque podíamos ser llamados para "el combate final contra el enemigo". Fue un inicio escolar difícil de olvidar. La guerra era inminente.

No hubo buenos días. La bienvenida fue una visita sorpresa de un oficial del ejército que parecía haber caído en paracaídas sobre el escenario. Intervino con el objetivo de arengar nuestro espíritu patriótico y organizar las distintas tareas que desempeñaríamos en función de la edad, el sexo y la salud. Yo, junto a otros estudiantes, estábamos descartados de los grupos recién constituidos en el Instituto porque ya habíamos sido citados en nuestros barrios para ingresar en las Milicias de Tropas Territoriales, creadas también precipitadamente con la finalidad de defender los diferentes distritos que componían la ciudad. De esta forma, el campo de batalla abarcaba al conjunto de la ciudadanía según un plan diseñado con distintos niveles estratégicos. Los niños, ancianos y mujeres se encargarían de la infraestructura de avituallamiento o ayudarían en la retaguardia a enfermos y heridos. Los milicianos radicaríamos en las proximidades de nuestras barriadas a fin de poner en práctica las escaramuzas de la guerrilla, mientras que el ejército y la reserva asumirían responsabilidades secretas. Se habló de la táctica rusa contra Napoleón. Se trataba de dejar al enemigo entrar en el país y someterlo a un combate de desgaste haciéndole la mayor cantidad de bajas posible. El oficial especificó:

—Es preferible herir que matar porque implica un coste económico, además del político, y puede poner fin a la guerra en un plazo más corto.

Cuando se retiró fuimos en fila hasta nuestras aulas. Escuché cómo una muchacha animaba a un compañero de grupo: "Hoy lo hacemos. Aprovecha que la cosa está hecha".

El curso escolar se abría con la asignatura de matemática. Yo estaba poseído por una apatía integral. Sentía el fin. Los números de las ecuaciones se desplegaban en la pizarra como adversarios. Cada cifra anticipaba mi muerte. ¿Por qué si nos quedaban unas horas de vida seguíamos estúpidamente encerrados entre cuatro paredes analizando cálculos ininteligibles en vez de intentar realizar todo lo que nunca habíamos hecho? Me vi abatido por la metralla lejos de la familia. Entendí el alcance vital de aquel gran mensaje. "Aprovecha que la cosa está hecha." Había admirado en *La Ilíada* a los troyanos contra los aqueos, y anhelado la oportunidad de la generación de mi padre de luchar por un ideal, pero no imaginé que la guerra empezaría sin aviso, cuando yo no la esperaba. "Por un disparate humano se hundió el Titanic", me dijo Mariana una tarde. Y "somos un pueblo de titanes, será mejor hundirnos en el mar antes que retroceder", concluyó el oficial en su alegato. ¿Cuál era ahora el disparate que disparaba a lo titánico en Titanic? Ojalá, ojalá que no ocurra, repetía viendo las tropas de teoremas avanzando en el segundo pizarrón. Ojalá, ojalá, supliqué mientras contemplaba al profesor desfallecer bañado en sudor, que sólo muera en el universo la guerra.

22

Estábamos exaltados en la clase de laboratorio. El carisma lo tenía un joven a quien llamaban *Jabao* por su notable semblante mestizo. No había llegado la profesora. Y como si no hubiera nada mejor que hacer, Jabao reunió a cuatro estudiantes para llevarle en volandas sobre el desprendido tablón de la mesa de la profesora. Era muy popular entonces la serie *Yo, Claudio*, versión televisada de la obra del británico Robert Graves. Jabao se quitó la camisa y la colocó en forma de manto sobre los hombros. Mostraba el dedo del medio de la mano izquierda alzado en solitario con un grotesco anillo de bisutería de coloración amarilla. No se sabía si imitaba a Calígula, Claudio, o Agripina, porque con un aprovechado instinto histriónico, simultaneaba gestos de los tres en un pase de revista al aula como si fuera una tropa legionaria. Reíamos cuando dejaron al Jabao caer en picada al suelo, poco antes de entrar la profesora, con los segundos exactos para ubicar el tablón sobre la mesa y arreglarse correctamente la camisa.

La práctica era una demostración de la reacción del sodio. La profesora cortó con precaución alcalina un pedacito y lo echó en una cubeta repleta de

agua. Estábamos a oscuras para poder contemplar el proceso químico de descomposición al interactuar con el líquido. Y se hizo el milagro materialista. Aquel trocito se iluminó al contacto con el agua y volaba sobre ella como Jabao por el aire. Él, inspirado, cogió el resto del bloque de sodio que estaba en un recipiente aislante.

—¿Y qué pasa, profe, si ensayamos con éste?

Sin dar margen de tiempo a que termináramos de observar el experimento, Jabao empezó el suyo. Tiró en la cubeta toda la masa de sodio. Se oyó una explosión. Entre el humo, la gritería y el susto, apretaron el interruptor de la luz. Vimos a la profesora con pedazos de sodio en la cabeza, la cubeta rota, el agua clavada en el techo. La profesora salió gimiendo del laboratorio.

Jabao y Enrico iban a ser expulsados del pre-universitario por “Sabotaje”. Enrico, en otro grupo, en la clase de Preparación Militar, se le ocurrió en un descuido del Instructor jugar con la espoleta de una granada sin metralla y accionó el detonante como un petardo. A pesar del bajo contenido en pólvora, hubo su particular *desastre*. El estallido puso en guardia a la escuela entera. El siguiente estruendo fue el del Sub-Director, que en sustitución del máximo responsable del centro, gritó al salir de su despacho: “Vamos a *citan* padres”.

Pero no hubo posibilidad de excitar otras huestes, porque todos en la Isla, incluyendo a los Jabaos y Enricos, fuimos recluidos en las respectivas unidades de combate. Era la guerra.

23

Su aspecto encarnaba una tragedia satírica. Era la sexta vez que recibíamos la lección *El soldado a la defensa*, siguiendo las mismas palabras, los mismos ejemplos, los mismos bostezos. La escena transcurría idéntica en cada convocatoria: que si la pala para cavar la trinchera, que si el cargador para la ametralladora, que si el casco para proteger la cabeza, que si la cantimplora para tomar agua, que si el cinto para el pantalón... hasta derivar en un sinsentido estresante donde se terminaba profiriendo ofensas y amenazas contra el enemigo. Yo me entretenía al pensar en los grandes humoristas del cine. ¿Cómo habrían reaccionado Chaplin, el gordo y el flaco, Buster Keaton, los hermanos Marx... ante Furibundo, un improvisado Jefe de Batallón que nombró “Jefe de la lucha bacteriológica” a un estudiante universitario de primer año de química e “instructor del lanzamiento de granadas” a un *pitcher* del equipo provincial de pelota? Nada podía cesar la trascendencia de estas investiduras.

Fue un domingo. Estaban apostados en el suelo seis milicianos, uno detrás de otro. Había una granada de peso real sin munición. El *pitcher*, al enseñar

cómo lanzarla a gran distancia, actuó igual que si estuviera en un juego de pelota. Se veía que algo iba a suceder porque de repente su cuerpo se transportó al cajón de bateo y deslizó la granada en un vuelo submarino que partió las cabezas de los agazapados delante de él. Al ser consultado Furibundo por los superiores simplificó el suceso. "Accidente militar en tiempo de paz". El *pitcher* merecía una disculpa. Él era de su equipo de pelota. Yo no quería imaginar que la vida de nuestra compañía pudiera estar en manos del "Jefe de la lucha bacteriológica".

Tanto barruntar al enemigo en cada rincón parecía haber terminado por convertir a la Isla en sospechosa. Algunos acontecimientos me hicieron recelar que el enemigo éramos nosotros mismos.

Se ordenaron constantes marchas alrededor de un parqueo colindante con una posada donde acudían las parejas para hacer el amor. Nuestro Furibundo Jefe de Batallón, sin cinto y desabotonado, mandaba a los pelotones alinear-se en formación. Derechaaaaaaa marchhhhhh, y la mitad iba hacia la izquierda. Izquierdaaaaaa marchhhhhh, y la otra mitad iba hacia la derecha. Aunque perdiera el control no pasaba nada. Él era el primero en apuntar con los ojos hacia aquellas casas del amor en las que recalaban los amantes cogidos del brazo. Y como si la misión fuera permanecer marchando sin rumbo ni destino en aquel lugar, empezaba el show militar en vísperas de conocer el desembarco enemigo. Su frase de ensueño: "Nos los comeremos con papa". La intercalaba en un discurso, en el saludo a la bandera, en los ejercicios de armar y desarmar los fusiles, o en la lasciva mirada a las parejas de la posada. Siempre que nos mandaba al polígono a ejercitar nuestro cerebro en sus saberes, vociferaba para que lo oyera la Isla: "AL PALÍGONO". Entonces se unían a nosotros miembros de su séquito que parecían estrellas de circo. El menos carismático era "pollo de dieta", nombrado así por su porte albino y famélico; le seguía "cara de crimen" porque tenía un NO dibujado en la cara; después estaba "pata de plancha", que arrastraba los pies como si barrera colillas *apelotonadas*; y el "Simple", porque en verdad era un hombre soliviantado por su credulidad. Bastaba que Furibundo castigara al enemigo con su "Nos los comeremos con papa" para apreciar la boca del "Simple" degustando aquel manjar, entre gestos de masticar y tragar, como si eso acrecentara nuestro valor. Sin embargo, ninguno podía compararse con "cara de crimen" en la labor de minimizar el peligro. "Que son mil, bien; 10. 000 también; que 100. 000, peor pa'ellos". Con esta fórmula inversamente proporcional reducía cualquier riesgo a medida que aumentaba la cantidad de efectivos rivales.

No solo la suerte, sino la verdad estaba de nuestro lado. Prueba de ello era que "pata de plancha", días antes de la invasión, comenzó a marchar sin arras-

trar los pies, levantándolos más y más mientras pronunciaba con nuestro pelotón el Un, Dos, Tres, de los soldados que van hacia la victoria.

24

La atmósfera inclanésca sin valle cedió a la desesperación. La *topografía* no facilitaba la seguridad y no se habían previsto las condiciones para resguardarnos de un hipotético bombardeo. La salvación era cuestión de *topo* sin *grafía*. De ahí el aplastante mandato que dispuso la Jefatura. “Cavar túneles a la mayor brevedad.”

La orden descendió hasta el batallón en el momento que nos asestaban por séptima vez el mazazo de *El soldado a la defensa*. Cuando el profesor tomó aliento con la intención de soltar las parrafadas acerca de las virtudes de *La pala*, yo ya me encontraba embalsamado en la trinchera. Hablaba de ese instrumento con voz ronca, monocorde, refiriéndose a sus cualidades como si fuera una *querida*. Yo no podía ahuyentar de mi mente las imágenes de enterramientos funerarios al explicar los métodos de perforar la tierra que a mí me aburrían a morir, pero Bonifacio estaba ahuyentado de nimiedades. Él, de profesión curandero, con el título de “Doctor” conferido por nuestro Jefe de Batallón, saltó de su asiento.

—Chico, ¿tú me puedes aclarar qué ha suscitado todo esto?

El instructor militar no comprendía la causa de aquella interrupción, pero los demás festejaron con Bonifacio la espontaneidad de su reproche.

—A lo que me refiero, compadre, ya que estamos jodidos en el fango y tenemos que abrir un hueco, por qué hay que citar a la prima, a la sobrina y a la nieta de la pala...

Podían haber acabado en la *fiesta del guatao*, esa velada donde el aluvión de trompadas hace que la cerveza sea una chorretada sobre la cara de tu contrincante; los emparedados, sendos porrazos en el rostro; y los confetis, una lluvia de platos y vasos volando por los aires en el cenit de la trifulca. Pero la aparición de Furibundo truncó el despelote pendenciero.

—Fillllllllllmesssssss.

Yo, en la ensoñación de divinidades funerarias, pensé que iba a visionar una película. Los milicianos próximos a mi puesto me despertaron. Nos levantamos marcialmente para el saludo al Jefe de Batallón.

—Compañeeeeeeroooooos, se suspende la teoría y pasamos a la práctica. Hay que construir túneles. El enemigo piensa bombaldealllllllnos.

Y como si fuera la *prima bailarina absoluta* de una compañía clásica de ballet, se puso de puntillas, alzó los brazos, e hizo un gesto a las nubes con el

puño cerrado, mudadas en enemigo imaginario, significando más o menos: "que te la metan por el culo".

Si bien llegué a rogar el reemplazo de la clase *El soldado a la defensa* por cualquier otra cosa, no podía prever que *esa otra cosa* fuera agujerear la ciudad. Así abandonamos las armas y nos consagramos a una pasional relación con la *pala*, tal y como quería el instructor militar en su singular lección. ¡Marchhhhhhh! Esa nueva marcha fue el *marchamo* de la locura.

La metamorfosis no era ahora un devaneo existencial de mi persona. Pasamos a ser un batallón de pelaje bruno, con hocico puntiagudo, y uñas en forma de pala, engegucido en el cumplimiento de la última misión encomendada. Solo que a diferencia de los mamíferos originales, nosotros no buscábamos en nuestras excavaciones la liberación de la luz, sino la prisión de la oscuridad. No había un final en la edificación de aquellas galerías en las que apenas se podía respirar, carentes además de la profundidad suficiente para sobrevivir a un ataque aéreo. Solo había un fin: empatar un túnel con otro túnel como si fuéramos a salir bajo tierra a otra parte del planeta. No había una planificación sectorial. De ahí que al cabo de quince días, en el dispendio de nuestras energías, trabajando de sol a sol, fuéramos a dar de cabeza con otro pelotón imperioso que en sentido contrario venía subterráneamente hacia nosotros. Los que han visto *Tiempos Modernos* podrán entender por qué en lugar de soñar con tuercas y pinzas, soñábamos con palas y túneles.

La cantidad de hormigón invertido en cementar aquellas grutas podía haber restaurado la Habana Vieja. Sentí acercarnos al engendro de una especie desconocida a la que busqué nombre y todo: los *torpiños*. Más que los topos, nos definía la torpeza. Cuando nos exigieron parar de tunelear porque la invasión estaba al "cantío de un gallo", eché una mirada de despedida a lo que me parecía un corredor de la muerte por su sentido común a ras del suelo. Me introduje en el camión con la convicción de que no habíamos preparado refugios, sino tumbas.

25

Pude apenas despedirme de mi madre y de la Abuela. Mi padre ya había sido movilizado por el ejército. Él estaría con su regimiento a esas altas horas de la noche, armado hasta los dientes, mascullando la frase que pidió me transmitieran en su ausencia. "Díganle a Camilo que si vienen, quedan." La Abuela me contó cómo se le aguraron los ojos cuando subió al coche militar que lo recogió. No sé hasta qué punto era cierto porque nunca vi a mi padre llorar. Siempre he mantenido que ella inventó esa anécdota para sugestionar mi ánimo e influir en la importancia de cuidarme.

–Camilo, ¿tienes el crucifijo?

Lo saqué del bolsillo y se lo mostré. Iba conmigo desde que ella me lo dio en el ciclón. Es verdad que no me lo ponía en el cuello, como era su deseo, pero estaba junto a mí, guardado a veces en la camisa, otras en el pantalón.

–Toma –manifestó la Abuela.

La mano se internó en el ajustador y extrajo tres piedrecitas. Contenían todo el calor de la Abuela.

–Llévatelas también, no las pierdas. Son de la Patrona.

Parecían brillantes incrustados en una diminuta roca. Era su trofeo obtenido en el Oriente del país como resultado de una peregrinación a la ermita de la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de la Isla. Había ido hasta allá a raíz de mi nacimiento, sin boleto de transporte, haciendo autostop en la Autopista, rogando la trasladaran tramo a tramo, con un vestido de saco, en cumplimiento de un voto de promesa porque mi madre y yo sobrevivimos en aquel alumbramiento mío, donde la medicina no apostaba por la vida de los dos.

Salió de mí una fuerza incontrolada, benefactora, al verlas deshechas presagiando el fin. No soy dado a la irisación del doble sentido, pero no pude renunciar a lo que mi espíritu anhelaba enormemente.

–No habrá duelo, mima y Abuela, porque aquí hay un hombre.

26

Habían depositado en mí una gran confianza: proteger el armamento del Municipio, almacenado en cajas y barriles donde el comején había plantado también su casa de campaña.

De vez en cuando, entre la boronilla expulsada por los orificios de las vigas, tablas y listones, salía uno de ellos con un *caminao* de aquí mando yo. Era el mismo porque se hacía acompañar de dos secuaces que custodiaban de cerca su garbo de chulería. Paseaba su territorio como si consumara un protocolo de recepción, rodeado de supuestas damas y caballeros comejenes con antifaces que refractaban su vanidad. Se escondían luego, dispuestos a arrasar con su imparable comer, el universo. Ahí estaban desafiándonos unas tropas jactanciosas, imperceptibles, que me hicieron reconsiderar el alcance de mi misión. Esperé a que se asomaran nuevamente. En efecto, volvía el jefe comején blandiendo con retintín su lengua descocada frente a mi careta de soldado raso en una guardia antediluviana. Cagaron otra porción del manto fecal de virutas que cubría el suelo. “Si los dejo se zamparán hasta los asideros de madera del armamento. Se han pasado. Hoy o nunca”. A golpe de culata los abatía cuando el Jefe

Provincial de las Milicias de Tropas Territoriales irrumpió en un pase de revista nocturno.

—¿Qué hace Usted? —me interpeló en el momento crucial.

No me había percatado de su presencia. Absorto en mi personal batalla respondí presto con la primera frase militar del subconsciente de mis películas de Cantinflas.

—Defender la Patria, mi general.

La escolta reforzó la seriedad de sus rostros. Me di la vuelta. Ay, ay, que no es general. La armaste. Has metido la pata, Camilo. Y se hizo la luz. Él sonrió, reía, se carcajeaba.

—¿General?

Estaba tan metido todavía en el duermevela de la pelea que lo entrevi troncharse como el Comején Mayor. Para Camilo, para, que no es él. Céntrate, respira, así, respira, alíviate. De pronto, el falso general se cuadró. Al menos no estás solo, me dije. Parecía ahora moreno, con cara de Mario, el mismo Cantinflas. Fue tajante en su mandamiento.

—Vacíale el cargador a todo lo que venga del cielo.

Me decepcionó. No tenía la más mínima idea de que ya estábamos rodeados por tierra. ¡Vaya Jefazo! Pero yo era un recluta, y una orden es una orden. No podía disentir. Seguí al pie de la letra esa máxima de las fuerzas armadas que es la mala conciencia de cumplir cuando el deber es idiota.

27

Un cubo de limpieza colgado en la pared, una cuchara y yo, hacíamos guardia en la madrugada. El batallón dormía. Si se activaban las sirenas de las fábricas por el aviso de ataque aéreo, haría sonar aquel cubo de metal con la cuchara como si fuera una campana babilónica hasta levantar a los milicianos. La ciudad estaba apagada. Sólo los cocuyos, nuestras luciérnagas caribeñas, salpicaban la noche de verde, encendiendo con su vuelo la vida.

De un momento a otro podía declararse el zafarrancho de combate. Los estrategas estaban persuadidos de que el asalto relámpago se reducía al trance de la noche al amanecer. Y estábamos en la noche.

Quienes han regresado del umbral de la muerte dicen que la existencia se recorre a sí misma en segundos, como si expresara que en este mundo una vida no alcanza a llenar siquiera la duración de un día, y que mucho antes de morir, ya hemos desaparecido en la suma vital del tiempo perdido. No obstante, desde mi garita, lo que me recorría no era la vida sino la muerte, todo lo que no iba a poder realizar. Después de un balance amargo sobre *mi no existencia*, me sentí

abandonado, desde siempre, en una isla. Y como Robison Crusoe a punto de caer en el desaliento absoluto, decidí en esa garita del apocalipsis dividir el *sino* en una mitad afirmativa y otra negativa:

MALO

Me hallo al borde de una guerra.

BUENO

Estoy vivo todavía.

MALO

He sido separado de la familia.

BUENO

He descubierto que amo a mi país con todas mis fuerzas.

MALO

La guerra arrasará la Habana Vieja.

BUENO

Si sobrevivo, la reconstruiré.

Mi voluntad se fue remendando al deducir en el infortunio ventajas, hasta sopesar qué haría incluso después de muerto, en caso de no subsistir a la guerra. “Sí, un adolescente sigue completando su destino de algún modo en el *más allá*”, zanjé cuando por mi conciencia desfiló un ejército de imágenes muy diferentes a las que había presenciado en la *Plaza* en vísperas de la invasión. Me vi saliendo de mi funeral, y lo primero que hice fue disponerme a contemplar las facciones de los solícitos en acudir a mi hora postrera, escuché sus pensamientos, sus reales inclinaciones afectivas frente a mis restos mortales. Luego tracé el itinerario de las grandes proezas que me aguardaban por las ventajas de mi levedad inmortal. ¡Cuántas cosas me observé hacer desde mi nuevo estado incorpóreo!

El canto de una lechuza posada en la antena de la caseta me resucitó. Recordé que debía vigilar el cielo. Por ahí descendería la devastación. Rastrillé mi metralleta PPsh 41, construida por Georgii Spaghin en la Segunda Guerra Mundial, y con el calzoncillo semiorinado, repetí en voz baja la frase de mi padre: “Sí, cojones, si vienen, quedan.”

28

Hasta hoy desconozco el milagro que evitó lo inevitable, pero sea cual sea, bienvenido una y mil veces. Después de los “Vivas” *vivió* el bar. Yo no tenía dinero. Me invitó “pata de plancha” que al recibir la noticia del regreso a casa fue la alegría de vivir.

La ronda se inauguró con medio vaso de *chispa é tren*. La euforia. Ahí seguíamos, *vivos*. Me embargó un regocijo intenso, reflexivo. Esa era la vida, el valor de verdad, estar, sentirte, saberte respirando cada minuto de tu existencia. Probé otro *chispazo*. Celebré haber estado tan cerca de perderlo todo para percatarme de lo mucho que poseía. Imaginé a Mariana asintiendo. Ya no le veía las *chispas* al *tren*. Hubo un “Urra” glorioso. Me apresuré a ingerir el trago de un golpe, igual que en las películas soviéticas. Mariana se acercó a mí. “No podía suceder, no podía suceder”. Bebí nuevamente. Una melodía. Mariana se había difuminado. Entró al bar el Jefe de Batallón. Soltó el vozarrón de mando al camarero. ¡Un Cubalibre para todos, que yo pago! Y se armó la debacle. ¡Que Viva! ¡Viva el Jefe de Batallón! Me convidaron a un más. Otro brindis. Desistí. Llevaba un día y medio con el bocado de pan con mortadela. El hambre. La fatiga. Un destello borroso. Ellos se clonaban. Habían dos “pata de plancha”, tres réplicas del “Simple”, una serie furibunda de “Jefes de Batallón” superpuestos. El bar se balanceaba. Las botellas bailaron sobre el mostrador. El local era una pista de patinaje sobre hielo. Empujé la puerta. Tuve un retortijón. En lontananza hablaban. “No se preocupen, yo lo acompaño.”

Al despertar estaban la Abuela y mis padres al pie de la cama. Parecía que hubiéramos arribado a un mismo territorio luego de años de viajes y separación. Habían envejecido, como si de veras hubiesen estado ausentes por la guerra. Los tres tocaban mi cuerpo igual que a una cría en el retorno de la aurora. Sí, debió pasar mucho tiempo. Mi padre se acercó y me dio un abrazo reconciliador.

—Hijo, eres un caballo.

Esa era su manera de decir que me admiraba.

29

El carisma del Jabao no iluminaría otra clase de laboratorio. Como si no hubiéramos estado a punto de “desaparecer de la faz de la tierra”, según la prédica del Jefe de Batallón, el curso escolar se reanudó con normalidad, a excepción de nuestro Instituto. El Jabao había muerto atropellado por un tanque del ejército el mismo día que las milicias fueron desmovilizadas.

Colisionó contra la choza, la primera en una estrecha calle de bajareques que abría hacia un barrio residencial, como si ella no perteneciera a la edificación del presente grandioso de la Isla. El accidente: esquina Zaldo, como si él tuviera que ser también el *saldo* de la victoria malograda. Dicen que no sufrió. Dormía con su uniforme de las Milicias de Tropas Territoriales cuando la mole de hierro le alcanzó. No sé si el cansancio le estorbó quitarse el traje de campaña, o si quería esperar que la familia lo viera regresar de la *contienda*, extenuado,

pero marcial. Eso ya no importaba. Él era el héroe anónimo de aquella irrealizada guerra.

Asistí al entierro. Estaban los padres, algunos compañeros del pre-universitario. No habíamos tenido tiempo de conocerle. No hubo *tiempo* tampoco de sacerdote, ni palabras de despedida. El féretro fue el fondo de un humilde nicho. Cuando tapiaron la tumba recé por él y por Enrico, como me enseñaron la Abuela y Mariana. Pedí mejor suerte para Enrico. Había sido citado a fin de cumplir el Servicio Militar en la guerra de África. No podía negarse. Era obligatorio reemplazar al grupo de reservistas que hacía dos años estaban en el continente africano sin relevo. Me acordé de mi héroe hugoniano, Jean Valjan. Pensé en el Jabao, Enrico, la sociedad, en mis lecturas de Romain Rolland: "Un héroe es todo aquel que hace lo que puede." ¿Quiénes eran entonces *Los miserables*?

Concluí el bachillerato encerrado en casa como un monje. La consigna ahora era otra: obtener las calificaciones que permitieran escoger la carrera deseada. Era imprescindible un promedio alto. Aspirar a un buen escalafón, fue la siguiente contienda y la *última batalla*. El conflicto vino después con la elección. La Abuela me quería médico, mi padre ingeniero y mi madre abogado. Yo soñaba con ser artista.

—¡Eso es una cagada, Camilo. Con tus notas ser artista!

Pero no me disgusté en esa ocasión con la actitud de mi padre. Fue suficiente mirar a la Abuela y a mi madre para convencerles de que mi decisión era irrevocable.

La República de los muertos

1.

Siempre he creído que cuando un perro ladra a la luna, ella escucha. Así, cuando conversamos con los muertos, nos oyen.

“Seremos como el Ché”, era la voz unánime traída por el viento desde la Primaria. Camilo pasaba por la calle 23, de camino hacia la Universidad, cuando sintió ese eco arrullador que evocaba un sinfín de recuerdos. No pudo contener la emoción y se detuvo a contemplar unos instantes la entrega de la pañoleta a los niños. La ceremonia fue rápida. Después del izamiento no hubo palabras martianas. Se cantó el Himno Nacional y los nuevos pioneros entraron a clase.

“Todo el que lleva luz se queda solo.” Camilo revivía el aura que se infiltró en la plazoleta cuando el Director declamaba los versos de Martí en un éxtasis patriótico-revolucionario. La brisa seguía arremolinando en su cabeza sensaciones de ese acontecimiento de la infancia. Ahora lo podía vislumbrar mejor en el contraste generacional. Aquello no estaba exento de un estilo sagrado. Se acordó del bautizo que presenció con la Abuela en esa época. Ella quiso enseñarle qué habían hecho con él en la Iglesia cuando era un bebé. En ese preciso momento reparó que la investidura de la pañoleta ungía también como una orden religiosa de carácter profano, aunque se citara al Ché. Pero, ¿por qué debía estar en contra de religión alguna si no era religioso ni sabía de religiones? “Quizás formar parte de un cuerpo sin espíritu hace reclamar la presencia del alma”, se dijo. Allí estaban ellos, como hizo su generación, comprometiendo sus destinos sin saber desde los cinco años de edad el significado de las palabras.

Al entrar en la Universidad sobrevino otra vez aquella vivencia de la niñez de experimentar algo novedoso, grande e inquietante que aparecía en su mundo. Se presentaron nuevamente en la imaginación los pioneros en fila, con su ramito de flores entre las manos. ¿En qué pensaban durante ese acto donde nacían a la vida en sociedad? Al final, parecía que algo hubiera cambiado, como si después de una década, ya nadie se pudiera quedar solo por llevar luz propia y no hiciera falta invocar “la estrella que ilumina y mata”. ¿Podía ser esa la explicación de no citar la estrofa del poema martiano, o lo vivido por el pionero Camilo, era un mensaje del futuro transfigurado en azar? ¿Por qué las palabras del poeta resonaban ahora como una profecía que llamaba a la subversión o la

compañía disidente? Camilo continuó reflexionando como si quisiera descubrir las razones secretas de la historia. Estaba imbuido de la teosofía del descubrimiento, el anuncio reciente de que se había hallado en la Isla la *clara vía*. El país entraba en su ciclo confesional. Por todas partes se difundía un tema de política deidad: “Ahora sí vamos a construir el Sociolismo”.

2

La Cosa estaba muy fea. Había tenido una revelación, y hacia ese nuevo *Bien* deseado para todos debíamos encauzarnos, por “nuestro propio bien”. No había que lamentar ni cuestionar nada. Ante lo mucho bueno que nos esperaba por vivir, ¿qué se adelantaba con averiguar por qué el presente iba hacia el pasado? Eso era papití, o sea, Pamplinas.

En ese contexto de renovación fui propuesto para ser de *La Comuna*, pero antes, mi vida debía franquear con éxito un *Informe*.

La esperanza no cabe en la Isla en dos palabras: *El Informe*. Dicho así, sugiere una minucia formal. Sin embargo, en la Isla hay excepciones y acepciones. *El informe* es inseparable de la existencia de las personas. En realidad “el informe” oculta “los informes”. Cada paso requiere la comprobación de la idoneidad, hasta el sedentarismo. Porque la falta de movimiento físico puede esconder el ocio que prepara la sedición. De esta manera, no hay cuerpo sin sombra al estar todo *informado*. Una ringlera de pesquisas y averiguaciones a nivel de barrio, escuela, centro de trabajo... hacen el escrutinio meticuloso de tu existencia. En dependencia del resultado del *Informe* se decide quienes son, y quienes no somos. Nuestro destino es de él, no nuestro. Y esta es otra de las vertientes mistericas que derivan en extrañas experiencias religiosas en la Isla, las cuales pueden procurar la histeria o el pánico. Porque intentando imaginar *quién* y *cómo* pudiera ser el desconocido informante de nuestras vidas, se puede llegar al miedo divino, como si en el interior del *Informe* sobre un individuo se ocultara su *antiguo testamento*. Así, la travesía de un *Informe* es más enigmática que la de los prohibidos Reyes Magos cuando en la noche navideña insular pretendían dejar algún recuerdo a los niños. “Al menos de adultos, reconocía yo, nos enteramos de quiénes son Gaspar, Melchor y Baltasar”. Pero aunque te hagas una ceiba centenaria, nunca conocerás la identidad de los *informantes*, ni al redactor de esa entropía moral que tras-forma, te desmenuza, en *informe*.

Llegué a preocuparme. Mientras desandaba por las calles habría jurado que las luces de neón de los letreros nocturnos de la ciudad publicitaban en todos ellos un veredicto: *Tu Informe*.

3

Faltaba un trámite antes de cerrar la aspirantura. Debía testificar en un papel aspectos insoslayables: precisar si algún familiar vivía en el Norte, si mantenía contacto con amigos o parientes en el extranjero, o si poseía creencias religiosas. Dudó al pensar en Mariana. Iba a nombrarla. Ella era más que familia, y estaba lejos de él. “Camilo, si lo admites, es tu perdición”, oyó una voz a lo Pepe Grillo. Era la palabra exacta en aquella circunstancia, *perdición*. Ajeno al arte de la prognosis revolucionaria, desconocía que en ese papel no se estaba decidiendo sólo el ingreso en *La Comuna*. Caminaba sobre la cuerda floja de la religión encubierta de la Isla. Y aunque el ambiente que rodeaba a la declaración escrita nada se parecía al confesionario oscuro y aislado de la iglesia de la Abuela, él estaba confesándose y no estaba exento de oscuridad, ni tampoco de excomunión, en función de sus afirmaciones o negaciones. Respiró hondo y mintió. “No, ni familia, ni creencias, ni amigos más allá de la Isla”. Metieron el impreso con los datos, sus *negaciones* y la firma, en un sobre blanco que suponía se unió a otro sobre rojo porque le concedieron el Carnet de *La Comuna*.

Se había convertido ni más ni menos que en el ejemplo a seguir, un símbolo del porvenir. Se sintió orgulloso de sí mismo y de su familia. Él, su padre, había luchado y arriesgado la vida porque el mundo fuera diferente, y Camilo representaba, según él, una tradición heredada en ese Carnet.

—La libertad es roja, Camilo, como la sangre. Va contigo, dentro de ti.

El padre estaba conmocionado, casi lírico.

—Mi hermano, Camilo, derramó su sangre por un día como este, tuyo. Estamos en deuda con los que han muerto en el pasado por el color de la libertad.

Se esfumaron las visiones de “informes” en los anuncios de la ciudad, en la bodega, en las paradas de autobuses, en las páginas de las revistas y periódicos que leía. Estaba muy contento de la seguridad infundida por aquella credencial. Equivalía a llevar un letrero en la frente que ovacionaba: “Camilo es de los buenos.” Ya no tenía que demostrar nada. Había llegado a lo más alto. Era como un santo rojo de la Isla.

Con los años entendió la frase del Secretario de *La Comuna*. Fue en el contexto de una máxima cesárea no manifiesta en la entrega del Carnet. Él afirmó “Camilo es de los nuestros”. El tiempo le hizo ver su significado.

4

Al no encontrar en tiendas y almacenes una bicicleta nueva, mi padre compró una de segunda mano para premiar mi aceptación en *La Comuna*. Un sargento

de su unidad se la vendió. Así inicié un aprendizaje que, como toda enseñanza esencial, iba más allá de su finalidad.

El dominio del equilibrio sobre dos ruedas, mientras él me ejercitaba, lo asumí como una metáfora de mis dos pies. Las emociones desconocidas de poder y compensación dadas por el manejo de la bicicleta fueron desde entonces una constante en varios episodios de mi vida. Ahí estaba la síntesis para la clave de cualquier destino: el timón, la guía; los pedales, la inspiración; las ruedas, la armonía, el saber abstenerse y el saber actuar en la dirección emprendida. Intuí que la bicicleta era en nuestra época el equivalente del caballo para el hombre de la Edad Media. Por eso no me extrañó, años más tarde, cuando la Isla empezó su medioevo al levantarse la muralla del Período Especial tras la caída del *Muro*, que implantaran como vehículo oficial del pueblo, la bicicleta.

—Quiero que conozcas mujeres de verdad.

Ese era el segundo premio que había concebido por ser un joven comunero: ir al cabaret *Tropicana*.

Fuimos los dos. Tuve la sensación de asistir allí al lado oscuro de mi padre, a lances que conformaban también su ser y que yo ignoraba. No me cautivó el despliegue pintoresco de una escenografía exaltadora de los tópicos caribeños, ni las luces de oropel, ni el espíritu de lentejuelas transpirado en la música de la orquesta, ni los sicalípticos, casi carnívoros, movimientos del cuerpo de baile, sino la manera en que mi padre seguía con los ojos a las mulatas y algunas de ellas lo seguían a él vestido con su uniforme militar de gala. Porque aunque yo insistí que fuera vestido de civil como yo, él me corrigió.

—No te equivoques, Camilo. Esta es una celebración especial.

De este modo, mientras las mulatas simulaban desde el escenario pasar revista ante mi padre, yo fingía encantarme todo lo que rechazaba para hacerlo sentir satisfecho de mí.

El redoble de las tumbadoras indicaba la proximidad del compás final, la pachanga comparsa de la canción y el baile. La corista, en compañía de un grupo de bailarinas con sus tacones rascacielos, sus tetas infladas, cubiertos los cuerpos de plumas, rematadas las cabezas con barrocos penachos de adornos charangueros, descendieron hasta las mesas de algunos espectadores. Nos tocó en lotería el culo de una de ellas que no había quitado la mirada sobre mi padre. La orquesta hacía un bis sostenido en las últimas notas y vi empinarse aquel trasero excepcional entre la cara de él y la mía, abanicándonos con sus pompones de algodón cuando inclinada hacia el suelo en posición vertical, el meneo y remeneo de su cintura, frenetizaba el contoneo de aquel prodigioso culo.

Estornudé. Algo había de coriza en esas borlas. No voy a negar impresión. Aquellas caderas frente a mí eran la antesala de un Nuevo Mundo. Pero sé que mi padre fue más lejos. Se hizo conquistador. Me cuesta decirlo. Estaba excitado.

5

A medida que mis progresos sobre la bicicleta fueron acoplándose a la existencia, él se hacía una lejanía para mi madre y ella actuaba con indulgencia para que yo no me pusiera a interpretar su insoportable silencio. Había entre ellos dos un pacto de fastidio donde la tolerancia ocultaba la indiferencia. Él proponía: “Demos un paseo en bici” y ella no parpadeaba.

Antes de atravesar el descampado donde practicaba mis piruetas en bicicleta, mi padre adoptó un porte severo, casi ritual.

—Te voy a confiar algo de mí que no conoces.

Me dije: “Ya es hora que hablemos de hombre a hombre.”

—¿Qué ocurre? —pregunté con aparente desinterés para decidirlo a hablar, pensando que sabía perfectamente mi conocimiento de sus *correrías*. “Sí, admite de una vez que la engañas”, me contesté antes que profiriera sus argumentos excusatorios.

—Camilo...

Parecía un niño apenado, vacilante, con el sonrojo de una innegable infidelidad.

—Camilo...

“Suéltalo, papá, suéltalo, basta de mentiras” —le animaba yo por dentro.

—Camilo... a mí me enseñó un cura a montar bicicleta.

Mi aparente desinterés adquirió una expresión de rabia y desconcierto.

—¿Qué?

—Debes entenderlo, hijo. Éramos una familia pobre, en casa no había otra salida si queríamos estudiar... había que entrar en la Iglesia como monaguillos.

Entonces la vulpeja se vistió con piel de lobo. Y aquella cólera consustancial de mi padre empezó a reptar por mí, asfixiando las frases que había ideado para mitigar cualquiera de sus traiciones. No reaccioné ante su rencor cuando añadió que, ese mismo cura, le mostró un día el campanario de la Iglesia para lanzarse desde allí por su ineptitud con las matemáticas.

—Él, Camilo, me hizo aborrecer la religión. La iglesia es una fe sin Dios.

La pierna izquierda de mi padre comenzó a temblar y yo con él, aunque su vista estuviera posada sobre lo alto de la Iglesia del Sagrado Corazón de la calzada, y la mía en la cruz que tacha el perdón.

6

El acto oficial de bienvenida a *La Comuna* se consumó en la Loma del Taburete, en la Sierra del Rosario, desde donde el Comandante Ernesto Ché Guevara se preparó militarmente para la guerra de Bolivia.

Ascendían en una hilera de manos trenzadas, unidos, compenetrados con la frondosa vegetación en una emoción patriótica por la condensación histórica que transmitía el lugar. Todavía habían vestigios de asentamientos coloniales a lo largo del camino. Un espeleólogo que fungía de guía los adiestraba en el reconocimiento de ruinas de cafetales aparecidas por doquier. Tropezó con la raíz de un árbol y cayó sobre unos restos de porcelana francesa del siglo XVIII. Guardó en la mochila un pedacito de loza con vetas azules que creían pudo ser un plato. Un poco más allá otros recogieron polimitas perforadas que según el espeleólogo habían sido de un grupo poblacional aborigen. Camilo iba ensimismado ante la profusión de un patrimonio virgen, natural, incólume. Olvidó el motivo por el que seguían remontándose en la Sierra en consonancia con la mística del paisaje. Cada elemento era el testimonio de un universo que se negaba a ser usurpado. Qué bien se estaba ahí donde el tiempo había dejado de ser una inmolación. Era inútil no ver la inagotable magnificencia de un bosque hecho de ilusión y utopía. Aspiró con fuerza la pureza salvaje de la naturaleza. Lo sublime estaba allí.

Llevaban dos horas de escalamiento cuando alcanzaron el vértice. No era una cumbre pronunciada. La forma aplanada de la cima la emparentaba ciertamente con la imagen de un taburete. Contrastaba la mesurada altitud de aquella montaña con la vastedad del propósito redentor del Ché. ¿Vaticinó entre esas lomas la trascendencia de su muerte? ¿Cuál fue su último sueño antes de partir hacia Bolivia?

Unos efusivos párrafos sellaron la alocución del Secretario de *La Comuna*. “Con su asma acuesta el guerrillero heroico era un ejemplo de tenacidad y constancia. Este sitio fue testigo de cómo a pesar de su enfermedad, él subía y bajaba esta loma varias veces al día con miras a inculcar en sus compañeros la entereza revolucionaria.” Fueron mencionando después, uno a uno, los nombres para recoger el Carnet. Camilo olvidó dar las gracias en la conmovición de la ceremonia.

Retornaron por una ruta distinta. Los escoltaron a cada rato palmerales que movían las ramas cargadas de palmiche. Parecían saludar. Aquellas palmeras con sus penachos reales le recordaron a las bailarinas de *Tropicana*. No Camilo, no, son cosas diferentes. Déjate de cabronadas en un día como éste. Era la voz del padre salida de una de las palmas. Fue ya imposible no pensar en él, en *Tropicana*, en sus mulatas.

7

Me acuerdo todavía, con nostalgia de *sociolismo* monacal, de la primera asamblea de “ejemplaridad de *La Comuna*”. Debíamos ser críticos con nosotros mismos. ¿Y qué mejor *orden de conciencia* que exigirnos el horario de cada una de nuestras actividades del día y la noche, hasta las más íntimas? Era mi turno.

—Sea autocrítico, compañero.

Yo sin *conocer* a Cristo creía esperarme el Anticristo. La noche anterior había soñado que me masturbaba con las nalgas de una de las bailarinas de *Tropicana* como si fueran la puerta de entrada a la *perdición*. Fue un placer incómodo, negador. Porque a la vez que la poseía, ella me alejaba de la *clara vía* de mi paraíso terrenal. ¿Y cómo aludir a esa última jornada dominguera que poco tenía de la limpieza moral de *La Comuna*, y sí mucho de un erotismo desenfrenado por la falta del amor *mariano*, mi Mariana?

Carlos, Federico y Vladimir habían puesto muy alto el listón de la sinceridad abanderada de la Juventud. Gumersindo, al referir sus hechos de la semana, describió hasta las pesadillas con una iguana. Los aplausos perseveraban cuando me había levantado para proseguir el turno de las confesiones. Todos, simbólicamente, estábamos sentados en el aula a la izquierda de una foto con sonrisa de mesalina que parecía pontificar. No pude rehuir sus ojos hurgando en mi conciencia. “Sabrán si no digo toda la verdad”. Me martirizaba sintiendo el peso y las consecuencias de mis omisiones, aunque lleno de coraje, ya había escrito lo ocurrido. “Un comunero, es o no es”. Si aquello me había sucedido era porque la masturbación también era parte de *La Comuna*. ¿O era yo menos que Carlos, Federico o Vladimir? En la vorágine de los lemas de la ética y los morfemas de la pasión, no sabía que había caído en las ficciones de la lingüística. Porque en realidad lo que yo quería decir era que Carlos, Federico y Vladimir no eran *más hombres* que yo. Y ser hombre o no, no es asunto *común* o *Comuna*.

Pero las piernas me temblaron cuando mi lectura concluía la noche del domingo. Me faltó valor en el clímax. La atención del público era máxima.

—Compañeros, después se fue la luz y me acosté a dormir.

Con sorpresivo arrojo comí los papeles de mi horario ante el encandilamiento patriótico de los presentes, como si el haberse ido la luz fuera *cosa* de un demonio con el que me enfrentaba tras cada dentellada. Me aplaudieron a rabiar. De esta forma, mi oscuridad existencial salvó la responsabilidad con la militante conciencia.

8

Venido de la nada, mientras almorzaba en el comedor de la Universidad, se acercó un espécimen insípido, inodoro e incoloro. Traía una tarea para Camilo: ser informante. “Sólo debes contarme qué hacen algunos de tus compañeros.” Se activaron en mí las luces de neón de la ciudad. Noté cómo se sentaba entre él y yo un tercero: el bobo de Abela.

El connatural espíritu humorístico de la Isla ante la tragedia, creó un personaje que ocultaba su calvicie con sombrero porque no tenía un pelo de tonto. Era *El Bobo*, y sus admiradores optaron por homenajear a su creador concediéndole la indiscutible paternidad con el calificativo de *El Bobo* de su autor, es decir, el *Bobo* de Eduardo Abela. Con su caricatura este pintor personificó una cultura popular crítica que no dudaba en decir lo que pensaba. Disfrazado de mal gusto, con un semblante entre el más allá y el más acá, con sus acarrees y ocurrencias, disculpadas por su enfermedad, la *bobería*, hizo temblar la tierra en la Isla. Desde que conocí a este alegórico personaje me compenetré con él. Hacerse el bobo es cuestión de vida o muerte en determinadas ocasiones. Y aquella recomendaba su pronta intercesión.

Mentalmente me coloqué el noqueado bombín, el bastón chaplinesco y el casi-traje del Bobo. Hice un esfuerzo por retener su característica mirada de “señores yo no he sido” y su cara de “tal vez”. A continuación procuré relajarme y poner la expresión de Bodoque, el tarugo más merluzo de los papanatas. “¿No entiendes? Sólo debes contarme qué hacen algunos de tus compañeros.” Seguía sin enterarme. Y pasó lo que sucede cuando nos atracamos a repetir una única palabra cien veces, terminó por perder todo significado.

El espécimen se fue atrincherando en su inodorismo y yo me fui bobalichando hasta el absurdo. A medida que su apariencia se exasperaba, poblando de nubarrones la paciencia, yo perseveraba en la órbita de lo elíptico. Era la parábola de los dos fantasmas que George Loring Frost recogió en su *Memorabilia*. Una pregunta: ¿Crees en los fantasmas? El otro responde: no; entonces el primero dice que sí y desaparece.

Me esfumé dejándolo atrás, todavía sentado en la mesa, escarbándose por dentro por qué no había captado su sencilla tarea. Iba ufano, como un superman tropical. Me consideraba invicto. Era el rezago de la representación que me mantenía aún bajo los efectos del mimetismo. Él no cesó. Lo incoloro reapareció con nombre de Tania. Me tuve que volver yo también insípido.

9

La profesora de literatura organizó una visita a uno de los escritores más emblemáticos del sistema. Había curiosidad, diría hasta ansiedad por conocerle. Desde la Primaria lo citaban en clases y ahora en la Universidad se le dedicaban horas y horas a estudiar su copiosa obra. Alquilaron un autobús de turismo que puntualmente nos esperó a la salida del rectorado. Ellas nos sentaron en sus piernas porque no había suficiente espacio.

—No, no, caballerosidad, muchachos. Ustedes son los que deben llevar a las chicas —protestó la profesora de literatura al entrar en el autobús.

Se invirtieron los papeles. Cuando la muchacha que me cargaba con estoicismo se levantó, pude apreciar su estirpe criolla. Era atractiva, colosal. El pelo negro caía hasta la cintura comunicando un ondulado sensualismo a todo el cuerpo. Sus verdes ojos parecieron pedirme permiso antes de posarse sobre mí. Se acomodó con delicadeza, tanta, que empecé a realizar operaciones aritméticas desorbitadas.

—Me llamo Tania.

—Mucho gusto.

Volqué mi ánimo sobre la ventana ávido por contemplar cualquier bagatela que me transportara fuera de esa comprometida situación. El movimiento del autobús al tomar una curva deslizaba aquellos muslos contra los míos y tuve la sensación de que disfrutaba sobre mí. Me volví plumada y lancé mi vista como un anzuelo pardillo que desea ser estafado por el panorama. Era en vano. El entorno conspiraba para que las puertas de las casas se me antojaran vulvas, las ventanas senos, hasta los semáforos con su parpadeo flirteaban pasiones inconfesadas. Piensa en cosas desagradables, hay tantas, piensa, piensa, piensa... Me remonté a la zoología. Fue un grave error. Las ancas de las cebras se parecían a las caderas de Tania; la boca abierta de los cocodrilos, a la orilla del estanque, resultó una provocación lujuriosa; y en el compartimiento de las hienas todas fornicaban entre sí. Ellos, como nosotros, no hacían comentario alguno, excepto las fingidas quejas de Tania cuando los baches de la vía la hacían saltar sobre mis piernas. Cambia, Camilo, cambia. No funciona. Repasé la tabla de multiplicar, calculé la raíz cuadrada hasta de los contenedores de basura. Tania hacía más grandes los agujeros de las calles con sus excesivos ademanes. Imaginé un hacha en las estepas siberianas talando abetos y cedros a cincuenta grados bajo cero, pero la taiga era un falo firme que retoñaba. No me daban las cuentas. Las sumas y restas estaban tan alteradas como yo. Justo a tiempo el autobús frenó y antes de que aparcara, ella se irguió coqueta.

—Muchas gracias. ¡Qué palizón te he dado!

Puse discretamente mis manos sobre la portañuela.

—Adiós, Camilo.

Se unió a un grupo de alumnas que estaban con la profesora de literatura en la puerta del autobús. Me incorporé con un dolor inguinal sin reparar en que ella pronunció mi nombre sin yo decírselo. Ubiqué la mochila delante de las extremidades y avancé como pude hasta donde se encontraban mis compañeros. Todos contenían las ganas, carpetas y maletas reclinadas en el mismo sitio que yo.

10

Aquello era un congelador viviente. Al traspasar el umbral empezamos como a hibernar. Era la estancia del Autor.

Lucía una tristísima guayabera, en el pasado metáfora nacional de la vestimenta del varón. Su esposa le acompañaba dondequiera que iba como una extensión de su sombra.

Hacía referencia a su escritura con un espíritu de vitrina, complacido en citarse como un escorpión que no deja lugar a miembros de su especie en la posteridad. Decía las frases con calculada precisión. Cada palabra parecía cincelada en la escultura del tiempo. Hablaba como si fuera imposible después de él conversar. Se valía de una expresividad que abarcaba la medida de todas las cosas. Mostraba un rostro acogedor a través de gestos de ensayada humildad, siempre que no se le preguntara por otros autores. Se veía que no podía resistirse a diseccionar aquello que no fuera *su obra*. La casa, llamada *su* gabinete de soledades, era un hogar de beneficencia cuando realizaba el panegírico de sí mismo, o mientras recibía la alabanza del visitante. Frente al mérito ajeno era un tribunal de la Inquisición.

En el pasillo enseñó solícito los carteles y cuadros dedicados por artistas. Daban la impresión de ocupar su justo lugar en el universo. El cuarto de desahogo, como si no contara, como si no fuéramos a pasar por allí, con ese recogimiento infatuado que revienta por los cuatro costados su vanagloria, ostentaba su falsificado desprecio al honor. Bajo fundas de terciopelo, en lustrosas cajas de caoba, resplandecían las medallas habidas y por haber del gobierno en reconocimiento a su “magna obra literaria”, según resaltaba un rótulo en la pared. Un mural de fotos a lo Kandinsky immortalizaba a las personalidades que le habían acompañado en las distintas galas, festivales y acontecimientos. Uno sentía allí que tras él vendría el diluvio.

La esposa nos agasajó con unas croquetas de bacalao y un batido de mamey, fruta golosa que hacía años no degustaba por su ausencia del mercado.

Él, fronterizo, casi nonagenario, prefirió tomar café. Desde su butaca de mimbre pontificó pasajes de su creación poco antes de retirarnos. En el bolsillo de la guayabera asomaba una desusada pipa que impregnaba sus frases de autoridad. Subrayó con golpes de bastón su enfriado ardor, mientras su mujer permanecía como un telón de fondo, sonriendo si él sonreía, suspirando si él suspiraba.

Los textos leídos no establecían parábolas ni analogías con la realidad. Su linaje de escritor del porvenir parecía impedirle vivir en el presente. Transcurrimos en la expectación de un vocabulario anclado en el futuro que nos momificaba para poder tantear su sentido mañanero. Gesticuló transformándonos en niebla y vapor. Su mujer fue a graduar el aire acondicionado. La temperatura descendió abruptamente. Así podríamos solidificar el recuerdo de su esposo.

Todavía conservo su imagen en mi frigorífico. Guardo su daguerrotipo hecho escarcha como prueba de un autor convertido en urna.

11

Mi amistad con Mirco fue la consecuencia del encuentro en casa del Autor. Me había sorprendido gratamente su manera de interrogar en aquella excursión oscilante entre la fanfarria y el mausoleo. Él demostró en el diálogo un conocimiento convincente que llevó a manifestar al Autor: "Usted llegará lejos". Mirco discrepó conmigo sobre la sinceridad de este augurio.

—Es un cínico, Camilo. Me lo dijo después que le pregunté su opinión sobre la poesía del Proscrito. No se le puede mencionar su nombre. ¿No te fijaste en la cara de Bruto renegado que puso?

Mirco aprovechaba la puesta en escena de *Julio César* que vimos juntos en el teatro en su temporada invernal, para burlarse no sólo del Autor, sino también del actor de Marco Junio Bruto. La expresión usada cuando terminó la función, mientras salíamos por los laterales de la platea, fue semejante. "Es más bruto que Bruto, es decir, mucho burro". Para Mirco, que este político romano hubiera tomado parte en una conjura y asesinato, anulaba su fama de filósofo y gran orador. Pero yo sí me había fijado en el Autor tras la pregunta incisiva de Mirco, y percibí ese estupor que surge cuando hay un acatamiento incoercible ante una inteligencia superior. El Autor demudó su rostro no por el Proscrito, que no estaba entre nosotros, sino por Mirco, quien le había azuzado con anterioridad sobre la dependencia entre la forma y el contenido en el soneto, la conveniencia de transformar un poema en prosa poética, o el escribir teatro sin versificación para no distraer, con la música interior de la rima, el significado del texto y su representación. Fueron destellos de vitalismo que agradecí a Mirco haberlos propiciado en aquel arquetipo flemático dispuesto con su parsimonia,

a volvernlos estatuas de alabastro idénticas a las que ornaban la sala. Sin embargo, él tenía motivos objetivos en el *cinismo* posible del “usted llegará lejos”, porque en otra ocasión, cuando el Autor nos abrumaba con una de sus églogas preferidas, a Mirco se le ocurrió interrumpirle para preguntarle por qué poseía tantos ceniceros si evidentemente no fumaba.

—¿Cómo sabe Ud. que no fumo? —interpeló el Autor reprimiendo su expansiva molestia.

—Porque yo sí fumo, señor, y sé cuando en una casa vive un adorador de las delicias terrenales de Vuelta Abajo.

El Autor hizo un imperceptible movimiento de reprensión con el dedo índice de la mano izquierda sin soltar el bastón, mientras que Mirco se sabía por dentro ganador de la partida. Ajustó las gafas sobre su alicaída nariz de cenáculo domesticado, y continuó removiendo nuestras entrañas con su oda a la eternidad. Mirco se negaba a decirle El Autor como yo. Él sencillamente no lo citaba.

12

El desencanto por el Autor aceleró mi intención de entrevistarme con el Proscrito.

—Antes visita al Converso. Es el mejor modo de valorarlos a los tres.

Mirco fue rotundo. Insistió en que debía ir solo. A él lo conocían el Converso y el Proscrito.

—El encuentro con ellos se ha de efectuar sin intromisión mía para no indisponerlos contigo. Además, deseo no prejudicar tu primera impresión.

Sin estar de acuerdo con su parecer, obedecí el rocambolesco mapa que dibujó de la zona de Centro Habana donde residía el Converso. Estaba enclavado su piso en un ensanche progresivo de la ciudad, como si el espacio exigiera su hegemonía sobre la existencia de cada uno de los habitantes que, con sus sillas y mesas en mitad de las aceras, mataban el tiempo a golpe de dominó y cerveza a granel. Cuando me adentré por la calle del Converso buscando el número de la puerta, todos me miraron de manera infrecuente, con pose de estar encerrado en una pecera y pertenecer a un género indeterminado.

—¡Bah! —prorrumpió el que parecía más anciano, y el movimiento se re hizo, ignorándome ahora ellos íntegramente al tocar en la aldaba del Converso.

Resonó la desvencijada puerta con un lamento que anticipaba la guarida. Pasé a un desorden escalonado de naderías, dispersas por el suelo, hasta la marquesina donde aguardaba el Converso. Vivía con su octogenaria madre rodeado de libros polvorientos que parecían rescatados de un naufragio inmemorial.

—Espléndido, mamá, la juventud quiere conocerme. ¿Un ronquito?

Su boca de medio siglo despidió un tufo a menta. Negué con la cabeza, y no hizo falta referir más. Habló sin parar, como si yo no fuera el visitante, sino la única visita en años de clausura y abandono. Se condujo como el sobreviviente de una cacería. Actuaba igual a un blasfemo liberal aceptado luego del acoso y la persecución, aunque el capítulo de novela inédita que me leyó revelaba más el ladrido ortodoxo, que la mordida iconoclasta. Estuvo recluido en *Uno Mejora A su Pesar* (UMAP), esa granja de Abacia devenida en campo de trabajos forzados donde arrestaron la sospecha de ser homosexual o intelectual.

—Somos la generación perdida, pero el testimonio de no haber podido con nosotros es que tú estás hoy aquí.

Cruzaba las piernas sobre el tapizado sillón como una quinceañera que cuida descubrir sus encantos. La mano derecha se mantenía descolgada hacia arriba mientras el codo se adhería a la barriga igual que un ostión arrepentido. Al platicar sus labios se dilataban en un escarceo velado insinuando la figura de un corazón, y aplicados a hilvanar rumores de corrillos intelectuales, se encojían desmesuradamente en forma de pico, dejando tan sólo una pequeña hendidura donde apenas podía encajar una fina boquilla nacarada. En mi imaginación la vi taponar aquel orificio mientras el humo se desvanecía trazando una caligrafía japonesa en el espacio.

—Podría estar dando cursos en París o en Nueva York, y vivir tan ricamente. Pero no, he preferido quedarme aquí, dando sal cuando me quieren hacer salitre. Eres monísimo, Camilo.

Costó despedirme porque entre leerme un poema del libro que recientemente le mereció el Premio Nacional de la Crítica, y convidarme a comer, dieron cerca de las ocho de la noche.

Pensé en lo cruel que fue Mirco al comparar al Autor con el Converso. Dijo que éste era un epiceno carroñero y aquel un homófobo depredador. Para mí el Converso era un hombre crepuscular, un temblor entre el día y la noche.

13

Retirado, con sus setenta años, el Proscrito habitaba un barrio con nombre de serpiente. Él y una gata ocupaban un ático desde el que se podía dominar la ciudad en todo su esplendor. A diferencia del Autor y el Converso, la biblioteca era él mismo. “No me hace falta conservar los libros que leo, ya están en mi cabeza”. De este modo, una damasquina estilográfica decorada con laminillas de plata, una aceitada máquina de escribir *Underwood*, y un archivero escarlata de cartón

con folios en blanco, constituían los únicos indicios de un reino donde la letra resistía la conjura del silencio.

La gata me examinó distante, como si yo estuviera allí por una razón encubierta, limpiando a ratos su piel con los ojos entornados en un placer críptico, semejante al hermetismo literario del Proscrito. Él parecía a veces un gato más, y yo un eremita entre dos felinos que se turnaban en una ronda de reencarnaciones para no perderme de vista en aquel desierto de morada.

—¿Por qué ha venido? —preguntó con acento acusador.

—Me han hablado mucho de usted, de sus libros...

—¿Quiénes?

—Amigos míos —mentí, riendo, a fin de relajar la tensión del ambiente y ganar su confianza. Mirco era esos “amigos míos”, nadie más.

—Amigos...

—Sí.

—Mis libros llevan veinte años sin salir de los anaqueles de ese armario —señaló con un gesto cansado—. ¿Cómo puede alguien saber de mí?

—Su obra publicada en el pasado persiste en algunas bibliotecas particulares. Yo la conozco —volví a mentir, esta vez parcialmente. Algunos de sus poemarios, ensayos y cuentos estaban en el domicilio de un tío de Mirco, pero yo nunca los había leído.

—¿Cuál es el que Ud... —se contuvo. No sé si a causa de mi temor, que seguro percibió al mordirme los labios por no hallar qué decir, o el suyo propio ante mi posible alusión a títulos de su obra censurada.

La gata saltó con brusquedad del cojín y se metió ronroneando entre mis pies como si culminara la pregunta sesgada de su dueño. “Rorro, eres un rorro”, sentía a la gata manifestarme con sus ronquidos al restregarse erizada. Algo había de verdad en lo de “rorro”, porque el Proscrito reconvinó en un “no seamos infantiles” con el mismo signo de contento que la siamesa al pasar por mis piernas una y otra vez.

No tenía tampoco sus libros editados, excepto los que permanecían amontonados en húmedos cartapacios del armario semiabierto con un cerrojo rajado. Miró hacia él con la certeza del que no desespera.

—No lo he arreglado a propósito. Serviría de poco. Tampoco me oculto. Ahí está mi obra, incluso para ellos, los que no la quieren...

Tomó agua en un vaso plástico que había cerca de una jarra de metal.

—¿Tienes sed? No hay mucho que brindar.

—Gracias, señor.

—Estoy tranquilo, no obstante. Nada creado desaparece. Aún mis libros

inéditos confiscados estarán en alguna parte, obrando en quien sabe qué lectores.

Se dejó caer en un sillón sin barnizar y se hizo el poema. Recitó cinco o seis con una cadencia que me transfirió a un universo asociativo jamás sentido. Allí estaba la poesía afirmando la simultaneidad de la vida en una dimensión coral. La palabra transfiguraba el espacio en un tiempo inextinguible. “Que no acabe, que no acabe”, era mi reclamo en aquella resonancia exuberante, bastaba oírlo para inferir que no estamos solos, que nunca la muerte podrá vencer al poema.

—Has de disculpar estos versos míos prohibidos. Así, Ud. y yo, hemos derrocado el ostracismo.

En la puerta, antes de yo partir, imperturbable él, husmeó con la gata mi emoción.

—Joven, ¿sabe Ud. en dónde se ha metido?

La siamesa se escurrió tras de mí asustada con un maullido.

—Sí, señor, en la casa de un poeta —dije con la certidumbre querciosa de que lo proscrito sería prescrito.

El ronroneo era todo alborozo y frenesí. La gata festejaba ahora un encuentro inacabable.

14

Chopin y la pizzería, como si fueran los argumentos previos de un silogismo órfico, me revelaron la diferencia que existe en la Isla entre un ciudadano y un comunero.

Mirco había interpretado en su piano de cola *Nocturnos* y *Baladas* del músico polaco. Era el pago de una apuesta sobre mis impresiones del Converso y el Proscrito. Difería de sus radicales opiniones. No podía aceptar que el Converso “fuera un sujeto fermentado” y el Proscrito una “entelequia hipotecando su vida con la muerte”. Él no tuvo más remedio que chopinizarme en pago a su errática predicción, y yo de invitarle a una lasaña en celebración de la magistral audición que me había dedicado.

Siempre deduje que aquel título, *La vita nuova*, debía influir notablemente en la calidad de la comida italiana de esa céntrica pizzería de la ciudad. Uno salía de allí romano, o al menos, más comprometido con el pan, el queso y el tomate. No sé si aquella influencia destilaba también las catacumbas, pero cualquiera podía terminar cadáver en la hilera de personas que perseveraban allí, a la entrada, atormentados por los aromosos ingredientes derretidos en la harina tostada. Mirco decía que para sobrevivir la espera “había que latinizarse”. De

esta forma, ir a *La vida nueva* implicaba leer en la cola al Dante, para eso estaba cerca de la casa de Mirco *La vita nuova*.

Pedimos turno en una milenaria fila paralelizada al Coppelia, el lugar donde se toma el helado más rico del mundo. Mirco empezó a descifrar las fuentes originales de personajes de la *Divina Comedia* descuidando que el infierno es una historia sin memoria que al citarlo se realiza. Un tumulto en el vértice de la calle L distrajo sus argumentaciones. Habían algunos *friquis*, esa generación de pelos largos que sustituyó al Ché por John Lennon, y a la música salsa por el rock, con los pantalones ceñidos hasta los huesos y las holgadas camisas remangadas en los hombros. En ellos había una lógica social de extrarradio. Significaban un desvío en la *clara vía*. La policía estaba abriendo en dos los pantalones *friquis* con las tijeras del inmovilismo y registrando a los que se resistían al corte modélico. En otra área, como si Gomorra pudiera detener a Sodoma, recogían en un camión a jóvenes homosexuales que escandalizaban con sus besos y piropos a los transeúntes.

—Ellos son la patria mutilada, nuestros *parias*—dijo él con tristeza y acritud.

Detrás de nosotros un individuo empujó a Mirco con brusquedad.

—¿Cómo que *parida, ambia?* ¿Tú eres *bugarrón*, o qué? —protestó.

Mirco se limitó a oír sin mirar con la reviviscencia de quien está ante un animal que marca el territorio con los ojos.

—Asere, es contigo. ¿O son ustedes pal de maricones?

Y ya no hubo más preguntas tras un nuevo envite. Mirco me pasó el brazo por la espalda con aire amanerado, y en un tono retador, esta vez sí miró a la cara del candidato a antropeide.

—Sí, cariño, él me la mete a mí, y yo se la meto a él, somos las mariconas más bujarronas de La Habana. ¿Hacemos un trío?

No, Mirco no debió dejarse provocar. Intenté separarlos en medio de incesantes manotazos cuando tres policías que interrogaban en la otra acera a los homosexuales vinieron hacia nosotros aparatadamente. Pidieron identificarnos. Yo había dejado mi mochila sobre el piano de Mirco. En ella estaba la documentación.

—Este pa'la jaula —ordenó uno de los agentes.

—Vivo cerca, puedo ir a buscar su carnet en un segundo —intercedió Mirco nervioso mientras me encerraban en una camioneta donde todo era oscuridad.

Una palanca de hierro me incomunicó irremediamente con Mirco. Sellaron la puerta blindada como si fuera un convicto indomable. Él, desde el otro lado, seguía conversando en vano con la policía.

Un acelerón me hizo perder el equilibrio en aquella boca de lobo, y caí sobre algo que se quejó.

—Me cago en diez. Hay gente aquí.

Pedí disculpas a tientas. Choqué con el techo. La boca de lobo rebasó una angosta curva a exceso de velocidad. Fui a dar de bruces al suelo. Me senté preso de un escalofrío que incitaba los peores presagios. En el horno lo sombrío se iguala con lo sórdido. La boca de lobo aullaba al pasar sobre un pavimento socavado por las ganas de sobresaltar un espanto sin final. ¿Por dónde vamos? Hice rotar el anillo de Mariana en el dedo anular fugándome de mi circunstancia. ¿En qué parte del mundo está ahora, qué hace, cómo presente esta endemoniada bestia rizar la noche?

Una tos, un ahogo. Alguien boqueaba hundido en el lodo de un mar invisible. Agua, agua, agua. Gritamos. La boca de lobo rugía su indolencia. Me hice un vegetal de fuerza cosmogónica que expandía sus ramas hacia el infinito. Abran, Abran. Las bocanadas no retenían el aliento. La agonía emanaba un soplo delirante. Bullía en su nada oceánica, aborreciendo su suerte, el rendimiento de la opulencia juvenil a la delicadeza del aire. Palpé el pecho, me amigué con sus entrecortados latidos. Tranquilo, tranquilo. Ya estamos llegando. Susurré como si me fagocitara por sus venas, anhelando convertir mi savia de siempre en oxígeno para él. La muerte estaba tatuada en la respiración. Quien quiera que seas, no puedes morirte. ¿Me oyes? Comenzó a jadear. El resuello era rocío. Eso es, adelante, adelante, otro poco más, escupe arcilla, trágate mi afán germinativo. Pegué mi boca a la suya inundando los pulmones de vida en aquella oscuridad socarrona. Estornudó. La boca de lobo vomitó su hábito. Habíamos llegado.

No pude ver el rostro del asmático. Lo trasladaron con urgencia al hospital en un coche de la policía. Mirco se encontraba en la comisaría cuando me bajaron de la camioneta. Él se acercó en el portal. Un policía con encumbramiento de guarda palaciego mandó que se apartara de mí. No debíamos estar lejos de *La vida nueva*.

Nos aislaron en una habitación donde una foto con sonrisa de mesalina, una máquina de escribir checa, y un ordenanza de la estación, eran el decorado. Iban a levantar acta. Conocí a los otros dos acompañantes en la boca del lobo: un homosexual y un prófugo del Servicio Militar Obligatorio, que por visitar a la novia ese fin de semana, había abandonado la guardia en el campamento. Aparecieron los policías que nos habían detenido dictando culpas y azares. Me despacharon con una multa por andar sin identificación. Fui a irme. “No, Ud., Camilo, se queda esta noche en el calabozo”. Pasaron al reclu-

ta, tomaron los datos personales, las huellas dactilares y lo dejaron en manos de un oficial que se lo llevó a otro departamento. Quedaba un muchacho huizado de sí mismo.

—Éste es Gilberta, “la loca” habitual de Coppelia —especificó uno de los policías al apuntar hacia el homosexual con voz constreñida como si apretara las nalgas—. Un reincidente. Por ahí está su ficha. No ha querido decirme su nombre cuando se lo pregunté. Peor para él. Deja que lo encerremos con “Ver-gajo, el laxante”. Gateará por las paredes y hablará hasta por el culo.

Gilberto se limitaba a observar aquella risa cenital remachada con tachuelas en la pared. ¿Por qué se unió sonriente a la foto sin decir una sola palabra? Sonó el teléfono.

—Sí, a la orden.

Me trasladaron a la oficina del Comisario Político, capitán de la estación. La estancia olía a zorro viejo no a boca de lobo. Tendió la mano y me saludó fraternalmente.

—Mucho gusto, Camilo.

Su dicción aflautada, el trato inteligente y afable, hacían creer que no me encontraba en una jefatura de policía, sino en una embajada de lores británicos. Mirco estaba allí. También *La Sombra* de la sonrisa de mesalina desplegada en un vistoso marco metálico.

—Estas cosas suceden —pronunció el capitán rompiendo la multa.

Mirco hizo un gesto con la mano de que no estuviera impaciente. Recordé mi perplejidad por la risa de Gilberto. Saqué valor y conté al capitán cómo uno de los policías le había intimidado. Mirco se removía en la silla haciendo señas para que me callara.

—No te preocupes, de eso me encargo yo. Todo ha sido una lamentable equivocación. Estoy aquí para resolver estas situaciones.

Tardó días en revelarme el *silogismo*. No había sido el carnet azul de identidad el que me sacó cuando Mirco lo mostró en la estación, sino el rojo de *La Comuna*, guardado dentro de un estuche en mi ajada mochila. Juré volver a la comisaría para pedir una explicación por ese trato de favor.

—No prometas una estupidez porque no vas a cambiar el mundo. Olvidas muy fácilmente la célebre frase: “Quien se mete a redentor termina crucificado.” Querido, ama y vive.

Parecía como si el *Caballero de París* estuviera desperezándose con su deseo vital para protegerme.

15

El padre fue inflexible. “Mirco no me gusta. Un hombre que toca el piano es un tipo raro.” Era su conclusión después de la visita del pianista. La madre, no obstante, estuvo irreconocible. Quería dejar en Mirco una impresión de normalidad doméstica que imposibilitara sospechar su pacto con el silencio desde la ofensa del esposo a Dios y a la Abuela en aquella Navidad. “Es bueno para Camilo que sus amigos perciban un hogar perfecto”, leyó en el semblante de la madre. Y se sobrepuso a sí misma para ser *perfecta* también con el esposo hasta que Mirco se fue. Hacía años no veía en ella su embullo innato por cualquier cosa. Simpatizó con Mirco tan pronto él comenzó a hablar de Gauguin, Magritte, Tristan Tzara... “Hoy no se crea, el arte actual es una reiteración”. “Oh, Mirco, usted es un muchacho encantador”. La Abuela se mantuvo cautelosa. Él había criticado a un pintor primitivo que a ella le encantaba.

–Su relación con la cultura aborígen y africana parece un *pastel*, no un lienzo –aseveró Mirco.

El sincretismo religioso de la Abuela adoraba tanto a los *güñjes*, los *orishas*, como a las sagas. Él se excedió, según ella, con el término de “retablo de la oficialidad” al insinuar el encumbramiento de la prensa hacia su “ingenua obra.” Sin embargo, la Abuela no se negó a convidarlo. Lo hizo como siempre, a su manera. Había cocinado un pastel de leche con cascos de guayaba. Esa sería su coartada.

–Mirco, tu sensibilidad merece un paladar exquisito. Desde San Antonio a Maisí no vas a comer un plato como éste.

Y él se dejó atrapar en las redes de la Abuela. A partir de ese momento su atención no pudo prescindir de ella. La Abuela puso todo su empeño, a través del manejo prodigioso de su *arte* de la hospitalidad y galantería, para que Mirco, indirectamente, sin suponerla amiga del pintor primitivo, se fuera de casa con otra opinión de ese artista tan apreciado por ella. Llegaron a estar casi codo con codo, en una proximidad cariñosa, esperando la Abuela, con sus ojitos mañosos sobre la boca, que Mirco diera el último bocado.

–¡Este es un manjar inigualable! –exclamó Mirco–. ¿Cómo lo hace?

Esa era justamente la oportunidad que acechaba la Abuela para consumir su ardid.

–Con un poco de perseverancia y un mucho de fascinación mientras miro en la cocina un dibujo del pintor primitivo que hace un rato comentaban tú y mi hija.

La Abuela había conquistado a Mirco. Fue a la única que, al despedirse, le dio un par de besos en la cara.

16

Lo raro. ¿Qué es? El fardo de la sociedad fija el sendero de lo natural, normal, extraño... Mi padre era esa sociedad que posee la inquietante cualidad de encaminar al individuo hacia una dirección inesperada. ¡Cuántas veces la negación generó en mí lo afirmativo!

En la Universidad el Profesor, en una azorada filípica, había definido igualmente "raros" varios autores que Mirco mencionó. No expuso razones. Eran rarezas a priori. El equilibrio emocional de Mirco se desordenaba por el entorno asociado a esa "mofeta del Peripato", como solía referirse al Profesor en privado. Su acento poseía un reflejo llagado, de microcosmos cuartelario, aprisionado en un oscuro alboroto de invectivas que no alcanzaban a entusiasmar a los oyentes. Él representaba un resentimiento de papel carbón, una sensibilidad de calcomanía cuya autoridad se funda en la escritura de cantidades incalculables de libritos pasticheros y articulejos remendados, concebidos en la crítica de lo que él nunca podría ser. Con diversos escritores extranjeros procedía de un modo letal, que en su estilo de cultura de lengua bífida quería decir poder citarlos. Góngora, Gracián, Quevedo, San Juan de la Cruz se aludían apenas en un espacio desleído de "creación superada". Con hacha y machete se adentraba en Balzac, Flaubert, Machado, Unamuno, Whitman desgranando calaveras y embarazado de celos. En lugar de ellos instauraba una literatura de peineta y vodevil. La ironía como manifestación de la ignorancia alcanzaba el refinamiento en los autores nacionales. Aquellos que no convenían, ni existían. Para pertenecer al club de los *apropiados* había que sobrecumplir una escala de rigor donde los muertos, si estaban muertos, debían ser *autores intelectuales* del presente; los vivos, si estaban vivos, tenían que residir en la Isla y haber demostrado en sus obras, con *tesón y ahínco*, la grandeza futura del presente. "La posteridad no hará nada por un autor rezagado". Esto, por ejemplo, representaba un eufemismo en su dogma literario. Su retórica del asianismo, el *revela sin descubrir*, la conocíamos muy bien. Con antífrasis y frases acibaradas de este calibre cargaba los dardos de su cerbatana urticante. En el fondo estaba su tesis doctoral sobre lo venidero, en la que los inxilios y exilios, quedaban exentos de destino. Su doctrina se inscribía en la Unión de Escritores y Artistas de la nueva religión. Así, patentaba como original la idea de ser tan excepcional el porvenir que viviremos, que bien vale consagrarse a él aunque sea no viviendo. Se me ocurrió un desliz. Pregunté por aquel escritor que Mariana había evocado en el Paseo del Prado. "¿José Lezama Lima?" Encajó su carcajada en mi rostro. Y la risotada fue un arco iris gris donde aparecieron algunas gamas de la risa. Al serenarse, cuando se iba del

aula con su cátedra de *yo no fui*, reconocí en su cara la sonrisa de mesalina, la misma de la que Gilberto se rió al ver la foto de *La Sombra* mientras en la comisaría le derritieron su *Coppelia*.

Mirco y yo fuimos los últimos en abandonar la clase. Él estaba de un ánimo inusual cuando yo protestaba del Profesor.

—No te quejes, Camilo —dijo como si estuviera ya curado de la fobia al Profesor—. Dios ha puesto a este imbécil en nuestro camino para entretenernos con sus ocurrentes mediocridades. Está hecho de olvido y memoria. A fin de olvidarle recitaré en el examen sus infames lecciones, y por la memoria recordaré después que no me *aleccionó*. Es una fuente de inspiración. Reconoce que sin él sería todo más cargante.

Sí, Mirco tenía razón. Gracias al Profesor realicé una gimnasia mental donde se bifurcaba ininterrumpidamente el sentido unívoco de la realidad. Empecé a replantearme conceptos como lo extraño y natural. El maniqueísmo del Profesor, “lo que no es, no será”, simplificaba aún más la distancia entre extremos que se me antojaban parte de una misma cuestión. Él no admitía la unidad indivisible de los complementarios. Y la sonrisa de Gilberto me hacía borrar la causalidad de lo natural como norma, y lo extraño como aberración. Esa risa suya refractaria subvertía el determinismo en el orden de la naturaleza. Tal vez para Gilberto “los raros” eran los que oprimían su no heterosexualidad. “Se persigue en los demás el otro yo que somos”, pronunció Mirco cuando le participé el acoso interrogante del policía a Gilberto. ¿Reprobaba mi padre a Mirco por ser pianista, o por ser Mirco? ¿Y si hubiera sido militar como él? ¿Era más normal Mirco ante sus ojos siendo militar aunque fuera pianista? ¿Podía haber aceptado incluso a un homosexual por ser militar? ¿Quién era mi padre? ¿Un tipo normal o raro? Contuve el aliento. Se había roto la condicional significativa. No contesté. Temía mi imposible respuesta. Basta sopesar alguna vez qué verdades nos han inculcado para darnos cuenta de que no son nuestras, las hemos adquirido como se compra un collar de perlas falsas. Quizás Gilberto, como ocurría con Mirco, si hubiera escuchado a nuestro Profesor universitario, habría concluido que hay dos tipos de muertos: los *vivos muertos*, desconocedores del cadáver de su existencia; o los *muertos vivientes*, esos que aunque mueran nunca se olvidan.

Con los años he aprendido a valorar el magisterio de mi padre. Él, con sus negaciones, me enseñó a no seguirlo; la Universidad, con sus omisiones, nos abandonó en un marasmo que era cierto, pero sin verdad.

17

Ese día Hernán se hizo Cortés. En el vecindario inauguraron unas tiendas que transportó al tiempo de oro por fantasía. El padre acogió esta aparición con el “Todo sea por la patria”. Pidió la alianza de la esposa. Ella debía estar junto a él en esta nueva *crusada* por el camino de la *clara vía*, donde la venta de joyas y metales preciosos despejaría el encapotamiento político y económico del próximo eclipse en la Isla. Estaba alquímico, irreprochable. El diamante y oro heredado por ella ayudaría además, según él, a realizar un deseo, como si la antigua luna de miel pudiera devolver a su matrimonio el presente de una luna de arrebol a través de una alquimia inusitada en la Isla: la obtención de un televisor a color. Pero la esposa se deshizo del anillo como quien entierra su espíritu. Hasta la Abuela rompió parte del secreto de su mundo al extraer del escaparate unas monedas de plata de cuando Masantín se volvió torero. Ella también estaba alquímica. Soñaba con una crisopeya para que el dinero dado por la plata posibilitara regalar a Camilo un pantalón y un par de zapatos.

El padre rozó el paroxismo al sustituir en el balcón la antena del *Este* por la del *Oeste*. Parecía sorprendido al conectar el moderno televisor. Las imágenes seguían siendo en blanco y negro.

18

De camino al domicilio de la Pintora, Mirco iba expansivo, desvelando su alianza irrecusable con la poética del Lazarillo de Tormes. Había estado con su amiga la Historiadora, que en su senectud venerable, acogía las visitas de Mirco como si fuera un homenaje de las nuevas generaciones por su vasto quehacer investigador en la defensa patrimonial de la Isla. Era una autoridad en el conocimiento de archivos, documentos y testimonios que, publicados por ella en sendos volúmenes, cementaron su rango de Historiadora Nacional. Mirco la apreciaba de veras, y ella, casi ciega, con las cataratas invadiendo su soledad, en recompensa a las horas de compañía dedicadas, ofrecía un diálogo magisterial que él después me transmitía. Últimamente la asistía con más frecuencia por la crisis económica del país, ayudando a la Historiadora en la compra de alimentos, e incluso preparándole la comida cuando la monja que la atendía no podía ir a su mansión.

—He aguantado durante el último mes sus loas al gobierno, pero cuando la leche empezó a subir de precio, mandó al régimen pa'l carajo —declaró Mirco victorioso como si hubiera ganado un duelo.

Empujó la verja de la Pintora que comunicaba con un jardín de orquídeas y gladiolos. La puerta parecía una morcilla embutida de signos cabalísticos y

eróticos trazados con un eclecticismo heterodoxo. Cualquiera hubiera estado inducido a traspasar ese umbral donde la pintura exorcizaba la libido. Mirco dio unos golpes en la ventana, y nos abrió al poco rato la Pintora. Ella era unas bragas negras y un corpiño transparente.

–Te presento a Camilo, irá con nosotros a la exposición.

La Pintora dio un beso en la boca a Mirco y me tendió la mano.

–Encantada. Ahora vuelvo. Termino de vestirme. No quería hacerles esperar en la puerta.

Miré a Mirco con cara de ¿es tu novia? y me hizo una seña de que “era mucho más”.

Grabados y collages de Madonna, los Rolling Stones y Led Zeppelin se alternaban en las paredes con artesanía afrocubana. Un tocadiscos de la época de *Ñañá Seré* llenaba la saleta con la música de Ernesto Lecuona.

–Te vas a divertir con los cuadros de su amigo. No sé si resistan un día después de la inauguración –manifestó Mirco.

–¿Por qué?

–Ya verás.

La Pintora salió del corredor envuelta en un vestido de lino coloreado de frutas tropicales. Unas sandalias de cuero trenzadas con elegancia, popularmente conocidas como guarachas, realzaban un erotismo tan fogoso como liberal.

–¿Nos vamos? –insinuó con una boca recortada a lo Marilyn Monroe solariega.

Me habían interesado unos dibujos del recibidor donde la figura femenina adoptaba formas fabulosas de hipocampos y grifos. Quise deslumbrarla con mis recientes lecturas de bestiarios medievales albergando la secreta intención de que ilustrara un poema mío escrito para el cumpleaños de mi madre. La Pintora no paró de examinarme de arriba abajo mientras hablaba, hasta que sin poder más, como si le faltara el aire, me interrumpió.

–¿Por qué no acabas de pedirme que te enseñe una teta?

A Mirco le entró el mal de San Vito. Se apoyó hilarante sobre una señal de tráfico.

–Hermano, vaya “Ceda el Paso” que te ha dado nuestra amiga –saturizó entre lágrimas de chusco a propósito de la señal de tráfico donde trataba de refrenar su guasa.

Yo estaba serio, con pinta de leche cuajada.

–Vamos, Camilo, no te pongas así. He querido decirte que me caes bien –agregó ella con una zalamería que ya no me pareció lujuriente.

En la esquina de la calle 23 y 12, en la planta baja del edificio donde dor-

mía el *Caballero de París*, habían instituido una galería de artes plásticas. La iluminación del local estaba subsumida en la distribución irregular de los cuadros, como si la misma organización espacial de la muestra hiciera evidente el carácter transgresor. No hubo ceremonial de apertura. Había el público estéril característico de esas convocatorias artísticas donde el Entendido con su interpretación clínica, la Farándula desde su frivolidad redundante, y los No Entendidos idénticos a sí mismos, en un autosuficiente embolismo de opiniones policromadas, avalan la superstición del “todo vale”. Ellos, aficionados a monopolizar la atención, terminan siendo, en función de su proporción y cantidad el día del estreno, un barómetro de la suerte futura de la obra y el artista. Pero había otro público, el que *viste* diferente aunque igual. De ahí que antes de contemplar el primer cuadro tuviera una fatal premonición. Se lo indiqué a Mirco al oído, deseo irme, algo no va bien. Pero restó importancia a mi intuición.

—Es bueno que estén para ver si se enteran de una vez qué es el arte —sentenció, y acto seguido me tomó del brazo conminándome a observar la exposición.

El pintor se había apropiado de la imagen de héroes y atributos patrios en unos lienzos que buscaban contextualizar su vigencia en un período de seísmo político por los ecos de una anquilosada Europa. La escatología y la desacralización hacían del óleo la nueva epopeya. Un cañón podía ser los testículos de un falo que eyaculaba la utopía, la bandera nacional un estandarte de la incontinenencia y el vicio, la imagen del Ché un pretexto para idealizar el mito del amor libre. La palabra derretía la autocracia del símbolo y en cada título amplificaba una connotación hiperbólica. Era como si la pintura no pudiera existir sin el ofrecimiento de la escritura, como si el texto requiriera las ensoñaciones del color y la luz con miras a descubrir toda su trascendencia. Allí se levantaba, entre las cenizas de un paraíso perdido, la irradiante certeza de que no hay legiones que puedan detener el tiempo del creador.

En aquella cartografía de sabios y sabietuchos, entre el enjambre de diletantes, había un joven que parecía subdividido, acorralado en un extremo de la galería, con los ojos sobre una parodia del David de Miguel Ángel, cubierto por flechas sangrantes lanzadas desde lo invisible. No se separaba de él. Me acerqué, permanecía de espaldas a mí, absorto en una extensión que lo hacía pétreo, como un roquedal desconociendo su sombra. A medida que me aproximaba se iba tornando más familiar... Olía su cuerpo, esa fragancia transportaba a una cabalgata adolescente por pasillos, un fondo negro sobre el que destacaban sonidos oscuros, escuché voces indistintas, un perfil borroso se fue haciendo nítido, quién era él que traía esas poderosas sensaciones. Llevaba un pendiente

en una de las orejas, un pantalón carmín de pana, una camisa violeta de algodón, una manilla de plata con una piedra agua marina en el centro... ¿Dónde había una manilla como esa? No. ¿Él? Los años le habían adelgazado, su estatura simulaba estar en duelo entre la infancia y el florecimiento de la pubertad. Yo le sacaba dos palmos a su tamaño casi infantil. Percibí que en él seguía vivo el niño. Era Arlequín.

—Carmenate, soy yo, Camilo —dije exultante, con ganas de abrazarlo.

Continuó inmutable delante de mí, casi inasible frente al cuadro. Le toqué el hombro. Pensaba que no me había oído en el bullicio de la concurrencia que ya no mira ningún cuadro.

—Soy Camilo, la Secundaria, Vivaldi, ¿te acuerdas?

Él, como la primera vez que nos conocimos, giró la cabeza. Algo se había apagado en esa mirada que podía haber inspirado el lorquiano “verde que te quiero verde”. Sus ojos estaban soterrados en una espesura donde no asomaba aquella alegría suya, ese arrojo que contagiaba a cometer las más impensadas aventuras sin reparar en riesgos. Arlequín se abstraía sobre mí como si fuera parte de aquel lienzo que lo había mantenido inerte. No pestañeaba, parecía una figura de cera vaciada sobre un mundo en el que su cuerpo era el único ausente. Inexpresivo, en las postrimerías de sí mismo, taladraba mi piel con una determinación que hermanaba la razón y lo alucinante. Llegué a creer que no quería saludarme, que ensayaba conmigo una de sus escolares representaciones. Me sentí incómodo, transferido. Partí hacia Mirco y la Pintora.

—No te creas nada de lo que hay aquí, Camilo. Todo es malla, el velo de una visión.

Esa era su voz de siempre, íntegra, sin alevosía. Yo estaba equivocado. Contento por mi error me volví hacia él. Ya no estaba. Había desaparecido.

19

Camilo se fue con Mirco lentamente, inquieto por la osadía del pintor, haciendo suya la música inefable de aquel palacio del pobre, donde el *Caballero de París* volvía a tocar para él su orquesta trashumante de 23 y 12, como si protegiera el arte en la Isla, como si fundara su señorío desde las ruinas de la libertad.

La polémica del compromiso intelectual se había reavivado meses antes de la apertura de la exposición. Desde algunos estamentos se invitaba a los jóvenes creadores a enarbolar el *realismo comunero* como fundamento del contenido y la forma de la obra de arte. Nadie entendía qué se pretendía. Porque nada ha habido en la historia menos real. “Es un término redundante, no sólo porque *La Comuna* no puede existir sin realidad, sino porque la realidad trasciende *La*

Comuna” –pensaba Camilo. Así, invocar el *realismo comunero* se tornaba semejante a esas vitrolas de bares de barrio, que estropeadas por los años, convierten en popular una melodía al repetir la misma canción como si el público la pidiera siempre.

Parecía que el pintor de la calle 23 y 12 hubiera aceptado el reto de un neo-realismo en lugar de volver al abstraccionismo. En otras salas, simultáneamente, se habían inaugurado exposiciones colectivas donde el arte abstracto asumía la responsabilidad demandada al artista por su época. Aunque ninguna de esas obras fueron aplaudidas por los comisarios políticos, tampoco las rechazaron como si temieran a la geometría. En la era de la *recta vía*, ¿qué significaban una raya y un poliedro? A la cita del ataque al movimiento abstraccionista no faltaron puntuales los *iluminíferos*, como les llamaba Mirco a los ideólogos oficiales. ¿Qué podía suceder de consentirse una pirámide cayendo al vacío, o una línea rompiéndose en el espacio? ¿Quién era esa línea, y qué sugería la pirámide? No escasearon los críticos de sordina, los especuladores de la precipitación hacia la nada. “El renacer de esta tendencia oculta una actitud evasiva, una explosión encubierta”, impugnaban igual que si andaran sobre un campo minado.

El arte no realista era la física subversión de una nación metafísica. Aquel pintor representaba los orígenes del espejo cóncavo y convexo de un abstraccionismo real. Su exposición, en los bajos de la calle 23 y 12, parecía seducir la posibilidad de un neo-realismo donde Pitágoras también intervenía para jugar con los dados de la historia y la numerología. La suma del número doce con el veintitrés dio una cifra de extrañas coincidencias en la Isla mientras Camilo continuaba su avance por la noche. “La historia no oculta sus revelaciones. Somos nosotros quienes las hemos convertido en secretos para no verlas”, discurría Camilo cuando Mirco lo distrajo de sus cavilaciones.

–El abstraccionismo si se traduce al realismo es perturbador –dijo Mirco instigando a entrar en un debate que no le atraía.

–Creo que es más de lo mismo, Mirco. Es parte del cinismo de una modernidad falsa y apócrifa.

–Por Dios, Camilo. No se puede estar más allá del bien y del mal.

–Si no se pintan bodegones no es por una reacción vanguardista frente al pasado, sino porque hemos perdido imaginación para sentir la naturaleza. No estamos a su altura y ella mira con pena nuestro desamor –comentó Camilo con un cansancio de punto y final.

Era medianoche y los autobuses habían entrado en la fase *confronta* de no transporte. Iban a pie en pleno centro de La Habana. Él estaba extenuado, pero todavía sacó energía en el frío de la madrugada.

—No te entiendo, Camilo. Hemos asistido con esta exposición por vez primera en nuestra generación a la transfiguración de la trompeta cortesana en trompetilla revolucionaria, y tú me sales con los “bodegones”...

Él continuó blandiendo su pequeña Revolución Francesa hasta despedirse. Mirco no pudo vislumbrar que mientras tomaba La Bastilla en Camilo, él empezó a concebir, pese a la fatiga, la idea de otra Marsellesa: la escritura de un cuento que con el tiempo acabaría titulándose *Maracas, el paraíso recobrado*.

20

El fantasma de la insularidad es como una gran cadena que todo lo aísla y relaciona. Mirco le había mostrado de lejos, en la exposición del pintor, lo que consideraba una variedad aparte dentro de su catálogo de tipos intelectuales de la Isla. Según su repertorio de géneros, como si se tratara de un conjunto de especies de un período geológico individualizado, el Autor, el Converso, y el Proscrito se completaban con el Antagonista Consentido, que se escindía a su vez en dos clases bien distintas: el Antagonista Consentido Nacional y el Antagonista Consentido Internacional. En el caso del Antagonista Consentido Nacional era un prototipo puesto de moda a mediados de los años ochenta, cuando fue necesario hacer creer, allende los mares, que en la Isla había libertad de expresión. Fluctuaba su biotipo entre los 30 y 50 años, y era la excepción de las leyes de la mecánica clásica del gobierno, que imponía a los nacidos en la Isla, no salir nunca de ella. Sus artes y procedimientos se hacían inexplicables al resto de sus paisanos, porque a diferencia de ellos, el Antagonista Consentido Nacional podía entrar y salir cuantas veces ansiaba del país. Asimismo, según Mirco, compraban en tiendas exclusivas de dirigentes y extranjeros, y asistían visiblemente a las recepciones y fiestas diplomáticas sin recibir represalias posteriores por esta audacia. La mayoría de sus libros se publicaban fuera de la Isla, procurándoles un estratégico nombre internacional gracias a escabrosos contenidos en tono de denuncia sobre mundanas problemáticas del trópico. Tenían que satisfacer un último sacrificio, ningún ejemplar podía circular en la Isla. Así, aceptados como visionarios e hijos de un martirologio de la resistencia más allá del Caribe, luego, en casa, su fidelidad se premiaba a puertas cerradas, brindando la fortuna de un oficioso Prometeo.

La descripción del Antagonista Consentido Internacional fue para Mirco aparentemente más fácil, porque se definía por oposición correlativa al Antagonista Consentido Nacional. Si en el Antagonista Consentido Nacional se consumaban las leyes de la física clásica, el Antagonista Consentido Internacional, fraguado en los años noventa, de una edad comprendida entre los 50 y 70 años, era todo un principio de relatividad que dependía de cómo marcharan las relacio-

nes con el mundo. De este modo, el Antagonista Consentido Internacional no podía visitar embajadas, ni editar libros dentro y fuera del país. Confinado en las paredes de su aposento, se encontraba desempleado en la Isla entera acusado de conspirador y apóstata. De ahí sus publicaciones clandestinas en imprentas occidentales, sobreviviendo de las remesas de asociaciones y entidades extranjeras facilitadas personalmente. Su voluntad estaba expuesta a *perretas* de ofidio, cuya traducción aproximada al castellano oscila entre la rabieta gubernamental y el soponcio patriarcal. Podía ser encarcelado o excarcelado en cualquier momento, y utilizado como una moneda de cambalache global, en aras de obtener el gobierno prebendas comerciales y políticas en los tratados y convenios mundiales.

Casualmente los dos se hallaban en la exposición. Se mantenían equidistantes, constatando, otra vez según Mirco, ser el reverso de una misma moneda. Camilo observaba sus gestos y movimientos. No parecían oportunistas ni redentores, sino planetas errantes en una triste constelación.

Antes de irse Mirco reconoció a otro tipo mezclado entre el público. “Es el representante de la *culturrea*”. Era su término para designar a los artistas resentidos, a los teóricos especializados en omitir la verdad histórica a lo Sainte-Beuve, nuevos *Saint-Bofes*, sucesores de los escritores ideológicamente palíndromos, los cambia casaca, que medraban a *La Sombra* aprovechándose de los intelectuales caídos en desgracia política. Sobre la *culturrea* no se extendió. “No tiene categoría”, tal era su desprecio hacia ella.

21

No quería admitir lo que Mirco contó a la mañana siguiente, mientras salían de la Universidad en dirección a su casa. Habían detenido a un joven en la exposición del pintor.

—Ocurrió después que nos marchamos. La Pintora me telefoneó. Ella estaba todavía allí con el Autor, junto a unos amigos, y fue testigo de todo.

El Delegado apareció poco antes de cerrar la galería con la orden de retirar las obras. Presenciaron atónitos cómo una brigada de operarios quitó los cuadros. La acción se produjo con una monotonía patológica hasta que llegaron al último lienzo. Frente a él persistía un joven en un limbo levitante. Lo echaron hacia un lado, y se dispusieron a desmontar el asaeteado David de Miguel Ángel cuando el muchacho desabrochó la portañuela y orinó al Delegado con un ímpetu que alcanzó a empapar sus gafas.

—Mientras lo esposaban le preguntaron el nombre. Dijo llamarse Arlequín. Se lo llevaron en un patrullero.

-¿Adónde? -interrogó Camilo.

-¿Lo conoces?

-Sí. Era mi amigo en la Secundaria.

-¿Y se llama Arlequín? -indagó Mirco con aire desdramatizador.

-No, Carmenate.

-¿Dónde vive?

-No sé -contestó Camilo desolado, caminando en dirección contraria.

Mirco le agarró del brazo con una marcialidad extraña en él.

-Lo único que podemos intentar, Camilo, es avisarle a sus padres.

-No me voy a quedar con los brazos cruzados.

- ¿Cuáles son tus opciones? ¿Ir de comisaría en comisaría interesándote por alguien que se nombra Carmenate pero dice llamarse Arlequín? Además, ¿crees que estás en condiciones de acudir a la policía?

-El oficial rompió la multa delante de nuestros ojos. Estoy limpio, Mirco.

-Limpio... Camilo, Camilo. ¿Te creíste esa escenita? Apuesto que tu paso por la estación está archivado. Bastará pulsar la tecla de la Secreta para que aparezcan tus datos. A la segunda, querido, puedes ser reincidente, y reincidir es preocuparse por la suerte de un loco que orinó al Delegado.

-Siempre, Mirco, somos nosotros los que debemos entender, pero ¿quién nos comprende a nosotros?

-Me disculparás la pedantería, Camilo, pero tu adorado César Vallejo aconsejó a la juventud no dejarse encarcelar. Si eres vallejiano, ya sabes qué hacer. Si tu Dante, Victor Hugo y hasta el inevitable Aristóteles no hubieran escogido el exilio a la cárcel, hoy serían inenabrigables. Y el exilio de ellos es nuestro inxilio, pasa por resistir, hasta que termine, esta pesadilla histórica.

Mirco volvía a parecerse al campeonador de *La Vita Nuova*, no al pianista de Chopin. Fácil hubiera sido para Camilo rebatirle con otros ejemplos que los dos admiraban: Oscar Wilde, Bertrand Russell, Federico García Lorca... A ninguno de ellos la cárcel y la muerte pudo silenciarlos... Pero le poseyó esa enfermedad del siglo que se llama miedo, el temor de que, al no poder hacer nada por Carmentate, tampoco pudiera después hacer nada por sí mismo.

Siguieron juntos en una atmósfera caliginosa de oscuros pensamientos hasta que Mirco retuvo el paso al avistar la vieja cafetería HUPMAN. Y con esa cura consistente en remediar un dolor menor a través de un dolor mayor, eludió mencionar a Carmentate con la alusión a otra tragedia.

-Cada vez que paso por aquí pienso en Abacia y la relación fonética de UMAP con HUPMAN. ¡Qué bueno sería fundar una marca de puros con el sello de UMAP para condenar el pasado a humo y ceniza!

–Mejor el humo y la ceniza sin condena, Mirco.

Mirco era escéptico de la posible reconciliación de la Isla con su historia. Camilo, en cambio, creía en Carmenate como sentía que la historia es metafísica. “Ese es el motivo por el que los gobiernos no pueden suprimir ciertos hechos. Aún en las llamas de la hoguera perviven las tradiciones como un ideal inmarcesible”, argumentó sin que Mirco diera señales de cambiar de opinión.

También afirmaba su punto de vista aquella casita antigua, perdida en la calle.

En la Isla la naturaleza desarrolla defensas sin barricadas. Un clavel ha bastado para saber dónde hubo un jardín, y una rama ha sido suficiente para intuir lo que años atrás fue un bosque. Así, aquella casita antigua, perdida en la calle de Mirco, encarnaba la Historia, la parábola del mito, el emblema de un mundo inmanente. Se acordó de Mariana, el recorrido con ella por la Habana Vieja, donde un enmohecido anuncio, pintado en el lateral de una pared, advertía al viajero el espíritu de una taberna que antaño fue remanso en la reverberación del trópico; o aquel herrumbroso reloj en la torre del puerto, paralizado en su hora de marras, reflejando el tiempo de una ciudad remota e inmemorial. Eran como frescos de la memoria, señales de que el regreso no es una invención. El paisaje atestigua que todo permanece, aunque pretendan ejecutar el pasado, está en ti.

–El retorno siempre es presente– le manifestó a Mirco al rebasar el garaje de su casa pensando en Mariana.

–Te voy a mostrar “el presente sin retorno” de nuestro gran Divo, Camilo –bromeó Mirco con acento de consigna.

Volvió a su mente el rostro de Carmenate. ¿Por qué en un país donde se magnifica lo insignificante, él que nunca quiso apodos ni membretes, dijo a la policía nombrarse Arlequín? Imaginó su hogar como aquella casita antigua, perdida en la calle, pero eterna.

22

Como un budista de Tailandia, Mirco reapareció trayendo noticias de un mundo que me era totalmente desconocido. Se hincó de rodillas en el suelo y dejó sobre la moqueta, con una liturgia bufonesca, una serie de periódicos de los que yo no tenía ni la más remota idea de su existencia.

–Esta es, querido Camilo, la peste –anunció con una escenificación de sombras en un entorno de espantajo.

Aquello era lo que la propaganda oficial denominaba, en un rapto de rechifla sublimada, libelos venenosos. Mirco hizo un despliegue de revistas de

Occidente y Oriente por el acogedor salón de muebles de diseño. La decoración daba la impresión de haber sido encargada a minuciosos interioristas, expertos en transformar la fantasía en un espacio donde lo real es imaginario. Al entrar en la casa de Mirco perdí la noción de estar en una Isla rodeado por la intemperie marina. Esas publicaciones esparcidas en un suelo de madera alfombrado, donde debíamos caminar sin zapatos, contribuían a sentirme flotar por extrañas regiones mientras él, con una solemnidad sobreactuada, obstaculizaba incurrir en una falsa obiedad al clasificar cada periódico o revista en función de su “peligrosidad ideológica”:

—Esta es los ojos, ese otro la cola, y aquella la lengua del Maligno.

Dentro de los ojos del diablo ubicaba las revistas pornográficas; en la cola, los órganos de prensa contrarios al pensamiento monolítico; y en la lengua, los periódicos extranjeros que sistemáticamente combatían el gobierno de la Isla. Mirco se regodeaba al parodiar las expresiones de temporada de la retórica política: “libelo repugnante”, “maldito libelo enemigo”, “execrable libelo calumnioso”, a la vez que hacía circular ante mí las ediciones de un universo vedado con sus fotos de relumbrón, publicidades de inventariadas fruslerías, y noticias con trampas a color para crear nuevos fanatismos. Entre la escenificación esperpéntica de Mirco, y la primeriza sugestión por aquel muestrario de maravillas en lontananza, sucumbí a la alquimia de lo transmutador. La palabra libelo se vistió de libélula cuando Mirco encendió el televisor vía satélite y yo volé hacia esas zonas que él, con la transigencia de un bonzo tibetano, despreciaba al probar sus delicias. Cerca de un centenar de canales se explayaron como puentes mágicos uniéndome a la existencia de otros seres, a la realidad de países soñados, pero nunca vistos. Estaba como un Cronista de Indias sin acertar los sustantivos y adjetivos exactos capaces de expresar la novedad emergente de tierras inexploradas.

—Quita esa cara de Menina, Camilo. Me vas a defraudar —reclamó Mirco con énfasis burlón.

—Mirco, ¿en qué trabaja tu familia? ¿Cómo tienen todo esto?

—Tu pregunta es la fruta prohibida. He querido que abras los ojos, pero no hasta el punto de la tentación —explicó con una risita de *top secret*.

La videoteca era aún más deslumbrante, con colecciones enteras sobre directores y guionistas contemporáneos que provocaban vértigo en su prolija sucesión. Estaba hecha para avivar y complacer los desvelos de un principiante en la *vida* como yo. Entresacado, con su lomo de material sintético, como si hubiera querido adelantarse a los demás celuloideos para elegirle a él, leí uno de los títulos maldecidos en la Isla con la técnica de la convergencia por omisión,

donde has de aplaudir sin saber por qué, aceptar sin rechazar, y transigir sin dudar.

–La censura impide otra forma de creencia –manifestó Mirco.

–¿Podríamos ver esta película? –insinué deseoso por culminar con otro descubrimiento esa incursión en lo desconocido que Mirco me había concedido.

Dio unas palmadas como un marajá que proclama ante los convidados una de sus más sutiles sorpresas. De la manga de la camisa sacó una lata fría emperifollada con caracteres semejantes a un anagrama.

–Coge, Camilo.

–¿Qué es?

–Una nimiedad que a tus veinte años no has probado. Verás la película como se hace en Europa, comiendo palomitas de maíz y tomando Coca-Cola.

–A mi madre le encantaba.

–Esta la encontré buceando en la piscina del Hotel Nacional. Inmediatamente me acordé de ti. Pensé: “Esta es una Coca-Cola especial. Será para mi amigo Camilo.” Se le habrá caído a un turista que no se dignó a buscarla. Así, puedo yo ofrecértela con renovado interés.

–Gracias, Mirco.

–¡Cuántas veces me he bañado allí con mi padre y nunca había sucedido nada extraordinario! Encontrarse en estos tiempos una Coca-Cola en una piscina es como tropezar con el Santo Grial por las calles de Marianao.

–Eso te ha quedado un poco cursi. Pobre *Marianado* si tiene que cargar con nuestros *Perceval* y *José de Arimatea* –añadí con jarana, metido en el habla *picúa* de la intelectualidad calesera, exagerando la pronunciación de las *cursivas* como si ellas también provinieran de lo *cursi*.

–La cursilería es parte de nuestra historia.

Mirco aparentaba estar molesto con mi comentario. No me atreví a confiarle el sabor de la Coca-Cola. Parecía una guachipupa sofisticada, con mucha esencia y poca sustancia. “Está buenísima”, le dije, cuando me miró con una gravedad sinusoidal que escudriñaba mis reacciones ante las escenas de la película como mi silencio por su silencio.

No se pudo concluir. El padre de Mirco se lanzó a desconectar el video del televisor tan pronto llegó. La libélula se fue sin poder ser caballito del diablo.

Nos citamos en el bulevar de la calle Galiano, ese gran bazar tropical donde alterna el surrealismo mercantil con la realidad de un absurdo comercial para vender al mismo precio el Infierno y el Paraíso.

–Ni una palabra, Camilo, no has visto nunca ese film.

Mirco era un soliloquio arremolinado, titubeante, como si ahuecara las frases hasta hacer imposible que los dos hubiéramos estado en su casa con la proyección de aquella película.

-¿Qué ha pasado?

-Nada, Camilo. Justamente eso. No ha pasado nada. He sido un idiota. Chitón.

23

El bostezo, el eslogan, la alharaca del desfiladero. Igual que las reses en el mata-dero, nos congregábamos en la *Plaza* una vez más al son de la consigna limpiándonos por dentro y por fuera. La trascendentalidad, los megáfonos, como si nuestro ánimo no estuviera lo suficientemente fermentado para recibir la prodigiosa levadura de la oratoria que comunicaría la fuerza vital necesaria hasta el próximo discurso. Los peldaños estaban dispuestos.

El espectáculo empezó. La imagen preternatural, suspirada. El eco múltiple en su monólogo; nosotros, forrados con su aureola, ovacionando el predominio de su ser en la Isla. No cabíamos en nosotros mismos cuando la muchedumbre se fue comprimiendo por el verbo incandescente. La levitación, el vértigo mesiánico. Me fui elevando junto a los demás hasta precipitarme en el abismo de la anulación de la personalidad. Ya no fuimos sino la tribuna, un distraer de conciencias en la abigarrada esfera de un sentir indistinto, atemporal, donde la otredad volvía a ser nosotros mismos en un círculo cerrado. La palabra puede significar entonces un siglo; el discurso, la eternidad de nuestras vidas de pie sobre el asfalto.

Cayó la noche y con ella los cuerpos se fueron reblandeciendo. Se encendieron las farolas en un resplandor de cien leguas. Por delante y detrás dos mujeres se pegaron a mi espalda y cintura en un contrapunto voluptuoso que convirtió el espacio más leve. Nalgas y senos tentaron mi resistencia discursiva. El sofisma, *La Cosa*, hablaba, y yo, en el cachumbambé de la orgía revolucionaria, en medio de la *Plaza*, delante de todos, sin poderlo impedir, alcancé una erección pública que pareció contagiar a la multitud. Ella, delante, escuchándole extasiada, se hizo una conmigo, sudorosa, con su trasero metido entre mis pantalones, aprovechando el movimiento del gentío para reclinarse igual a la joven de atrás, que acariciaba fijamente con su pecho perfumado en *siete potencias* mis pulmones, haciéndose respiración, como el gemido del barco en alta mar que busca con su popa la ola deshecha por la proa.

Aplaudieron en un frenesí amorio. Había finalizado en el instante climático para que la eyaculación fuera también política. En el vaivén de la retira-

da, al calor de lemas y canciones patrióticas, fue imposible mirar los dos árboles que Mariana y yo habíamos plantado. Ahí comprendí la erótica del poder.

24

Jonathan Swift, desde su siglo XVIII, tuvo que conocer esa *Plaza* porque su espíritu estaba allí, junto a mí, entre todos. Sabía por experiencias anteriores que la mística revolucionaria te viste de cuerpo pero te desnuda de alma, y entonces uno debe hallar sus antídotos. Sin embargo, jamás me había trocado en un viajante para sobrevivir a la desolación. Hoy veo con claridad que en la *Plaza*, entre aquellas dos mujeres, realicé *Los viajes de Gulliver*.

Del tribuno pude protegerme con la eficacia de la fantasía para atisbar lo inconcebible real. Ante su hechizo, consistente en no sentir su ignorancia, me puse la escafandra de la imaginación y atravesé el *mundo malla* del que hablaba Carmenate, y en efecto, el lugar fue una isla voladora donde lo fabuloso, lo inmortal, se reveló en un sarcasmo implacable de aquella sociedad que llenaba tan fácilmente una *Plaza*, sin percibir la eternización de un Gulliver del revés en Liliput. Tenía el don de convertirnos en el país de los enanos. Pero gracias a ellas, las vestales del fuego sagrado de la pasión revolucionaria, en el anónimo culto al templo de la sexualidad que me aprisionaba a sus nalgas y pechos en plena Ágora caribeña, mi naufragio fue consciente, y pude sortear el letargo producido por el embrujo de costas desconocidas.

No quise eludir, entre aquellas dos mujeres, el horror de nosotros, los liliputienses, esmerados en seguir el absolutismo de un ideal sin humanismo que nos conducía al desolladero; no rehuí el análisis de nuestras particulares guerras a lo Liliput y Blefuscu, reinos enfrentados a muerte por la forma de partir la cáscara de un huevo, equivalente a esa absurdidad política que nos empantataba en la ruina. De la mano de Jonathan Swift, luego, vislumbré cómo entre los enanos de Liliput y los gigantes de Brobdingnag podía intentarse un homúnculo intermedio, un ser que aun siendo increíble, desechara las guerras de los liliputienses y la pena de muerte consentida por los brobdingnageses. No quería lo perfecto, siguiendo el consejo del sabio Tagore, descubridor del donde hay perfección no hay amor, pero tampoco lo monstruoso. Y lo aberrante no es ser enano entre gigantes o un titán entre liliputienses, sino dejar de ser uno mismo, aunque suceda lo inevitable.

Pero Swift quiso que continuara y no me detuvieran los cantos de sirena de la Historia. Avancé, erecto, en mi peregrinación viajera, y me mostró nuestro espejo como isla de Laputa, donde la ciencia al servicio de la irracionalidad no había hecho menos aportaciones que los científicos laputanos, auténticos espe-

cialistas en inventar lo extraordinario sin aplicación posible al sentido común de la vida. Oh, cómo ascendí junto a las dos mujeres cuando Swift, devenido en un Virgilio redivivo, me introdujo en la *Ilustre Academia de Lagado* y presencié las “artes en las que se ocupan los profesores”, empeñados en *extraer rayos de sol de los pepinos*, en *transformar el excremento humano en el alimento original*, en inventar *un nuevo sistema para construir casas empezando por el tejado...* o ante la *Escuela de Proyectistas Políticos*, que parecía sacada no de la mente de Swift, sino de las entrañas de *La Sombra*. Bastó una mirada de reojo para reconocer algunos. Aquí fue donde Swift se irritó conmigo.

—Estás siendo vanal, la cuestión es más profunda y vaporosa. En mi capítulo sobre la “descripción ulterior de la Academia” critico los males futuros como resultado del despropósito humano.

Fui sincero, no me acordaba cabalmente de esas páginas, y a fin de no padecer esa mala costumbre de interpretar sobre supuestos, que tantas desdichas han producido, le pedí, si era posible, que me las recordara.

—Has de saber —me susurró Swift para que otros no le escuchasen— que cuando hablaba de Tribnia aludía a Britain, Gran Bretaña; y al escribir Langden, me remitía a England, Inglaterra. La censura, Camilo, es demasiado útil para ser abandonada por cualquier Estado. Ahora atiende, y no vuelvas a olvidar esto que una vez dices haber leído. Un señor me mostró “un acabado estudio con instrucciones para descubrir intrigas y conspiraciones contra el gobierno.”

...Aconsejaba a los grandes estadistas que investigaran la dieta de los sospechosos, sus horas de comer, sobre qué lado dormían en la cama, con qué mano se limpiaban el trasero, que inspeccionaran a fondo sus excrementos y, por el color, el olor, el sabor, la consistencia y la dureza o maduración de la digestión, se formasen un juicio de sus pensamientos y proyectos. Y esto porque los hombres no son nunca tan serios, pensativos y resueltos como cuando están sentados en el retrete, como él había deducido tras repetidos experimentos...

—El estudio, Camilo, tenía ingenio, pero no era completo. Por eso me decidí a ridiculizarlo con unas sugerencias que él aceptó agradecido.

Le conté que en el reino de Tribnia, que los nativos llaman Langden, donde yo había residido mucho tiempo, la mayoría de la población estaba constituida totalmente por descubridores, testigos, informadores, acusadores, demandantes, declarantes y perjurios, junto con sus agentes subordinados y subalternos, todos bajo los colores, el gobierno y la paga de ministros y sus lugartenientes. Las conspiraciones en aquel reino suelen ser, por lo general, tarea de los que quieren aumentar su reputación de políticos profundos, devolver nuevas fuerzas a una administración insensata, acallar o distraer el descontento general, llenar sus arcas con el producto de las apropiaciones y promover o frenar el favor del públi-

co, según convenga a su provecho personal. Primero se acuerda y se establece entre ellos qué sospechosos deberán ser acusados de conspiración. Luego se toman medidas eficaces para conseguir sus cartas y otros papeles y para encerrar a sus dueños en prisión. Se entregan estos papeles a un conjunto de artistas muy diestros en encontrar misteriosos significados a las palabras, las sílabas y las letras. Por ejemplo, pueden interpretar el término *retrete* como *consejo privado*; *manada de gansos*, como *senado*; *perro lisiado*, como *usurpador*...

Fue entonces que sobrevino la eyaculación y el escritor inglés interrumpió la cita. Al oír las desmesuradas alabanzas y fálicas adoraciones que se le hacían a *La Cosa*, dejó de ser mi guía. No obstante, su abrupta despedida me hizo sospechar que reaparecería. Faltaban por efectuarse algunas expediciones en el inquietante mundo de la no menos sorprendente criatura animal que es el hombre.

25

Hay en lo *divino* la indicación de su embriaguez: *di-vino*, como si el idioma desacralizara, a priori, sus propios mitos. El lenguaje no es colonial, en su ser profundo y primero, contiene los caminos que lo liberan de cualquier hipócrita artificio.

Se prendieron las antorchas. La caverna alumbró la faz del procesado con el triste cantar de Palinodia. Era el Ex-Secretario de *La Comuna*, lánguido, con la cabeza metida entre los hombros, más frío el rostro que la cámara siberiana celosa de difundir su Juicio, acusado de malversación. Del otro lado, DEUS EX MACHINA, examinándolo con divorcio, como si no pudiera soportar el dolor que iba a firmar, compadeciéndose de él con la cárcel, queriéndolo en su infinita malicia a través del castigo, como un Saturno auroral de filantropía destemplada previniendo haber más, que sólo es el principio.

Comparecían ambos ante la televisión, el uno, fraccionado; el otro, a punto de ser divino. Se le permitió confesar el alegato contra sí mismo, arrancándose las tiras de la piel, flagelando las carnes con un testimonio áulico que hacía desear la oscuridad de Edipo, la obligatoriedad de que su biografía poseía sentido en los demás para no cometer su error, inaceptable en una Isla pura, inmaculada.

El primer plano era aleccionador, como si al orientar la mirada del espectador hacia los distintos perfiles del Ex-Secretario, se nos estuviera enviando un mensaje subliminal: así será para cualquiera que se atreva a probar el fruto prohibido. Varias veces abrió la boca sin voz y posó sus ojos decantándose entre el rasguño y la nada. No podía ser algo más que el retoño primaveral de una estación nunca culminada.

Ahora tocaba demostrar para qué había sido enseñado, cuál era su secreto destino construido meticulosamente en paralelo, de espalda a él, a fin de que todavía ahí, frente a todos, declarándose un ángel caído, dudara su suerte, igual a un Segismundo esperando vivir una realidad ulterior. Se decidió a la servidumbre del arrepentimiento en un desconcierto de suspicacia e inocencia: "No he emprendido nada que no haya visto realizar a mis superiores. Si en mí se debe pagar la falta de muchos, acepto mi ejemplo." Aquello no era la culpa, sino una plegaria, como un Plácido a solas con su conciencia, encomendándose, cautivo de la infamia, a la indulgencia de aquellos que siempre serán los mismos en vísperas de la ajena muerte.

DEUS EX MACHINA parecía tejer un golpe de azar, deseoso de insinuar la benevolencia que caracteriza el asidero de los venerados estadistas. "¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?", repetía el buenazo con su pistola al cinto y sus estrellas relucientes en los líquidos caudales de su fama donde había bebido, hasta ayer, su ángel caído. Finalmente, DEUS, sin su EX, se marchó MACHINA.

Y nos fuimos a dormir con la resonancia de esa pregunta en los oídos, proliferando por nuestro cuerpo, abriendo nuevas interrogantes que nada más podían contestarse con el enigma irrefutable del propio DEUS EX MACHINA. ¿Cómo es posible?

26

Además de *La Comuna*, al Ex-Secretario me unía, simbólicamente, su rúbrica mimeografiada en mi Carnet rojo. Pero hubo poco tiempo para glosar sensaciones y sentimentalismos. Mi padre, con su traje militar de juicios sumarios, aprensivo, envuelto en el efluvio de los rones de la mala hora, recaló en casa aquel lunes devorado por lo sombrío.

-Nos han instado a descansar y estar sosegados. Las irregularidades detectadas han sido un malentendido. Algún agente de base, descontento con el Mando Superior, habrá dado informes perniciosos. Lo típico. La envidia militar.

Mi madre proseguía pintando el lienzo de blanco, concentrada en la superficie del cuadro, como si detrás de esa blancura se relacionara con una dimensión extrasensorial que fuera obteniendo una mayor nitidez ahondada por el pincel. Él parecía no enterarse. Ella ni siquiera pestañeó cuando a mi padre se le rompió la última copa de la vallija nupcial al servirse más vino.

-Hombre, cómo podría mi General, un Héroe, estar implicado en corrupción. Hasta se han atrevido a imputar una trama de conspiración urdida hace meses. Él, o los que han difamado, pagarán por este daño.

Fue a la cocina por un vaso, y ebrio de temblores, desparramó el fondo de

la botella en el suelo, sin preocuparse por limpiar el charco de su cabernet importado de Bulgaria. Regresó hasta mi madre con el puño en alto, como si saliera de la manigua mambisa, entre machetazos y toques guerreros de corneta en una carga a degüello contra un enemigo parapetado en el centro de aquella hilada blancura de mi madre. Blandía su hipertrófica desconfianza por la vehemencia que ella consagraba hacia ese cuadro. La presentía viviendo experiencias insólitas, indescifrables, en esa profundidad blanquecina que se hacía nivea a su persona. Allí debía refugiarse ella un cosmos ardiente que no era para él y donde la imaginaba feliz.

—Si esto fuera así, como aseguran, hace rato hubieran actuado —rugió descargando su ira sobre el lienzo.

Ella, en una paciente abstención, como si estuviera inmunizada del alcoholizado brío de mi padre, con esa docilidad intemperante de sus trazos al óleo, se puso a recoger en el piso, sin arrodillarse, los pedazos rotos de aquella tela que semejaba su felicidad.

27

El General, con su séquito de excomulgados, fue juzgado a puertas abiertas, a través de ese instrumento óptimo de estatificación que es la televisión cuando se trata de pulverizar lo privado en público. El proceso, desarrollado como un espejo dentro de otro espejo, revelaba ocultando. El país, en una reclusión sin precedentes, asistía a la pérdida de sus héroes.

El infortunio, el extravío, la disipación, transcurrieron frente a la pantalla en capítulos de entrega como una telenovela de fuego robado a los dioses. El declive de aquellos hombres anunciaba el fin de una era. Las facciones y los gestos llevaban el fracaso de un sueño, la entronización de la bestialidad. Sus congelados ademanes devenían en prueba de una nación fosilizada por el pánico, anclada en el miedo. Verlos confesar era la mayor condena a los jueces.

Las intervenciones se sucedían en un esquema de *reality show*. Había que manipular los niveles de impresionabilidad y conmoción de la audiencia. El fiscal trascendía sus fueros para adoptar, en una cronometría actoral, el flagelo del martirio o la compasión, según el temple del inquisitado. Ceñido de verdugos travestidos de beatos, el tribunal cumplió la exhumación cuando reclamó la presencia del *Enterrador*. Era el abogado del General, que entrenado en la defensa del desamparo, concurría con cara de sepulcro sin sepultura para exprimir los reductos de ecuanimidad de los reos, y pulsar las reservas de exasperación. Era todo un experto en el desiderátum y la pandereta. Soltó su premeditado sermón maniobrando sobre el subconsciente colectivo con

denuedo antifonal, en un rimbombante despliegue de bengala y bravata verborreica.

—Helo aquí, un hombre como él, tan excepcional,...

Y se elevó más allá de la monarquía del elogio al enumerar, uno a uno, los títulos del General. Eran dones concedidos al derribar lo nobiliario y gestar un nuevo patriciado por una casta que forjó su linaje en la *nobleza* del combate para justificar el derecho de pertenecer a la *aristocracia* de la guerra. Cuando el encumbramiento del General traspasó el estrato del panegírico, el *Enterrador* lo abandonó con la ley del quebrantahuesos: "...y ahora, mirad cómo sus méritos son agravantes al haber caído tan bajo."

Al final, como en una opereta de títeres y marionetas, pidió que la ficción se hiciera realidad.

—Solicito, que en su sentencia, este juicio demuestre que la Isla es mucho más grande que sus hijos.

28

¿La nación en vilo? Partió en una letanía de "no los matarán, no; no los matarán, no..." Había sido convocado con el atuendo marcial perforado de medallas, luciendo su honor militar como si la Isla en peso se sintetizara todavía en aquellas distinciones puestas por su General maldito, degradado. Él, mi padre, estaba entre el selecto público elegido por el ejército para ocupar los asientos de la sala del Tribunal en el veredicto.

Mi madre y yo continuábamos frente a la pantalla. La Abuela no quiso acompañarnos. Solo se acercó unos minutos para poner sobre el televisor una vela, un vaso de agua y rezar con incienso por la vida. Sus labios apenas se movían en la apremiante procesión interior de su panteísmo religioso al invocar la liberación de los encausados. Sé que su internamiento tuvo que estar asediado de augurios porque se enclaustró después en el fogón, y comenzó un dulce de toronja cuando ese día me había prometido hacer un pudín de pasas.

Los Troglós clamaban su Infierno sin *recta vía*. Jonathan Swift reapareció cuando la caverna empezó su bacanal de sangre. Se sentó a mi lado, presuroso, espectral, como si corriera algún peligro. Quería hablarme. No podía. Me apreté a mi madre para que él estuviera más cómodo en aquel butacón de fin de siglo. El último viaje de Gulliver narra las peripecias en el país de los *hoyhnhnms*. Deduje que la intempestiva irrupción de Swift estaba relacionada con este relato donde la maldad de los seres llamados *yahoos*, rivaliza con la virtud de los *hoyhnhnms*. El pesimismo del escritor inglés en esta parte fue de los pocos pasajes que objeté al leer su libro. No podía permitirme desaprovechar el

privilegio de su presencia a fin de sonsacar su perspectiva actual sobre la dicotomía entre un introvertido nihilismo y la certidumbre altruista. Debió adivinar mis intenciones porque al abrir la boca se vaporizó, desvinculando en mí algo ya para siempre.

Ordenaron levantarse. El dictamen: un preparen, apunten y la carroña humana volviéndolo todo carroña. No esperaba la muerte. “Mi último pensamiento será para *Él*”, fue su postrera voluntad.

La vela de la Abuela se apagó. Quedó la *selva oscura*. La antropofagia de la antropofanía.

29

Rompo mi alma al sol, escribió el Proscripto. Y yo, una eclosión estallante de frustración y anhelo, una germinación concurrente de angustia y emancipación. Eran ráfagas inciertas de la desazón. Más de una semana así, de la cama a la mesa, de la casa a la Universidad, de la noche hasta otro día que no era ningún nuevo día.

No me abandonaba la percepción del hastío. Podía observarme en las turbias márgenes del río Almdares y retenerme a mí mismo en aquel regazo de hedor y fosa maloliente, enlutado por la exorbitante inmundicia de una ciudad que vertía sobre sus aguas con una afición alarmante, su barbarie. Ahí estaba divisándolo, tasando el precio de su suerte, como en una subasta de la atrocidad. Era el sentir, la *sentina* de la sociedad, decidida a sumergir en él sus bajas pasiones, la cuota de invalidez de los gregarismos. Comprendí que siempre hay un chivo expiatorio para depositar nuestra indignancia de espíritu, o la ausencia de humanidad. Puede ser cualquier cosa que seamos capaces de convertir en nuestra propia miseria. Qué más da la forma si nunca seremos el contenido de nosotros mismos. Ese no era el azar de un río envejecido por la bazofia, sino el proyecto consciente de la deshumanización. La mugre adensada en la superficie por el sedimento de la malquerencia, denotaba la descomposición de una realidad soterrada que nos emplazaba con su irreprimible estampa. “Esto eres, tu mierda”, se intuía entre los estragos de un mundo ensombrecido con el envilecimiento de nuestra existencia. Advertí en esa fetidez zozobranante un símil, un retrato insoslayable del país. ¿Qué había sido la exhibición del Juicio Sumarísimo sino el ocultamiento de nuestro grotesco, una refinada habilidad de hacer invisible lo que se manifiesta? Así como el río se anegaba en la deyección del salvajismo, la Isla engrosó su temeridad con la amnesia, esa autopsia del menosprecio del hombre por el hombre.

Mi padre parecía una estatua ecuestre al apoyar el pecho contra el espal-

dar de la silla. Espoleaba sentado a no se sabe quién por los aires de su cabalgadura mientras se columpeaba con las piernas. Una monótona secuencia había sustituido la letanía en vísperas de la resolución del tribunal. Esta vez, sin titubeos, otro pregón se reiteraba en sus labios.

—No eran inocentes, no eran inocentes... —afirmaba como receloso de connivencia.

Pasaron los días y él no modificaba su actitud al quitarse el uniforme de regreso del ejército. No me fue posible cohibirme cuando acudió impertérrito a su retractación de inocencia en una sarta de reproches que ensalzaban el tedio.

—Yo no sé si eran o no culpables, pero sí sé que la pena de muerte, en cualquier caso, es un fratricidio.

—Fratricidio, fratricidio... ¡Vaya palabrita, Camilo! Qué sabrás tú, mocoso engreído.

Se me hacía inseparable el estercolero del Almendares con el basurero existencial que me confinaba en los despojos de mi propia vida.

30

Duele perder tiempo donde no hay tiempo. Impotente, relegado a la no expresión de mis ansias, concluí que no había hecho nada verdadero en mi país. Me propuse cambiar. Ella, la palabra escrita, sería *mi* Isla, la manera de favorecer con la escritura el derrotero del porvenir juramentado en la infancia. Aquel futuro se bifurcaba, y yo quería que se pareciera a los raíles de un ferrocarril imposible de descarrilar. Desde la exposición del pintor me rondaba el bosquejo de un cuento. Eso, contar, podía ser el principio de mis aportaciones para salvar del olvido lo que ya no *contaba*, y nos habían enseñado. Un irlandés y el Converso potenciaron la inspiración.

Una de las espigas recogidas del florilegio de Oscar Wilde terminó por penetrarme hasta el desvelo, fue uno de sus fogonazos: “El valor de una idea no tiene que ver nada con la sinceridad del hombre que la expresa.” Yo, sin ánimo de polemizar con uno de los autores literarios a los que más debe la historia de la filosofía, pretendía encauzar mis pasos hacia un ideario donde no me fuera posible seguir viviendo sin el *valor* de la *sinceridad*. Asimismo, una reciente visita al domicilio del Converso había devenido en un anecdotario de personalidades que él evocó con un picante catálogo de inflamadas vigiliass. El recuerdo de alguna de ellas le hizo entrar, sin renuncias, en el resbaladizo dominio de lo accesorio. Bordaba entonces, con su inimitable fraseología, una de las inclinaciones que más le agujijoneaban a desatarse: su dietario de complementos nominales adjuntos. De esta manera, me iba suministrando, con puntadas imagina-

rias, un conjunto de accidentes prescindibles de las personas nombradas, enredando y desenredando sus vidas a capricho, según su conveniencia, como si fueran una madeja que únicamente pudiera cobrar provecho en su facundia salpicada de requiebros y desengaños. Escaparon al herbario, a la clasificación botánica de apegos, idolatrías lenitivas, e infidelidades, dos escritores fallecidos: Virgilio Piñera y Reynaldo Arenas. La apología de ambos fue tan elocuente y enardecida, que me rendí embriagado ante la biografía de estos autores que oía mencionar por vez primera, y a los que el anatema y el desconocimiento, en palabras del Converso, habían otorgado la altisonante condecoración de *persona non grata*.

Por eso, antes de escribir el cuento en mi álbum azafranado, el mismo que en alguna de sus hojas debía conservar con letra de molde el borrador de mi carta adolescente a Mariana, me *valí* de un nuevo tipo de *sincerismo* al dedicar el título *Maracas, el paraíso recobrado*, a Virgilio y Reynaldo, que murieron, dentro y fuera de la Isla, sin conocer el Paraíso.

31

Hasta el frontal de las casas transparentaron lo que había detrás de las fachadas cuando puso el punto final al cuento. Se halló en un estado de recepción especial al salir a tomar el aire, como si fuera una esponja en medio de un océano de sensaciones que podía hacer suyas sin ningún esfuerzo. Notó que iba surgiendo en el camino una predisposición a realizar contacto con él, no por la curiosidad del forastero en la extrañeza de una comunidad de prejuicios y aprensiones, sino a causa de una escrupulosa necesidad de la que Camilo y ellos no podían sustraerse. ¿Por qué todos le consultaban la hora del reloj, o en la espera peatonal de los semáforos lo observaban con una avidez consanguínea? Deambuló sin demarcación, en una galaxia de percepciones placenteras que le hacían fuerte. Estaba colmado de vitalidad y optimismo, tanto, que si hubieran pedido en ese momento un absurdo, él lo habría convertido en fácil silbido, en un escorzo de la cotidianidad.

Fue a dar con uno de los bares que pululan en la periferia del Puerto como sabuesos de lo malquisto. En la entrada le llamó la atención la puerta. Habían dibujado, en un kitsch de plaga consecuente, un monstruo medieval que aparecía en uno de los libros de bestiarios leídos por él. Dentro, un cigarro, una mujer a media luz, arrinconada en el hermetismo de una mesa. Ella hizo un gesto. No pudo dejar de acercarse en ese, su día sin imposibles. A su lado había como una caja de cristal.

—¿Verdad que es bonita?

Camilo se sentó intentando distinguir el rostro.

–No vienes mucho por aquí –le dijo ella con esa familiaridad de la gente que encontró al vagar por la ciudad.

–Es la primera vez...

–Me lo imaginé. ¿Qué buscas?

–Un vaso de agua.

–¡Un vaso de agua en un bar! ¡Qué simpático! ¿Quieres que te tire las cartas?

Procedía de ella un perfume que era la constancia de una indefinición corporal. Parecía la persona más sola del mundo.

–Eres de esos individuos que se conocen sin decir una palabra tan pronto han traspasado la puerta.

Él se estiró torpemente en la silla en guardia ante una atracción disfrazada, irreconocible.

–¿Estás incómodo?

–No, no, la espalda. Me duele un poco la espalda. He caminado mucho...

–Dime la verdad. ¿Qué pensaste al verme? –preguntó ella como si desentonara en aquel ambiente de juega cesada.

–Una mujer –contestó Camilo con la seguridad de haber adquirido ya cierta experiencia en el arte inefable de hablar sin decir.

–¡Dios santo! Sí que eres maravilloso. Dame tu mano.

Fue entonces que se oscureció más al deslizar suavemente el dedo índice por la mano. Camilo sintió que se oscurecía también por dentro y se iba desasiendo en una intranquilidad como si ella se apartara de él. Alguien salió por el lateral del bar con un bramido.

–Otra vez mariposeando. Vete a dormir antes de que pierda la cabeza.

Ella se levantó y con disimulo le dio a Camilo una carta del Tarot.

–La vas a necesitar.

El hombre alzó al joven por los hombros y le zarandeó con tal fuerza que la carta resbaló de la mano. A él sí pudo verlo con la frente pegada a la suya destilando bilis.

–Si vuelves, te mato –escupió con un vaho a sopa de ajo y aguardiente.

Deseaba referirle a Mirco la exaltación de mi ánimo al terminar de escribir el cuento y cómo había experimentado una comunión con el universo desde que descendí por las escaleras de mi casa. “Fue como si la escritura me hubiera hecho atravesar una dimensión en la que se rasgaban todas las puertas.” Él esta-

ba furtivo, oyéndome con una sagacidad roída por la displicencia. Desde que su padre lo reprendió por la proyección de aquella película en su videoteca algo había gravitado en él hacia otro Mirco. Tuve que acorralarlo prácticamente en la cafetería de la Universidad para esquivar el libreto aprendido de sus excusas. El proverbial interés ante episodios e incidentes de mi vida se reemplazaba con una postura glacial sin alicientes.

—Por favor, léelo. Quiero tu opinión antes de proponer su publicación.

Lo invité a beber una jarra de malta, su bebida preferida, y complació mi invencible decisión de no llevarse el escrito para que me diera su opinión allí mismo. Mi estómago se repletó en la avalancha de vasos y vasos de malta mientras él, zigzagueante, repasó el cuento sin esa fijeza de su alma para la aceptación y el entusiasmo.

—Quévalo, Camilo, este es un texto *snob* —declaró agrupando los folios sobre las piernas y enfilándolos hacia mí con una hiriente despedida.

—Espera. No te vayas. ¿Dónde está el *snobismo*?

Conocía muy bien el uso que hacía de esa expresión cuando la incompreensión entrelazaba en él la diatriba y lo apologético.

—No cambiarás nada, excepto engrosar la lista de *los Arlequines* de turno.

Remarcó el plural de Arlequines como si ridiculizara a Carmenate.

—No consiento que hables así de mi amigo.

—Me alegra que tengas amigos...

La mordacidad de Mirco me dolía. No podía creer que estuviera anteponiendo el sarcasmo a una amistad donde los sentimientos estaban muy por encima de las ideas.

—En una ocasión formulaste que no se puede estar “más allá del bien y del mal” y tenías toda la razón.

—Toda la razón... la razón... toda la razón... Camilo, cuando alguien tiene razón es porque ha dejado de ser razonable.

Mirco sonrió con un adiós insondable, como si entre los dos se hubiera interpuesto un salto en el vacío, una sucesión de viajes sin retorno.

—Dime, entonces, cuál es la calle donde ella leyó mi mano.

La violencia con que fui expulsado del bar y la noche conspiraron para no reparar en la dirección. Había vuelto por inducción, brujuleando un día después con mi instinto, avezado a no aprender el nombre de las calles, sino orientarme por las huellas que un sitio deja en nuestra memoria emotiva. Hice el mismo recorrido revisando en cada taberna aquel dibujo que me indujo a entrar... Pero no aparecía. Ni siquiera en las inmediaciones del Puerto los marinos ofrecieron evidencias de esa singular puerta. Nadie la había visto. Confíe en

la facultad taxonómica de Mirco, alucinado sideral de La Habana, pero él tampoco poseía noticias.

—Ya te dije que no existe, Camilo, y es mejor así. Bastante tenemos con el bestiario que tú eres.

Y se fue Mirco para siempre.

33

Olvidé pedirle a Mirco la copia de *Maracas, el paraíso recobrado*, él la tiró en un cesto de basura como si fuera un altar de la inmunidad, y alguien la sustrajo de allí.

El Rector, parecido a una efigie hierática, y una Funcionaria pelirroja de Cultura, con rugidos de leona en celo, estaban a la entrada de la Universidad esperándome. En la coloración de su pelo se distinguían tres tonalidades de progresiones de un rojo gangoso que explicitaban las cualidades de su biotipo: el de la fiera, la fierecilla y la domada. La Fiera se presentó tan pronto llegué.

—Tú, Tú, Tú...

No paraba de tutearme como si las T fueran hachas petaloides que acoquinaran a una presa. La boca, desmesuradamente cerrada, hacía rechinar los dientes, afilados en la rutina de aquel roce cuando la Fiera se encolerizaba. El Rector, y ella de guardaespaldas, me seguían, flanqueado por los pasillos universitarios de la condenación eterna. La Fierecilla se mostró con inadvertencia en un “Ay, muchacho, muchacho” de alquilada plañidera que cedió el paso a la Domada antes de abandonarme en mi destino.

—“Estimados compañeros”.... —dijo a los visitantes mirándome igual que si fuera un homúnculo—. “Este *es*”... —creí que iba a empezar a dividirme en las sílabas de mi nuevo cuerpo: *ho-mún...*—, “Camilo” —su rotundidad labial con visos sardónicos permutó por una elasticidad domesticada que dejó en mi interior el eco cortado, final, de: *cu-lo*.

El Rector tenía que declamar también y con voz de mandolina agregó:

—Ha sido una juvenilia, una mascarada. Nos ha dicho que quiso anticiparse al día de los inocentes con un pasatiempo surreal.

Yo me pellizcaba en el espejismo de un auto sacramental. ¿Qué aludían esas palabras del Rector que yo no había pronunciado jamás? ¿Por qué Él y la Funcionaria se habían dignado a recibirme en la Universidad a primera hora de la mañana como un resucitado doblegado por su aparición? ¿A qué se debía la variación de sus semblantes en una tensión reverencial cuando se dirigieron a los señores reunidos que aguardaban mi presencia? ¿Quiénes eran ellos? ¿Quién era yo entre aquella farsa de mancomunidad y remilgos de tenderete?

—¿Ha escrito Ud. estas páginas? —interrogó uno de los señores.

Arrugadas, sucias, con un cuño en el margen superior de la primera hoja, reconocí mi cuento.

—Sí.

Entonces supe que estaba despierto. El Rector y la Funcionaria se fueron como ánimas solas. Quedé con mi sombra intentando hallarle un cuerpo.

34

Tres Troglós y el Saurio de la Universidad componían el escenario. Yo, el Homúnculo, en la platea, estaba para contemplar una adaptación contemporánea del *Retablo de las Maravillas*.

El Saurio fue identificado de inmediato. Es una subespecie del negador de tu alma, el *Di*, más conocido como “el Dino *Informante*”. A diferencia del “Dino *Informante*”, difícil de precisar porque en realidad puede ser cualquiera, uno termina sabiendo quién es el Saurio por contexto, pues está en todas las reuniones, en tus pesadillas. Cada esquina, barrio y centro laboral que se precie posee un “Dino *Informante*” y un Saurio. El papel de éste es nada despreciable porque se encarga del equilibrio entre el *Informante* y el *Contra-Informante*. A ninguno de los dos le conoce, pero como su capcioso serpentear en su radio de acción no hace distinciones entre la vida y la muerte, al indagar en la Isla con su reptil romería sobre la existencia ajena, acierta a prevenir si el *Informante* y el *Contra-Informante* están cumpliendo con su secreta ordenación. De esta manera, constituye el eslabón primero en la cadena alimenticia del régimen.

Por su parte, los Troglós obran en una jerarquía piramidal. Pude intuir quién era el Troglo Principal, el Troglo Secundario y el Troglo Tracatán. Aunque los tres llevaban bigotes lugareños, gafas oscuras satinadas y guayaberas desalmadas, sus formas y colores no eran semejantes. El Troglo Principal apuntaba al blanco, el Troglo Secundario tiraba a matar a un rojo sanguíneo y el Troglo Tracatán sepultaba un negro de velatorio. Esta disección mental, hecha a partir de cómo se conducían, me transportó en un rapto a la infancia, aquellos años en que al comprar un juguete debíamos escoger, de más a menos, según la lúdica clasificación estatal de “juguete básico”, “juguete no básico” y “juguete dirigido”. Había un poco de jugarreta y pasarela en sus comportamientos, porque queriendo proceder como gallos finos, parecían tiñosas homoerotizadas. Tenían una intachable división del trabajo: El Troglo Principal observaba, el Troglo Secundario interrogaba, y el Troglo Tracatán era el mangoneado, es decir, el que escribía como un alacrán de la insatisfacción las respuestas. Su misión era la *sumisión*.

Desde la primera interrogación me encontré como Alicia descendiendo por la madriguera del conejo. Iba cayendo de pregunta en pregunta en un pozo que se hacía interminable mientras ellos, cada uno en su estilo, con secuestrados gestos, en una amenidad amistosa, profundizaban en mí el miedo al vacío.

-¿En qué editorial pensaba Ud. publicar el cuento?

-No sé.

-¿Dónde ha obtenido Ud. información sobre Reynaldo Arenas?

Callé. No podía delatar al Converso y mucho menos los manuscritos inéditos prestados de aquel autor, *Rey en Arenizar* las cavernas. El Troglo Principal hizo un movimiento con la cabeza al Troglo Secundario para que hiciera una nueva pregunta.

-Ud. habla de *La Sombra*...

-Es un cuento, señor.

-¿Qué significa?

Recordé una historia del realismo socialista que mi padre me dio a leer cuando niño. Ahora los tres Troglos me impulsaban al fondo del pozo con sus miradas.

-Me refiero a mi personaje, señor. ¿En quién pensaba Ud.? -objeté conteniendo la respiración.

El Saurio, que hasta ese momento no había intervenido, movió su cola como si preparara un ataque. Bastó un vistazo calcinante del Troglo Principal sobre sus esmeriladas escamas para que mudara de actitud y volviera a sosegar-se. El Troglo Secundario, con inflexible templanza, continuó la entrevista luego de otra seña sudada del Troglo Principal que se remangó la guayabera como un batín de seda.

-Para Ud. "Maracas" es un campo de concentración.

Miró cual si quisiese asimilarme a él, pero dejando manifiesto que yo era un ilota sin *islota*. Un Troglo supone y supone, esa es la prueba reversible del escéptico que *pone* en el otro *su* incertidumbre, me dije en un intento de evasión del *campo de concentración* de mi mente, cuando él increpó:

-¿Qué cosa es Maracas?

El pozo era ahora una pegajosa red que ascendía hasta mi garganta como una hiedra. Palpé mi piel en busca de evidencias sobre mí, añorando una salida a ese túnel obsesivo como una encerrona. Repasé mentalmente mi cuento otra vez en una fracción temporal delirante. No, yo no he mencionado la expresión "campo de concentración", sino "plaza de revolución". Una corriente fría me atravesó con los altibajos de una onda que se instala en nuestro ser y nos evoca la belleza del pasado. Me desdoblé imaginariamente entrelazado por esta sensa-

ción y reparé en un niño asistiendo de la mano de su padre a uno de los desfiles de la *Plaza*. La cabeza me iba a estallar buscando las palabras salvadoras que sortearan mi indignación por la manipulación del cuento. Entre frases y vocablos a los que procuraba otros sentidos en una nueva relación sintáctica, se produjo un involuntario silogismo.

Plaza de concentración + campo de revolución = campo de concentración.

Esto se parece a la interpretación cavernaria de Él, pero tú, me reprendí por esa ocurrencia imputable, no eres un Troglo. Me poseyó la meditación del estoico Marco Aurelio: "Una buena manera de defenderte de ellos es no parecer a ellos". Estaba sumido en estas consideraciones cuando el Saurio se engalló y sin permiso para terciar profirió:

—No sacaremos nada en claro con este muchacho mientras le demos la oportunidad de justificar quién fue primero, el huevo o la gallina.

Por esa coherencia inverosímil concerniente a veces al lenguaje, de la que manan un sinnúmero de epítetos y símiles afines o contrapuestos, decisivos en el enriquecimiento del idioma y en la comprensión alegórica del origen del universo, volví a volar por el espacio de aquel pozo con un incontrovertible hallazgo que el Saurio me llevó a entrever. Yo estaba allí no solo por *Maracas*, sino para determinar mi nivel de *homunculización*. Porque el vínculo entre el huevo y la gallina ha sido el fundamento de la historia política de la civilización. Y debí hacer sospechar que yo veía la realidad desde el huevo y ellos desde la gallina, aunque el Saurio pareció remachar en los Troglos la acometida gallera al erizarles los pelos encrestados con su imprevista intromisión. Los tres Troglos dieron un espolazo al Saurio que se revolvió incómodo sobre su culo de basilisco. No le dejaban aportar ni un leño en la pira que me estaban erigiendo.

—Ud. es un rebelde sin causa, un espontáneo de la sin razón —sentenció con una entonación lineal el Troglo Principal.

Los otros dos Troglos pestañeaban aplausos unánimes en una efervescencia que imitaba la coreografía de pregalanteo observada en la naturaleza cuando se desea anunciar una coqueta conquista. Se pusieron en pie y retrocedieron hasta la puerta como si no pudieran darme la espalda. El Saurio, igual que si estuviera estreñido en un gineceo sin invitación, se fue con aspaviento. Parecía una amante despechada dejando tras de sí orgullos y suspiros. Cualquiera hubiera podido discernir que había una rivalidad caníbal entre esas dos especies. Era una de las tantas excentricidades de la selección natural en la Isla.

Fui el último en salir. Permanecí un rato más después que se fueron, solo, sintiendo todavía sus presencias solapadas en el ambiente. Más que afectarme el

aspecto huraño del Troglo Principal al definirme con el topicazo de *rebelle sin causa*, lo que me había retenido el aliento, y por tanto, el descenso en el pozo, era llamarme, sin el beneficio de la finalidad, “un espontáneo de la sin razón”. Pasé por alto si había aludido con ojeriza al film de 1955 del director Nicholas Ray, o si quedaba resuelta mi perplejidad por no saber con quién me había comparado. Siempre que oímos más de una vez la voz de una persona podemos llegar a distinguir en ella implicaciones paralelas al mensaje de las palabras por el tono y forma de vocalizar, pero el Troglo Principal se había manifestado una vez, y por esa única actuación, no podía deducir si su verdadera intención había sido equiparar mi insignificante existencia con el mito viviente de la rebeldía protagonizada por Jim Stark, o con el actor del personaje, James Dean, una lápida entre los muertos.

El *Retablo de las Maravillas* volvió a proyectar sus reflejos antes de irme de la habitación. Parecía que los Troglos y el Saurio comenzaban la función. Yo partía con ventajas. Iba a percibir un espectáculo conocido con otro nombre. Los invité en la caverna a ver *La sin razón de la causa*.

35

La desestabilización psíquica y el desgaste anímico se injertaron de modo inextinguible con el curso de los días, encadenando los segundos, minutos y horas en un formato aparentemente anodino, pero muy eficaz: el reunionismo. Hubo tal cantidad de reuniones en una misma mañana y tarde, que perdí la envergadura del debate: mi continuidad en el reino de este mundo. Ocurrió, y esto fue lo que me aterró de veras, que en la vorágine de juntas sin poder estar junto a alguien, de concilios sin conciliación, y cuestionamientos acerca de una cuestión exclusiva e inexistente –mi peligrosidad–, a priori, antes de arrancar una nueva asamblea y desprenderme otro pedazo de esperanza, me enjuiciaba yo mismo recogido en una soledad inapelable. Fui propenso al ultraje de la contradicción alienante. Premié mi nulidad hasta hacerme *premoso*. Si ellos me amedrentaban, yo buscaba la manera de culminar la intimidación; si ellos advertían, yo era implacable con la penitencia al encarnizarme conmigo en un enervante arresto de la vida, culpándome por pretender un *paraíso recobrado*. Y estas asambleas internas y externas transcurrían al margen de mi familia en aras de que no padecieran. Me había impuesto una minuciosa prudencia. En casa ni siquiera sabían que había hecho el cuento que no cuenta.

Personificando el desasosiego, resolví acudir al enclave de las musas en la Isla, e inventé una cita con el regente del Parnaso como aconsejaba Keats: “hay que hacer profecías para que se cumplan”. Por eso, cuando una ninfa oronda,

con su canasta de nenúfares repartida entre hebillas y cintas de colores, achantada sobre unas posaderas de padre y señor mío, en las que la glucosa se había convertido en batea, me preguntó en la recepción: “¿A qué vienes, niño?”, y le supliqué “A pedir un autógrafo”, ella anunció el cumplido y se cumplió, aunque yo no llevaba más papel que una copia del relato de mi historia.

Entré en su despacho como se adentra uno en un *tiovivo*. Él estaba reclinado sobre el buró igual que el pensador de Rodin, aunque fue un efecto pasajero corregido con una posición fetal al revelarle el motivo verdadero de mi visita. Debí retirarme tan pronto descubrí la foto con la sonrisa de mesalina presidiendo su escritorio, la misma que me había acompañado en anteriores experiencias desapacibles, pero un miedo por salvación más que la tozudez de no atender a las vibraciones negativas, prevaleció.

Había memorizado mi defensa y ella estaba encabezada por una máxima de Joseph Joubert que no vacilé en referir como tenía previsto.

–“Un hombre sin defectos es un tonto o un hipócrita del que debemos desconfiar”, pero en ellos la desconfianza empezó por la escritura de un cuento...

No fue necesario excederme. Apenas mencioné los términos “cuento” y “Paraíso” mi corazón dio un vuelco porque en sus facciones se delineó ese botón rojo que se enciende cuando sabemos algo que nos están notificando como si fuera la primera vez. Por mucho que me esmeré en sobreponerme a esa frágil sensación, y acaté proseguir la lógica de mis argumentos, sentí que mientras más invocaba su auxilio, más me hundía en su desdén. Testifiqué obviedades del calibre de “soy humano”, “amo a mi país”, “la educación y la salud recibida muchas veces me han salvado”, invoqué hasta al Almirante Cristóbal Colón, “él no se equivocó, esta es la Isla más hermosa”; desahugué otros ineludibles reproches como “la espera desespera”, “elegir entre lo bueno que fui y lo malo que soy pierde lo mejor”; los cuales hicieron irrefutable su contrariedad. De ahí que pasara al mitin emancipador. Despotriqué una barahúnda de artilugios demostrables de la talla del “nunca he salido del país”, “uno parodia lo que secretamente ama”, “no confundir la protesta con el odio”, “el descontento no es traición”, “no sé quién es ese renombrado señor que se hace llamar Don capitalismo”. Pero estaba errado en mi ahínco. Aprendí ante él que, por encima de ideas y doctrinas, priman los intereses creados. Desde su cúpula de igniciones no me miraba a mí. Alzó el brazo para verificar la hora.

–Joven, hay que tener sentido de la responsabilidad –pronunció imitando las inflexiones de un ruiñeñor.

La ilusión se desmoronó. Como un pretendiente sin futuro bajé del *tiovivo*. Me fijé otra vez antes de retirarme en su cara. Sin la pompa carrusel había

cesado la fascinación del unicornio y relucía una dignidad ministerial de inconsolable sibarita. Ahora abarcaba aquello que mi ofuscación de infantilismo de izquierda había imposibilitado. Agucé los sentidos fuera de todo efectismo y lo que hasta entonces no me repugnó, su colonia de tercera generación regateada en un mercadillo parisino de cuarta clase, resultó intolerable. Su apariencia se esforzaba por coincidir con la realidad como si creara un provecho estético. Era un cóctel de farol, farola y farolón. La tersura de su piel se debía a los requisitos de una política de formol. Alisaba el pelo compulsivamente como si fuera su segundo traje. El resto del cuerpo se inmovilizaba en un cisneado intervalo de jah, oh! Por su rostro no pasaba el tiempo plastificado con cremas y delicias de turco dosificado. Su estatura fue lo único auténtico que se manifestó en aquella mole de polvillo de luz y encristalado cinismo de pobreza por adorno, laceria de lacerías.

Mi cortesía cesó por completo al darme cuenta que no me hallaba frente a un representante del Parnaso, sino ante un intelectual de peluca. Concebí su cabeza frecuentando un espejo de medialuna para cambiarse de pelucas hasta dar con la de ocasión. La amoldaba más tarde según la circunstancia mandarín a eludir, empolvándose como una refunfuñona cupletista que llega tarde a la cita. Agarré la copia de mi cuento y él, con su sensibilidad de bisutería, volvió a su pose plantillera de pensador de Rodin abotargado. Era lo que mi Abuela denominaba con gran acierto cuando yo era niño, *nananina jabón candao*.

36

A pesar del desenlace que vino a robustecer mi autoestima y de la ecuanimidad mantenida con el intelectual de peluca, al cerrar en casa la puerta del cuarto me derrumbé. ¿Y si era yo el ingrato, un malpensado, alguien sin sensibilidad ni talento para valorar y reconocer las buenas obras, en fin, un demonio venido a menos en un país maravilloso, donde el “somos felices aquí”, distribuido y pegado recientemente en afiches públicos por el gobierno, y después coreado en la Plaza por el pueblo, era una felicidad objetiva que yo subjetivaba? Vi a mi padre recriminándome como tantas veces. “Libertad, libertad,... para qué la libertad si somos libres, carajo”. ¿Y si era cierto? ¿Podía yo saber lo que era la libertad si no conocía el planeta más allá de la línea del horizonte insular? Apunté sobre la sien la ruleta rusa de un examen de conciencia como mismo había vituperado en secreto el desparpajo *parnasianista*. Un dolor indecible se multiplicó por el cuerpo al pensar en el sufrimiento de mi padre cuando me reprendía por ser la *ovejita negra* en una Isla donde no hay ovejas sino chivos. Si antes me había parecido mi postura un acorazado Potémkin salvaguardando la utopía que se realiza, un

tipo de San Jorge inequívoco enemistado con el dragón de la traición de los ideales de *La Comuna*, ahora el objeto de lucha había pasado a ser yo mismo, cuya injusticia se me figuraba con más cifra y números que los de todas las guías telefónicas del universo. Igual a esos algoritmos que esconden en el problema la solución, formulé mi propio algoritmo. “Caray, Camilo, qué chasco compadre, queriendo arreglar el mundo y el resultado es que tú necesitas urgentemente arreglo...” Con que era yo, ¡qué cerquita la clave de todo! ¿Cómo podía resarcirme, qué sapo venenoso debía comerme o qué trabajo de Hércules proponer para que volvieran a creer en mí? “Caballero, si yo ni siquiera como carne porque soy vegetariano”. ¿Qué más tenía que decir o hacerme? El cúmulo de sucesos de los últimos años que provocaron mi inconformidad al someterlos a un análisis riguroso, se me mostraban en la actualidad no como un agravio a los principios e ideas en que fui educado, sino como un accidente de mi mala memoria. La ruleta rusa dio otra vuelta de tuerca a mi obsoleto andamiaje. Pese a enseñarme la Abuela de pequeño que las consignas políticas del socialismo son las sustitutas de la propaganda económica del capitalismo, experimenté en mis labios el sabor de la consigna. Repica Camilo: “Somos felices aquí”. Lo hice y sí. Mi antipatía a las proclamas y los vítores mudó. En mi interior una masa de aire cálido suplía esa “frialdad partidista” que mi padre censuraba. Creo que en ese momento hasta los ojos se me pusieron azules de felicidad. “Somos felices aquí”, volví a invocar como la fórmula de un conjuro mágico. ¡Podía, al fin, ser feliz! Cogí lápiz y papel, y sin que nadie pidiera retractarme me senté solito a la mesa, prendí la lámpara de noche, observé la fotografía del titán de bronce devuelta a su lugar tan pronto desaparecieron mis hiperestesias de la infancia, y escribí:

“A partir de la fotografía la imagen se hace autoconsciente al reproducir vida e instante en un mismo ser. Toda foto lleva alma, descifra la fugacidad y trasciende lo efímero, la realidad que nos ata a una fatalidad intransferible, que es el tiempo...”

No, nada de ataduras. Mejor relatar qué es tu ciudad. Imaginé que me solicitaban un artículo de prensa para publicarlo en el periódico nacional de *La Comuna*. Cuéntales no un cuento, sino aquella tarde en que todavía minimizabas tu dicha, y luego de culminar tu deplorable y desagradecido relato de *Maraacas*, saliste a la calle, y la humanidad entera te sonreía. Puedes también, no jodas, intentar escribir como tú sabes que les gusta a ellos, pon de tu parte el “somos felices aquí”. Y con esa soledad existencial que gravita en el silencio y transforma la imagen en escritura del tiempo, puse los ojos en do, re, mi, fa sol, y la materia gris se hizo blanca, radiactiva, al evocar en mi trabajo periodístico la ciudad que mi padre tenía retratada en el cartel de su estudio:

“Con el nacimiento de la ciudad surge una nueva forma de allegar el tiempo de la naturaleza y vivir el paisaje en su multánime explosión de cotidianidad y trascendencia. La urbe crece con nosotros como compañía e inspiración, convirtiéndose en un punto de encuentro donde la mirada se materializa y la fantasía entrelaza lo real e imaginario en busca de nuevos escenarios en los que poder fundar insólitos territorios para la realización del ser y el estar.

Toda ciudad es un viaje, una invitación a adentrarnos por la memoria histórica del mundo. Hija de la expresión de los sentidos y un impresionismo espiritual, la ciudad es una narración de nosotros mismos.

Hay en las ciudades del mundo vasos comunicantes que hablan de un mismo origen fundacional donde la sociedad ha intentado cumplir sus más caros ideales y sueños. Hablar de su universo es un reto por su diversidad arborescente en constante movimiento y desarrollo. Pero en esa sinfonía perceptible, hay una permanencia, el latido de evidencias que se resisten a pasar de moda y quedan, ante la observación atenta del paciente habitante y del sensible viajero, en una suerte de entorno originario, como un testimonio imperecedero de que si bien todo transcurre, la arquitectura persiste, aún cuando la temporalidad se cierne sobre su estructura y pone en peligro la riqueza de su patrimonio.

La arquitectura y la arqueología han coexistido desde siempre como dos maneras de transformación y entendimiento del mundo. Toda arquitectura habla del ser social y del ciudadano, de las aspiraciones de una época y el carácter con que vivieron y enfrentaron su circunstancia nuestros antepasados. Ella nos enseña secretas lecciones que heredamos a través de sus calles y monumentos. Nada puede transmitir y recoger como ella ese saber que preserva nuestra identidad. La arqueología, por su parte, es el símbolo de un pasado presente, de un tiempo que quiere encarnar una vez más y revivir otras ansias de comprender la historia y la vida. En un nivel antropológico, la arqueología representa la memoria que subyace en lo arquitectónico. Y en ese sentido es fácil entender que la arquitectura, muchas veces, actúa como imagen especular de una antigüedad olvidada, pero latente.

Así, la historia está escrita en las paredes de la ciudad y en cierta forma, cada ciudadano del mundo ha sido arquitecto de ese paisaje urbano que nos acompaña e invita a pensar la urbe a través de su resonancia mágica e inherente, porque el paisaje de una ciudad está determinado no sólo por sus habitantes, sino también por la conciencia espiritual inmanente en sus construcciones y edificaciones. Aquí, al reconocernos en su ámbito natural, nos identificamos con la tradición y modernidad de su estilo, con la seducción que dimana de sus

hechizos y enigmas donde la razón esclarece el arte del pasado como un lenguaje del futuro.

Poetas, pintores y filósofos no han podido escapar a la imantación que subyace en la ciudad, no sólo por su espíritu bohemio, sino también por esa cualidad consanguínea a su ser, que es la búsqueda de una totalidad más allá del límite y la fría demarcación de sus fronteras. Cada acto, dentro de un humanismo escatológico, propende a la ciudad universal, esa que se construye día a día entre quienes sienten la progresión infinita de su horizonte cultural. Pasión y destino se unen asimismo en el pensamiento de la ciudad, que significa acudir a la historia y la realidad como fuentes inexorables de un conocimiento participativo donde nos encontramos con la vida en su proliferación interrogante y diamantina. Lo sugestivo, la metáfora del progreso, le pertenecen como algo consustancial a sus calles, paseos y rincones, en los que se vislumbran manifestaciones de su idiosincrasia convocante e inveterada. Ella nos sumerge en esa fascinación que comprende la metrópoli como centro de irradiación de lo imposible. En su vitalismo inefable, la ciudad apuesta por sobrepasar dogmas e impedimentos que lastren la capacidad de invención y florecimiento de nuevas tendencias. De ahí su prodigalidad y misterio, su condición de hacedora de un surtidor incandescente de imaginación donde la problemática existencial del ser o no ser carece de sentido. De este modo, la ciudad seguirá siendo esa dimensión que nos expresa y define en la libertad como capital de la creación.”

Me fui lentamente energumenizando. El cartel había pasado a ser mi realidad. Pero de repente, al abandonarme sobre la cama, bañado por la humedad creciente del trópico, se plasmaron en el techo los rostros de los Troglos con sus troceadas miradas de cruzada destemplaria, y fue como si saliera de un follaje hacia la consistencia alegórica de la luz. Había estado camaleonizándome cuando el recuerdo de sus caras veladas de marimorena, los sambenitos de la Funcionaria pelirroja, y las patéticas increpaciones del Saurio en el apogeo assembleísta, me hicieron regresar nuevamente al orteguiano *status* de que la mona, aunque se vista de seda, mona se queda. Se reavivaron en mi conciencia otras fontanas de la ciudad donde emergían inquietudes y emociones que hostigaban con su centelleo silente. Me sentí comprometido a transcribirlas al ser parte inalienable de un estado de convalecencia. Volví a la mesa como un superviviente de los simios, y escribí, con el título de *La sin razón de la causa*, algunas apostillas a un libro antropomorfo.

37

Apuntes para un recetario de *La sin razón de la causa*.

0. Mismidades:

Ahora estoy frente al espejo y me digo: no creo que la patria sea más que un lugar entre mil donde también habrán otros como yo mirándose en el espejo. Levanto la mano y me acaricio en el reflejo, esa trasposición de la esperanza, afirmando con su imagen la negación de la mía, o demostrándome tal vez que puedo ser siempre esa visión, es decir, otra cosa. Cierro los ojos y recito los versos más bellos jamás pronunciados, me dejo llevar por los signos de una escritura inefable que se hace en los labios, entreabiertos, afanosos de transformar la respiración en poesía, y vuelvo a caer en la espiral irrefrenable, el indicio, la luz oscura. ¿Quién dice el horizonte, quién define la frontera? La patria está donde late tu corazón.

1. Perspectivismo:

Para el hombre de isla *su* mar es el mundo. Él deshace la nada en nado, con-*su*-mar de olas.

2. Neurosis de arrecife:

Neurosis curable: identificación del ideal con la realidad. Ante una falsa realidad, no volver a asociar el ideal con la realidad, sino con otro ideal.

Neurosis crónica: identificación del ideal con la realidad. Luego de la traición de la realidad, persistir en un ideal irreal.

Neurosis irremediable: identificación del ideal con la realidad. Después del desengaño de la realidad, persistir en la realidad ideal.

3. Nostalgia creadora de Camilo:

El personaje: expresión del miedo. El otro yo que no somos capaces de realizar. Ante el fracaso será tuya la culpa. De esta manera, estamos siempre a salvo. La justificación: el personaje no es uno mismo. Tú eres el que pierdes.

4. Cobardía crítica del existente:

La vida se llena con el cuerpo infrangible de los seres que me integran para asistir a la función de un teatro vacío donde al final cae el telón gris de mi yo ausente.

5. Comuni3n:

La comunidad es un pacto con lo oscuro, una abdicaci3n de la personalidad. No es una invenci3n, sino un inventario. Los instigadores del ostracismo en defensa de la ley viven taimados en la seguridad de las pancartas. La consigna es la contrasea para la antropofagia. Para demostrar su eficacia van hasta la ra3z de la existencia: la amistad y el sentimiento colectivo.

6. Cayo Abacia:

Una ínsula es siempre una tentación para todo tipo de experimentos. *Aislada* por rocas y mar, lo que en ella suceda, será considerado, en el peor de los pronósticos, eso, un accidente *aislado*. Allí un espécimen al borde de la extinción puede regir las normas de conducta y convivencia de las demás especies. El empirismo, la novelería, y la palingenesia han hecho el resto, la Isla Patulla Patulea. Así, un fósil puede no sólo sobrevivir, sino también ser *La Cosa*: estudiada y definida de múltiples formas ha terminado por ser indefinible. La circunstancia pierde el yo. El sentido jurásico de la historia impide la ética.

7. De lobos y raposas:

Cercenar poco a poco el instinto hasta que la diferencia se transfiera en delito.

8. Pedagogía del analfabetismo:

Entrenar en la homogeneización del rostro a fin de ejercitar en la indiferenciación del alma. Educados para ser leales al Estado, se aprende a ser infiel con uno mismo.

9. Ontología del paranoico:

Hacer filosofía sin filósofos. La cita recurrente del pensador de la no filosofía: hay quien tiene el placer de cortar cabezas. No sabe que el invento de la guillotina unió para siempre el cuerpo y el espíritu.

10. Teofanía política:

Diversionismo ideológico es igual a bifurcación del camino. El desconcierto al comprobar que se puede ser partícipe de tan gran dilema en la infancia como si la realidad debiera protegerse de la fantasía de un niño. Irreverencia del diversionista: el conocimiento se funda en un acto lúdico. La vida en sí es una fiesta de los sentidos. Más allá del optimismo y la inconsciencia, qué es la crítica por *diversionismo*. ¿O sin placer pueden nacer ideas y sin diversión puede haber ideología?

11. Prosopopeya del éxito o bazar de la fama:

La regla es simple y no del todo nueva. La falta de imaginación significa genio, la ausencia de talento, talante. Ahí surge otra conspiración encubierta del feudo de la modernidad.

12. Mundología:

La originalidad no está en semejarse a nadie, sino en parecerse a todos.

13. Estilo:

Se sabe lo que hay que hacer, pero nunca se hace.

14. Sociedad:

En su minimalismo de superficialidades obliga a que apaguemos constantemente en nosotros los fuegos artificiales de la cursilería.

15. Bitácora:

La infamia no consiste en dar la espalda al mundo, sino en olvidar que existe.

16. Ilusión de ilusiones:

Basta sentir para llegar a donde no se ha podido. Esa es la evidencia de un mundo nuevo. Merece vaticinarlo para que se cumpla.

17. Centralismo metafísico:

El sistema actúa como iglesia. Siempre hay alguien que exime, otro que excomulga y uno que condena. La ley anticipa el crimen.

18. Idología:

Vivir la incertidumbre como prueba de certeza, el abismo como refutación de la esperanza. Trocar la cruz en pañoleta, el uniforme, en destino. La historia como alfombra, el transcurrir como máscara, la existencia, un espectáculo frío. Cómo olvidarte si eres el olvido.

19. Crónica oficial:

Alusión a la memoria para evadir el presente, acogerse a la historia para ocultar la raíz de cualquier acontecer.

20. Fetichismo:

La colectividad te presenta como tuya la escoria ajena.

21. Lejana cercanía:

Lo antiguo se fanatiza de tradición. El disfraz del esclavo del pueblo está hecho con piel de cordero. Su forraje sustenta que sólo existe un punto de vista de las cosas. Una actitud consciente del tiempo enseña la diversidad de espacios.

22. Sed ociosa:

Mentira y verdad engendran la unidad sedicente: el mentiroso verdadero.

23. Oniroscofia o Utopía:

Estamos vivos en aquellos que no saben que existimos y salvamos del holocausto de la cotidianidad a seres que desconocemos haber salvado. Esa es la razón del optimismo. La traición empieza por borrar un sueño, negar lo que fuimos.

24. Bolsa de valores:

Los grandes estafadores de la civilización siempre añoran el poder, aunque digan que sólo lo quieren para restablecer la paz universal.

25. Humo Sapiens:

¿Por qué persevera en ser peor de lo que ha sido? Aún se corre el riesgo de lo deficiente, que es lo peor interminable. Y en esa estamos. En la era de los sabios del despotismo ignorante. El eco refractario conseguido por el "fin de la historia" sólo explica que no hemos empezado a andar.

26. Escatología:

¿No es el llanto del recién nacido la pena de un mundo donde no se está libre de pecado?

27. Yah-vés:

Siempre estarán. Desean que Dios no exista para convertirse en tu redentor. Son los Mesías de la Divina Improvidencia.

28. Silencio:

Es curioso verificar al hermetismo alentar hasta a las mentes más perversas. Quizás por eso existe una diabólica unidad entre la metáfora y la noche. La estética de la oscuridad ha sido la causa del nacimiento de grandes generaciones. Ese lenguaje a solas de los destellos de la vela fue luz en la sombra, pero luz. De ahí la fuerza auroral del hermetismo. La palabra en la oscuridad agita la conciencia, ilumina el porvenir. Esa es la paradoja, ¡cuántos poetas no habríamos conocido jamás sin los Césares! Y ¡cuántos Césares se necesitan para que la poesía, algún día, sea quien los sustituya!

29. Esoterismo:

Crear en los secretos del azúcar como vía de salvación nacional.

30. ¿Infelicidad?:

Transformar lo efímero en perdurable; la sensación, en sentimiento.

31. El por qué de los por qué:

La sombra testimonia alguien más en nosotros. Por ello los que viven el Mal conviven el Bien. La grandeza de la verdad reside en que hay otras verdades.

32. Doble moral:

Quien zurra, zorra.

33. Sobre-vivencias:

No hay dolor mayor que otro, todos los dolores son el dolor.

Zafra sin cañaveril: unir el *campo* que era en una *concentración* de no eres. Los peores son los invisibles, los que están fuera del territorio de la guerra. En él nadie despierta. Es como una lenta enfermedad que va invadiendo y hace su propio reino de los muertos. Aquí para mandar no basta con ser *vivo* entre los muertos, sino muerto entre los muertos.

Discurso en la Isla: La libertad es una actitud ante la vida. Se puede ser libre en la censura. La autocensura también puede ser tu libertad.

Carta magna de la dictadura: No.

Legislación de Troglos: La sociedad es un cementerio. No perder la oportunidad de construir la antesala de un cadáver sin que fallezca.

Sinonimia cavernícola: Ascesis-*asexy*.

Sentido común del *Dino*: Es la ambigüedad del pensamiento fuera de con-

texto la que crea el nuevo *contexto*, el permiso de erradicar la mala hierba, dicen, del modo menos drástico. Su deshumanización forma parte de un plan por lo humano. Es la lógica de salvar una humanidad sin alma.

Acarreo antediluviano: Partir sin regreso. Entonces reconoces la puerta *espuerta*, al abrirla se lleva el principio del fin y el fin del principio.

Materialismo tropical e histórico: el río de la vida no se detiene porque la muerte es su cauce. El esqueleto enseña que llevamos un ser muerto por dentro. La eternidad gregaria del cementerio es prenatal. El signo perfecto del espíritu: la muerte disfrazada de vida.

Paradoja del Saurio: todos los que no se le parecen son agentes del imperialismo.

Dilema insular: Escoger quién fue primero, el huevo o la gallina. A este pensamiento le hace falta un gallo.

Alquimia de Período Especial: Convertir la marmita en marmota.

De paladines y mausoleos: *La Cosa* es imprescindible. Fórmula contemporánea de atar al medioevo. Así, cuando muere, se sigue el culto embalsamado de *La Sombra*.

Caducifolia autocracia: Al santónico se le extrae el santón con santoral de santurronería.

Vida, amor, y muerte totales:

–Cuerpo mortal + alma inmortal = vida

–Cuerpo mortal + alma mortal = muerte

–Cuerpo inmortal + alma inmortal = amor

–Cuerpo inmortal + alma mortal = totalitarismo

38

¿Qué es la mentira? La malicia de la verdad. ¿Qué es la verdad? Lo que fuimos, somos y seremos. Aquellas dos bofetadas del padre no solo indicaban saber la censura del cuento, sino que la mentira no está en decir lo que no se piensa, sino en no decir lo que pensamos.

Entró al baño y se masturbó con violencia repitiendo procelosamente el nombre de Mariana como si pudiera evitar la acción que acababa de cometer el padre. “No, él no puede confundir lealtad con fidelidad. Uno puede ser leal a su padre sin ser fiel a sus ideas.” Golpeaba en los oídos la frase del poeta. “El que lleva luz propia se queda solo”, “el que lleva luz se queda solo”. Restregó el cuerpo bajo una ducha caliente como si la piel fuera el recuerdo y la memoria un país. Quería borrar cualquier vestigio evocador. Las gotas de agua rebotaban en las extremidades similares a garfios arrancando la reminiscencia de la piel. Giró

con la mano enjabonada la llave de presión. El chorro pareció ensartar a Camilo para que no escapara. Apoyó la espalda sobre los azulejos rosa, y lloró igual que aquella mañana cuando le habían echo venirse abajo en la escuela sobre un charco de orines e inmundicias. Besó en el vacío esa mierda ajena que se había apoderado de él. Se acordó de John Keats y la profecía. La vida es presagio. “Es terrible para actuar vivir profetizados, que todo se reduzca en este mundo a una correspondencia de adivinaciones”, pensó Camilo. La presión del riego fue disminuyendo. Con su imagen recortada por el agua, se puso a lamentar que nunca sabría bien si una predicción adelanta el futuro, o si es uno quien después de evocarla, contribuye a transferirla en realidad. Secó en el cuerpo la humedad del pasado. Se sintió mejor al percibir la fuerza de su debilidad. “Tu ira avala mi éxito”. ¿A quién contestaba? Tampoco podía precisarlo, pero no se engañaba a sí mismo cuando creyó a la palabra invencible. Eso le infundió más seguridad. “Sí, aunque mi existencia sea un error, sabrán por la escritura, algún día, que reconstruí la utopía en *Maracas*”. Al dejar la toalla sobre la barandilla del baño se fue reanimando. Si antes temió la vida como una trampa de avisos premonitorios deslizados fatídicamente hacia su ejecución, esta vez las ansias de Camilo se reescribían. Porque era en la letra donde ahora imaginó la gran profecía. “Un poema, un cuento, un libro es la fotografía del espíritu, la palabra da forma a su contenido, el alma”, meditaba. Él, que añoró compartir anécdotas y vivencias con tantos seres históricos, los vislumbró hallarse en ese instante allí, junto a él, como si las obras, es decir, sus *Almas*, dieran contento material al ser que Camilo sentía le habían querido quitar.

La Abuela estaba esperándolo a la salida del baño como un pope ruso a la entrada del Kremlin.

—Acompáñame. Vamos a conocer un lugar.

39

Tenía un arete distinto en cada oreja, no se había perfumado con su colonia de jazmín y el anillo de compromiso del difunto abuelo se le había quedado en el cuarto. A Camilo no le fueron desapercibidos estos *lapsus* de la Abuela cuando se remontaron por la calzada de Infanta hacia la avenida de Ayestarán. Eran indicadores de la gravedad de su estado anímico.

—Voy a presentarte ante el *taita*, el secreto de los misterios —matizó la Abuela al divisar el sitio adonde se dirigían—. Es babalawo, pero no un sacerdote cualquiera. Es un Olúo, un babalawo de gran prestigio.

La habitación estaba rodeada de velas y candelabros que la hinchaban de una luz tenue, humilde, como el entorno de la casa del santero. Mientras aguar-

daban, Camilo no tardó en descubrir que aquel era uno de los reductos espirituales de la Abuela, otro de los tantos enigmas celosamente guardados por ella como una ardilla que oculta en el bosque las nueces de la próxima estación. El espacio estaba poblado de objetos que parecían exponer un conjunto de cosas inconexas dentro de la farragosa distribución de un caos aparente. Un macizo de palma, con forma de escobilla, se alineaba a un jarro de metal esmaltado, semejante al orinal de la Abuela, que después supo era de Iyawó. En un estante de yagruma vio reunidos una tijera de acero inoxidable, una navaja de barbero, un peine blanco muy limpio y una brocha de afeitar forrada de cuentas con diferentes colores. El suelo era una galería de elementos desperdigados que le hicieron recordar los bártulos del dormitorio de la Abuela. Una hornilla de incienso de bronce, con aspecto de calabaza, rozaba a un hacha de cedro de dos hojas. Cerca, un barquito de madera de vela, rivalizaba en elegancia frente a una alforja roja adornada de caracoles blancos con una flor en el centro. Imponían su silencio un látigo largo de cuero y otro pequeño sobre una bolsa roja de tela de china. En uno de los extremos de la estancia, una reluciente espada, separada de su vaina con motivos rojos, fingía atender la majestuosidad de una cabeza que sobresalía de una empuñadura en un engalanado bastón recorrido por intermitencias de colores; en otra esquina, un ramillete de celdras negras y mango blanco, surcado de rayas rojas, era custodiado por piedrecitas de gran variedad de tamaños que parecían surgidas de ríos y arrecifes. Pero fueron unas máscaras de diseño cromático reproducidas en unas miniaturas las que sedujeron a Camilo, las cuales contrastaban, por su cercanía, con un caracol grande idéntico a un cobo. Lo demás eran delicias de cajitas con cascarillas y enseres místéricos del mundo yoruba y lucumí revelándose a la imaginación, pero no a la mirada del pensamiento.

La Abuela estaba rebosante al discernir en el alma de su nieto el despertar a una realidad mágica con su frondoso panteón de mitos y dioses. Como un afro pantocrátor, había tachonado en un boquete de la pared un empalidecido tapiz por la erosión de los años que corporeizaba algunos emblemas orishas. Esa disimulada oquedad por los prohibitivos precios del cemento en el mercado negro, que recluía a media ciudad en un desposorio ruinoso, Camilo la asimiló como un símbolo de la profundidad sincrética entre África y América. "Aquel es el divino Olofi, padre del universo; éste Olorun, el rey sol; allí ves a Oloddumare, el rostro del universo; a su lado están Orishaoko, señor de la tierra, y Osain, dueño del monte; en el centro Elegguá, el que abre los caminos; —la Abuela se persignó— esos son la muerte, la inefable Ikú, y Èggun, el espíritu de los que habitan su reino. Observa Camilo qué atinado ha estado el dibujante al representar a Oba-

talá, el hacedor del pensamiento, a través de esa imagen que pone la cabeza sobre los hombros; y al dormilón Osun, con un ojo abierto y otro cerrado, indicando que nos vigila aunque esté somnoliento.” La Abuela adoptó una enfática resolución reverencial como si entrara en la basílica de la primera cristiandad con un vestido de novia. “Ella es Yemayá, nuestra Virgen de Regla, y aquella la bella Ochún, patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre”. No tenía adjetivos ni ocasionales epítetos para ellas porque “eran la Metáfora”. Después, su nativa agudeza para lo jacarandoso y el chisposo donaire, recuperó su físico cuando le enseñó a Camilo quién era Changó, al que su virilidad y valentía no le impidió una vez salvar la vida disfrazado de mujer. “Olokun es el que parece un Neptuno de los océanos y ese a su vera, como si adivinara todo el tiempo, es Orula.” Antes de reconocer la Abuela a Oyá, deidad de los vientos y del cementerio, mencionó a Babalu Ayé con una devoción que no ocultaba su preferencia.

—Es nuestro San Lázaro, la resurrección.

Debajo del tapiz, había una Santa Bárbara negra, magnífica, protegiendo desde su altar a la Isla entera.

Un anciano desprovisto de arrogancia fetichista, con la grandeza de la sencillez, y el realce de una indumentaria sin los superfluos ropajes de un dios terrenal, penetró en el recinto como si en su presencia no hubiera oportunidad para la superstición ni el realismo sin misterio. Era el babalawo.

—¿Cómo está mi Iyaré? —preguntó apretando los brazos de la Abuela con unas nervudas manos que parecían renunciar a la longevidad.

La Abuela le dio un beso en la frente que puso celoso a Camilo porque llevaba esa ternura suya que solo creía destinada para él.

—Me dice Iyaré, Camilo, porque me quiere como una madre.

Pero los celos se volatilizaron tan pronto le saludó con la mano derecha. El babalawo había adquirido de improviso un semblante de acatamiento, y la Abuela no tardó en asustarse.

—¿Qué sucede?

El babalawo tocó el anillo que Camilo tenía en el dedo anular y miró a la Abuela.

—Esta sortija posee la energía de la Virgen de la Caridad del Cobre.

Era el anillo que Mariana le había regalado. Ella sonría otra vez ante él con ese amor suyo que hechizaba. La Abuela fingió no sorprenderse. Fue imposible desde ese momento que el santero no fuera para Camilo su santo.

Cogió una cachimba a la que añadió un poco de picadura, la prendió con una delectación atávica, y formó oleadas de humo mientras se valía de dilogún, la adivinación con caracoles.

Hubo pasmus más estupor cuando el babalawo desentrañó acontecimientos de su vida que solamente Camilo conocía. Por vez primera se esclarecía cada fragmento de existencia dentro de una extraña lógica engarzada en una estructura que avanzaba hacia un horizonte definido. Camilo se fijó en cómo tiraba los caracoles con la misma inocencia de aquella época en que las babosas le invitaban a jugar en el jardín de su infancia.

—Veo siempre el siete entre el cielo y la tierra. Es la centella de Oyá que te alumbraba. Pero hay que hacer un despojo —dijo el babalawo a la Abuela como si le pidiera autorización.

“El siete, el siete”, no paraba de balbucear Camilo. Era uno de sus números favoritos junto al tres y el diez, la *santa tetraktys pitagórica*, el poema en sí, cuya suma del uno, la díada, la tríada y el cuaternario, evidenciaba que la matemática es poesía. Camilo se acordó que para el sabio griego el siete significaba la realización de la unidad universal. “Confía, Camilo, confía, el siete, esa estrella de seis puntas con un punto en el centro, se ha comunicado contigo.” ¿No había sido justamente esa la raíz de su cuento: la paz de la unión, para que Mariana y quienes tuvieron que marcharse, pudieran volver y reunirse con esa gran familia que era su Isla?

El santuario del babalawo colindaba con un patio de tierra al que se accedía por un dosel de caña brava ubicado en la habitación contigua. Camilo estaba en posición, de espalda al santero. Había sido avisado que no podía ver el ebó, la ceremonia de limpieza para purificarle de los malos espíritus.

—Obaluayé ampara a este omó —eran palabras mágicas en las que se le pedía al rey del mundo interceder por uno de sus hijos, Camilo.

Dos viejos ayudantes del babalawo hacían palmas con toques sincopados mientras cantaban en una lengua que Camilo no comprendía. La Abuela estaba frente a su nieto sin mirar, con la cabeza baja y las manos unidas en el pecho haciendo sus propias oraciones en silencio. Nunca antes por él se había convocado a la divinidad, ni había espoleado su ánimo evento alguno como estaba aconteciendo en ese modesto ritual, donde la efusión se expandía por el cuerpo y salía a abrazar la energía amorosa que trasegaba su espíritu con los arcanos de la naturaleza. Quiso girar la cabeza y asistir de frente al misterio, aquel enigma de seducción y tentaciones, pero la imagen de la Abuela se le apareció con el ornato de sus previsoras máximas.

—No te atrevas a fallarme, está prohibido darse la vuelta. No quiero regresar con mi nieto convertido en una estatua de sal —y escuchó en su alma la infatigable risa de la Abuela cuando se mezclaba en ella, en un bailongo, la fe y la san-dunga criolla.

La Abuela, más sabichosa que sabedora de su nieto, había tomado sus precauciones poco antes de llegar al babalawo, refiriendo punto por punto el pasaje del Génesis 19, 25 sobre la perversión y destrucción de Sodoma, donde la desobediencia hacia lo sobrehumano, no humanizó el desafío. Camilo estaba en un forcejeo interior. Aunque la Abuela había acudido como el ángel guardián de Lot, Camilo se llenaba de las ansias de la esposa del sobrino de Abraham, sintiéndose poseído por su arrojo contemplativo de volver la vista atrás para observar la fuerza de lo divino. A Camilo esa acción no le transmitía incredulidad, sino un nuevo tipo de religiosidad más sincera y duradera que la de su marido Lot, renuente a *volver*, según Camilo, a Dios. “No, Él no puede castigarme porque quiera verle”. Y Camilo sintió el pelo crecer, las caderas dilatarse, las tetillas del pecho tornarse en unos arrolladores senos turgentes, los ojos cargarse de bicéfala creencia anhelantes de correr la misma suerte de la esposa de Lot, cuando una frase paralizó su metamorfosis:

–Akukó jío jío, akukó jío jío –pidió el babalawo a uno de los ayudantes.

Un aleteo. Un chillido. La sangre. Habían degollado a un pollito en sacrificio de su nombre. Ahora la cabeza de Camilo daba vueltas, pero no hacia atrás, sino hacia el vértigo de la muerte. Lo sujetaron, iba a desmayarse.

–Aché, aché pa’ti –repetía el babalawo mientras Camilo en pie se recuperaba.

Al terminar el rito condujeron al nieto y a la Abuela hacia un banco de algarrobo. El babalawo no demoró en reaparecer con una crucecita de ácana para Camilo.

–Es un amuleto pa’ que te cuide de los malos ojos. Es mejor que el de aceitunillo, concebido pa’ los desesperados de adquirir renombre. No es tu caso, omó.

Y ya él sabía por contexto que esa palabra quería decir hijo. Emocionado, como si le hubieran alzado al grado de Comandante de un ejército del espíritu, Camilo se abalanzó sobre el babalawo en un remolino de abrazos y reabrazos, y con ese melodramatismo que lo desbordaba en ocasiones al expresar su cariño, apretó al babalawo con agradecimiento y le deseó con la piel erizada como el cantío elástico de un gallo:

–Aché pa’ti también, amigo.

La pasión de Mefistófeles

1

Aún resonaba en los oídos la frase del babalawo apoderándose del laberinto de lo manifestado. “Mucha precaución. No todos los santeros guardamos el secreto de confesión.” Había sido en un aparte a la Abuela, aquel día, a raíz del despojo, creyendo ambos que él no podía oírles cuando se ocultaron en el patio detrás de una mata de marañón. ¿Qué había pretendido insinuar exactamente? Los otros consejos no pertenecían a la duda. “Conversar lo menos posible, y hablar por teléfono asuntos sin importancia, cuidado con los improvisados amigos que surjan en el camino.” Acostado sobre el césped de la Universidad, atendía a las nubes cobrar sentido, como si ellas se comunicaran con él a través de sus caprichosas figuraciones, que en el avance horizontal de un breve destino, parecían representar su vida en el firmamento. ¿Por qué al retornar a casa la Abuela endilgó aquella estudiada sentencia? “La diferencia entre la democracia y la dictadura es que en la primera votamos para ser mandados, y en la segunda sin voto nos mandan. Como ves, todo es cuestión de mando.” La Abuela estaba desasosegada, y eso la ponía nerviosa al estimarse vulnerable por la neutralización de su innato talento para desdramatizar, con una simple preposición, las interjecciones de la vida. Camilo no podía dejar de reconvenirse, una vez más, por ser la causa de tanto desconuelo. La Abuela había tenido una pesadilla, tan pronto supo la censura del nieto, con la prisión Villa Melcocha, esa eufemística vileza que le hacía persignarse y delirar pensando en Camilo: “Hay que despertar en nosotros el ángel, porque ya el demonio nos ha acompañado desde siempre.”

La tarde convidaba a la meditación con su laminación verdeoro. Camilo consideraba la infinidad de ocasiones que podía haberse encontrado por la calle a un hombre como el babalawo, y cómo no le habría prestado atención aunque hubiera dicho las mismas frases confiadas a la Abuela en su ausencia. Pero ahora, al atribuirle ese rango de “hacedor del misterio”, aquello que habría obviado, se le antojaba imprescindible. “No todos los santeros guardamos el secreto de confesión”. Confesión, confeso, confesor. En el babalawo valsa esa trinidad. Y Camilo, en un *alea jacta est*, quiso leer nuevamente su cuento apretando entre los dedos el anillo de Mariana y el amuleto del babalawo para echar su suerte al azar de otra trinidad. Otra vez los rostros, ritmos y colores se

sucedían en una transmigración de iluminaciones en aquellas nubes que miraba como si cada sensación o vivencia estuviesen destinadas a permanecer en una realidad trascendente e invisible. Camilo se animó al imaginar que tal vez nada se perdía en el universo. “Quizás todo esté hecho de un tiempo recobrado”, pensó. Solo, tomando a la naturaleza por testigo, empezó la declaración de su inocencia con la lectura en voz alta de *Maracas, el paraíso recobrado*.

Tania estaba detrás de él aplaudiendo como mueve las hojas el árbol de la guaraya batidas por el viento. Camilo se giró sorprendido y vio el cuerpo escultural de ella petrificándolo con sus ojos de medusa.

—¿Has estado escuchando?

—Pasaba por aquí de vuelta de la Facultad y te oí. Era imposible no detenerse con ese aire declamatorio de sálvese quien pueda. ¿Qué lees?

Lejos de afectarle la comparación de su voz con la fórmula lapidaria del “sálvese quien pueda”, a Camilo le gustó el tono de melopea atemperada que Tania empleó para exagerar su congénita coquetería.

—Ensayaba un fragmento de una obra de teatro —contestó levantándose del suelo con un atlético salto.

Ella se fijó en la camisa lila de Camilo como si no contemplara la transparencia de un torso trabajado por la gimnasia.

—Es bonita.

—Gracias.

—¿Quién es el autor?

—Ah, el autor... No vale la pena. Es un escritor mediocre.

Camilo esquivó la mirada de Tania.

—Iba al teatro. ¿Vienes? Tengo una invitación para dos.

Él aceptó dentro de esa costumbre tan suya de sentirse obligado a no negarse ante una petición. Su idea de la *caballerosidad* le inducía a las afirmaciones, no a la perspicacia estratégica del “sí, pero no”, como tregua para el cálculo de las ventajas y desventajas contenidas en toda invitación. Tania, en un desenfado que le ruborizó, lo tomó del brazo, y con una naturalidad adelantada al rol típicamente masculino establecido por el machismo de la Isla, se insinuó a Camilo con un:

—Le voy a dar envidia a las chicas cuando me vean entrar contigo.

2

Pero Tania no esperó a llegar al teatro para *ensayar* un comportamiento que me desconcertaba. A los ojos del mundo era la imagen de la amante indulgente que se realiza en su amado, desde mi perspectiva, me hacía un incisivo examen. Vol-

vía infructuoso cualquier esfuerzo de aparentar normalidad al chocar contra el muro de mi timidez arropado con sus apretones de mano, lo mismo al aventurarnos por calles de peligroso tráfico, en el transcurso de la obra de teatro, o cuando su aliento de lápiz labial respiraba tan cerca de mí que ponía al descubierto mi confusión. ¿Por qué creí que deseaba besarme al consultarme en un susurro si me gustaba la obra? ¿Por qué parecía repetir conmigo, desde su asiento, los mismos gestos de la protagonista? ¿Quién estaba preso de las ensoñaciones de la escenificación, ella que seguía el hilo de la historia al subir el telón, o yo, que no atinaba siquiera el género de la obra ascendiendo en la perplejidad de mi trágica comedia junto a Tania? Sentía que el teatro había existido para tener alguna vez esa sensación al lado de ella, sin poder diferenciar la vida del escenario, la realidad y lo representado, donde las atribuciones y el arrobamiento estaban más allá del arte por el arte.

A la media hora se fue la luz, y como si hubieran tirado la toalla sobre un ring de boxeo en el que yo era el púgil de mí mismo, percibí la campanilla de la liberación. Estuvimos sentados unos minutos sin preámbulos que fueron proclives al emparejamiento con el desalojo del último espectador.

-Tania, hay que irse.

-No, espera...

Y su mano tapó mi boca para que no hablara. La imaginé inclinándose sobre mi cuerpo cuando la luz de la acomodadora impactó en nuestras caras.

-La función está suspendida -la voz poseía el endosamiento de una segunda campanada que me hacía rodar lejos de allí con un tartajeo gélido que Tania derretía.

-Tete aacompañó a ttu caasa.

-Antes te invito a un helado, Camilo.

Llevaba el dinero justo para el pasaje de regreso, unos diez centavos que iba a compartir con ella cuando cogiéramos el autobús. "Lo que me faltaba". Había calculado la terminación de la pieza teatral próxima al cierre del horario nocturno del transporte urbano, por lo que no habría oportunidad de convites ni distracciones. Nadie podía prever la interrupción de la obra. Me consolaba. "Sí, pero estás en evidencia, no puedes evadirte sin dinero". Sin embargo, el abracadabra de los cumplidos funcionó, y como si otro hablara por mí mientras me dirimía en confesar la verdad o buscar un argumento profiláctico, me sorprendí diciéndole antes de tomar una decisión:

-Acepto con la condición de que otro día me toque a mí.

Aquel apagón, uno de tantos por el racionamiento nacional de petróleo, no enturbió la pensión de Tania a investir el absurdo de cotidianidad. Al

arribar a la heladería y dejarme sin apetencia una cola que bien podía suplantar la del diablo, ella reaccionó con esa atracción replicante de mi rasero del amor.

—¡Hay luz!

Para mí fue suficiente una larga hora sin retorno en la demente hilera de jarros y cazuelas que la multitud portaba desafiante como si pretendiera vaciar el planeta de helado por la ausencia de leche en la Isla. Esa fila contranatura habría vencido en el imperio persa al mismísimo Alejandro Magno. No se trataba de una prueba de voluntad, sino de fuerza de imprudencia persistir en esa expectación que iba poco a poco haciéndome maldecir como un maniático el objeto mismo que me retenía. No pude aguantar más, y el nihilismo de Julián del Casal se hizo sentir en la extensión desatada de aquella jungla.

—Tania, ansias de aniquilarme sólo siento.

Estaba loco por volver a mi cuarto y concluir aquel encuentro semejante a un calendario de horas sin fechas, donde yo era un día de excepción rifando un espinoso final. Empecé lo que mi inexperiencia en esos temas no recomendaba: la enumeración de recurrentes agobios en vez de hacer lo que su feminidad a flor de piel pedía. ¿Cómo declararme ante ella, besarla, si otra mujer, Mariana, se había ido hacia ese algún lugar del universo en el que nos reuníamos todas las noches a profesarnos, alrededor de una hoguera imaginaria, la eternidad de los amantes? Hice lo imposible para que Tania se desilusionara de mí. Pero como esos cuadros que al acercarnos les descubrimos inaceptables defectos y en la distancia nos parecen espléndidos, aquel estado de aniquilamiento mío la enternecía a ella. Cada uno de mis premeditados desvaríos acrecía su simpatía, y mientras cualquier persona hubiera repudiado mi regodeo en lo ominoso con un placer enfermizo, Tania lo embellecía de tal manera que acababa por tornar en virtud la enfermedad.

—Eres muy original. ¿Te lo había confesado antes alguna muchacha?

Y vuelta a empezar con mi nudo gordiano de la abulia y la hostilidad que ella deshacía con otra fructuosa lazada.

—No había conocido a un chico como tú.

Entre la desazón anillada y la tenacidad alambicada de Tania se subrayó la impresión de estar observado. Conocía esa avasalladora sensación que nos obliga a mirar hacia un punto donde sentimos ser contemplados, por algo o alguien, con una fijeza que atraviesa el silencio en una llamada interior. Era el sentimiento infalible de una ley instintiva que nos decide a cambiar de percepción y perspectiva. Bajo el calor galopante de las ocho de la noche, vi a un joven que no sólo seguía mirándome descaradamente, sino que avanzaba con desenvoltura hasta donde estábamos ella y yo. Mis músculos se tensaron en una reta-

dora señal de ataque como si fuera a producirse de inmediato el reclamo animal del territorio ocupado por una especie enemiga.

—Tania, no te preocupes, yo te defenderé.

—¿De qué Camilo?

Ella no había visto siquiera dentro de aquel hervidero trepidante la inminente llegada de un desconocido hacia nosotros, cómo iba a enterarse de que mis puños estaban cerrados por la transgresión de nuestra invisible frontera.

—Ciro, cirilo, sí que eres tú, ecobio.

Sin más rodeo fui abrazado, querido y recordado.

—Nagüe, ¡cuánto tiempo!

Yo no salía del asombro, y Tania sonreía sorprendida de mi nueva fisonomía que le revelaba otra faceta mía: la del nonato.

—Perdona, pero ¿quién eres?

—No, no, no asere, esta sí que no me la puedes hacer a mí. ¿Cómo que quién eres? Filma pa' cá, ¿no remember a este negro, brodel?

Fue de filmar de veras cómo se meneaba en una campechanía sandunguera metido en su pantalón corto a juego con una camisa guarabeteada de turista hawaiano, calzando unas impecables zapatillas deportivas blancas, aclamadas en la Isla con el celeste título de popis, que magnetizaron la atención del público. No era la moda, sino el modismo. Tania no paraba de reír mientras yo me hundía en la vergüenza ajena.

—No has cambiado, Camilo. Contigo no hay remedio, monina. Soy Gerardo, consolte, tu cumbila de la Primaria.

Era, en meses, la alegría más grande, ese premio que aguardamos secretamente entre el ardor de la desdicha y la soledad refrigerante de los días sin milagros. Ahora era yo el que no lo dejaba hablar con mis enfervorizadas sacudidas.

—Hermano, mi hermano —repetía yo con ese júbilo triste que acompaña a la nostalgia poética de *cualquier pasado siempre fue mejor*, mientras una señorona de gafas calidoscópicas nos examinaba a Gerardo y a mí como dos microbios víctimas de un matrimonio cornudo.

Mi rostro debía seguir reflejando el Gólgotas coppeliano porque Gerardo nos sacó de la cola y nos condujo a un descampado donde debíamos permanecer hasta que él retornara.

—¿Qué helado quieres, mami? —le preguntó a Tania.

—Almendra.

—¿Te sigue gustando el mantecado? —Gerardo me interrogaba con la seguridad de que mi paladar continuaba prefiriendo ese sabor entre los demás.

—Caramba, te acuerdas todavía, Gerardo...

—¡Sirope que si me acuerdo!... pero ese era el helado de los mataos cuando estábamos en la escuela, ahora hay fula y con dólares puedes probar otros.

Insistí en mi mantecado y Gerardo echó un vistazo a Tania de “te compadzezo.” No habían transcurrido cinco minutos cuando fuimos en su ayuda. Traía tres pesadas tinas de helados repletas de bizcochos y barquillos que hacía meses se habían suprimido de las raciones de los habitantes de la Isla.

—Muchas gracias —se anticipó Tania con una modulación pizpireta de Si Mayor.

—Nananina con Nicomedes. El placer es mío, monada. Las gracias se las llevó Dolores —respondió él, ignorando yo entonces que el placer era ciertamente propiedad de Gerardo.

Dentro de un protocolo trasnochado le pedí que transmitiera a Dolores, en nombre de Tania y mío, nuestro agradecimiento por la rapidez en atenderle, y fue como si Gerardo se hubiera desencantado de mí contestándome en un tono clandestino:

—Asere, no captas nada. Dolores, *dólares*, ¿lo pillas?

Él estaba apurado. No tuve oportunidad de ahondar en su vida, pero nos citamos para el siguiente día en el Parque Central, a fin de continuar la sorpresa de su reaparición, tan inesperada como bienvenida.

—Nena, tus ojos tienen jiribilla —piropeó Gerardo a Tania al besarle la mano.

Lejos de parecer anticuado en su ceremonioso adiós, se granjeó el afecto de ella, porque el galanteo de Gerardo no respondía a una táctica, sino a una aptitud entrenada en la adecuación de ciertos gestos a lo que denominaba “la hora oportuna”. Y la hora oportuna para él consistía en conquistar lo que se proponía a través de golpes de efecto adaptados a las circunstancias y las personas. Defendía una filosofía manigüera sintetizada en que una papaya y un plátano pueden parir anón. Así, besar la mano de Tania, debía generar que ella luego se fijara en él, justamente por lo inusual de esa conducta en la Isla. Esto equivalía a plantear que él y Tania, el plátano y la papaya, propiciaban el hechizo, o sea, el anón.

Poco después Tania y yo nos retiramos atiborrándonos hasta el empacho con nuestras montañas congeladas de almendra y mantecado, conscientes de que quizás no disfrutaríamos del privilegio de volver a tomar un helado en muchos años. Por el camino satisfacía la atropellada curiosidad de historieta barata de ella mientras me comía a preguntas sobre el pasado de Gerardo, prefiriéndome en ese momento más como biógrafo de folletín que como amante.

Al cerrar la puerta respiré desembarazándome de los últimos coletazos de la noche en el Coppelia obstinados en labrar mi desasosiego. El cuarto, mi cama, nunca habían tenido tan buen sabor a mi verdadero mundo.

3

Inquieto por la tardanza permanecía de pie, revisando el reloj, escuchando una acalorada discusión sobre el partido de pelota que la tarde anterior habían librado los equipos Industrial y Vegueros en el Estadio Latinoamericano. El escándalo le apartó de los bancos de piedra donde se reunían los partidarios de uno y otro bando porque no podía oír el canto de los pájaros que había apaciguado su ánimo hasta la hora en punto en que él debía haber llegado. Finalmente, montado en una bicicleta soviética, surgió Gerardo como un bólido por la calle del Museo Nacional de Bellas Artes en dirección a Camilo.

—Dame los cinco latinos —dijo desmontándose bruscamente de la bicicleta mientras chocaba su mano con la de Camilo.

Camilo saludó sudando ansiedad.

—Pensé que te había ocurrido algo...

—¿Qué me va a pasar a mí, chen? Estoy campana. Y tú, ¿cuál es tu onda? —interrumpió Gerardo como si no se hubiera retrasado una hora.

—¿Mi onda?

—Cilindro, ambia, ¿qué vuelta, en qué bolá andas? Ayer estabas con buen material, una jevita de primera.

Camilo estaba frente a un Gerardo que parecía haber inventado un castellano donde las palabras eran empleadas protegiéndose de la realidad circundante con azarosos significados asequibles solo a iniciados en la sociedad *gerardiana*. Y lo mismo que al reencontrar un entrañable libro leído años atrás no resistimos la tentación de repasarlo, en aras de vivificar las gratas huellas dejadas, Camilo, al charlar con Gerardo, se preguntaba si seguía siendo el que conoció, o por el contrario su relación pertenecía al recuerdo de una fantasía de la niñez. Había razón para suponer una mudanza de espíritu, ya fuera por los golpes del tiempo, o porque al coincidir en otras ocasiones con compañeros de la infancia, notó en ellos una involución de actitudes que no estaban acordes, según él, con la sensibilidad del pasado. Pero los recelos fueron reemplazados por el amigo de siempre tan pronto le contó a Gerardo los recientes acontecimientos que le habían entristecido hasta querer abandonar el hogar donde nació.

—Ya está hecho. Te vienes a mi gao unos días pa' que se te pase la morriña esa y celebral tu *meeting*. Dile a tu Puro y a tu Pura que un jerarca como yo te invi-

ta unos días. Vas a reverdecel. Tengo lo que necesitas, ambia. Hay otra Isla que ignoras, y te la voy a presentar en *La Cripta*.

—¿Cripta?

—Es un gao de alquiler donde vivimos unos cuantos sociales. Antes fue un garaje y ahora es nuestra supercasona.

Gerardo dialogaba como si ejecutara una extraña partitura escrita en el viento. “Persiste en ti el *negro pautado*”. Y se emocionó al comprobar que Camilo también se acordaba de episodios de su niñez. “Negro pautado” y “alienado mental” fueron los términos esgrimidos contra Gerardo, hacía más de quince años, por el conserje de la escuela, un descendiente de asturianos que le regañó una vez porque entró en la biblioteca silbando.

—¿Y a qué te dedicas?

Gerardo se enserió en un apagado gesto que borraba de sus facciones la fulguración del pasado.

—Toma tomatón. Vaya preguntica... ¿A qué me dedico? —soltó un largo suspiro, y como si en ello le fuera la vida, continuó en su estilo pentagramático—. Estudiaba pa’ingeniero civil, pero la situación económica me apretó la yugular y tuve que desistir. Ahora hago lo que Pachanga, el innombrable, critica como meroliquear. Soy un merolico, a mucha honra, nagüe, uno de tantos sobrevivientes que mantenemos este país con el multioficio: intermediario, compra-venta en la bolsa negra, lo que caiga...

—¿Por qué no vives con tus padres?

Gerardo, de otra manera, a pesar de su explosiva alegría, se sentía solo igual que Camilo. Fue como una dolorosa detonación en la orfandad existencial de Gerardo aquella interrogante.

—El Puro se enfermó del cucharón y le dio un infarto, y la Pura, hace unos meses, se fue pa’l Norte.

Gerardo había silenciado aquel derroche vivaracho. Un infranqueable desierto iba a entrar en él. Camilo conocía ese rostro, esa mirada oscura de la nada en el vacío. Dio un cariñoso achuchón sobre el hombro de Gerardo.

—¿Cuándo me llevas a la Cripta?

Gerardo abrió los ojos como si regresara de la muerte.

—Emparrillate en el chivo.

Me senté como pude en la rejilla trasera de la bicicleta a la que Gerardo llamaba chivo, y entre el chillido de la catalina al rotar, y el apisonamiento de la rueda bajo mi peso, cabalgamos como dos almas en pena por el asfalto de la ciudad en una sangría de nervios. Gerardo no respetaba las indicaciones de los semáforos, y en las pendientes se envalentonaba a competir junto a los coches y

autobuses arrastrado por una obsesión que me hizo abrir las piernas similar a un cangrejo para frenar con los pies el vertiginoso ritmo que le había poseído.

–Mete las patas pa'dentro que esto es vida y lo demás es bobería –me riñó cuando descubrió mis botas de centauro rastrillando el suelo–. Si no puedes soportar esta prueba no podrás aguantar mucho en la Cripta.

Las palabras de Gerardo en la volcanización del éxtasis adrenalínico no parecían un frenético contagio de irracionalidad, sino una ponderada visión del paisaje hacia el que viajaba. Acaso él me preparaba emocionalmente sin yo sospecharlo para la Cripta, o tal vez se evadía de la melancolía por la ausencia de los padres en un duelo a muerte con el azar; o quizás procuraba *energetizarme* como un nadador que, al ascender a la superficie, descompresiona, para que la memoria de lo vivido en un mundo, no le impida adentrarse en la realidad de otro. ¿O era este su método de alegrarme alegrándose?

–Vacila pa'llá, consolte, –indicaba soltando las manos del timón y girándose hacia mí como si fuera otro el chofer de la bicicleta–. Ese es el gao de los viejos fantasmas...

–Atiende el timón, Gerardo.

–Dicen que viven aun en ella par de abuelos que no han salido desde el triunfo de Pachanga –prosiguió sin hacerme caso, absorto en esa dimensión donde él me empujaba a existir–. Tenían 80 años cuando los cogió el brinco del 59, así que pon la chola a funcionar y dime cómo estarán esos espíritus atrapaos deambulando por el gao. Pero no te preocupe nagüe, que no vamos a vivir allí, sino donde Babalú Ayé inventó la rumba.

Gerardo volvió a soltar las manos y a gritar.

–¡Arriba arriba, pueblo, a “Gozal y a Bailal con la Sinfónica Nacional”! –exclamaba en el asombro de los transeúntes que se persignaban a nuestro paso agradecidos de no ir montados en el *chivo* de Gerardo.

Dobló en la esquina de G y 23 en una destilación de sudores y aleluyas de santería hasta desviarse en un ramal hacia la callejuela donde Gerardo poseía su Cripta, y yo tendría mi madriguera.

4

“Es bacheche, una buenaza. Mantengo guara con ella. Ya verás que es una bacana de verdad y aceptará afincarte en mi cuarto.” Fueron las credenciales de Gerardo sobre “La Matrona”, la señora que alquilaba.

Un toque arrítmico en la puerta, como un mensaje en código morse, fue la señal de que llegaba un inquilino con acompañante. La dueña de la casa, luciendo un chillón vestido de encajes extraído de la época de Madame Réca-

mier, abrió endomingada en un mantón de manila de principios de siglo, regalado por uno de sus amantes de juventud, un marino mercante holandés. ¿Qué habría pensado Mirco de esta dama que, mudada de La Habana Vieja para el Vedado, parecía brotar de la imaginación de Balzac?

—Doña, él no viene a pegar la gorra. Estará unos días na'má conmigo —suplicó Gerardo apuntando hacia Camilo con la cabeza.

—Tú sabes que no hay problema, mi negro.

Y con este sobrio recibimiento que no presagiaba la tardía ampulosidad rococó de la “bacheche”, quedó zanjada la estancia de Camilo.

Aquel antiguo garaje de la mansión señorial había llegado a competir, a fuerza de cemento y arena, con las edificaciones del barrio. Desde que se dio la voz de abordaje de las residencias abandonadas por los propietarios que partieron al exilio, la Matrona, criada entonces de una de las familias más sonadas del país, estuvo al cuidado de las propiedades de sus dueños esperando que a la *Revolución*, según el decir de Gerardo, se le llevara un tornado, como había sugerido el Magnate, para poder *tornar* a la Isla. Pero a pesar de sembrarse en el país vientos durante décadas, no había sobrevenido ninguna tempestad que cumpliera el sueño con rabo de nube del Magnate. Y la Matrona, expropiada del custodio de la mansión de sus amos, pudo lograr a través de “un talle” en el Ministerio de Hacienda que le dejaran, de la almoneda amotinada de los muebles, la *moneda* del mobiliario de su patrona, y heredar además el enorme garaje de la casa como una ocupa oficial de la campaña “todo para el pueblo”. A diferencia de otros miembros de su familia, que con mejor mano se hicieron de regios palacetes de la burguesía criolla, en los cuales transplantaron el estilo solariego de arrancar mármoles y cortinas poniendo en su lugar tenderetes de aquí pillo y allá cojo, la Matrona se propuso, con la venta de las alhajas escondidas de la dueña, obtener un dinero que alzara el garaje al rango de una Babilonia Tropical. Y así Camilo pudo, entre el olor a tierra húmeda de las paredes del garaje, contemplar la Cripta de Gerardo como una reminiscencia arquitectónica de aquella fastuosa ciudad de la Baja Mesopotamia, donde los huéspedes de la Matrona que conocería, iban a ser el equivalente de los jardines colgantes que tan célebre la hicieron por su colorido e inquietante viveza.

5

Una colchoneta y un techo que filtraba la lluvia, eran el cuarto de Gerardo. Su aposento se paralelizaba con una habitación en la que se criaban dos cerdos de ceba. “Son Felipe y Lola. Se albergan en una planta cada uno porque les fabricaron una barbacoa pa' que estuvieran amplios. No se pueden quejar. Viven mejor

que tú y yo.” Había otra puerta sellada en el extremo opuesto del dormitorio. “Esa da a un *puntal*.” Gerardo aludía a una muchacha que nombró la “Internacionalista”. Ella arrendaba una alcoba contigua a nuestro cuarto. La Internacionalista fue la primera huésped en su jerga jeroglífica, y habiendo tenido ya una sumaria noción de “la Cripta”, llegué a considerar que era la casa quien le infundía a él y a sus habitantes un idioma propio para descubrirme nuevas posibilidades expresivas, las cuales distaban con mucho de la caducidad del argot o la medianía del dialecto. Mentiría si no reconozco a la Cripta entera como un lenguaje, una voz que, por debajo de las crípticas palabras, cobijaba también la Palabra.

La Internacionalista no parecía integrar el círculo de las *afinidades electivas* de Gerardo. “Esa es una fletera que bien baila. Tremendo cuerazo. Un cohete que iba pa’ putona. Estaba casada con un bolo, un ruso de las estepas, pero lo dejó cuando el fula comenzó a circular. Entonces cambió de gusto y se empezó a fijar la muy piruja en los yanquis. Ahora va como una carretilla recogiendo a todo extranjero que pueda pescar y sobornando a los segurosos pa’ poder entrar en los hoteles. No pasa trabajo ni a pie ni en chivo. La verás siempre de botelleira encaramada en un camión o un turistaxi con tremenda coba y vestida con marcas extranjeras. Y pa’ mi gusto los que están con ella deben tener el queso pasao, porque lleva unas canillas que yo no sé cómo no la ha mordido ya un perro. He llegado a pensar que es masambara, una sociala pa’l bayú orgiástico, o que juega en las dos novenas y le da al sartén. Tiene carita de pasarse por la piedra también a las jevas.” Gerardo demoró las frases finales como si pretendiera dejar en mí una influencia superior a la que la casa me había producido. La Internacionalista se insertaba en esa cosmogonía doméstica de la Cripta, donde cada existencia rendía su cuota de leyenda sin entorpecer el involuntario decursar de las horas y los días. La grandilocuencia parejera de Gerardo al desbancar aquello que no era de su mismo signo no provenía de la inconsciencia, ni codiciaba la irrisión. Más bien aspiraba a socavar el amargo vino de una existencia roída por la mortaja de la hipocresía y la sombra de la falsa moral. Parecía refugiarse en los decorados de una satírica caracterología para devolver al entorno su origen primero, igual que un artista rehaciendo en una fúnebre escultura la filigrana de la roca de donde fue sacado el mármol ávido de convertirse en obra de arte. No había pormenores ni artificios que no escandalizaran su bullanguero sentido del heraclitano río de la vida si percibía una pizca de simulación —él nominaba al simulacro “hacerse la cosa”— en la apariencia de las personas. Por eso, recién aterrizado yo en la Cripta, Gerardo no quiso despedirse de un joven que abandonó el alquiler porque viajaba a Italia. “El chama se ha

pasao to'el tiempo forrando libros. Y cuando uno le preguntaba por lo que leía, contestaba que novelas del oeste. Yo que no he entendido nunca el oeste, me puse pa'él. Descubrí que jineteaba en el hotel Habana Libre y a cambio de sexo le regalaban libros prohibidos. Se casó hace poco con una italiana y dejó de hablarme. Pues que singue en el Coliseo Romano, pero que no me joda con mentiras como si uno fuera un chiva.”

6

Los muebles de la sala poseían una pálida vehemencia, como un vasto orgullo que alentaba a imaginar el vaso de agua con azúcar del desayuno mudarse en zumo de naranja con humeantes tostadas y miel. Luego, el espejo del baño parecía detener el envejecimiento de los días fatigado por el reflejo de tantas ansias en él. El reloj en la sala decapitaba el tiempo con un trasnochado cuco que apenas podía cantar las horas. Allí, aunque la mayoría de los inquilinos estaban en el paro, se marchaban de la Cripta antes que Gerardo y yo nos levantáramos. Todos, cesados irremediables por el Período Especial, seguían comportándose en una rutina laboral como si los esperaran sus antiguos puestos de trabajo. Aunque se sabían desempleados, partían temprano con la esperanza de haber despertado de la locura, en la confianza de que el amanecer restablecería los anhelos perdidos. Ellos componían esa humanidad que pulula en las calles sin un destino definido, con la ilusión en cualquier parte, en un vago instinto forjado de rostros sin mirada ni aliento. Profesionales de la espera, el Período Especial no los hacía especiales en sus oficios, sino especialistas en desarrollar la inconcebible labor de no ser nadie.

También, como cada mañana, el reloj de la sala les había deseado suerte con las campanadas, las mismas que hacían bailar desnuda en la madrugada a la hermana chalada de la Matrona cuando ella la dejaba salir de su habitación, no sólo porque todos los huéspedes dormían, sino por una supersticiosa costumbre. Creía que su hermana, vieja ayudante de relojeros, cuidaba el tiempo de la casa. Entonces ella se inmaterializaba en el delirio de la vigilia y practicaba tajos a espíritus que se le aparecían en la penumbra. Bruñía las agujas del reloj como si protegiera el sueño de los hospedados en la Cripta y a su vez los deseaba en su fantasía con una belleza física que inspira sin consumir el amor. Acto seguido pasaba a realizar su censo de soledades tocando suavemente con la punta de los dedos los picaportes de las puertas tras las cuales sentía la respiración de ellos, sus defendidos. La Matrona acechaba a su lado cada movimiento, convenciéndola de que ya era hora de tornar a la cama devenida en una madre selva donde su hermana alcanzaba el estado de crisálida. “Ven mariposa mía, vamos a des-

cansar.” La casa parecía hilarse en un capullo soñador cuando ella se dormía como si lo irreal no fuera una dimensión alternativa, sino simultánea de lo verídico. “Va así porque dice que la ropa es una estafa”, le explicó la Matrona a Camilo la noche que él se desveló y la observó asustado caminando desnuda por la sala. “Nora, éste es Camilo.”

—Camilo... ¿tú te maquillas el alma? —indagó Nora con un hilo de voz que lo fue envolviendo mientras se le arrimaba.

La pregunta chirrió en él como si el alma pudiera acicalarse, o freírse igual que un tocino. Esta impresión tenía su antecedente en la infancia, cuando asistió a la matanza de un puerco y vio cómo se le escapaba el alma ensangrentada entre gritos de muerte. Así, la interrogante de Nora le molestó más por aproximarle ese recuerdo donde se agolpaban imágenes y sentimientos oscuros, que por acercarle, con su sentido sinuoso y afectado, esa desnudez senil que incitaba en él la posesión.

—No te preocupes, no te hará daño —advirtió la Matrona en el instante en que Nora acariciaba a Camilo como si estuviera dormido.

Él se había hecho parte de la lejanía de Nora anestesiado por el atractivo de su vejez. Y recordó la misma sensación descubridora de cuando llegó a la Secundaria Patricia, la profesora de Química. “Cuántos habrán caído rendidos a sus pies...”, pensó, mientras Nora comenzó a desnudarlo. “Toma la hermosa dignidad de la senectud”. Camilo se curvó sudoroso en la colchoneta de Gerardo.

—¿Qué hay, ambia? —interrogó Gerardo despertándose por los tirones de sábana de Camilo.

—He tenido una pesadilla con Nora.

—Asere, ¿te has cagado porque te conté ayer que había una vieja dando vueltas de noche por el gao?

Gerardo se acomodó enfurruñado en la mitad de la colchoneta compartida con Camilo que todavía controlaba un temblor alucinado.

—Yénica, desmaya la talla y acuéstate. ¡Esto va a ser de pinga contigo!

7

Iba a decirlo: “locas de carroza”, pero se contuvo. Y aunque la cara mostró aquella expresión y su boca amoldó los labios como si fuera a pronunciar en lugar de “carroza”, “carruaje”, la imagen que terminó citando fue “locas de chivichana”. Tal vez porque carruaje le resultaba muy europeo, o quizás porque chivichana era más quebradizo, más propio de los arrabales de ínsula o predeterminado juego de críos, Gerardo prefirió meter a Coquito y Frutabomba, los dos

homosexuales de la Cripta, en aquel artefacto de madera con ruedas de hierro en el que los niños se impulsaban por las rampas de los parques de la Isla. No obstante prescindir del mínimo ornato que complaciera el tan frágil gusto de Frutabomba como inamovible era el de Coquito, Gerardo podía haberse remitido también a la chivichana por una nostalgia infantil de aquella época en la que los niños y niñas de su barrio construían ese artesanal transporte con desechos de la carpintería de su abuelo, hasta transformarlo, con mucha imaginación, en un príncipe de los juguetes. De cualquier manera, él no estaba dispuesto a comparar a Coquito y Frutabomba con algo que no fuera a la vez tirante y autóctono. Y tirante incluía, en su reservorio verbal, no sólo un correoso impulso, sino el original y desmantelado. En marcada disparidad con la Internacionalista, de ellos habló rozando el elogio, excepto cuando los aludía refiriéndose a “las bomberos” o “pan con pan”, sinónimos para Gerardo de dos hombres que viven como lesbianas. “Coquito es un negro *adelantado* entre la multería y lo recatado; Frutabomba, un blanco que le gusta quemar petróleo. Está loquito por los morenos en todas sus modalidades, desde el prieto al mulañé. Los dos son ambias de bien, la tranca, pero ya sabes, par de yeguas. Uno hace de machango y el otro de madamma.” Gerardo se relajó al pronunciar Madamma como si el francés se hubiera inventado para él.

Fuimos hasta el cuarto de Coquito y Frutabomba donde nos agasajaron con un brindis de Warfarina. Dicho así, “Warfarina”, parece la afirmación de un escurridizo ron obtenido en las más selectas bodegas del mercado negro, una suerte de whisky secreto a punto de desposeer de su feudo al buen escocés. Nunca lo había probado y el título me conquistó de antemano como si al deletrearlo diera ya una añeja nombradía: War-Fa-Ri-Na.

—Muñecón, prueba esto de un tirón —recomendó Frutabomba al servirme un trago en un cetrino vaso plástico.

De ese modo lo hice y de ese modo quedé sin poder deletrear más nunca aquella bebida. Imposible la analogía, ni tan siquiera con el *chispa é tren*. Habría sido ridícula la metáfora que procurara transmitir su calidad y sabor.

—¿Qué es? —pregunté conteniendo las ganas de vomitar.

—Niño, te ha impresionado la palabra —me atajó Coquito con otro cetrino vaso plástico lleno de agua—. No te obsesiones, mi amor. El hecho de que le hayan puesto “Warfarina” a un veneno matarratas, no significa que te lo hayamos dado a ti.

—Monina, no hay peor Warfarina que estas dos breteras —intervino Gerardo con aire burlón para que mi aspecto de asco por las arcadas no estropeará la velada.

—Aquí la única negra chismosa y cazuelera que hay eres tú, *Gerard*—reprochó Frutabomba arreglándose sus pestañas tan postizas como astronómicas.

—Ten cuidado con este negrito presumido que es un relambío pichidulce —alertó Coquito a Camilo—. Le mete mano a lo que se pone por delante ahí donde lo ves que parece de postalita.

—Menos a nosotras, porque tenemos mucha clase —añadió Frutabomba mirando a Camilo de arriba abajo como si fuera carne fresca que pudiera comerse con los ojos.

La Matrona avisó a Gerardo de una llamada por teléfono, y Coquito y Frutabomba aprovecharon la ausencia para vengarse de él *amorosamente*.

—Seguro que ese negro sabrosón te prejuició sobre nosotras y te dijo que una de las dos era cherna y la otra pargo. ¿No?

Camilo se inmutó con el desplante de Coquito. Había sido tan directo como repentino, y se había quedado ruboroso, sin articular palabras, con el semblante enyesado por el huroneo de Coquito a quemarropa.

—Lo hace con todo el mundo que nos presenta. Y tú no habrás sido la excepción, ¿verdad que no, Papo? Una tiene sus fuentes —secundó Frutabomba mientras se mordía provocativamente la lengua frente a Camilo sin que Coquito lo notara.

—Gerardo no quiso...

—Ahí está —interrumpió Frutabomba—. Esa obstinación negra sí que quiso cogernos pa'la candonga, y pa'puta yo. Por eso quiero que sepas por nosotras mismas, si vas a ser nuestro amigo... ¿vas a ser nuestro amigo, no?...

Camilo ratificó el sí moviendo la cabeza como un autómatas y Coquito prosiguió el monólogo de Frutabomba.

—...que las dos jugamos en el mismo equipo, apuntamos y banqueamos, y si hay pescado nos los repartimos en función del día y la hora. A veces me siento gata y otras veces conejo —especificó buscando con los ojos a Frutabomba.

—Y hacemos un pastel irresistible, que si quieres, lo compartimos contigo —añadió Frutabomba con una desaforada mirada sobre la portañuela de Camilo.

—Por eso estamos arrimadas sin engalanamientos esmeraldas.

Sin engalanamientos esmeraldas era frase con la que Coquito personificaba su resentimiento por el derecho de las parejas heterosexuales a casarse.

—Vivimos juntas pero sin *revoltura* —precisó Coquito con irritación al sorprender el flirteo de Frutabomba con Camilo.

—Tú sabes niño que aquí una no puede casarse —criticó Frutabomba congraciándose con Coquito y besándolo en la boca como si en realidad lamentara no tener un matrimonio.

–Aunque pudiera no me empato contigo –objetó Coquito apuntando a Frutabomba con un gesto de cornudo–. Ella es muy viciosa y a cada rato me la quiere aplicar con otra. No soporto que me arañe así.

–¡Qué imagen va a conservar de mí este semental de reserva! –exclamó Frutabomba manteniendo la compostura–. Somos dos locas perdías, pero decentes. Este plumerío que tu ves es un rezago del pasado pa' conquistar algún machote. Y fíjate lo que me cayó, otra partida como yo.

Gerardo regresó para darse un baño a toda prisa. Tenía que acudir al reclamo de “uno de sus ligues”.

–Ambias, el deber me alista. Voy a dejar la reputación de la Cripta bien alta –alardeó sin afectarle la cara que puso Coquito de “negro presumido”–. Es una temba mediotiempo que tiene un chocho del tamaño de una piscina. La tumbé pisteando por el mercado de Cuatro Caminos con solo mirarla. No por gusto las jevitas me dicen colirio.

Me sumé a la excusa de Gerardo con el pretexto de un examen en la Universidad. Antes de salir nos besaron en la mejilla y debieron sentir que era la primera vez que un hombre me besaba porque mi padre nunca lo había hecho. Salimos al pasillo y nos topamos con otro de los inquilinos de la casa al que Gerardo nombraba el Guajiro Biyayo. Había llegado de la calle con muy mal genio, y avanzaba como una llamarada fileteando las palabras semejante a un carnicero que emprende su faena con un eco repetido por mil cuchilladas. Él era el que faltaba para ostentar la Cripta rango de torre de Babel. Observé cierta complementariedad idiomática entre el Guajiro Biyayo y Gerardo, casi una unidad lingüística de significante y significado.

–Entodavía me tienen aciscao... Dejármela en esa caaaaaaaray... No se pue' ser bueno... Esto pasa cuando se unen el hambre y las ganas de comer... Par de sijú plataneros... Vaya embarque... Mangarme a mí que soy un camao... Vienen con envolvencias, “que hoy sí, que mañana no”... No te puedes fiar... Te venden el cajetín en una *cuarta é tierra* y sin darte cuenta estás embarretinao... Pero ya estoy curao... No me harán otra mierda...

El Guajiro Biyayo nos había tomado por su público a regañadientes de Gerardo. Él, ansioso de zafarse de aquella situación, no compartía el placer poético que me transmitía la revelación de ese nuevo huésped, aparecido en mi vida con el guateque de su jerigonza criollera como el personaje Lucky *esperando a Godot*.

–Adiós Guajiro, aparca el berrinche y el número ocho que estamos apurao –le cortó Gerardo la inspiración.

El Guajiro Biyayo, ahora mucho más guajiro, pero del revés por tronchar

Gerardo su desahogo, se introdujo bufando en la habitación como si fuera con una chancleta matando cucarachas.

De camino a nuestro dormitorio le pedí a Gerardo traducirme qué le sucedía al Guajiro porque apenas había entendido dos o tres vocablos. “Es largo de explicar, yénica. El resumen es que está cabrón”. Sí, era evidente, pero esa respuesta no me ayudaba a singularizarlo. Mi etnomanía indujo a que volviera sobre Gerardo. “Bien, está cabrón, y por qué le llamas Guajiro Biyayo?” “Por picardioso, monina”. Gerardo buscaba en su destartalada maleta un trapo que hacía las veces de toalla, y un pantalón “decente”. “Es que me agrada oírte caracterizar a la gente. Tienes don de escritor.” Había tocado su ego dicharachero. Sabía que ya entonces no habría marcha atrás cuando, con un movimiento retráctil, abandonó su apariencia de guasasa apremiante por la de guasona premiosa. “Asere, el Guajiro Biyayo es un campesino arrepentido, viene de Remanganaua, allá donde se acabó el mundo y el sol ni te da, y ahora no hay quien le hable de sus orígenes porque se hace el arrebatao, el distraído, menos pa’ los negocios. Allí era un maceta, dueño y señor de un montón de camiones que la fianca le cepilló y tuvo que pirarse pa’ La Habana. Y acá está otra vez levantando cabeza. Es un camaján de puerto. Ese sí que no pasa hambre. Es un bicho el muy cabrón pa’ conseguir lo que le pidas: lo mismo un alfiler que un fricasé de hipópoto, no hay barreras en su maña aunque lo veas haciéndose el guillao.”

La *fianca* era uno de los términos que más utilizaba Gerardo para citar a la policía. Yo estaba adiestrado en su ruleta semántica a que la refiriera con las veleidosas voces de fianca, guardiolo, azulejos, mona, o moho azul, en alusión al color del uniforme de su gremio. Esa arbitraria predisposición a trasladar las palabras de lugar y sentido, creaba en su mixtura una combinatoria de misterios de Eleusis en los que el parlero Gerardo, como un Deméter masculino de las Antillas, me internaba poco a poco. Era para mí un juego, un desafío, aprender a entenderle sin que los demás nos entendieran, de esa forma hacía reconocermé en una mocedad delicuescente igual que si estuviera iniciándome en otro idioma. No había en él pretensiones esotéricas ni contingencias de sectas secretas, aunque, hasta cierto punto, no estaba exento su lenguaje de irreverencia y anarquismo. Con él pasé definitivamente de ser Camilo a ser nagüe, cumbila, ambia, ecobio, yénica, mi yunta, *consolte*, chen, monina... Nunca fui mi nombre propio. Su amistad se manifestaba a través de esos distintivos que el afecto de su decir me dedicaba. Y si en algunos momentos mencionó “Camilo”, fue para evocar el billete de veinte pesos con la imagen del mártir de la Isla por el cual mi padre me puso el nombre que llevo. El dinero tampoco escapaba a la prosodia de su fantaseosa inventiva nominalista. Si por extrañas razones, como ocurrió,

perdía veinte pesos en alguna apuesta, entonces lo identificaba con el seudónimo de tabor o ventola en función de la gravedad de la circunstancia. De esta manera, los dólares eran lechuga, fula o dolores, el peso nacional toldo o caña, y cuando se quedaba sin dinero, me miraba con cara numantina y me confesaba que estaba bruja, “en la tea”. Yo ante él casi resultaba extranjero en mi propio país. Era imposible saber lo que en realidad significaba Gerardo.

En el cuarto de baño se tropezó con el Guajiro quitándose el sombrero de jipijapa, señal de tomar posesión del aseo.

–Guajiro no seas sapo y déjame jugar agua primero –exigió Gerardo.

El Guajiro se opuso y tuvo que intervenir la Matrona en aras de poner orden como una madraza cóncava para Gerardo y convexa para el Guajiro.

–Guajiro, Gerardo te ha cedido en otras oportunidades su puesto. No seas malito y complácelo.

El Guajiro recogió la jabonera, sus enseres de baño, el rumiado tabaco, y se metió nuevamente en el dormitorio reprobando entre dientes sin poder enfriar con la ducha el enfado.

Al irse me rogó llevar a pastar, por los parques de la residencial avenida de Paseo, a Justina, la chiva preñada de la Matrona. Era donde único había abundante hierba en los alrededores. Y así como Gerardo reciprocaba generosidades de la Matrona ocupándose de esa tarea en la casa, yo salí con la chiva y un libro, atravesando aquí y allá céntricas calles que parecían un *mar de olvidados silencios* –expresión mía que a Mirco siempre le resultó una “cursilada románticoide”, y a mí en cambio, en su *cursilería*, me producía la sensación de una aportación insular al lenguaje en consonancia con el espíritu de revolución del idioma descubierta en la Cripta– hasta lograr mi destino: que Justina no pasara hambre y aparentar, con la lectura, mis ganas de comer hierba junto a ella debido a la escasez de comida en la Cripta. Nadie se extrañaba, sólo reían. Un niño al pasar cerca de mí con el abuelo matizó: “Mira, abu, un pastor como en los cuentos.”

8

A los pocos días de estar en la Cripta, como antaño en el desasimiento de mí mismo, me paré a reflexionar si no permanecía en ella por una modalidad de claudicación semejante a esos pacientes que acuden a un hospital no por encontrarse enfermos, sino por el rumor de un padecimiento. Me hallaba lleno de susurros que coloreaban todo tipo de imágenes inconexas, unas tenían relación con mi lento pasado, otras con un cegador futuro. Nada me expresaba mejor que la incertidumbre. Comprendí que bastaba obtener alguna felicidad para una vez alcanzada parecerme tan permeable de insignificancia como de

placer vital. Era el paroxismo de mi innata insatisfacción. Cuando me fui de casa con la justificación de no ser descortés ante la invitación de Gerardo, mi familia divisó no haber pesadumbre en esa separación temporal, sino el agrado de una promesa a lo *Kon-Tiki*. Y al habitar el deseado horizonte de Gerardo, experimenté un largo declive de mi entusiasmo que me hizo reconsiderar si no debía haber desaprovechado su oferta de revelarme una Isla *secreta*. Sin explicarme cómo ni por qué, mi espíritu hacía protestas en una compañía solitaria, dividida entre un caudaloso tedio y un indeciso estar conmigo, apartado en el cuarto de Gerardo, como un cenobita que desconfía del sentido de su monástico destino. Hasta la chiva Justina, y los cerdos Felipe y Lola se me representaron con un modelo de felicidad más verdadero que el humano, y no porque desconocieran su razón de ser, sino porque me era imposible dormir a piernas sueltas con la placidez de Felipe, o sonreír un agradecimiento similar al de Justina después de ingerir su paraíso en forma de hierba. Ese ahogado requiebro se fue nublando de instantes yuxtapuestos en la consistencia de una noche que mellaba mis fuerzas y se filtraba en la oscuridad de mi ánimo.

Iba a escribir una nota de despedida cuando Gerardo empujó la puerta del cuarto y se desplomó descorazonado sobre la colchoneta.

—Nagüe, la temba me ha dado calabaza. Me echó con sus ojazos como bombillos indicándome el camino.

Tan grande parecía su infelicidad que borró las ganas de irme de la Cripta. “Gerardo te necesita”, ese fue el señuelo que me retuvo allí, un tiempo más, junto a él.

—¿Sabes, asere, lo que es tirarle a Gerardo un rapacoco de “No mi amol, conmigo no hay rumba barata?”

Gerardo pasó del crédito de la tercera persona a conjugar el descrédito de su primera persona.

—Mis problemas empezaron cuando le parlé a ella que había soñado con la suegra en pelota.

Recordé la pesadilla con la anciana Nora. Ella también estaba desnuda y me aterró que por debajo de aquella piel onírica no hubiera estado Nora, sino algún familiar mío, con el cual había querido copular en sueños. Me sentí como un súcubo en los brazos de la impudicia. Tuve crisis de náuseas.

—¿Estás malo, ecobio? —me sujetó Gerardo parándose torpemente sobre la colchoneta.

—Uno nunca debe imaginar a su suegra desnuda, Gerardo. Es como tentar a la güija de la no reconciliación.

—¿Qué enredo es eso de büija ni ocho cuartos, asere?

No se lo pude explicar. Estaba vomitando dentro de una bolsa mi orgasmo mental.

9

Tiempo atrás, en la colonia, la inmigración china transterrada en la Isla, se asentó por las diferentes provincias del país. La Cripta, símbolo moderno de esa herencia, no podía ser lo que era sin un representante de aquella portentosa tradición que fue cambiando, por el mestizaje, la genética insular. Gerardo ya me había prevenido: "No es que aquí haya gato encerrado, es que tenemos un chino en el gao." Desde entonces yo estaba a la caza del chino, como de otros tantos hombres y mujeres de la Cripta que me faltaban por conocer, y de los que de vez en cuando Gerardo, para instigar el paladar de la curiosidad, me daba alguna noticia. Pero confieso que si me hubieran puesto en la difícil encrucijada de escoger, el chino habría estado entre los primeros. Y no me defraudó.

Dentro de aquel atardecer borrascoso llegó rezongando como si la lluvia hubiera vertido sobre él un chaparrón de sombras chinescas que lo hacían más entrañable, teatral y hasta místico. Porque la blanca camisa, recortada en la opacidad de la antesala de la Cripta, favoreció el acto de magia de su silueta exhibida como parte de una función escénica donde la gorra impermeable era un sombrero de tres picos, y la capa de agua, un frac fabuloso que desprendía otras muchas figurillas al sacudirle las gotas de agua. "Apaga el tabaco y vuelve en ti que ese chino es la candela", desbarató Gerardo mi visión con esta frase que prometía inaugurar para mí el otro espectáculo de su descripción de inquilinos. Estaba amoscado porque desde la aparición del chino había desatendido el rosario de su última conquista, un "bombón de jeva con la que sí iba en serio la cosa." El despellejamiento de Gerardo no se hizo esperar. En un choteo pelusero en el que no quedaba títere ni sombra chinesca con cabeza, humedeció la bamba de raíz nigeriana, y embistió lo que en su imaginación poblaba la esencia del chino. "Él cumple la regla: al *narra* le encanta empatarse con las mulatas, anda detrás de ellas como un pekinés ruino, y la titimanía le ha dado por buscarla cada vez más jóvenes, y vertirse como lo ves con... aunque camina con los codos, es muy cicatero. Vivía con una vieja truculenta. Yo creo que la congelaba en un refrigerador hasta la primavera porque en el verano la vieja reaparecía demoníaca, con un griterío y una picazón descongelada." Fingí no enterarme para que no me echara en cara mi abstención cuando él pavoneara sus olimpíadas de amor, las cuales me costaban sustituirlo con Justina en un pastoreo acomplejante, porque terminé hablando a solas con la chiva como si la consolara, mientras él se iba con *otras* de macho cabrío. Gerardo se puso más chinchoso

pegado al oído. “El chino llevaba antes un *jeans* marca yangtsé, y al cinto, en la riñonera, sus ahorros. Le dije: Cháin, te barrancas al tafilete, un día te *yang* manigüiti y *tsé* dejarán pelao al Chino; no me hacía caso, hasta que pasó. Ahora va aterrilla, sin *yins*, porque se quedó esmerilao, en carne, con una mano adelante y la otra atrás. Está que lava la ropa lelo, da un ojito na'má pa'que no se le acabe el poco jabón que le mandan de China los parientes.” Pero yo seguía en las mismas. “Coño espabilate, yénica, que no despiertas.” Era mi desquite por haberme obligado a estar tres siestas seguidas con Justina para él poder refocilarse dentro de la campana de cristal de sus “bombones”. El chino pagó las consecuencias. “Se tira unos caldos después de comida que la peste se siente en toda la casa. Vaya peos. Por eso no he querido estar con ninguna china, porque si esa es una tradición, terminarán entre los dos porque guinde el piojo y caiga bien muertico.”

—¿Ya has acabado? —pregunté apático.

—Ehhhh, parquea las neurax conmigo, ambia.

—Voy a bañarme bajo la lluvia. Por pastar con Justina llevo días como Felipe porque se ha ido el agua en el barrio cuando los dos regresábamos.

—Vaya, es pa'ti —Gerardo me regaló quince dólares con una maliciosa carcajada—. Cómprate en la *chopíng* una loción que no sea *colonio*, yénica. Así las Lolax te querrán más Felipe.

10

Procedía como si estuviera ante una cámara de televisión y respirara en el aire el sexo de las personas. No era oloroso, sino el olor. Competía en misterio con el milenarío chino. En la Cripta lo personalizaban con el *sobrenombre* de Colonio, porque se untaba una colonia diferente cada día.

Camilo, que de niño había usado el perfume con la fantasía de un camuflaje en sociedad, como quien busca inconscientemente relacionarse por la resonancia del olor, presentía que en Colonio *el perfume* era otra cosa. Sus balsámicas emanaciones jamás concordaban con las fragancias de las perfumerías. Él estaba imbuido de un hálito de alquimista Valois, y lo suponía encerrado en su propio laboratorio, entre sahumeros y aguas de lavanda que transportaban a otra realidad, la del catador de enigmas.

Las alas de su nariz se elevaban sobre el mundo de las personas para palpar afinidades o lejanías. Camilo lo sabía porque Colonio no le estaba mirando, sino olía, igual que si fuera un goce impreciso. Esa indeterminación desencadenó en Gerardo la tendencia de tutelarle cuando lo “pescaba” en la periferia del dormitorio. “Masca tabaco y aprieta el culo que ese Colonio bayoyo te la va a

aplicar”, advertía. Pero nadie como Coquito y Frutabomba en el ensañamiento hacia él. *Fileno sin feeling* le apodaba Coquito, y Frutabomba, simplemente, *Filete*. “Mi amor, no es que huela a hombre o a mujer, es un homosexual *tapao* y esos son *adordi*, no comen ni dejan comer”, censuró Coquito, con el visto bueno de Frutabomba: “Filete resulta un *aviñé* peligroso porque es una loca que no quiere ser maricona”. Sin embargo, él parecía estar más dentro de las vidas de Coquito y Frutabomba que ellos mismos. Así lo manifestaron un domingo al discutir por ese huésped que prodigaba un gradual de mutuas reconvenções.

—Ella dice que él se masturba cuando hacemos el amor. Pero a mí no me engatusa esta gata —inició Coquito.

—¿No, Muñecona? —encaró Frutabomba.

—¿Mama, quién se va a creer ese paquete?

—Cuántas veces te he pegado la oreja a la pared para que compruebes cómo raya la yuca.

—Eres una figuranta.

—Te excita hacerte la cimarrona y jugar mente conmigo.

—¡Diabla!

—Ese pajuzo aparenta caerse de la mata y no ver las nubes.

—Sí, sí, sí... lo que tú digas. No me busques las pulgas.

—¡Burda!

—¡Desorbitada! Deseas cogermela baja con ese cuento.

—¿Y los filos que trata de pillarme al cruzar las piernas en el sofá del comedor?

—No embarajes, morbosa. Te haces la berreada pa' que yo coja calentura.

—Sabes que cuando voy al baño Filete embarra a propósito la manivela de la ducha con la celebrina esa arrastrá que lo tiene enfermo.

—Ay muchacha, reconoce de una vez tu fijación con el tema. Estás encarná con él. La idea de que alguien se mate a paja por ti te encanta.

—Celos cochinos.

—¡Jíbara! Ya sé que te da lo mismo pito que flauta. Pa'ti es igual Fileno que Felino.

—Lo que pasa —indicó Frutabomba implicando a Gerardo y a Camilo con la mirada— es que a ella le habría gustado ser la Vigilanta del barrio para controlarme. No hay como una puerca sorda cerrera.

—Fíjate lo que te voy a decir caimana solariega, cuando tú ibas yo venía.

—A ti hay que no hacerte suin y seguirte la corriente pa' que te salga el tiro por la culata. Así iremos en coche las dos sin sudarnos, que hay mucho calor y no estoy pa'tus períodos psicomenstruales.

—Yo creo que tienes cráneo por Colonio —declaró Gerardo para mortificar a Frutabomba.

—Mira, negro cochambroso, ya quisieras tú tener cuchi-cuchi conmigo.

Gerardo se prestó para hacer de red más que de árbitro, como si presenciara un juego de voleibol entre Frutabomba y Coquito. Disimulaba estar de acuerdo en que Colonio era la debacle del mal gusto, “un cheo baboso que se pegaba a la gente como una ladilla”, o azuzaba a uno y otro fluctuando entre el es “un cundango que no reconoce su *pajarería*”, o un “enamorado de Frutabomba por no aceptarlo Coquito.” Hasta imponerse el monotema de la homosexualidad encubierta, y perder Coquito los nervios de miedo por Frutabomba.

—Colonio está más tapiñado que el de vigilancia del barrio que va de machote y también he visto cómo me mira. No puedo con eso de que yo soy un *partido* siendo él del Partido. Se llama Getasio, Camilo —detalló Frutabomba mezclando la política y el sexo—. ¿A dónde se puede ir con ese nombre?

La Matrona apareció para conectar la televisión. Un mural celebraba el tamaño de los cojones como una virtud patriótica. En todos los canales estaba *La Sombra*. Observé cómo ficción y realidad eran parte de la misma *Cosa*.

—Yo no entiendo a la gente, la verdad. Cuando Coquito celebra *mi cosa* es porque quiere “La Cosa” conmigo —expresó Frutabomba mientras señalaba sus genitales.

—Cállate muchacha que nos vamos a meter en un lío —imploró Coquito desfavorida vinculando la felonía con la *falonía*.

La Matrona apagó el televisor y se marchó sonriente. Fue el colofón perfecto para que Frutabomba y Coquito se reconciliaran, y ellos, Gerardo y Camilo, fueran en ayuda de la dueña de la Cripta a recoger un poco de ramas secas apiladas en los depósitos de basura del Vedado. Habían cortado el gas de la calle hasta nuevo aviso. “Asere hoy vamos de *conquistadores del fuego*”, dijo Gerardo ansioso de cenar. ¿La cena? Unos boniatos picados que el Tarambana había traído hacía una semana para Felipe y Lola. La Matrona, buena previsora, no se los había dado, pensando acaso en el futuro de los huéspedes en la noche sin tiempo del Período Especial.

11

Frente a Colonio vivían el Tarambana, el Misionero y el Guataca en un mismo espacio diseñado con tres cubículos independientes. Ellos aportaban a la Cripta una trilogía de paisaje costumbrista, aunque apenas los trató porque se mantenían inalcanzables, en una indiferencia de Isla.

Por separado, en una mañana entretrejida de evocaciones, hilvanadas

igual que si pretendieran llenar la superficie invisible de una universal monotonía, Gerardo quiso congratularme con el retrato oral del trío “pa’qué te cuento”. Yo había paseado a Justina sin quejarme, y él me retribuía con el botín del comadreo. No había pasos ni voces en esa casa que no me subyugaran y nadie como Gerardo para satisfacer mi insaciable curiosidad. El Tarambana, con su traje blanco y una corbata roja a la que Gerardo le decía *lengua de burro*, desfiló ante mí culebreando como “un seboruco, un tolete. Asere, no vas a encontrar un ñame con corbata más bruto que él. Tiene el tejado vacío, por eso pitea con un cagua como si fuera el Ma’Teodoro. Va siempre tocao, aunque su elegancia es apestosa porque ese niche es chulo de jevas. Lo he visto por el Nacional con algunas que le dan fulas al salir del hotel. Y mantiene un aguaje y una rufa con la gente de aquí cuando en el fondo es un títiri, un alardoso recién llegado. A mí me ha querido intimidar con su guapería... yo me la paso por la pinga. A fin de cuenta es un proxeneta, un tralla que va forrao con la astilla que le entregan las jevas después de estar con los turistas. Yo nunca viviría de las jevas, y pa’rematar, es piolo, un negro que está na’má con blancas.” No sé las razones exactas, pero Gerardo lo asociaba con la mala sombra. Cada vez que mencionaba su nombre cruzaba los dedos y pronunciaba: “tiñabó, espanta la mula”, que en su lenguaje significaba “negro, que se vaya la muerte”.

El Misionero era otra historia. “Está como loco”, fue la expresión más socorrida de Gerardo al revivirlo en su cháchara de tres por cuatro con cara de metafísica, como si entrara en la indagación marciana de un visitante de otro mundo. “Lo cogieron haciendo fraude en la Universidad y pa’que no lo expulsaran se fue en misión a la guerra de África pa’conseguir méritos a tiros. Allí ganó una medalla, pero perdió el pelo.” Gerardo moderó el tono de voz y miró a su alrededor por si alguien más escuchaba. “Cuidado con él, es un escachao que todavía no se ha dado cuenta. Y tiene mal carácter, se ha vuelto un yogur.” Enarcó las cejas como apiadándose del Misionero. “Si está desencabao y más flaco que un cuje no es sólo por el Período Especial, sino porque al venir de Angola descubrió a la mujer pegándole los tarros con otro. Pa’más salación el edificio de microbrigada que estaba construyendo colgó la perola, y se dejó en el segundo piso por falta de materiales. La Matrona lo ha recogido aquí porque no tiene dónde caerse muerto, y anda como medio chiflado desde que se quedó tarrúo, sin jeva y sin gao.” Luego, semejante a un actor que sondea desde el proscenio la complicidad del público, alertó: “Pero ojito, no le hables mal del régimen. Se pone imperfecto, y aunque está quemao, —era una de sus imágenes de la locura—, el desquicie le ha dado al socio por ser un comecandela, un extremista cuadro. No se te ocurra largar un comentario como: ‘¿cuándo aparecerá

el huevo y el aceite en la bodega?', porque se pone a mil, más demoníaco que farruco." Gerardo tosió. Hizo una seña con las manos de "padre y señor mío" como si acotara el punto y aparte de un entremés que anuncia el acto final de la comedia. "Ambia, lo que viene es fuerte. No se trata quel tipejo prefiera vestirse lo mejor que pueda a costa de pasal hambre, es que duerme chicharrón y se despierta Guataca. Las 24 horas del día es un pelota." Molière debía haber conocido a Gerardo, o ¿tal vez Molière estaba allí, entre nosotros, acechando?

Los poros de la piel habían absorbido el contorno del que iba a imitar, apoderándose de su personalidad en una representación exotérica donde la palabra era acción, y el gesto metáfora encarnada. Ahora estaba él, no Gerardo. Había tomado posesión del otro, el Guataca.

"El blanquito ese es un papelacero compulsivo –principió Gerardo en la interpretación de su personaje–. Me cae como un hígado no sólo por tratatán, sino por meter muchas guayabas." Tocó la nariz simulando a un *mentirosón* de primera con la "corneta más grande que pinocho" y se sumió en la complejidad de su antagonista. "Siempre le está perreando al Guajiro Biyayo con sus adulaciones pa' que le consiga cosas y vivir de panza. Se quiere pasar la vida de huevón, sin disparar un chícharo, majaseándose. Nagüe, hay que pinchar y morder el cordobán pa' comer." Gerardo cerró los párpados como si lo viera en lontananza. "De fiñe el múcaro éste tuvo que haber sido un trajinao en la Primaria..." Abrió los ojos de repente y exclamó: "Atento, que vienen curvas: seguro que ni se le para la estaca." Gerardo realizó círculos concéntricos sobre un eje imaginario como preguntándose por qué. "El parle que está en su muñeca es un reloj ruso roto. Si le preguntas la hora te contesta y todo. Eso es lo que más me jode." Las facciones adquirieron los rasgos con que aludía al Misionero, y me percaté que era inminente su incursión como anverso del Guataca. "Cada vez que se reúnen él y el Misionero hay que oírlos explicar por qué no hay agua fría en una cafetería. 'La culpa es del embargo', desembuchan. Y tengo que comerme hasta las uñas de los pies para no estallar." Yo no había chistado, pero Gerardo se inventaba que yo le interrumpía o rectificaba en algunos momentos, en aras de añadir más salero a su pintura escénica. "Bien, asere, vale, se entiende que no encuentre en las tiendas otras camisas porque no hay, pero ponerse lo que se pone y justificarlo... La mundial fue dársela del último grito de la moda con su ropa de fajao, estiraio por una camisa de raya y un pantalón pesca a cuadro que no le llegaban ni a los tobillos. ¿Sabes el tupe que me tuve que tragar? Parte pa'ca y no te lo pierdas. Dijo: 'La escasez me ha enseñado nuevos gustos'. ¿Qué tú crees ecobio que se puede hacer con el social? Por eso no me canso de criticarlo y cortarle leva, monina, porque una cosa es la necesidad, y otra ser un trepao comemierda." Gerardo,

con un ademán de superioridad, chasqueó los dedos y agregó: “No sé si él cree que mete peste o que va pintao con ese estalaje, pero el último grito de la moda aquí mi ambia hace rato perdió el habla. Por eso cuando en una ocasión pa’lucirse delante del Misionero me detuvo y señaló: ‘Ud. y yo tenemos el mismo gusto’, porque llevaba ese día una camisa de raya igual que la de él, lo miré en seco y le respondí: ‘El mismo gusto no, yénica, la misma necesidad.’” Gerardo sonó la nariz con el pañuelo como si hiciera un trompetazo zumbón. “Una vez le pedimos que recogiera los matules y se largara por no cooperar aquí en el gao, pero le cogimos lástima y se quedó... con una condición: que no hablara en la mesa cuando comíamos. Es que era un tormento. Cuando abre el buzón suelta una peste por la boca que no se puede aguantar.”

Sin que él lo supiera me propuse un pacto secreto con Justina. La llevaría siempre a comer para que después Gerardo, a cambio, me pagara con sus ocurentes chimes por los que Frutabomba lo calificaba “negra cazuelera.” Yo le llamaba a eso mi festival del humor.

12

La Miliciana y la pareja picassista completaban los huéspedes de la Cripta.

Él no fue tan incisivo como con la Internacionalista, pero sí corto y cortante. “Se viste siempre de Miliciana pa’singar libremente sin que los guardiolos le pidan el carnet de identidad. No es jinetera. Los fuera de base no le gustan. La Miliciana es marca nacional.” Sin embargo, ella conocía a muchas que frecuentaban a extranjeros, y fue quien contó en la Cripta la muerte de una joven prostituta lanzada por la ventana de un *reputado* hotel de la ciudad. La prensa y la televisión no dieron noticia. La Miliciana sí, desordenada, sin voz, con una emoción ramificada. Incluso escribió unos versos titulados “*Ella*” que nunca se los enseñó a nadie. La Miliciana era de escasas palabras. Así debía ser también mujer de mudas literaturas.

Gerardo parecía sentir por ella algo más cuando le reprochaba el “andar todos los días con un querendango diferente.” “Te gusta.” “No, nagüe” y divagaba con que si era un *punto*, un *bollo loco*...

La Miliciana lava sus ropas en la batea del patio. A él se le escapa entonces un solitario “qué vivaracha” y Camilo, que pisa en la Cripta sus talones, lo sorprende nuevamente. “Admítelo, compadre, te gusta.” Gerardo aprieta los abultados labios y ya no piensa que es vivaracha como si le diera pudor reconocer sus sentimientos. Echa mano a la tabla de salvación del encubrimiento de su yo, la fraseología sexual, que ondea en su ser como si fuera la única tierra firme donde se halla seguro.

—Si te descuidas, asere, cuando se enchufa el bajichupa o la bata sin ajustador, con los dos senadores al aire, te pone el biancamo a punto de ebullición que quiere irse de cabeza a su perilla. Le imagino una raja donde cabemos tú, yo y el equipo nacional de pelota.

—¿El biancamo? —preguntó Camilo con fingida ignorancia.

—La pinga, nagüe. Cuando digo que estás atrás del palo pidiendo el último.

Los dos rieron. Ese era el latiguillo de Camilo cuando de niños él y Gerardo discutían.

La otra pareja de la casa, después de Coquito y Frutabomba, era un matrimonio de figuras cubistas, Misleidi y Eleuterio, que transmitían la perfecta unidad de lo indistinto. Oculto y callado, Camilo les puso la “pareja picassista”, porque al presentárselos la Matrona durante un apagón a la luz de un quinqué, sólo entrevió formas geométricas, una línea negra y un círculo blanco. Simbolizaban los amantes de Teruel de la Cripta. Se habían conocido en Puentes Grandes, el mismo sitio donde cien años atrás los habaneros se enamoraban del amor. Y todo su romanticismo consistía en estar frente a frente reconstruyendo el pasado sin ver el futuro. Si ella lo miraba, él la besaba; si él decía no, ella contestaba “por algo será”. Representaban una belleza aleatoria con independencia de la opinión de Gerardo que no quiso explicar su “no hay quien les meta el diente, son tal para cual.” Pero les tenía un cariño especial, como si el amor y la amistad partieran de una “fealdad” que en armonía pudiera llegar a ser hermosa. Inspirado en ellos, Camilo escribió unas impresiones con el propósito de adjuntarlas a los apuntes de *La sin razón de la causa*:

La pareja picassista:

—Lo hermoso: relación de partes separadas que adquieren sentido.

—Lo grotesco: convergencia en lo desconocido.

—Lo feo: el porvenir de lo bello.

Concluyó que Gerardo se equivocaba. Se propuso convencerlo. “Ambia, espera a que cague y después hablamos”. De este modo, desbarató las intenciones de Camilo. Porque al regresar del excusado, el que debía *excusarse* era él. Gerardo estaba sugestivo, como le gustaba, entre el exceso y el disparate metafórico. “Monina, no me vengas con tus enredaderas que somos un poco vitrola y pan con timba.” Ese era uno de sus refranes favoritos que traducido sería “todos tenemos de músico, poeta y loco.” Gerardo prosiguió: “Lo que está mal comío, está mal comío y a la retama no le pidas guayaacol. Misleidi es un fleje, y Eleuterio, grueso como un morrocollo y más bajito que un sábado corto, le mete miedo al miedo. No me sueltes la turca de que son un primol, porque, oye

chico, hasta dónde vamos a llegar. A este paso tú haces reina del carnavaIII a una lagartija. Rey, no seas reina. Otra cosa es que él sea feliciano, una panetela, y ella esté cogía con él.”

No se tocó más el tema hasta la semana siguiente. El propio Gerardo, sudando estrés, le pidió con los ojos preguntarle qué sucedía.

—Na, Eleuterio, que es un zurdo pa'l diario. Está en llantas, sin dinero, y me ha encomendao si le puedo conseguir unos tacos a la jeva que es su cumple y no tiene zapato.

Fue la primera vez que encontró a Gerardo a punto del abatimiento.

—Puedo hablar con mi madre y sondear qué se puede hacer...

—No es fácil, consolte —interrumpió Gerardo ganando en pesimismo—. ¿Tú le has dado un luquin a las patas de Misleidi? Son unos trasatlánticos. No hay número pa'ella en la Isla.

Gerardo conversaba con su sombra como sorprendido desde el fondo de su indomable ofuscación que alguien más estuviera ahí, contemplándolo en un estado reprobable, porque un *ecobio* como él, no podía parecer una lágrima.

—Qué es lo que se ven el uno y el otro para quererse tanto y complicarme a mí en estos fregaos —se desolaba lanceado por el temor a “fallarle al reventao de Eleuterio y a su flaca.”

No supo si fueron los ruegos de Gerardo a Babalú Ayé, o la vela dedicada a Changó en el cuarto que por poco quema la colchoneta, pero un soleado día él resurgió en la Cripta bailón y dando gritos.

—Gorila mira qué canoas *nirupaque* traigo pa'tu grillo. ¡Le hemos dado la patá a la lata!

Eleuterio lloraba de alegría al desempaquetar, envuelto en periódicos, el regalo para “su negra”, imaginándola temblorosa bajo el vestido por esos zapatos nuevos con los que ya ella no tendría pena de salir a la calle.

—Esto es pa'que no digas que “el mundo se acaba” y compruebes que tu cúmbila resuelve.

Ahí comprendió que la tristeza de Gerardo estaba provocada por el temor de no poder entusiasmar a Eleuterio, más que demostrarse a sí mismo su talento resolutivo en La Habana de fin de siglo. Y volvió a ser el mismo Gerardo que conocía. “Nagüe, yo creo que el mofletudo de Eleuterio la tiene a dieta sin apretar ni singlar, porque sino, adiós *Miss* fleje.” Comentó esa noche antes de dormir. A su modo, había aleccionado a Camilo en la pedante pretensión de enseñarle “el primol” de la “pareja picassista.” Para Gerardo ellos eran “su fenómeno”, un instrumento indispensable que hacía sonar su vida como una guaracha.

Al amanecer Camilo agregó en *La sin razón de la causa*:

Gerardo y el poema:

La poesía está en la integración de lo desemejante. ¿Puede haber algo más distinto que un verso y otro?

13

Por fortuna para mi desesperación no creía que pudiera existir hasta que apareció. Su semblante no revelaba la ardorosa inquietud de la palidez, sino la mórbida inapetencia de un rostro desalmado.

Había un cuarto disponible para cuando recalara en la Isla. La Matrona conservaba vacía la habitación que tanto le gustaba porque allí podía él, fuera de su país natal y de las fotos de buen ciudadano, expresar su auténtico *yo*, cerca de Freud y lejos de aquel disfraz de civismo solidario que resultaba oneroso en contacto con sus "patrióticas amigas." Porque sus chicas de compañía no eran lo que se insinuaba en la Cripta, sino "compañeras de la *revuelta*". Él, siempre generoso, velaba que estuvieran vestidas y bien comidas después de entregar en donación, como objeto de su viaje, cajas de lápices y libretas en la delegación de gobierno de la ciudad. A cambio, su altruismo recibía otros *objetos* en el ámbito de una cálida política de intercambio. Cenas, coche oficial, y hoteles con desconocidas estrellas le esperaban para que no dudara en volver a la ínsula y contar por el mundo cuánto mentían los negadores del Paraíso en la tierra. Gerardo le había proclamado el Organizador Nacional de la Gozadera, aunque lo citaba abreviado con las siglas "el ONG", porque su idealismo no distinguía provincias de la nación, y lo mismo iba a la Cripta con muchachas de La Habana que de Jatibonico.

La Cripta parecía haberse puesto en guardia tan pronto puso los pies en ella. Hasta el techo y las paredes no lucían iguales, y la luz filtrada por el portal era ya como una canción olvidada que nadie recordaba, excepto él. Su toque inconfundible en la puerta: Tan-tarará-tán-tán.

-¡Matronaaaaaaa! -exclamaba del brazo de tres, cuatro, cinco chicas.

La casa se erupcionaba tras aquel alarido urticante, menos la dueña. Ella, con sus mejores galas, le abría, y él, a la altura de las circunstancias, la obsequiaba con una bolsa abarrotada de conservas y pastillas de jabones que dieron un respiro de proteínas a la hora de la cena, y un aroma de Putyclub en el baño mientras el ONG alojó en la Cripta su apasionamiento por la Isla. Pero frente a las mejores galas de la Matrona, Gerardo oponía sus peores modales. Y lo que jamás hacía, imitar al Chino, lo practicaba ahora en presencia del ONG y sus acólitos: emulaba a mulo en tirarse pedos.

No es que sus intestinos fueran un sumidero, sino que su silente acción

nos hacía sospechosos a todos, incluyendo a la Matrona. Por mucho que le argumenté estar poniendo en peligro el seguir bañándonos con jabón, o arriesgarnos a la última cena, Gerardo se cruzaba de brazos similar a un Lope de Vega sin Fuenteovejuna, y con aspecto de cosa mala arremetía.

—Que se joda. Se cree el que más mea. Va por ahí dándose unas patadas como si fuera mejor que nosotros, el chinchú odioso ese. Pa'colmo cría una peste a grajo que se pega y te deja to'el día cortao que no hay mosca que se acerque.

Fue peor remover su comprensión de la imagen que las acompañantes del ONG se llevarían de la Cripta.

—Oye, social, las jevas están con él por su billete. ¿No captas que es un bodrio el mamerto? Se hace el ligón siendo un matao. Una pelandruja que compartimos sin él enterarse me largó que es un muerto en la cama. Y si a ese que está de truco le aguantan la pinga, a mí que me ronquen los cojones. Tú dale vititi si quieres, pero ante un cara de culo como él mis peos son una declaración de guerra.

Los otros huéspedes, salvo Gerardo y yo, pasado el efecto del alarido urticante, se desvivían en atenciones hacia él con el mote cariñoso de “el aplatonado.” No estaba de acuerdo, pero no di mi punto de vista para no complicar el incierto futuro de la vida en la Cripta. Solo con Gerardo, una vez que ya no pude más, me desahogué.

—Aplatanado no, neo-aplatanado sí.

—Ambia, eso es una consigna —discrepó Gerardo con su punzante picaresca. A él le repateaba oír la palabra “aplatanado” en alusión al ONG.

—Es que parece una proclama con su “haz lo que yo digo pero no lo que yo hago”. Le gusta estar en la Isla, pero sin vivir como la gente aquí —justifiqué a Gerardo mi *consigna*.

—Monina, lo que es un comemierda. Y te *digo* más: está falto de virilidad ideológica.

Confieso que Gerardo me predispuso, pero su figura era un atentado a la paz mundial con su inalterable chaqueta de cuero para aparentar un símbolo de progreso y el asfixiante humo de los puros habanos regalados en el Ministerio que él exhibía en público como si incinerara el embargo contra la Isla, aunque en privado los aborrecía por su “sabor primitivo”, prefiriendo sus marcas de siempre de transnacionales cigarreras norteamericanas. Ensalivado mascador de chicles, su cabeza estaba rapada por fuera y por dentro.

Todo empezó como suceden las grandes conflagraciones, por una minucia. Coincidió que la luz y el agua se habían ido mientras me bañaba, y enjabo-

nado hasta la rabadilla, salí semienvuelto en la cuasitoalla de Gerardo despotricando lo físico y lo metafísico. El ONG de la mano de una chica universitaria de Camagüey que saludaba en inglés, agradecía en italiano, y hacía el amor en francés, presumiendo de arte y renovación, con las cejas enarcadas, me examinó a la luz de su linterna de espeleologismo igual que si yo fuera una cueva basáltica.

–Son los yanquis –afirmó mientras acariciaba el pelo de su chica.

–Y tú, que haces mercado de la tragedia –dije abortando aquella medida estratégica que pedí a Gerardo.

–Por gentuza como éste la Isla no prosperará –objetó alumbrándome con su democracia de república para mí y colonia para ti.

La cuasitoalla de Gerardo entró en rebeldía y resbaló por mi jabonosa cintura. A oscuras, rebelándose en mi mente contra el ONG los lápices “donados” por él, el mercader de la miseria, busqué el cuarto de Gerardo, mientras la chica que hacía el amor en francés reía mi desnuda huida. Pero él permaneció allí sin que nadie lo supiera, como si estuviesen el Misionero y el Guataca detrás de aquellas palabras: “Por gentuza como éste la Isla no prosperará”. Esta vez no se *comió las uñas de los pies* y explotó como un siquitraquí.

–Sí, y también es culllpa de los yanquis que a ti no se te pare la pinga.

El ONG buscaba con su linterna quién le había ofendido. Gerardo se había hecho invisible en la oscuridad de la Cripta.

14

–Éste no se va a ir así como así. Se la tengo guardada –pronosticó a Camilo.

Gerardo había fraguado un plan junto a Coquito y Frutabomba que últimamente no lo podían ver porque ya no le regalaba a Frutabomba su champú revitalizante con extracto de ginseng. El Guajiro Bijayo estaba implicado. Gerardo lo importunó sin descanso hasta lograr que se apareciera en la Cripta con un inofensivo majá de Santamaría dentro de un saco.

–Hoy es la cosa –dijo Gerardo como si igualara su satisfacción con las múltiples incógnitas que su actitud había engendrado en Camilo.

Abrió la ventana para que el aire oxigenara el dormitorio, y sin comentarle a Camilo qué había en el saco, lo acomodó lejos de la colchoneta.

–¿En qué andas, Gerardo?

–Ya lo sabrás.

Gerardo, con la callejera convicción de que el éxito forma parte del secreto, acechó al ONG hasta el anochecer. Cuando él y una matancera estudiante del politécnico de economía se metieron en la cama, avisó a Coquito y a Frutabomba.

—Adelante, mamas, duro con el yénica —alentó Gerardo, con el enigmático saco, a Frutabomba y Coquito frente al aposento del ONG.

Camilo estaba fuera de la Cripta encargado de dar la voz si se acercaba la Matrona, o algún otro huésped. Coquito, cerrajero profesional, había sacado una copia de la llave del cuarto con un molde de plastilina. Un movimiento sigiloso despejó la entrada para que Gerardo depositara el saco entreabierto con el majá. Frutabomba aguardaba camuflado en la sala por si debía distraer unos segundos a la Matrona en caso de avisar Camilo su llegada.

Un grito de alumna de tercer año de económicas, tetas a medio cubrir con un vaquero de fabricación nacional, ese “pitusa nevado” que en su imitación de copos de nieve, el ONG se lo había comprado en dólares en las diplo-tiendas a falta del Levi-Strauss pedido por ella; él, con la “cosa” al aire, introducía a toda prisa en el *trolley* las pertenencias y llamaba por el teléfono móvil un taxi urgente.

El portazo detuvo el silencio y se fue perdiendo con él y ella en la distancia. El primero en restaurar el lenguaje de la Cripta fue Gerardo como un juglar que echa a rodar la algazara con su burlesca clarinada.

—Por poco el majá le muerde el chorizo —indicó—. Guarda más culo que una jeva.

El trasero pagó la culpa de su indisposición con la pareja. Gerardo extrajo de su idioma un repertorio de sinónimos para vapulear aquello que Camilo desconocía se podía nombrar de tantas maneras. El culo del ONG fue ridiculizado al llamado de fambeco, fonil, fotingo, inán, maletero... con sarcásticos adjetivos que lo iban llenando de granos y otras imperfecciones irrepetibles.

—Es un escaparate con llavecita, tan grande y su rabo es más pequeño que el de un pitirre —refirió Frutabomba—. Ni siquiera tenía la chola despeinada.

—Niña, es que el bisoñé estaba planchado —observó Coquito.

—Así no se puede hacer el amor. Una tiene que terminar despeluzada y goteando pasión —sentenció Frutabomba.

—Como tú, ¿no? —ironizó Coquito.

—Pues... no lo quería decir, pero se parecía a ti cuando sales emperifollada con esos bucles que llevan un timbiriche en el moropo.

—¡Chanchullera!

—Claro, como no te puedes hacer en el pelo ni siquiera el chuá.

—Eres muy mala, petarda.

—Todo lo que tú quieras. Pero te encanta meterte en el toto mi guindola.

—¡Prosaica! —Coquito se echó a llorar.

Frutabomba había herido en lo más hondo a Coquito. Su cabeza escondía

un amasijo de rulos y ganchos pegados que falseaban, bajo el pañuelo, una florida cabellera. Al encender la cocina de luz brillante, una de las veces que se fue el gas, saltó un poco de combustible inflamado al pelo de Coquito y se lo quemó. Desde entonces, “hasta que le creciera la teja”, como él se había jurado, no se quitaba el pañuelo de la cabeza a fin de no figurar un “guanajo pescuecipelao”.

—Ya cariñín, ya. Es jugando. Cuando estás brava se te ponen prietas las argollas de latón en las orejas con tu sulfuración y parece que “llevas en tu alma La Bayamesa” —intentó consolar Frutabomba.

—A veces pienso que no me quieres.

—¿Cómo no te voy a querer, Muñecona? ¿Qué loca perdía en esta tierra me va a mimar como tú? No te me hagas la chiva muerta pa'ver el chilindrón que te hacen.

La Matrona apareció. Frutabomba representó su papel magníficamente. “Se fue, Matrona, se fue.”

—¿Así, sin despedirse?

—Sí, hija, estos tiempos que corren... No nos ha salido rana, sino escorpiona. Con lo bien que tú le has atendido aquí.

—¡Qué mala educación! Bueno, ya volverá a mis pies —dictaminó la Matrona desdeñosa de camino a su habitación.

Coquito miraba con envidia el bamboleo de aquel moño de la Matrona, que batiéndose en retirada, parecía cada vez más un *croissant*.

En la medianoche, cuando Nora, la hermana chalada de la Matrona hacía su excursión por la Cripta, Camilo bocetó unas líneas para *La sin razón de la causa* con el encabezamiento “Fenomenología del neo-aplatanado”:

Democracia: pacto entre la pérdida y la ganancia.

Dictadura: divorcio entre el estómago y el interés. Plantea la necesidad gastronómica del Bien y del Mal. Disyuntiva histórica:

Dictadura del Mal: afecta los ideales del estómago y los intereses de la conciencia. Es siempre ideológica.

Dictadura del Bien: la conciencia se transforma en estómago al convertir lo individual en beneficio público. Es ideológica en dependencia de los intereses creados.

Camilo dejó de escribir. Tachó estas anotaciones. “Romperé lo apuntado en *La sin razón de la causa*. Es obvio. Todo se sabe, nadie escucha. ¿A quién le importan lágrimas ajenas? El dolor es intransferible.”

Y se plegó en la colchoneta como el fruto del tamarindo dentro de su vaina.

15

Nuestro miedo a que el ayer pertenezca a un nuevo día nos hace levantarnos de la cama y seguir adelante.

Fui al teléfono. Soñé que la Abuela había fallecido. Tenía que oír su voz, certificar de inmediato que era una pesadilla. Alcé el auricular. “Al combate corred...” Colgué.

Las interferencias en el teléfono de la sala tornaron a la Cripta centro del mundo. Más allá del auricular era un lugar, y otro y otro. Esperé, hasta que marcar aquel número se hizo inevitable. La lividez, lo luctuoso, apremiaban. “La charanga sí, la charanga no, la charanga sí que la bailo yo.” Cuelgo. Había otro cruce, un aleteo. “Ay papi qué rico, qué rico, más, más, más.” Cuelgo. Parece el amor delante de mí. Inténtalo otra vez. Continúas sin saber si ha muerto. Acerco el teléfono. Oigo involuntariamente una conversación entrecruzada en la línea. “Quiere un trío. Es una enferma.” Cuelgo. Me asomo al portal. Una música proviene lejana con un sonido ebrio que se hace aire, tiempo, luz. Ahora la mañana discurre creando en mí el vuelo breve de un pájaro. Llama, puede que sea tarde. Descuelgo. “Ay, ay, ay”. Aparté el auricular y fui al baño.

El tiempo vive en los espejos. Me miro, toco. Regreso a la sala. Allí el silencio es como un bosque sin árboles. Afuera el pájaro que soy hace del árbol un bosque, y vuela, para que la muerte no sea el ocaso ni un lecho de instantes venideros que nos esperan. Camilo, oye bien, en tu alma hay una pena entrañable como un recuerdo. Dudas aún. Llama. Acerqué, estremecido, el teléfono. El silencio trae promesas. “Más, más, más, más...”

Salí de la Cripta semejante a un eco perdido. Ahora la luz surgía como si apagara el viento. Llegué hasta la bocacalle. La música parecía rayar el silencio. Era la estampa de un moribundo suficientemente metido en la negrura del día. Arriba Camilo, la noche del día se realiza en otras noches sin días. Regresa a tu casa y comprueba si ella está allí... Me retorció de presente con mi yo desnudo en un largo adiós. Eso es. Dile hasta siempre a la Cripta.

Algo me hizo virar, como se vuelve curioso hacia el reflejo de la añoranza. Todavía pesaban las bofetadas del ejército, mi padre. Alcé en la Cripta el auricular. Timbre. “¿Abuela?”

-Camilo, querido mío, ¿estás bien? -preguntó inquieta por mi voz.

-Estás viva, no estás muerta...

-Pero qué tontería es esa. Hoy es un día estupendo para no morirse. ¿Dónde estás?

-Ya iré por casa...

Le dio burundanga con titingó. Era Gerardo.

-Deja el teléfono, apúrate.

Me despedí de la Abuela.

-La Miliciana está con una habichuela. Necesito tu ayuda.

En la cocina de la Cripta, apoyada en la nevera, Frutabomba contemplaba ardientemente a un recluta de las Fuerzas Armadas que había salido del cuarto de la Miliciana para tomar agua. Era el "habichuela". Gerardo le había aludido de esta manera por el color verde de su uniforme.

-Ven con mamá, no te hagas el hijo de papá. Vas a saber lo que es tener en tu vida más de *sietepesos*, perdición -piropeó Frutabomba.

El recluta sonreía el atrevimiento de Frutabomba. La Miliciana fue en su busca y se encerró con él en la habitación no sin antes asestar con la mirada una estocada a fondo a Frutabomba.

Pesaba más de lo previsto. Gerardo estaba sentado sobre mis hombros en un pasaje exterior de la Cripta que daba a las ventanas de los cuartos. La Miliciana, desnuda, había desvestido suavemente al recluta con la boca, mientras Gerardo, oculto tras un muro, iba describiéndome en un bisbiseo las pinceladas del cuadro amoroso.

-Le ha cogido los berocos y se los está jamoneando.

-¿Los berocos?

-Los cojones, nagüe. Parece que le va a hacer una cantúa.

-¿Una cantúa?

-Una paja, monina, chsssss, parla bajito que nos oyen y se jode la fiesta.

Gerardo susurraba como si quisiera echarse en los brazos de ella. Sentí que un deseo impetuoso por la Miliciana se había instalado en él. Estaba como transportado por una pasión animal, un orgullo salvaje de Otelo sin Desdémona.

-Le ha empezado a chupar el cable. El sociable se manda mal, tiene un cabillón que parece negro. ¡Qué bestialona! Se traga la leña entera con su jaiba pintada de púlpura.

-Gerardo me rindo, me duele la espalda.

-Chsssss, cállate, coño... se la está mordiendo suave, suave, suavitol. Tiene incisivos como hachas. Así, así,... raspale la morronga. Él le está dando espuela con el dedo dentro del culo. Ahora le da la lengüita. Se besan la boca.

-Voy a gritar.

-...chsssss... está moldisqueando la sinhueso con las teclas. Me pone volao el bejuco. Estoy fuera de control.

-Yo también Gerardo, la columna, la columna...

-...tiene las bisagras engrasadas la muy condenada. ¡Cómo se meneal! Ambia, a esta niña me la jamo yo un día.

Creí que las vértebras se desajustaban e iba a desestructurarme. No podía resistir otro minuto.

–Me voy.

–Espera, espera... ven pa' que veas, le ha abierto los dos bastones y ha bajado al pozo. Se lo está chupando. Eso es una coneja entimbalá. Tiene mendó.

Me subí a los hombros de Gerardo y observé al recluta acariciarle con la lengua el sexo a la vez que ella movía la cintura como una centrifugadora.

–Avisame cuando vaya a entollársela. Siempre se aprende a dar manguera. Hierro come machete.

Al cabo de unos minutos mentí a Gerardo.

–Él se ha explotado antes de tiempo. No se la pudo meter.

–¿Cómo que no asere, si ese era un ambia experimentao?

–Pues falló.

Gerardo seguía incrédulo. Me deslicé por su espalda hasta pisar el suelo.

–Vámonos –le dije sin más preámbulo.

El edificio contiguo empezó a jadar. “Dámela, dámela, dámela.” La casita de madera donde terminaba el callejón de la Cripta gemía. “Aaaah, aaaah.” El vecindario se solazaba. “Sí, sí, sí”. Era la hora en que todos hacían el amor en la Isla. Uno respira entonces el placer en la brisa.

En la tarde se demoró en el baño. El Chino y el Guajiro Biyayo silbaban y vociferaban barbaridades a Gerardo desde la cola porque se iban a quedar sin agua. Creo que se masturbaba pensando en la Miliciana. Yo también me masturbé desbordado por las circunstancias, cuando la Matrona me pidió llevar el sancocho a Felipe y Lola, los cerdos de la Cripta, y descubrí que estaban haciendo el amor como el recluta y la Miliciana.

16

Caminar por el malecón era como un día de cumpleaños y Gerardo ansiaba hacer un regalo que me fuera inolvidable sobre su “sabiduría femenina”, allí donde el andar de la mujer y las olas se igualaban. Aún no había elegido un recodo del litoral habanero apropiado para las enseñanzas que me iba a ofrecer cuando un policía se dirigió directamente hacia él.

–Tu carné de identidad –ordenó el policía como si extrajera la *carne* de la identidad.

Él entregó la documentación y el policía contrastó a través del receptor los datos con el mando central vigilando a Gerardo como un prófugo de la justicia.

–¿Qué hacen por aquí? –preguntó cacheándonos con los ojos.

–Ambia estamos desconectando un poco el calor –respondió Gerardo en una intimidad que parecía invitar al policía a quedarse con nosotros.

–Yo no soy tu ambia –acotó con su acento oriental.

–Compañero –intervine escogiendo las palabras– es que mañana me caso con una prima suya y estamos en los preparativos de la boda.

El policía no me atendía a mí, sino a la información que le estaban comunicando sobre Gerardo desde la Central.

–Estás limpio. Mucho cuidado con lo que haces –advirtió a Gerardo con aire amenazante mientras le devolvía el carnet.

No hizo más que alejarse y Gerardo destapó un resentimiento racial que lo laceraba ranciamente.

–Chen, ese es el drama, negro contra negro. El moho azul pide na'má el carnet a los niches, y qué casualidad asere, ellos son también negros. Aquí ser negro es igual a ser delincuente.

Gerardo se había puesto casi azul de la tristeza.

–Es que con esa estampa rastafari, hermano, atraes a cualquiera –dije sin que él modificara la expresión de su rostro.

–A ti no te lo pidió la mona, chen, fue a mí, al *niche* –insistió Gerardo que a medida que hablaba se iba haciendo más pesaroso.

El babalawo me había prohibido en el ritual del despojo contar mis encuentros con los Troglos. “Citar el mal engendra lo malo, como el bien pare bien”, por lo que no podía aplacar a Gerardo con el resquemor de mi experiencia.

–Yénica, ¿y qué envoltorio es ese de yunta con mi prima? Ecobio, ¿cabe en tu chola lo que habría pasado si el gualdiolo averigua que no hay guararei ni prima?

Gerardo se exasperó con mi silencio. Yo *escogí* el camino de la boda para distraer el interrogatorio del policía pero desconocía la salida.

–Un día me piraré. No sé si a Tahití o a las Bahamas. Y si hay negras, con negras; si son indios, con indias, pero fundaré una nueva raza –pronunció Gerardo dominado por una cómica cólera mientras rastreaba el horizonte marino como si el indio Guamá se pudiera casar con Juana Bacallao.

Pero aconteció lo que tenía que suceder. Una mujer de las que conmueve hasta las columnas del Capitolio pasó delante de nosotros, y fue avistarla para que los visos de ira se decoloraran y Gerardo recobrara su temple.

–Sirenaaaaaaa, arrebatadoraaaaaaa –alargaba Gerardo las vocales como si quisiera formar parte de la imagen que cortejaba.

Él empezó a reproducir con sonidos aspirados y espirados la oscilación de las caderas entalladas en la minifalda, que por la flexibilidad de la tela, hacía

más sensual el contoneo del cuerpo. Gerardo vocalizaba como si estuviera haciendo el amor.

–Sssssss, aaaaaa, sssssss, aaaaaa... ¡Sé que me oyes, mami, va por ti!

Ella continuaba su camino sin mirarnos.

–Esa hembra está hecha pa' ser poseída, chen. Esta misma noche hará que se la metan, y verá a su singante pensando en mí.

Gerardo estaba como en trance. “Por la forma de caminar se conoce la cara... y claricheli, cómo es la jeva en la cama.” Habló de Nélide y Silvina, madre e hija. “Me volvía loco Nélide, la pura de Silvina. Conocí a su hija en un güiro en la Polar, fue un fiestón de mucho vapor. Pero con el tiempo aquella señorona se me fue metiendo por dentro... La primera vez que la pillé estaba de espalda calentando el café. Ahí comprobé lo que es el culo de una jeva. Fue tropezarme con él y comenzarme unas fiebres que no se me quitaron hasta metérsela.”

Sospeché que Gerardo me había utilizado para uno de sus *trajines*, y con la falsa alarma de enseñarme algo insólito, me había hecho ir hasta el malecón a fin de publicitarme un nuevo récord *Güines* de sus ligues. Debí notar que me aburría soberanamente porque de pronto, se giró y me encasquetó:

–La diferencia entre tú y yo, ambia, está en que tú dices “hacer el amor”, y yo “que hay que singlar.”

Lanzó una ruidosa carcajada que atrajo el interés de los transeúntes hacia nosotros.

–Consolte, ¿te has zumbao todo lo que has visto? ¿Si? Pues no has empezado a ver, papo. ¡Abre los ojos palomino, o te dirán palomina!

Entonces el irritado era yo. Me iba como una centella sin relámpago.

–Aguanta, ecobio, párate ahí –Gerardo me cogió del brazo como en aquella secuencia donde *Lo que el viento se llevó se llevaba el viento*-. No te he querido ofender, ambia. Dame un abrazo.

Recelé unos segundos y luego nos abrazamos.

–Eres un berreao, asere. Tienes que ser más autocrítico –Gerardo empleaba deliberadamente el término *autocrítica*, aquel requisito a cumplir en la ejemplaridad de *La Comuna*, para propinarme otra descarga animosa con su imprevisible choteo.

–¿En qué tengo que ser autocrítico? –pregunté como un escolar sencillo.

Gerardo alzó el torso como si su pecho estuviera poblado de condecoraciones y contestó tocándose los testículos:

–En reconocer nagüe que en cuestión de pinga los negros mandamos y debes respeto y sumisión a mis consejos.

Reímos como aquellos años en que jugamos a los escondidos en la escuela

y él se bajaba los pantalones para mostrar las nalgas a quienes lo descubrían detrás de su escondrijo.

—Has de espabilarte, monina, o serás un manso. Las jevitas no perdonan y después van por ahí diciendo que eres un pasmao.

Iba a lucirme. “El que no se entera eres tú. Yo tengo novia, se llama Mariana...” pero Gerardo cortaba el pensamiento.

—No, no te justifiques conmigo, yénica. Nada de curva ni de trova, apaga el tabaco y a singar. Me acuerdo de cómo eras en la Primaria. Y no has cambiado.

Ahora era yo el que había caído en trance. El recuerdo de Mariana, el mar, aquella vez junto a ella... se entrelazó en mi alma, no podía sentirme de otra manera que un deslavazado perdedor por las playas del mundo que eran el malecón habanero. Percibía su aliento: “pareces un ruso melancólico, Camilo, alégrate.” La cara espectral que me había sobrevenido puso nervioso a Gerardo.

—Ambia, ambia, mira, aquí estoy —gesticulaba frente a mí—. Hay pa’ti otro remedio. La tibisi, de mi señor Changó, en polvo la echas por donde pasas y serás irresistible...

Fue un instante, quizás, en que vagué de la mano de ella mientras Gerardo se afanaba en hilar sus sugerencias. “Un cocimiento con hojas de pendejera mantiene en forma tu potencia sexual.” Hasta que él colocó su pañuelo en mi nariz con el aroma de la sensitiva.

—Despierta, nagüe.

Volví a visualizar a Gerardo. Mariana se desdibujaba lentamente.

—Ves que no es truco, ecobio. La sensitiva está pa’ enamorar y has cogío cara de enamorao.

Gerardo sacó el tema “Tania” como aperitivo del banquete verbal que había preparado.

—El día que nos encontramos pillé en la cara de esa jevita anclaje contigo. Tremendo metío, y tú ni te dabas por enterao. Me la corto que si le dices ji, ella te dirá ja.

Se desplazaba dentro de una imaginaria circunferencia con las manos agarradas en la espalda y un semblante grave de quien está enfrascado en cruciales disertaciones.

—Pon tabla y desembúchate. Está encandilá y su cuerpo es mamey pa’ encerrarte en un gao pal de días dando fueite sin salir.

En una sobreactuación vernácula que mutilaba las vocales y consonantes se viró hacia mí y con actitud admonitoria agregó:

—Tállala y tócala con limón, empátate, no le des hielo, o sino te cogerá jiña.

Aquella pose ya la conocía. Tania era entonces un asunto para el fabuloso doctor Dolittle.

—Bájale una muelita que tú posees labia pa'eso y llévate el gato al agua. Cuando yo era un pepillo me sucedía lo mismo que a ti. Me quedaba como pescao en nevera delante de las jevas.

Luego recuperó el ritmo inicial, y como si hubiera superado el clímax de su soliloquio, se tornó un insistido asesor. Así, autoinvestido pontífice del sexo, decretaba:

—A ellas les gusta probar el mantecao y pasar la cuenta lo mismo que a nosotros. No es bueno estar solapiao, y te veo un poco solano.

Finalmente, Gerardo se aposentó en el muro del malecón y se silenció.

—¿Y ahora qué? —interrogué como si abandonara una representación de guiñol.

—Hay que esperar hasta que se dé. Siéntate —manifestó convincente y volvió a recogerse en su concha silente.

Gerardo me desconcertaba no sólo porque viviera su vida como si fuera mía, sino porque se las ingeniaba para salirse siempre con la suya aparentando que era yo quien le obligaba a permanecer junto a mí. Qué tiempo estuvimos sin hacer nada... no lo sé, pero ni él ni yo nos movimos hasta surgir como de las aguas del malecón una mujer con figura de guitarra que parecía hacer música al andar.

—Mira qué clase de material viene por ahí, chen. ¡Abusadora! Apretaste mami, vas a acabar conmigo.

Gerardo tenía una concepción del comportamiento humano a partir de la forma y el tamaño de los culos. Según él, bastaba observar el trasero para saber hasta dónde se podía llegar con una persona en esta vida. Y persuadido yo de que la historia de las ideas en gran parte ha sobrevivido no por el contenido en sí de las mismas, sino por la autoridad otorgada a sus autores para enunciarlas, le di todo el crédito del mundo a Gerardo para exponerme las consideraciones acerca de esta materia, consciente de que a otros les habría resultado un establo inmundo de la pasión.

—Pinta pa'llá qué pollo viene, ecobio. Abre las cortinas que es un cromo, vaya bacalao esconde entre las piernas ese caramelo. ¡Tremenda papaya! ¡Qué jeva! Par de alforjas. Con esas tetas llevo hasta Baracoa sin coger tren.

Gerardo se estaba inspirando.

—Mira aquella, pero dale socairo. Al tronco de hembra ese, ni te acerques, por la forma de caminar se ve que es una bicha. La *Jarana* peina jeringueta. Si le fajas su crica te puede pegar la gonorrea. El Bartolo que se tire a la Bartola, está embarcao.

La fisonomía de Gerardo era una teoría.

—Mamita cuando caminas me pongo maruguita. ¡Qué almohada! Con esa no hace falta papeleta.

Él estaba en condiciones de concluir la clase de cómo la *materia* llega a ser *material*. Me aclaró, “la lista es larga, nagüe”, porque los culos, a partir de tipos básicos, se subdividían después en ramificaciones con matices y características singulares según su tipología. Teníamos hambre, y Gerardo era exigente en sus clasificaciones. “Ese no, este menos, aquel sí...”, por lo que me resistí a dilatar la estancia más allá de unos cuantos ejemplos *culeiforme*, como él motejaba a los más significativos que pasaron ante nosotros. “Vaya, este es un *culo pestillo*, el de guaricandilla que está con cualquier marindango.” “Fíjate, fíjate no te lo pierdas, es un *culo de tranca*, hecho pa’una pinga grande”. “Ahhh, el *culo ambientoso*, monina, es guaroso, muy popular, pero se mira y no se toca. Es el que realmente te rompe el coco, aunque no se puede hacer nada.” “Ese es *culo mayimbe*, solo está con jefes. Le interesan los pinchos, un pez gordo que lo saque de la mierda.” “Na’ni mires, lleva *culo ocambo*, es culo viejo que está pa’l desguase.” “La pobre, tiene *culo antiflogitínico* que no inspira chicha ni limoná.” “Joder, este, asere, es otra cosa, se trata del *culo carambolero*, el de reciente singueta que es vuelto a usar por otra gente pa’la gozadera.” “Uhhmmmm, vacilaaaaaaa, el *culo de cuadro*, un primol, es orgiástico, lo distingues entre los demás porque te para la pinga de verlo, pone la pupila dilatá”. Gerardo ojeó mi bragueta con una mueca de “bicho muerto.” “Aquel es igual que el de la Miliciana.” Humedeció los labios como si lo saboreara. “*Culo cuchún*, ni muy carnoso ni muy esquelético, es el culo rico pa’templar.” Se santiguó. “Babalú me ampare, el de aquella jeva es *culo del chuculumbé*, después de poseerlo te deja en la página dos y te muda pa’l reparto bocarriba. No hay remedio con él, te hace cantar el manisero, te da ñámpiti gorrión, te mata.”

Remontamos hacia la casa de la Matrona. “Es demasiado pa’un día”, fue el veredicto de Gerardo entre el ruido de nuestros hambrientos estómagos.

En las inmediaciones de la Cripta el Período Especial había empezado a modificar la arquitectura de la ciudad. El *placer* de un edificio, aquella extensión de tierra despoblada donde yermo se casó con baldía, se había convertido en el placer de sus habitantes. “Asere, es el acabose”, definió Gerardo dándole una connotación sexual al paisaje urbano. Los terrenos desiertos de las zonas aledañas a las edificaciones, estaban siendo ocupados por los residentes de las plantas bajas de las fincas, en una prolongación arbitraria de sus dominios para la cría de pollos, ocas, patos, conejos... o la improvisación clandestina de privados esparcimientos. Hasta los jardines de propiedad colectiva se destinaron, por

algunos vecinos, a la alimentación de cerdos particulares, con miras a transformar la economía de mercado en tasajo. El sentido del orden y la equidad se reemplazaban. Gerardo puntualizó la caótica expansión marital del pillaje y la necesidad: “Ambia, esto es mucho con demasiado.”

Allí me aguardaba la sorpresa de una tarde de domingo, inconmensurable, más extrañante que la Cripta. La Abuela, balanceándose en la mecedora de caña brava de la sala, departía animadamente con Coquito.

—Camilo, muchacho, tu abuela está aquí hace un par de horas. Con Usted señora el tiempo es un periquete —celebró Coquito *enganchándose* del brazo de Gerardo para dejarnos solos.

¿Para qué preguntarle cómo había averiguado la dirección de la Matrona? Ella era así, única.

—Hijo, tenías una voz cuando telefoneaste... que se fue el Cauto por el Cerro.

El Cauto, el río más grande de la Isla, no surcaba el municipio Cerro. “Se fue el Cauto por el Cerro” era frase de la Abuela. Con este circunloquio ella desviaba la corriente de agua para remontar el cauce hacia otros *cerros*, significando remover el cielo y la tierra habaneros hasta encontrar lo que buscaba. ¡Y qué no se había propuesto en la vida, sin Cauto o con *cautelos*, que no lograra!

—No soy un niño, Abuela.

—Eso está clarísimo —afirmó exhalando su incontinente gozo por haberme hallado—. Y menos aun después de hablar con él —señaló al asiento vacío ocupado antes por Coquito—. Dice que eres el hombre orquesta de la casa.

La Abuela me tiró una de sus miradas paralizantes de amor inexpugnable.

—No me mires de esa forma, Abuela...

—¿Tienes el amuleto de ácana que te dio el Olúo?

Nada estaba tan *clarísimo*. La Abuela procedía como si yo hubiera efectuado una travesura infantil. Todavía era para ella el infante de la familia. Me sumergí en su presencia tan antigua como tierna.

—Sí, Abuela —le mostré como un niño la protección del babalawo.

—Guárdalo bien, y siempre que salgas pídele compañía —expresó con su crucifijo oxidado sobre mi frente.

Recitó una oración en la que Jesucristo, Changó y Yemayá, cogidos de la mano, parecían realizar el juego de la rueda para que no hubiera nadie capaz de ensombrecer la esperanza de un niño.

La Abuela se fue después tarareando, con eventuales silbos, esparciendo por el camino la letra de su plegaria, a fin de que fuera realidad en el mundo su deseo por Camilo. Estaba conmovida de que alguien hubiera caracterizado

a su nieto como ella siempre había presentido secretamente. A pesar de su insistencia en que Camilo estudiara medicina, se trataba más del imperativo de una irrealizada tradición familiar que de su propia voluntad. “Mira que fui marrullera y lo agobí entonces con ese capricho de hacerlo médico. Tú en el fondo querías otra cosa” –se reñía a sí misma. La Abuela silbaba ahora a todo pulmón. “Es cierto, mi Camilo no nació para médico, sino pa’ ser el hombre orquesta.”

17

Súbitamente los precios quebrantaron el límite. Un pollo era el salario del mes, un saco de arroz los ahorros de medio año, obtener carne y manteca, un desafío monetario. La compra de un cerdo pasó del desafuero imaginario a ser un potosí con cuatro patas, inasequible a los caudales de un mortal.

Llevábamos días “en tres y dos”, en situación demencial, tomando “líquido de freno”, una bebida de sirope que Gerardo conseguía por los remates de la Habana Vieja. Y si faltaba el sirope, distraíamos el estómago con la fórmula mágica gerardiana de “azuquere milordo”, agua con azúcar. Él lo resumió de manera inmejorable. “Estamos en la fuácata, yénica”. Yo traducía: sin dinero, sin comida, con la necesidad calcada en las entrañas.

–Asere, como sigamos con esta cuarentena de jama, vamos a estirar la pata, y pasaremos a mejor vida.

Frutabomba disimuló mejor sus apetencias con Coquito: “Ahora sólo podré darte para comer *cariñito frito*”, pero el deseo de Coquito también había mermado en la deslumbrante monotonía de una cotidianidad infinita.

La Cripta iba como un ciego que mide los pasos en una oscuridad indescifrable. Éramos un silencio de sombras, el hambre. Entre todos nos pusimos de acuerdo. Gerardo, en representación de la Cripta, hablaría con el Guajiro Biyayo cuando apareciera “pa’ que resuelva”.

–Si él no puede, Felipe y Lola dejarán de ser parte de nuestra familia –dicitaminó la Matrona con lágrimas secas.

Hacía una semana que los negocios lo mantenían lejos de la Cripta. Cuando su llave de huésped vitalicio abrió la puerta, se asustó. Gerardo corría hacia él como un mugido de la mala suerte.

–Guajiro, la doña me ha pedido parquearte una tiñosa. Hace falta conseguir algo urgente pa’ echar en el buche porque estamos empantanaos con este Potaje sin Caldero –dijo Gerardo refiriéndose hiperbólicamente al Período Especial–. Sé que te pongo una podrida, pero mis contactos están en cero.

Como si hubiera estado esperando durante años una solicitud que lo cata-

pultara al rango de imprescindible, el Guajiro Biyayo, viéndose deificado en un monumento a los macetas de la Isla, anunció:

–Iré por Atanasio el cancha. El compay nunca me falla.

Coquito y Frutabomba le pusieron una “asistencia” al Guajiro en su floreo de amapolas artificiales; la Matrona desempolvó un escapulario que no se cansaba de tocar pidiendo el favor de un milagro; Colonio derramó un frasquito con esencia de *galán de noche* por el pasillo de la Cripta antes de marcharse el Guajiro; el Chino, en el chinero de su habitación, guardó una promesa oriental con el nombre de Biyayo; el Misionero y el Guataca juraron no criticar más “los negoceos” del Guajiro; y la pareja picassista, abrazada fuertemente en el dormitorio, invocando al Espíritu Santo para que socorriera a la Cripta, en un ofrecimiento piadoso, se impuso no separarse hasta regresar él con un plato de comida. La Miliciana, en la puerta, como si el Guajiro fuera un atridas que partía hacia agrestes regiones, le dio un beso. Todos, menos el Tarambana que estaba dando la *taranta* por las playas de Varadero, nos unimos en una misma imploración. “Oh, Biyayo, sálvanos.”

18

Amontonamos leña en el patio. El Guajiro no se había ausentado solo, tras él, se fue el gas.

–Ay, yo no sé ustedes, pero en días como estos me acuerdo de Él –manifestó Frutabomba quejoso de los trozos de madera que cogía como si cargara una mata de mamoncillos.

Gerardo y yo no teníamos ganas ni fuerzas de conversar.

–Hay en esto un poco de teatro búfalo –añadió Frutabomba erráticamente por Teatro Bufo–. En mis tiempos de Primitiva, cuando me obligaban a ir a la Plaza para oírlo burlarse de nosotras, yo me *pitoreaba* de Él con mis aplausos –había remarcado la expresión *pito* burlándose también de su sexo en su peculiar estilo de “aquello que no me lo imagino, me lo represento.”

–Relájate mama, que no está el horno pa’ más locas –intervino Gerardo enderezando la espalda.

Coquito exigió el refuerzo de Frutabomba a “grito pelao”.

–Bandida, deja la putería barata y ven.

La Matrona, Coquito y la Miliciana limpiaban el suelo aprovechando que todavía había agua en el barrio. Querían que la casa estuviera lustrosa, reluciente, a fin de celebrar el primer bocado en la olla colectiva de la Cripta. Todo transcurrió con la hermandad de los orígenes, en un tiempo primigenio donde la bestia que somos no era.

Regresó, tomboleao, con un “jalao” que no le impidió cargar el saco de patatas podridas. Había emborrachado la frustración.

–Vaya nota que llevas, guajiro. Estás curdeao. Ahora sí que le has chupado el rabo a la jutía –prorrumpió Gerardo tan pronto el Guajiro remontó el zaguán de la Cripta.

–Hasta pa’ coger estas papas viejas he tenido que pagar en una cola infernal y las traigo de chiripa porque metí cañona, sino ni alcanzábamos –se dolió el Guajiro deprimido.

–Mortal, guajiro, mortalache. Hay que llenar la paila –animó Gerardo–. No nos podemos quejar. Muchos ambias no pueden comer ni pan con timba. Y yo no sé ustedes pero la falta de chaúcha me tiene ya cruzao del hambre.

La Matrona cocinó entre insectos y larvas las patatas del Guajiro. Cuando la mesa estuvo servida Gerardo pidió permiso para retirarse un instante.

–Voy a cambiar el agua a los peces –excusó Gerardo de esta forma las ganas de orinar.

Se leía en su rostro que no deseaba ninguna interrupción para aplacar la “canina” de una sentada. “Estamos en blanco”, reconocimos en una hambruna tribal. A pesar de la tentación de aquellas espumosas patatas, que la Matrona y la Milicianiana limpiaron de escaldadas sabandijas, nadie dio una dentellada hasta incorporarse Gerardo al grupo. Su arrojo contagió a los demás. Hizo gala de su distintivo de “jamaliche” de la Cripta.

–Compay, yo usted paro la jartera. Va a coger una empanzá –aconsejó el Guajiro a Gerardo que se estaba dando una comilona.

Pero él, como un osezno que engulle las reservas de la madre para poder hibernar, quitó “la retranca al cuarto bate” y se sirvió a troche y moche el festín de la Matrona.

Coquito trajo su radio para poner música al acontecimiento de esa nueva comida. Habíamos terminado, menos Gerardo. Frutabomba me sacó a bailar.

–Es un patón, el ecobio no sabe bailar –advirtió Gerardo detrás de su plato.

–Yo lo enseño. Ven acá, macho rico.

–No seas perversa –dijo Coquito atónito por contemplarme agarrado entre los brazos de Frutabomba que no le hacía caso.

–Envidiosa. ¡Lo que no tengo es pelo en la lengua! –exclamó Frutabomba a voz en cuello.

–Como sigas así ni el sol te va a dar conmigo –reprendió Coquito.

–Recortera. Te priva vivir el pedacito de pasarte la existencia imitándome –aseguró Frutabomba bailando conmigo a ritmo de merengue.

–¿Imitándote?... si aquí la que me coge pa'l bonche y la matraca eres tú –declaró Coquito totalmente ofendido.

–Reprimida. No me quieras tupir con lo que no es.

–Me la tienes pelá con eso de reprimida, pujona pelúa.

–¡Ay no mi amor! –replicó Frutabomba arrastrando las sílabas con elasticidad arrabalera-. Ya estás despelotada. Cuadra la caja, y déjate de candangas y descargas conmigo.

–Quieres hacerte la chica pirei, la bárbara, la relámpago, como si todo el mundo quisiera tener amoríos contigo.

–Desenchufa a la retrógrada, Muñecona, estás metiendo ruido en el sistema. ¡Atrasada!

–¿Atrasada, yo, puerca espina? Soy más blanca que tú.

–¡Más blanca que yo...! Niña, me estás haciendo la vida un yogur –manifestó Frutabomba haciendo un acto en el baile-. Es que todavía monto un número aquí que no veas, y me tiro pa'la calle del medio como te sigas haciendo Gilda la contenta.

–No me compares con esa escoba insatisfecha.

–Dale, Frutabomba, desmaya eso y tú Coquito, no cojas lucha. Pinta pa'ca, ven, ven con tu desquicie. No te me rajes y vamos a echar un pie –se interpuso Gerardo entre los dos, abandonando temporalmente su plato en la mesa y entrelazándose con Coquito al son de una canción de la Orquesta Aragón.

Dos pasos, un cintureo, una vuelta bailona y se fue la luz.

–Estamos salao –expresó el Guajiro Biyayo que apoltronado en el sofá del comedor observaba el panorama festivo.

–¡Niño no digas eso que trae mala suerte! Y sin agua, sin luz y sin gas, vamos a terminar singaos de verdad –señaló Frutabomba.

–Me cago en la madre que los parió –protestó Gerardo.

–Están muy sangrones, mi amor –insistió Frutabomba refiriéndose al Guajiro y Gerardo-. Y tú negra, no seas trágica. Tengamos calma.

La Matrona prendió unas velas que le proporcionó el Chino. Los inquilinos se cobijaron en sus aposentos pese al “ahora comienza el espectáculo” de Frutabomba. Gerardo y yo resistimos. Él acabó de zamparse el buque de “papas de gloria”.

–Negra termina de comer y remueve tus ancestros –arengó Frutabomba a Gerardo.

–Mama defiéndete que no nos van a aguar la fiesta –apuntó Gerardo con toques de rumba que convertían a su silla en un improvisado tambor.

Frutabomba saltó sobre la mesa y comenzó un *streptise* al compás de un guaguancó que ejecutó Gerardo a golpe de imaginación:

Chencha, la gozadora
Camina por el solar
Tira que viene y va
Yo me voy pa'llá,
Pa'llá, pa'llá,
Chencha la gozadora,
Que etá fogosa,
Y colorá, laraaaaaaaará...

Taconeando sobre unos tiqui tiqui de pronunciadas pullas, Frutabomba se empleó en mostrar el perfil y los salientes más apetitosos de sus carnes. “Uhhmmm, síiiiiii...” Coquito tuvo el honor de la primera prenda. Frutabomba, castañeteando los dientes, con las uñas pintadas de rojo, le lanzó la camisa restregada por el cuerpo. El pantalón fue para mí. “Que yo me voy pa'llá” y resbalaba dulcemente el cinto por las trabillas como si fuera un amante de lentas emociones. “Etá fogosa y colorá, la muy condená...” Unos estrambóticos movimientos, en contrapunto de muslos y caderas, sin apartar los ojos centrados a la luz de dos velas, hicieron descender el pantalón en un devaneo seductor que encubría y descubría las piernas hasta dejarlas desnudas. “Mira que rica etá, Chencha la gozadora”. Frutabomba llevaba un tanga metido entre las nalgas como un hilo dental. Un falo enorme se salía de la pieza por un hueco delantero. “Oh, tira que viene y va...”

–No llevas las bragas de cita médica. Te has puesto el *blumer* matapasión de andar por casa –señaló Coquito a Frutabomba que se ruborizó como si hubiera perdido los papeles.

Una punzada, otro pinchazo, una contracción. Gerardo reventó como una pompa de jabón. La ceremonia se trasladó al inodoro, donde el tumbador pasó la noche “echando cartas en el retrete” con unas diarreas de fin del mundo. Una vez más fue el guajiro quien salvó la situación con unas guayabas verdes que su biyayismo robó al amanecer y estañaron el desaguizado, devolviendo a Gerardo la fortaleza de un culo de topacio.

19

Frente a la ventana de la sala ese día Camilo tomó conciencia del tiempo que había estado en la Cripta. La embriaguez seductora del ambiente había vencido a la reflexión. De repente, imaginó a Gerardo semejante a un personaje que actuaba como si, ofendido por alguien, se sintiese obligado a escupir a toda la ciudad. “Has de marcharte. Hay vida más allá de la Cripta”, oyó en su interior, y

preparó hasta un discurso de agradecimiento en el que no faltaba nada ni nadie. Pero la reaparición de Gerardo con un aniversario de muerte lo sumió otra vez en el olvido de sí mismo.

Bastó pedirle ir al “campo fila”, una de sus imágenes alusivas al cementerio, para que acudieran los dos a la humilde tumba de Silgado, padre de Gerardo, con un ramo de flores. Allí rezó unas onomatopeyas en un murmullo dedicado a “la calva”, la muerte. “Viejo, te quiero”, fue lo único que Camilo entendió en el *diálogo* de Gerardo con el padre. El Cementerio de La Habana aparentaba curvarse ante su pena en un latido acompañante. Camilo se fue con la sensación de un lenguaje que se pierde en el nombramiento de las palabras, como si estuviera seguro de que la veneración de Gerardo por el padre lo reintegraba a la realidad del mundo de los sentidos.

De vuelta a la Cripta, el mediodía parecía una promisión de nuevas vidas. En el cuarto, Camilo sorprendió a Gerardo introduciendo en un portarretrato unas fotos tamaño carnet que había llevado al cementerio “pa’ que fueran parte de la visita.” Las ubicó en la misma posición que estaban: su madre, el padre y una muchacha.

—¿Quién es? —se interesó Camilo.

—Mi tormento, monina.

Camilo tenía ganas de preguntárselo directamente. ¿Nunca te has enamorado? ¿No ha habido una mujer en tu vida que fuera todas las mujeres? Gerardo se adelantó a cualquier interrogante.

—Hubo una jevona que conocí en la Universidad, ambia. Glenda, ¡qué anclaje! Estaba cogío con ella. Llevábamos tres años enyuntaos hasta que empezó el Período Especial. Ella era de Caibarién y se hizo imposible la vida. Se me deprimió porque no le alcanzaba ya el estipendio de la beca pa’l diario y tampoco podía ayudar a la familia. Le prometí: Negra, me encargaré de buscar una pincha pa’ que sigas los estudios y si hace falta dejo la Universidad, pero me dijo: “Papi, no puedo obligarte a ese sacrificio.” Y me derrumbó pa’ siempre.

Gerardo achicó los ojos como si quisiera precisar qué pensaba Glenda mientras él contemplaba su foto.

—Ella era un filtro, una mechá, se pasaba las noches quemándose las pestañas de tanto estudio, pero la situación hizo que empezara a jinetear y salir con extranjeros pa’ comprar ropa, comida, y ganar algún fula pa’ su madre que era como mi pura. A mí eso no me va. Yo soy lo que tú quieras, nagüe, pero mi jeva no la comparto con nadie. Nos peleamos y me enterró.

Camilo pudo sentir que aquel amor estaba aún vivo porque Gerardo hablaba como si él, Camilo, fuera Glenda.

—Me fui en fao. Al final yo no pude seguir estudiando, y ella no está con su Titi. Le habría ahorrado el trago de singar por necesidad con gente que no le gusta. Porque ya me dirás tú los picha floja esos qué tienen que no tengamos nosotros, ecobio. Se las singan porque traen el fula que no podemos conseguir aquí. ¡Lo que me gustaba mi negra, repinga!

Gerardo parecía un león y Camilo su jaula.

—Cálmate, Gerardo.

Camilo recordó a Mariana trémula, anhelante.

—Ella no te olvida, Gerardo.

—Consolte, no jorobes y deja la comemierdá. Esa jeva se fue y pa'trá no hay ná.

Gerardo observó la hora en el despertador.

—Ambia, un favol —dijo Gerardo mientras Camilo, igual a un reflejo que en el agua se multiplica, situaba imaginariamente el rostro de Mariana junto al de Glenda en el portarretrato de Gerardo.

—Joder, asere, que me coge talde. Tus chalupas, déjame tus chalupas y ese farará marrón que llevas puesto.

Se acicaló como quien concurre a una gran cita. No sabía por qué al designar los pantalones del Tarambana, Gerardo usaba el vocablo balín y no *farará*, dos expresiones que en su jerga significaban lo mismo. Asimismo los zapatos, reconocidos por él generalmente como encóboros, cuando Camilo le prestaba los mocasines para una de sus salidas, porque los suyos “estaban muy vistos”, los nombraba *chalupas*. Se peinó lo mejor que pudo el espeldrún, guardó el peine, bautizado como pechuga, y se puso el encartonaol pantalón. En uno de los bolsillos, denominados ventrículo derecho o izquierdo según la posición, escondió el regalo, una *gangarria* que había conseguido en una quincallería ambulante “pa'un querel”.

—Reza por mí, es algo goldo de veldad —afirmó Gerardo comiéndose las r.

Él se equivocó al suponer aquella estampida una farsa de Gerardo relacionada con el “motivito” que estaban organizando Coquito y Frutabomba por su despedida. Camilo regresaba a casa. Gerardo no había mentido. Babalú Ayé empezó a rezar tras la vela que Gerardo había encendido.

20

Como un vigía noctámbulo estuvo en vela. Gerardo retornó engorriionado, con una tristeza que lo hacía impreciso.

—¿Qué hay, Gerardo?

No quería preguntas ni respuestas. Camilo respetó su silencio e intentó

dormir. Gerardo se acurrucó en la colchoneta y a su manera comunicó que tenía sueño. “Voy a echar una surna, nagüe.”

Esta vez el sonámbulo fue él. Camilo ya estaba exhalando su somnolencia cuando lo sintió temblar bajo la sábana. Del sueño ligero, un “repelón”, había entrado en pesadillas en las que nadaba y nadaba para no hundirse.

–Gerardo, Gerardo...

–¿Qué consolte?

–Te estabas ahogando...

–Ná, ecobio –contestó sin despertar enrosándose en la sábana–. La noche... está fría... chifla el mono.

No nadó más. Parecía estar a flote.

Los berridos de Justina dieron el *de pie*. Gerardo ya no se veía demacrado. “Estás cogio con el violín, ambia, todavía el Felipe y la Lola te han pegao sarna”. Fue su saludo cuando al levantarse encontró a Camilo en el extremo de la colchoneta rascándose pies y brazos. Se vistió y marchó a supervisar los preparativos del “hasta pronto” de Camilo, como él matizaba, para que “tuviera claro” no ser una partida definitiva de la Cripta.

Frutabomba, a petición de Gerardo, había conseguido a través de un antiguo amante del ejército, “aldaba”, un poco de marihuana con la determinación de que Camilo la probara y emborracharlo. “No, él no sabe ná. Mejor, a un revolcón de picha no se averigua con qué.” Proverbio de Gerardo que parafraseaba “a caballo regalado no se le miran los dientes.” Antes había celebrado una reunión a puertas cerradas con Coquito. “Tranquila, mama, lo que ocurre es que el nagüe no la ha visto pasar.” Gerardo dedicó no pocos esfuerzos en convencerle de la importancia de la empresa para que depusiera los celos.

–Es por un alegrón del ecobio.

–¿Y qué gano yo, negra alcahueta? –sondeó Coquito desconfiando de terceras intenciones que no dominaba.

–Tengo un fotutazo pa’ti.

–¿Qué chisme es ese, negro?

–Creo que el ambia está sin estrenar –dijo Gerardo como si ser virgen fuera cuestión de exhibición–. Quiero hacerlo macho de ley.

–Tú me estás metiendo un forro, negro mariquita. ¿Cómo esa belleza va a ser virgen a esta altura?

–Que sí, mama, que estoy preocupao, lo veo fuera de bola.

–Pues si es así, esto está querido –garantizó Coquito sacando sus propias conclusiones–. Yo le quito el retraso...

-No, campeona, primero he de comprobar si al monina le van las jevas, y si no...

-¿Buscarme a mí para que termine el trabajo? No, mi corazón, yo no como sobras.

-No seas resentida. No serás jama de reserva, lo que pasa es que...

-Qué, negro marañero...

-...lo que pasa es que antes debo asegurarme qué hace el socio si se le pinta un farol... si no responde... es to'tuyo.

Coquito permaneció pensativo analizando los *pro* y los *contra* de la propuesta de Gerardo.

-¿Te has creído que no me la llevé? -inquirió Coquito-. Lo que buscas es irte de soplona con mi novia. ¡Vaya cama que me estabas tendiendo!

-No, mama, te juro por mi pura que no es un embaraje.

-Cacho de tiñoso como te estés haciendo el lindo conmigo... Yo siempre he sido más fiel que una cigüeña, pero... -Coquito se imaginó haciendo el amor con una Frutabomba desbocada por él clavándole apasionadamente las uñas pintadas de rojo bermellón- ponerla celosa no está de más. Que se entere que yo también valgo pa' otros.

-¿Eso es un sí? -preguntó Gerardo feliz.

-Con una aclaración... -Coquito recompuso en la cabeza con presunción los rulos debajo del pañuelo en una imparable coquetería-. Si está pa'mí, lo quiero pa'mí sola.

Gerardo se arrojó sobre Coquito y le dio un sonado beso en la mejilla, que a diferencia de Frutabomba, no tenía retoques ni maquillajes.

Faltaba un último paso. Pactar con la Miliciana. Ella no opuso objeciones. Camilo le gustó desde el primer día.

-Es que por el camino que va el yénica, te lo tumba antes Frutabomba -comentó Gerardo a la Miliciana para desafiar su "satería" femenina.

-¿Y tú crees que él sea...?

-Ahí está el quid de la jodienda. No capto si lo suyo es el queso o la mayonesa -manifestó Gerardo agregándole suspense a la situación-. ¿Por qué no le haces lo mismo que al habichuela?

-¿Qué cosa? -preguntó la Miliciana confundida.

-Mordérsela... Es pa' darle más fuerza.

-¿Cómo sabes lo que yo hago, Gerardo?

-Porque los negros tenemos un octavo sentido, ricura.

21

Coquito había aderezado la habitación con ramilletes de flores de papel que imitaban tulipanes negros y dientes de león. Una linterna cargada con pilas, *por si se iba la luz*, estaba cerca de la cómoda donde Frutabomba almacenaba las pelucas, tintes y pestañas postizas. Los invitados a su cuarto, en el convite de despedida de Camilo, eran Gerardo y la Miliciana.

Ella entraba por vez primera al aposento de Coquito y Frutabomba. Una gran concesión que habían realizado por Camilo. La Miliciana había sido para Frutabomba una fuerte rival en la competencia por los hombres hospedados en la Cripta, y en el caso de Coquito, una especie de referente que, al transformarse en inalcanzable, empezó por ser ideal y terminó en objeto de envidia. De ahí las inevitables espadas que se cruzaron con la vista cuando, frente a frente, Coquito y Frutabomba dieron la “bienvenida” a la Miliciana.

–Adelante, querida, es un placer –dijo Frutabomba con su diplomacia de matorral.

–Oh, sí, un placer –ratificó Coquito en un instinto de a duras penas.

–Mami, ¡qué pelucón! –exclamó Gerardo al ver a Frutabomba ataviado con una de sus chillonas pelucas.

–Es que cuando me la pongo –argumentó Frutabomba con un meloso guiño a Camilo– soy la *otra* que llevo por dentro.

No había qué comer, por lo que se pasó “la página del tentempié”, y se fue directo al “meollo de la camorra”, como definía Gerardo a beber sin comida. Una infusión de hierbabuena y la irremplazable botella de Warfarina, que Frutabomba presentó como uno más de la casa, imprimieron *glamour* al “fetcún” por Camilo. Coquito, en un *raptus* de comedimiento, discordaba con Gerardo.

–No, pichona, esto no es tu fetcún, sino algo más discreto: un toque de verbena por el “querido Camilo” –especificó Coquito subrayando lo de *querido* esperando que lo inesperado pusiera a Camilo en sus brazos.

–Cuando te pones *fisna*, no hay quien te meta el diente –bromeó Frutabomba.

Pero Gerardo se hizo el desentendido ansioso por iniciar el campaneó de la fiesta.

–Esto te hará sudar el bollo –advirtió a la Miliciana al acercarle la marihuana.

La Miliciana dio unas lentas bocanadas y le puso el pitillo en la boca a Camilo.

–Dale suave con el chivirico que es una bombita. No sea que acabes enhierbao y te me quedes fuera de combate –manifestó Gerardo mientras

Camilo, con cada fumada, se entregaba a la novatada que le habían preparado como parte de un plan.

La luz se hizo amarilla con una profundidad de cien puertas. El techo se entreabrió similar a un ramaje que descubre animales mitológicos deslizándose desde las alturas hasta la piel de Camilo. Distinguió un monstruo, mitad mujer mitad ave, que tenía el rostro de la Miliciana. Con una de las garras le acariciaba dócil, en un recorrido afable de labios, pecho y aliento. El espacio se hamacaba. Camilo sobrevoló con ella el recinto siguiendo sus órdenes en busca de la luz, ahora orla, después brisa. Otra figura con el cuerpo de pantera negra de sus miedos infantiles y cabeza de Coquito zapateaba, seguida de una *quimera*. Hablaba igual que Frutabomba y batía palmas con artificiosos cuernos. Una fluorescencia anaranjada tornó reincidente estas siluetas cuando un fauno, idéntico a Gerardo, se sumó brindando el elixir de la Warfarina a la vez que sintonizaba desesperadamente en la radio ritmos de “bochinche y parranda”. Camilo dio tumbos sin poder coordinar manos y piernas como un equilibrista sobre el abismo del circo. Coquito iba detrás de él, agarrando para que no se rompieran las preciadas joyas de su patrimonio existencial contra las cuales Camilo chocaba: el florero de amapolas, la vajilla de jarros plásticos, una foto de Frutabomba y él abrazados en el Capitolio de La Habana... Camilo oía voces que aludían a la Marihuana al pasarla de boca en boca semejante a una pipa de la paz. “Suénate a Marilú”; “despacio con esa mulata de fuego”; “te gusta la prieta, eh,”; “qué cuentas de cómo está la rubia”; “esta sí que es una recapá.” Él estaba en esa frontera donde lo que no es humano parece divino. Gerardo se percató perfectamente de ello.

—Vamos pa’ mi cuarto. El social está a punto de caramelo —indicó Gerardo a la Miliciana.

Coquito, viendo que se llevaban a Camilo, interceptó a Gerardo.

—¿Qué haces negra tramoyera? —increpó resuelto a no dejar salir a Camilo ni a las buenas ni a las malas.

—Mama, el experimento es en mi colchoneta —replicó Gerardo disimuladamente para hacer creer a Coquito complicidad frente a Frutabomba—. ¿No creerás que un tema de pinga se resuelve en cualquier parte, no?

—Oye, demonio tiznado, como me des táfiti... —Coquito hizo un gesto de que le cortaba el agua y la luz a Gerardo.

—No, vieja, no seas aburrida.

—Acuérdate lo que acordamos...

—Cirilo, si el nagüe es calandraca, tú meterás el yipi en el fango. Pero no en mi colchoneta...

Coquito, con cara de pocos amigos, dejó ir a Camilo como Penélope a Ulises. Gerardo trasladó a Camilo apoyado en los hombros diciéndole al oído: "Desencadena el biancamo, que aquí está la milicia." La Miliciana reía mientras Gerardo se puso serio. No había previsto que Camilo pudiera "fallarle" y ella lo contara después. Se puso más serio al imaginarse a Coquito "metiéndole mano" a Camilo borracho. "Santa Bárbara sácame de ésta. Ayúdame a que el consolte sea macho entimbalao."

La colchoneta estaba tendida con la sábana "deseable" de Gerardo: la única sin remiendos ni descosidos. Él se encargó de que el dormitorio pareciera más aseado. Hasta se había tomado la molestia de un detalle. La Miliciana cuando se quitó la blusa tuvo una percha donde ponerla. Gerardo había comprado en dólares un manojo de ellas para que la ropa no estuviera desperdigada por el suelo como habitualmente se hallaban las de él y Camilo.

Lucía una fragilidad incitante. Semidesnuda, con los senos al aire, cincelada por una corta falda de muselina blanca que marcaba un bañador playero ajustado a su sexo desvirgado, húmedo y floreciente. Gerardo, encomendándose a sus santos patronos, esquivaba la vista cuando la auxilió en acondicionar a un Camilo ebrio sobre la colchoneta. Pronto sacó el pañuelo con el olor de la sensitiva.

—¿Por qué le tapas la cara? —preguntó la Miliciana entre asombrada y risueña.

—Es que... es la primera vez del nagüe. No sea que se me asuste el social.

Gerardo seguía aturdido sin creerse que la Miliciana de sus eróticas fantasías yacía en su cuarto. Ella parecía realizada con el aspecto de Gerardo de animal ruino.

—Ya puedes irte. El trato era Camilo y yo a solas —pronunció señalando la puerta a Gerardo.

—Ehhhhh, un *please*, generala —expresó Gerardo metido en su propia comedia—. El monina no puede ni hablar, pa' eso están los cúmbila, ¿no?, pa' ayudarse. Tú a lo tuyo, que yo protejo.

—Gerardooooo —advirtió la Miliciana orgullosa de comprobar cómo él se desvivía por ella—. Si me tocas...

—Na' mama, se acabó. Si te toco la jodí.

La Miliciana, con sus dos senos jugosos enfilados hacia Camilo, embistió la pasión de Gerardo.

—Eres mi mazapán de *choping*. Se mira y no se toca —insistió Gerardo con un amago de juramento que le hizo esconder rápidamente el gesto.

Ella se arrodilló sobre la bragueta de Camilo en una sonrisa cómplice y con una incendiaria sutileza se inclinó poco a poco para que Gerardo contem-

plara su bañador negro, flanqueado por unas nalgas macizas que cumplían los requisitos de "reina de la colchoneta".

–Muérdela, muérdela... –orientó Gerardo.

La Miliciana mordía y hacía que miraba a Gerardo en espera de instrucciones.

–Cómetela toda ahora, así, así... Es pa'que le guste más a él –justificó Gerardo.

Camilo experimentaba aquel cosquilleo que ella le había enseñado. Abrió los ojos y estaba allí, Mariana, besándolo, poseyendo su sexo erecto.

–¡Coño, lo sabía. Al nagüe le chiflan las jevas! Se me ha encabillao el socio –exclamó Gerardo en un alboroto que llegó hasta los oídos desencantados de Coquito.

–Eso es generala, sí, sí –animaba Gerardo oliendo el culo de ella.

La Miliciana agarró el pene de Camilo con las dos manos y lo estiraba entre los dientes con suaves dentelladas.

–Así, despacio, pa'que no sea supersónico el monina –aconsejó Gerardo en un estado febril rozando con los labios el sexo de la Miliciana.

La Miliciana se quitó el bañador. Gerardo encañonó su miembro y bailó por detrás de ella, jugando primero con el sexo como si poseyera a una mantis religiosa que no estuviera todavía convencida de su amante. La Miliciana estaba abierta al universo. Él apretó aquellas nalgas "dignas de un regimiento" y sin piedad empezó a "darle por el siete" con penetraciones alternas en una vagina que dilataba y contraía sus tibias paredes cuando el falo se introducía entero. Camilo no acertaba a comprender qué hacía un fauno detrás de Mariana. Quiso defenderla pero ella lo sujetó con un prolongado beso para no interrumpir el placer. Él se rindió a la fruición, el éxtasis, la locura. Los dedos de Gerardo acariciaron un clítoris lloviznado de espasmos hasta hacer que sus virguerías de fauno ascendiera la Miliciana a *generala*. Entre los tres transfiguraron la casa en un "cufón", una posada de sexo sin fronteras.

22

Desperté como en otro mundo con el pañuelo de Gerardo sobre la nariz. Él no estaba. La cabeza me dolía en un continuo de tímpanos operáticos que iban marcando cada acto de mi cuerpo. La casa parecía el desierto de un lunes. Sólo Nora daba señales de existencia a través del movimiento de sístole y diástole del reloj de la sala. Cerré la puerta y oí dentro de mí aquel embozado tic-tac atravesar el cristal de su pulimentada caja de madera, y sentí que era el corazón de la

Cripta. Me fui de allí como si salir de un lugar fuera igual que llegar, con la rareza de haber estado viviendo mi vida como novela.

Caminé hacia la Universidad bajo el sol de la costumbre en un paladeo de asombro e intimidad, con añoranza de antepasados y memoria del futuro. Cerca, allá donde se une la carnaza y la alimaña, había dos jóvenes menores de edad, de esas que no puedes mirar sin llenarte de pudor. Iban de la mano de una Momia con forma de tapón de bañadera de *made en el extranjero*. La Momia requería sus besos públicos, las caricias de viejo verde que habita la impunidad de una Isla anónima. Ellas, como fluyendo de una ilusión habanera en otro tiempo viviente, sujetaban la mole senil que canjeaba sus mimos por medicinas, ropa y comida. Ambas atestiguaban un destino cronometrado de lisonjas, complejos de culpa y pobreza de autoestima. Eran la realidad que nadie nombra. Todos sabíamos que una Momia significa subsistir. Gerardo habría sido más explícito. Él no perdonaba a las Momias: “comen carne de gallo”. Así las menospreciaba por practicar la pederastia. Yo no pude evitar pensar en el mundo como un contenedor, a veces nos acordamos que existe y lo ensombrecemos de mierda, otras ocasiones lo olvidamos y sobrevive hasta un nuevo luto.

El sueño del lagarto

1.

Volvió a la Cripta para entregar personalmente el pañuelo de Gerardo con la fragancia de la “sensitiva”. Se habían sucedido los días y no había podido visitarlo. Frutabomba acudió a la llamada. Camilo percibió una tribulación en él. Estaba un poco distante, esquivo como una ondina.

–No está, se fue en una balsa –expresó Frutabomba disminuyendo el tono de la voz.

–¿Qué?

–Cruzó el charco. Se veía venir, niño.

–Yo... no sabía nada –dijo Camilo casi sin decir con una fulminante desazón.

–¿Cómo que no? La negra violetera comentó en tu despedida que se iba a mudar pa’ Malecón y 90.

La perplejidad derrumbó a Camilo sobre uno de los sillones del recibidor.

–Esos 90 son de millas y apuntan a la yuma –añadió Frutabomba despectivo, pues no creía en su desconocimiento–. A nosotros nos extrañó que no pasaras a desearle suerte.

El pañuelo de sensitiva temblaba en la mano de Camilo. Repasó en su mente la última semana con Gerardo. Se acordó de aquella vez que le pidió *las chaluvas*. “Era una clave. Él me estaba mandando un mensaje y yo no supe interpretarlo.” Ahora la pesadilla donde Gerardo se ahogaba tenía todo el sentido del mundo. Se recriminaba por no haberse quedado unos días más en la Cripta. “Lo habría descubierto y entonces no permitiría esa locura.” Ni siquiera se consoló al recordar que Gerardo gustaba referirse a los zapatos como una embarcación. “Sí, pero debí haberle obligado a que me confesara esa pesadilla... y lo dejé dormir”.

–¿Por qué no fue sincero conmigo? –reprochó Camilo sollozante.

Frutabomba contemplaba al antiguo inquilino con un parentesco de árbol de bibijagua partido en dos por un rayo. Camilo golpeó el brazo del sillón en un pesar incontrolable.

–Cálmate, no seas siniestro –reclamó Frutabomba emocionado ante las lágrimas de Camilo–. Bicha mala no muere, niño. Ya verás que la negra llega al Norte. Con lo pendenciera que es, hará migas hasta con los tiburones pa’ que lo empujen a la orilla.

Coquito, ajeno a la presencia de Camilo, apareció en escena con una fregona. Estaba nervioso por el ruido que partía de la sala.

—¿Qué chusmería es esa... —Coquito se interrumpió transitando del espanto a la alarma cuando descubrió a Frutabomba en un abrazo con Camilo que se le representó *abraso*.

—¿Cuernos en mi propia casa? Yo te voy a dar a ti tarrúa —exclamó Coquito descocado, emprendiéndola a palos con Frutabomba que corría como una gorgona ultrajada por el pasillo de la Cripta.

—Soooo, soooooo —voceaba Frutabomba en plena huida como si Coquito fuera una vaca desmadrada que la pudiera empitonar con los tarros.

Camilo, en *socorros* de Frutabomba, sujetó a Coquito por la espalda y lo proyectó contra la pared.

—¡Ay, mi moño, ay mi moño! —gimió Coquito encubriendo su agrado con fingidos lamentos al verse aprisionado por Camilo.

—Cállate bien pagá —ordenó Frutabomba en un resuello de ratona escapada de gata.

Se creían solos en la casa con la durmiente Nora, pero había una nariz asomada en una puerta entreabierta que registraba la emanación de la rebambamba de Coquito y Frutabomba. Era Colonio, retratando con las fosas nasales las vivencias de la Cripta que luego su recuerdo escanciaría, devenido en receptáculo de anécdotas y sensaciones, a fin de sobrellevar su *tedium vitae*.

—¡Basta ya! Quizás Gerardo a estas horas esté muerto —gritó Camilo procurando secarse las lágrimas con los hombros mientras Coquito simulaba resistírsele.

Frutabomba se acercó recobrando la dignidad de *fruta prohibida* para separar a Camilo que parecía inmovilizado ahora por Coquito.

—Quédate a tomar una hierbabuena con nosotras. Esta es la hora en que María la O se metía sus cañangazos de tila —inventó Frutabomba para robarle a Coquito el protagonismo que había ganado con su artillada teatralidad.

—Gracias, me esperan —la disculpa de esa frase evasiva llevaba poco de excusa y mucho de su antaño temor de quedarse solo entre Coquito y Frutabomba.

—Tú te lo pierdes —declaró Coquito entrando airado en su habitación sin preocuparle en ese momento que Frutabomba acompañara a Camilo hasta el portal.

Él abrazó a Frutabomba como un adiós a la Cripta. Sin Gerardo ya no sería lo mismo aquella casa.

—No te canses, guapetón —manifestó Frutabomba encajándole un beso en el cachete.

Camilo ya se iba cuando Frutabomba le alcanzó en la verja con una extensión de brazos de culebrón veraniego y aparatosidad de doncella de amores imposibles.

—Perdona mis recelos, muñecón. Pensé que estabas al tanto del “faster” de la cazuelera.

Frutabomba se había disculpado empleando el glosario de Gerardo para aludir a los viajes. Camilo sonrió levemente. Se imaginó a Gerardo “liando la pita” en una de sus islas imaginarias.

—Hasta siempre —afirmó Camilo.

Él fue a darle la mano y Camilo prefirió corresponderle con otro beso en la cara. Frutabomba deslizó el dedo índice por la mejilla besada como si prendiera una cerilla, y en una pantomima de vela que se apaga, introdujo la punta del dedo entre los labios saboreando el beso por todo el cuerpo. Él se marchó volviendo la cabeza hacia la Cripta de cuando en cuando. Lejos, remachado a la verja, Frutabomba seguía con sus saludos. Camilo parecía escuchar navegando en el viento la voz de Gerardo. “Algún día, nagüe, al *Caballo* se la voy a dejar en los callos”.

2

En aquel tiempo que nada aparentaba una ruptura, Mirco me había anotado una dirección del reparto Arroyo Naranjo donde residía “el Maestro”. Debía acudir a él si alguna vez me sentía sin sentir, más lejos de lo prometedor que cerca de la vida.

La ausencia de Gerardo, unida a la posibilidad de su muerte, había desterrado mi voluntad para resistir sin tantos... Mariana, Carmenate, Gerardo... conformaban el suelo que alzaba mi existencia hacia un sentido. ¿Dónde? Esa era la única pregunta que quería me respondieran, ¿dónde estaban? Ellos habían impedido que el mundo pareciera la soledad de una broma: nacer juntos para morir solos. Resultaba insoportable andar hacia delante con las manos vacías en un carrusel existencial cuyo fin parecía girar y girar hasta que fuéramos, poco a poco y cada uno, cayendo dentro de un abandono lento, aniquilante.

Rumbo hacia la estancia del Maestro, se alojó también el recuerdo de él, Mirco, que supo de mi tendencia primaria a romper el suelo a cabezazos para escapar del cautiverio del jardín de la infancia. Él, entre mis amigos, fue quien vislumbró la propensión de mi espíritu a reincidir en un temperamento circular. Oírsele no me afectó porque ya conocía esta verdad por mi propia experiencia. No obstante, me produjo una extraña contrariedad evocarle sin poder eludir algunas de sus palabras en el contexto de esa visita “al Maestro” y la incierta fortuna de aquellos que encarnaban la acertada cita de la Abuela: la

familia del espíritu. Según Mirco, yo no estaba apto en la Universidad de la vida, y mucho menos preparado a ser un superviviente entre los muchos obstáculos que el género humano ocasiona a su especie. "El Maestro puede evitar la alabanza del suicida", fue una de las expresiones de Mirco al explicarme por qué le decía así, "Maestro", él, tan renuente a la loa como a echar perlas a los cerdos. "Tú, Camilo, pareces fatalmente abocado a repetir ante hechos nuevos, comportamientos viejos." Me irritaba profundamente que me interpretara herido de azares incurables. "Hoy estás como el velero sin velas deseando hundirte en un falso huracán." Las calles y yo, dos desconocidos donde florecía él con otra de sus bicéfalas ironías. "Eres el mejor autor para escribir una novela con este título: Cómo enloquecer sin empezar por ser loco." Inicé un diálogo con Mirco, el otro ausente, mientras iba en busca de la estación de autobuses sin atender a las murmuraciones de la gente cuando me avistaron hablar solo por las arterias de una ciudad que en su arteria devoraba las mías bajo la piel. "Ellos no tienen ojos para mi alma. Voy hacia el Maestro, Mirco, no como un velero, sino como el mar." Mirco reía. Y volvió la imagen de la tormenta que me atormentaba: Gerardo zozobrando sin que Changó y Yemayá pudieran salvarle. Ahora Carmenate, Gerardo y Mirco se entrelazaban en otro diálogo inagotable donde yo era el que faltaba.

No sé si fue la muerte, pero paseaba en mí cambiando el sentimiento en presentimiento. Gerardo, la probabilidad de su desaparición en el mar de las Antillas, él, tan antillano, me desvariaba. Llegué a la estación. Tal vez yo había comenzado hacía tiempo, sin saberlo, la novela de Mirco. Me tocaron en el hombro. "Sí, será él. Se lo diré, aunque no te interese, aunque no puedas ser más mi amigo, escribiré la locura." Di media vuelta. Un individuo con aspecto de vara de tumar mangos estaba tras de mí.

-¿Tú eres el último?

-No -contesté aliviado al percatarme de estar allí, esperando simplemente en una parada de autobús.

3

Hay otra *cosa* en la Isla que supera todos los hechizos y deshace cualquier pronóstico científico. Porque esa cosa, al ser algo, no es nada, y al ser nada, lo es todo. Ante ella uno se percibe como si estuviera frente a un ser sobrenatural. Uno tiembla al pensar en su etimología, pues en los peores tiempos posee una increíble capacidad de convertirse en ficción para después burlarse de la ficción en que se ha convertido. La osamenta, entre paleolítica y cosmopolita, requiere satisfacer primero sus caprichos del día, como que sus pretendientes parezcan

picapiedras o piedras que pican a sus pretendientes. Su estilo es el relajito en aras de sumar inocencia, aunque nunca podrá renunciar a su instinto monstruoso. Así, cuando cambia de rostro como de rastro, de manera imprevisible, a fin de que no se le ubique, no hay quien se pueda enojar por estar tres horas acechando su paso porque ya está precavido. Ella, la *guagua*, no es lo que parece.

Ese es precisamente el dilema. Uno pronuncia *guagua* y da la impresión de una trivialidad, cuando ella, el transporte público más popular de la Isla, es por ello el más temido. Lograr acceder al interior de una *guagua* es uno de esos enigmas de la naturaleza que conviven junto a nosotros sin explicación. Su mismo nombre expresa su misterio: *guagua*. Ella, como esos diccionarios donde el concepto de un vocablo remite a otra palabra que nos devuelve al punto de partida sin esclarecer jamás el significado, se oculta en un *gua* que significa *gua*. De este modo el artilugio está en su esencia.

Hoy se le puede contemplar ascendiendo en su particular escala evolutiva en la forma de “camello”, pero es ilusorio. La *guagua* ya ha adquirido en otras épocas la figura de un “acordeón”, una “aspirina”, una “cuarentina”, aunque prevalecen, como en las distintas variantes de una especie, los rasgos de identidad que nos permiten temblar al verla venir, y confirmar, sin margen a túbecos, esa cosa *es*, una *guagua*. Si bien no hay quién se atreva a definirla, uno siempre siente una especial fruición por lo ignoto, y si resulta además un reto imposible, es mayor la tentación, porque la historia está hecha de inconsecuencias y secretos que no se aclaran para seguir haciendo Historia. Y de anales y memoria se trata. Porque nadie se pone de acuerdo acerca del origen primero de la *guagua*. Sin embargo, entre las muchas hipótesis, se construye la teoría. Luego de convivir con el misterio, se acaba siendo misterioso. De ahí que pueda alegar una conjetura sobre su tan intratable como in-masticable fisonomía: la *guagua* es un descendiente directo del Mamut. ¿En qué me fundamento? En las múltiples técnicas de atrapar *guaguas* en la Isla que nos remiten a la trampa-hoyo de la caza del Mamut. Basta atender cómo se coge *una* para sorprenderme yo mismo de cómo es posible que otros no se hayan anticipado a mi descubrimiento. La observación de la realidad de un *picapiedra* es uno de los tesoros más escasos. Gracias a ella, se puede terminar dominando a la piedra, o quedar aplastado si no se ve lo que hay que ver.

Seguro de la veracidad de mi teoría, aquella vez me llené de valor en la estación de autobuses, consciente de que la velocidad de una *guagua* es proporcional a la necesidad para montarse en ella. Se ha de estar muy alerta, porque si se imagina que la esperan ansiosamente, no para aunque se le ponga delante Matusalén.

4

Transcurrió la eternidad y todavía no se perfilaba en el horizonte el monstruo. Hasta que el tufo de “conmigo no van esos”, impregnado en el ambiente por la última guagua al pasar, avisó estar próxima otra aparición. De forma espontánea se reemprendió la fabricación de una nueva trampa-hoyo. La anterior estrategia no había ofrecido los desenlaces previstos. Se buscó un tablero de parchís y se hizo creer que quienes estábamos concentrados en la estación no era por la guagua, sino por el juego. Otros se escondieron en los árboles de la acera con el propósito de lanzarse sin piedad sobre ella, y algunos se alejaron de la parada como si la guagua no fuera nuestra presa. Entre los cazadores que aspirábamos a encaramarnos en su lomo hicimos un trato con Vara de Tumar Mangos: tan pronto lo divisara daría la voz de “en guardia” a cambio de garantizarle un puesto, sentado o de pie, en las entrañas del monstruo. Me fui bestializando. Tras una pausa repleta de peripecias inconfesables surgió el mágico: “Alabao, allá viene”.

Engendro y Desparpajo se casaron para parir aquello que avanzaba bufando con fuertes resoplidos de toro embolao. La cosa aventajaba a Jonás y hacía de Moby Dick un pasatiempo infantil. “Qué es eso caballero”, profirió una rolliza mulatona. Ella le había echado el ojo a Vara de Tumar Mangos desde que ancló en la parada. “Parece una araña pelúa”, añadió él, creyendo corresponder así galantemente a las provocativas miradas de damisela encantadora de la mulatona, como si allí mismo, el uno y el otro, en la arribada del monstruo, fueran a inaugurar un idilio amoroso. Los viajeros iban enganchados en las orejas, en la trompa, en los colmillos, no cabía un picapiedra más. El monstruo olisqueaba el aire por si había agazapado algún cazador o una emboscada trampa-hoyo. En la estación, el parchís no se detenía. Los jugadores disimulaban sus verdaderas intenciones al lanzar imprecaciones de uno a otro bando haciendo suponer al monstruo no haber objeto más importante en el mundo que un partido de parchís. La guagua, con sus treinta años de ida y venida, destartalada, pero matriarca al fin, no daba muestras de convencimiento. Si soltaba la carga colérica de pasajeros apiñados en la asadura de su estomacal horno, debía engullir una caterva de cazadores que reemplazaran el espacio vacío por la defecación. Estaba presta a devorar, pero no a ser devorada. Prefería en las difíciles situaciones el estreñimiento, saltarse una, dos y tres paradas, a exponerse a detener la marcha y en lugar de cinco víctimas, lidiar con cincuenta picapiedras afañosos de hacerse con ella. Inesperadamente, uno de los árboles de la parada, hartado de los pisotones de los cazadores ocultos entre los frutos, cedió con una flexión de ramas, y no fue inadvertido a la guagua aquel ajeteo de hojas desprendidas que descendían sobre la calle en un revuelo de pájaros.

—Nos ha descubierto —pronunció desolado Vara de Tumar Mangos.

La mulatona se subió la falda más allá de la pierna con ánimo favorable a un coqueteo monstruoso. Él no estaba dispuesto a mulatear a tan alto precio. Alguien lo dijo: “Eto se jodió señore, sálvese quien pueda.” Y las fichas del parchís volaron con los pájaros, el tablero fue escudo contra el monstruo, y de los árboles, terrazas, rellanos y esquinas de las calles, salió un enjambre de picapiedras que corrió hacia la guagua sin contemplación.

—Al abordajeeeeeeeeee.

Vara de Tumar Mangos en el primer carril, la chancletera mulatona con las chancletas en las manos, “Eto se jodió” con su diente de oro encandilando al monstruo, picapiedra uno hasta el infinito, todos en una carrera por aferrar alguna parte del monstruo, que al discernir lo que se le venía encima, quiso huir marcha atrás con poco acierto. La mulatona chancletera, como esas avionetas que en el sobrepeso se liberan de parte del equipaje, fue soltando en el corretaje chancletas, argollas, y hasta una bolsa con croquetas de pescado destinada al mercado negro. Uno de los picapiedras que le pisaba los talones, al tropezarse con el desparrame de croquetas de la mulatona, decidió recogerlas y correr en sentido contrario.

—¡Ataja, ataja! —gritaba la mulatona impotente al observar sus croquetas pirueteando como pescados en la boca del picapiedra que, una tras otra, las iba tragando al perderse por un callejón del vecindario.

—Ponte pa'l rufón y deja el croquetero que se te va San Juan de los Palotes —aconsejó Vara de Tumar Mangos a la mulatona sin interrumpir la carrera hacia el monstruo.

La guagua, en su precipitado retroceso, se había atascado en un bache. Pude asir una oreja que semejava uno de los espejos laterales del frontal del monstruo. Vara de Tumar Mangos, “Eto se jodió” y la mulatona, venían detrás de mí, y se encargaron de introducirme de un solo empujón al meterse ellos en las entrañas de Engendro y Desparpajo. De haber sido virgen, habría perdido la virginidad. Allí se cumplen, para incumplirlas, las leyes de la gravedad. Toda guagua es un doble sentido. Ésta es una de las causas por las que nos sobrevivirá.

Lo que vi y sentí jamás lo había vivido. Quien aspire a entender una guagua ha de olvidar para aprender, porque pertenece a un mundo esporádico en el que la premura por llegar a no se sabe dónde, agrieta la paciencia. De esta forma nos transportó, equivalente a un endriago que conversa la utopía de los cazadores, como se viaja hacia la mitad de la vida dejando inconclusa la otra mitad. No obstante, el monstruo alberga sus lindezas, una frontera de circuns-

tancias que genera un territorio fértil de personajes, o un pellizco de “casos y cosas de casas.”

“Eto se jodió”, endiablado por haberle hecho el monstruo correr tanto para alcanzarlo, vaticinó en el universo catástrofes y revoluciones. Alguien quiso hacerle entrar en razón.

—Compañero, el trayecto no es gratis.

“Eto se jodió” tuvo que contenerse para no señalar la fecha del fin del mundo. Irascible, evaporándose de encabronamiento, metió la mano en el pantalón y pagó su rabia con las tuercas y tornillos que traía en el bolsillo recogidos por la ciudad. Idéntico a un perro de múltiples razas que varía su apariencia externa según el día de la semana, desplegó la mandíbula con fanfarronería para enseñarnos que esa tarde, entre el chihuahua, el podenco, el faldero, el pequinés, San Bernardo, o el sato, le tocaba al Doberman.

—No doy ni un centavo por eta polquería. Pasa pa'lante y el que no eté confolme que venga aquí donde yo etoy —pronunció insultado para que el monstruo entero lo oyera.

“Eto se jodió” parecía articular las frases como si tuviera en la boca una corneta del Apocalipsis que creara su propio ámbito de conjuros y calaveras. Nadie replicó. Las tripas del monstruo recibieron en su alcancía las incomprensibles monedas de “Eto se jodió” con chocante resignación y alivio.

La guagua se fue ahondando en el poniente con una música ensordecedora que salía de las vísceras. Era un cazador con su radio que creía al Cha Cha Chá suficiente motivo para plegarnos retumbantemente a su ritmo. “Vacilón, que rico vacilón...” Sólo el vacilaba vacilándonos. Entre algunos picapiedras le asestamos puntillosas miradas de hielo, pero no había quién apagara aquel fuego del “Cha Cha Chá, que rico Cha Cha Chá...” Y con su dentadura postiza, a medio salir, destilaba salivas de orgulloso éxtasis.

La mulatona, minuciosa de amor, desabotonó la flamante blusa y de sus senos ascendió un vapor que casi nos desabrocha la cordura, menos a Vara de Tumar Mangos, abstruso con aquellos mogotes que ella poseía por pecho. A “Eto se jodió” le incordiaba ese zafarse de la mulatona. Él había nacido para el dominó de la vida, la cerveza de la carambola, y el danzón de la suerte. Tetas y tetillas eran piedras en su camino. Así, en una jauría sensitiva, la mulatona, con su actitud, se le oponía férreamente, constatando que despreciaba el enlace cerveza—dominó. Con ella sólo funcionaba el danzón de la vida, no el baile de la suerte.

El monstruo volvía el sentimiento en una baraja. Sus tumbos y retumbos, eludiendo los socavones de los callejones y avenidas, a los que Gerardo se

refería como “cagarse y no ver la mierda”, nos narcotizó con la temperatura húmeda y afebrada del trópico. La guagua distraía lo que *fuí*, para *ser*, ahora, mi destino. Incluso, embutido en ella, como empellas que se estrujan hasta transfigurarse en empellón, consideré ese viaje una prueba iniciática del encuentro con el Maestro. El monstruo parecía a veces un oráculo desde el que se podía penetrar la vida de otros seres, el espacio onírico de cada objeto. Hasta en Engendro y Desparpajo desapareció de mi sombra su silencio cuando hablaba, y también, por vez primera, ella, mi sombra, decidió sublevarse junto a mí.

—Perdone, señor, mi pie. Me está pisando el pie.

—Y qué quieres que haga, mhijo, si a mí no un pie, sino la puñetera existencia me la han hecho vinagre —contestó como si en la guagua estuviera la respuesta a todos los misterios.

El atardecer siempre se ha llevado bien con mi espíritu. Aquella niña en brazos de la madre, un poco más allá de Vara de Tumar Mangos, tenía los ojos del color de la tarde. No dejaba de convertirme en espejo con la mirada. La tarde se hizo inmortal gracias a ella, mientras, en un asombro desvelado, el pitazo del monstruo hacía huir amedrentados a los picapiedras que aguardaron en sucesivas estaciones. Porque, después que lo cazamos, se negó a parar en varias paradas, atravesando el crepúsculo en una profundidad elemental de inolvidables paisajes y apagados rumores como si fuéramos en un viaje sin retorno.

La carnalidad de sus sonidos, como corpúsculos de luz, se volcaba sobre mi cuerpo. Eran tres ánimas asexuadas con forma de Jicotea sin Carapacho, Lilallera Pluripatética y Cotorra Pelá. Estaban inspirados, transparentes.

—Yo que me quejaba de las sardinas en lata... —se arrepentía Jicotea sin Carapacho.

—Yo que odié el huevo... —confesó Cotorra Pelá.

—Yo que sólo digo ¡áhi dio mío! ¡áhi dio mío! —casi lloraba la Lilallera Pluripatética.

Las tres se balanceaban en el estribillo de la añoranza, allá donde ni la voz ni el deseo pueden conservar la esperanza.

Hubo ese silencio de las cosas inanimadas que rodean nuestro mundo, las cuales desde la apariencia de su vacío desalmado, al contemplarlas como son, una extensión de nuestras vidas, nos revelan que las sensaciones compartidas junto a ellas son nuestra verdadera intimidad. De pronto, la realidad fantasmal que nos asiste detrás del rostro y el espejo, se manifestó en una mujer con cara de Convento de Santa Clara.

—Mazorquero deja el repello.

El Mazorquero seguía estático como si se tratara de una tropelía convencional que no le rozaba.

Cara de Convento de Santa Clara ascendió los peldaños de abadesa y ella misma repicó las campanas del acatamiento como si cambiara los hábitos por una escarcela.

–Sepárate que me tienes loca.

El Mazorquero le tartamudeaba el cuerpo entero.

–¿É iere e haga, ji no hay espacio? –se disculpó con acento fañoso.

–Me vas hacer todavía una barriga –amonestó Cara de Convento de Santa Clara, que en un intento por apartarlo con sus nalgas, parecía realizarle al Mazorquero una tonsura en el pene.

El Mazorquero se gastó con tantas miradas que lo hicieron centro temático del monstruo.

–No te hagas ahora el *avertú* escondiendo la cabeza y dejando el culo al aire –intervino jocosamente Vara de Tumar Mangos.

La mulatona no le rió la gracia. Hasta le apuntó con sus pechos entre la molotera en un gesto despreciativo. La complicidad femenina con Cara de Convento de Santa Clara provocó que la mulatona examinara a Vara de Tumar Mangos como si tuviera un defecto imperdonable del que debía protegerse. Fue la única ocasión en que ella le hizo saber, delante de todos, quién mandaba entre los dos.

–¡Qué vergüenza! –sintetizó Cotorra Pelá con su moralidad desplumada.

–¡Qué calor! –exclamó Jicotea sin Carapacho en una asociación anfibológica de lo cálido y la apretadera con la vergüenza.

–¡Áhi dio mío! ¡áhi dio mío! –tornó a lamentarse la Lilallera Pluripatética.

El Mazorquero no reaccionaba. Parecía solidificado con Cara de Convento de Santa Clara.

–Arrea. Que remes que aquí no pican –gritó agobiada Cara de Convento de Santa Clara al Mazorquero.

La guagua dio tal frenazo que despegó al Mazorquero de Cara de Convento de Santa Clara y mezcló, en la inercia de la desaceleración, a los que íbamos en sus entrañas con independencia del sexo y la raza. De esta suerte, Cara de Convento de Santa Clara se despeñó sobre Jicotea sin Carapacho; “Eto se jodió” quedó pegado frente a frente a Cotorra Pelá; la Lilallera Pluripatética, encima de la mulatona, hacía por levantarse del suelo entre abjuraciones y excomuniones; y Vara de Tumar Mangos, que rodó hasta tropezar conmigo, se incorporó luego como si no hubiera caído en su bolsillo la dentadura postiza del hombre de la radio.

–Cha cha cháme, cha cha cháme los dientes –pedía desesperadamente el hombre de la radio a los pasajeros de la guagua sin conocer el paradero de la dentadura, hasta dar con Vara de Tumar Mangos, que esperaba impasible al dueño de aquella dentición para entregársela solemnemente envuelta en un acatarrado pañuelo de algodón.

El Mazorquero se había empotrado contra un grupo de cazadores que cayeron en el fondo del monstruo.

–¡Manomuerta! –refunfuñó Cara de Convento de Santa Clara sintiéndose liberada del Mazorquero.

El monstruo se había detenido bruscamente porque estaba a un kilómetro de la próxima estación. Entonces ocurrió la última gran sorpresa al demostrar que sabía hablar.

–Lo que van pa'Arroyo Naranjo aquí se bajan. No paro más hata Guanabacoa.

–Pa' éte paral y paril é el mimo fatidio –dijo “Eto se jodió” con semblante de aborto y voz de ultratumba.

Salté a la acera como un navegante que después de orientarse meses y meses por la bóveda celeste, descubre el cielo en la tierra. “Eto se jodió”, antes que Engendro y Desparpajo arrancara, me lanzó un vistazo de *contigo en la distancia sin amada mía*. Su mirada perduró en mí como un estandarte mientras el monstruo se perdía en confines imaginarios.

Fui hacia el Maestro con la convicción del que entra en una guagua pagano analfabeto y sale profano ilustrado.

5

Cuando abrió la puerta parecía chino, cuando conversaba surgía del cuerpo igual que un indio, verlo era el rostro del babalawo, aunque sabía que estaba frente al hierofante, el Maestro.

Camilo se presentó con la incertidumbre del pájaro en el aire, inseguro como el delfín de sus sueños fuera del agua. El Maestro le recibió con un “Adelante” lejano como el recuerdo, también cercano hasta lo íntimo.

A diferencia de tantos otros, no había en él arabescos ni una subvencionada apariencia. La hospitalidad era su método, escuchar, su realidad. Parecía haber estado en el origen del universo idéntico a un ángel bueno que renuncia a lo imperecedero hasta hacerse inmortal por su trato. Camilo sentía borrarse lo oscuro del hombre en su presencia y devolver la belleza de lo naciente a través del silencio. Su mirar hacía que la infamia regresara a la fuente de donde nunca debió haber salido. Junto a él la muerte resultaba

inverosímil, como ese *Caballero de París* de lo eterno que conocemos en la infancia.

—Maestro —le dijo una vez contagiado de su manera— con Ud. se vuelve a creer en esa forma de dicha que es obtener las gracias del anciano cuando ayudamos a recogerle el bastón.

El Maestro lo observó como si abarcara miles de rostros y añadió:

—Al final descubrimos que ese agradecimiento no es simple. En él está contenida la verdadera Felicidad.

Sabía nivelarse con la ignorancia de Camilo y sacar de ella un insaciable ir hacia el conocimiento auroral. Con él aprendió que donde antes había percibido cotidianidades yacía la poesía, no una cantidad monótona de actos vacíos.

—Allí, en la aurora, nace el mundo.

6

A veces estaba largos períodos sentado como un buda en una estera de bambú, o se volvía un Lao-tse en un páramo de ensoñaciones para lograr que Camilo se sintiera carne de su espíritu. Era entonces cuando el Maestro se desvanecía en lo insondable como atraemos la noche al cerrar los ojos y podía, en las ocasiones en que la melancolía congénita de Camilo lo daba todo por perdido, descubrir el optimismo de lo inefable.

—No hacer, desgasta. Las grandes catedrales se inventaron ladrillo a ladrillo —sentenció como si construyera otra catedral ante Camilo.

Temía morir, despertar en un sueño durmiente del amanecer. Él no: “Existe, infalible, la Resurrección, renacemos en la obra que dejamos a nuestro paso por la vida, sin embargo, no seas trivial. La vida muere convertida en asig-natura.”

El joven confesó aquella vez su permanencia frente a los cristales.

—Me veo en los espejos y las vidrieras de la ciudad para buscarme en la imagen y comprobar que al menos alguien no me abandona —expresó infantilmente al Maestro. Tania le había llamado Narciso aquel día sin imaginar su dolor por la falta de Gerardo.

—Quizás ella desconoce la diferencia entre el círculo y la esfera —indicó el Maestro—. En el círculo vivimos y en la esfera nos realizamos. El espejo es parte de tu círculo, pero no la esfera. Ella, la esfera, aparece un día inesperado.

Camilo pensó que Mariana había sido su esfera. La soledad dejó de ser en él por un instante incansable y escalonada inspirado en el tiempo exuberante del Maestro. Hasta le pareció entonces que en su alma el universo ocupaba el espacio de una semilla.

7.

“No rechaces lo que eres”, fue su exhortación más constante. “Acepta el defecto como extensión de la virtud” –insistía al entrever el desaliento.

La fuerza del Maestro se fundaba en sentir más que en poseer. Era el *imaginero* de Camilo porque con los despojos de su mundo juvenil restituía la naturaleza de la creencia. ¡Cuántos instantes se había sentido caer!

–En la Universidad, Maestro, jugamos al *I Ching*... vaticinó que perdería la mitad de mis amigos y que muchos otros me darían la espalda. Los amigos se han marchado... –Camilo no pudo continuar esa tarde.

Había enmudecido de presagios. No quería mencionar la segunda parte de aquella predicción por temor a que se cumpliera. El Maestro no indagó en la circunstancia del juego con los hexagramas del *Libro de las Mutaciones*.

–Epicuro aconsejaba “retírate dentro de ti, sobre todo cuando necesites compañía”.

Luego se limitó a ir con el joven hasta el recibidor y manifestar la condición de su despedida.

–Cuando tocamos madera para evitar un mal, lo único que hacemos es llamar a la puerta del demonio. La razón es un arte transitorio, no sólo porque cada época establece sus leyes, sino porque olvidamos que es parte de la locura. Regresa cuando vuelvas a creer en ti.

A la semana, sin saber cómo reaccionaría el Maestro porque seguía sin confiar en sí mismo, retornó él, pero no ella, la creencia. Las primeras frases no ocultaron severidad, después, se remansó en las aguas de la sabiduría, en ese hacer del pesimismo una sonrisa.

–Todo lo que imaginamos existe –declaró obviando la condición impuesta de que Camilo creyera en sí mismo–. La realidad es una expresión del sueño. Sueña, y estarás construyendo mundos nuevos.

Tangencialmente, a través del diálogo, tenía el modo de hacerle renacer desde cualquier pérdida. “Uno quiere cambiar la Historia y lo que consigue es repetirla de otra manera”. Así, por vía indirecta, llegaban hasta Camilo los temas esenciales que él deseaba participarle.

–Responder ya es preguntar –afirmaba cuando percibía que Camilo ansiaba ir más allá con sus interrogaciones.

Fue en el balcón, frente al paisaje de la ciudad, donde introdujo aquella idea que pareció un sin sentido. Camilo anhelaba creer.

–No busques secretos. Lo esotérico es exotérico.

En el Maestro había un secreto *distinto* al del babalawo y el Cristo de la Abuela.

8

La última noche que lo visitó, cansado de oír la palabra “Maestro”, fue por vez primera inflexible.

—No me llames más Maestro. ¡Un Maestro! ¡Un Maestro!... —exclamó con sarcasmo para que la muletilla rompiera sus muletas.

Él no era hombre de homenajes, y Camilo iba a repetir la historia del Discípulo. No podía aceptar la orden del Maestro. “¡Un Maestro! ¡Un Maestro!” Seguía con machacona ironía a fin de no identificarse con ese reconocimiento. Camilo refutó afirmando dentro de la rebeldía del silencio. “Sí, Sí, Sí.” En esa actitud suya estaba la nueva perspectiva de la cultura oriental que el Maestro le reveló una mañana con una festividad sabrosa.

—El Tao es rumba.

Y el contraste de “Un Maestro, No” y “Un Maestro, Sí” empezó a congregarse en Camilo como en los carnavales de la niñez. El Maestro parecía descubrir lo que estaba pasando por ese silencio del discípulo. Las voces de los dos se hermanaron en la negación asertiva. “La música es Tao”, decía el libro que le prestó a Camilo, y él evocaba ahora en una conga de espíritu levantisco, calladamente, aquellas citas del *Tao Te King* que el Maestro le había enseñado:

*“Producir y nutrir,
producir y no poseer,
obrar y no retener,
acrecentar y no regir,
son el misterio de la vida.”*

Era el adiós al Maestro. Ambos lo sabían. Y lo realizaron sin reparos. Camilo no estaba dispuesto a condescender en ese “No al Maestro”. Tal vez fue esa la fórmula elegida por el azar en aras de que el joven pudiera continuar *solo* su camino.

Andaba por su Isla. “Las calles son un país, la ciudad un continente, la nación, algo que no se define de infinitudes.” Con el Maestro había dejado de ser tan poca cosa... Parecía resguardado de lo más distinto: el odio.

—El rencor es un complejo de inferioridad.

Camilo se acordó de aquel pensamiento tan característico de él.

—El resentimiento es una enfermedad sin tiempo porque para existir construye el futuro de un pasado sin presente.

Él, para que no fuera tan duro el gesto del Maestro en la despedida, volvió a sumergirse en la tropical tendencia de convertirlo todo en relajo, hasta el mismo

relajo. “Un Maestro No” “Un Maestro Sí”, musicaba aún de vuelta a casa con la cantilena de un guaguancó inagotable. Nunca el relajo había sido tan serio.

En la habitación la lámpara estaba a media luz. La Abuela pasó por el cuarto y lo tapó con la sábana en la que había bordado sus iniciales como si Camilo tuviera todavía cinco años.

—Que duermas bien, amor mío.

Camilo se enroscó en la cama con el eco de ese *amor mío*. La voz del Maestro creció en él. Recordó otra de sus visitas. No quería conocer sus opiniones políticas.

—Maestro, ¿no es extraño que en un país donde el *Alma* se juzga una reminiscencia burguesa se evoque constantemente el *espíritu* revolucionario?

—La política somos nosotros, Camilo —el Maestro bostezó—. Es redundante hablar de nosotros mismos.

El joven, imitando el método inductivo del Maestro, quiso rodearlo con una pregunta sobre el cuerpo, a fin de encamilarlo sigilosamente a tratar del “espíritu revolucionario”. El Maestro, sin sucumbir en las redes del discípulo, opinó entonces:

—Quizás la prueba de la eternidad del cuerpo sea su envejecimiento. Quienes sostienen que el cuerpo es una cosa y el alma otra, se equivocan. Aciertan los que han visto el rostro como *espejo del alma*. El rostro desaparece cuando no hay espejo, o lo que es lo mismo, el cuerpo muere sin alma.

El persistía en transformar el pasado. El Maestro le conminaba a vivir el presente:

—El pasado y el futuro están en tu presente.

Apagó la lámpara mientras se avivaron en Camilo otras significaciones de la exégesis del Maestro. “El Cuerpo, El Tiempo... —masculló aletargado entre las sábanas—. El espejo guarda nuestra primera imagen al asomarnos en él, por eso en su territorio el hoy y el ayer son irreconciliables”.

Por Camilo se sucedieron otros encuentros con el Maestro, como aquel, tan habanero, en el que le invitó a practicar un ejercicio al conocer la censura de su cuento sobre el paraíso recobrado en Maracas.

—Los que tienen mal aliento es porque dedican la vida a hablar mal de otras personas. Con ellos cepillo y mucha agua. Después, Camilo, déjalos partir.

Ese fue el momento en que el Maestro estuvo más próximo al terrenal filosofar de la Abuela. Luego tornó a ser el de siempre, un poco indio en el silencio, chino en su ancestral discernimiento, y babalawo en el mágico estar en la vida. Su lealtad, esa palabra hecha de oscuras claridades, era a la inteligencia. Y Camilo se olvidó por un tiempo de vigilar a la muerte. “Amor mío”, “amor mío”,

reverberaba aún en duermela el amor de la Abuela. "Cómo amarle si él era el amor. Un Maestro No, Un Maestro Sí". Camilo se durmió en la rumba.

9

Sueña Camilo que se abre una puerta hipogea y él es un ser bifronte. Galopa sobre un mapa que semeja un lagarto. La puerta es la misma de aquel bar del Puerto de La Habana que se le hizo invisible con su dibujo medieval de monstruos inasibles. El interior parece un recinto de vicios antiguos, un espacio de usuales clientes que han hecho inhabitable, con la fuerza de la costumbre, sus paredes encaladas. Camilo avanza conforme a un gnomo de las flores bañado por el rocío de su sueño. Hay grama y oscuridad. Siente ese miedo infinito, horrible como ninguno, el de la infancia en un cuarto sin luz. "Veo el sueño como si fuera de otro que soy", soñó. Camilo se rige por la inconstante duda de si ese olor a sándalo es el sueño, o si el perfume que arde es propicio a la realidad. Busca arduo entre la superficie del sueño una señal onírica y halla, tras aquella puerta hipogea, unos ojos sin iluminación que le miran como se pierde la lluvia en el bosque. Acuden imágenes encendidas por amados desvelos, algunas recurrentes con la sabiduría de las pesadillas. Un latido proviene de un punto de luz en lontananza, se va disipando hasta apagarse del todo. Verifica unos pasos que se acercan. El lugar ya no es grotesco ni deforme. Descubre una voz que da los buenos días y le guía. Camilo cae del otro lado de la puerta similar a un sueño dentro de otro sueño, como si quisiera realizarse aquella vida no vivida, donde la memoria ofrece su gradual compañía a través del espejo de nuestra existencia. El sueño se convierte entonces en un ajedrez donde el demiurgo que somos reta al hombre que no fuimos.

Una cortina de mariwo da acceso a un cuarto. Asocio las fibras de palma deshilachada con la paja. La pared luce un palo moruro y un rabo de caballo con mango, el Iruke. Sus adornos con cuentas azules y blancas destellan vida, realeza, son un homenaje a Obatalá y Oyá. Diviso una pieza de barro, la nganga. Allí reside el fundamento en la Regla de Palo Monte. Oigo el eco de un animal guardado en una piedra de Otá que está dentro de un caldero. Se mezclan ante mí otros atributos yorubas y lucumíes en una procesión incesante de objetos y símbolos que me seducen gratamente. Una vasija gris de Oggún, con dos asas, se difumina levantada por tres pequeños pilares fundidos al recipiente. Cerca, una sopera para Ochún, de estilo oblongo y fondo claro, se enfatiza sobre un plato de dorados ribetes que reproducen con elegancia distintos motivos. En el altar, un Changó negro de ácana, cubierto por una vestimenta roja y blanca, dicta enigmas acompañado de un hacha roja. Más allá, un muñeco de Eleguá azabache, con las

manos en alto, juntas, sereno a modo de un yoga en posición triangular, era contemplado por los negros mellizos Ibeyi, sentados en sillas castañas, uno al lado del otro, como si quisieran atraer la atención de Ochosi que, en cuclillas, parecía un amerindio con un arco en la mano izquierda y en la derecha una amplia fusta blanca. Yemayá, expansionada en un bello vestido azul que le tapa los pies, preside la ceremonia. Abre los brazos y la estrella dorada de su frente brilla más, haciéndola flotar sobre un manto de agua. Su gesto refleja la imagen de la Virgen de Regla como yo la conocía, protectora, con un niño en los brazos, irradiando el entorno de azul a través de su capa, perfecta en su túnica blanca bordada con símbolos dorados; mientras a sus pies, tres pescadores devotos, se encomiendan a ella. La habitación cobró animismo. Deidades y figuras se entrelazaron en un diálogo inaprensible que se revelaba como un lenguaje conocido. Dos copas de metal, ceñida una en el remate a un perro tallado de color plata, y la otra coronada con un gallo, pendientes en el borde de cadenitas que terminan en bolas oscilantes, comenzaron a girar alocadamente. Se alzó un viento en el cuarto que hizo caer una pluma de loro en el interior de un envase lleno de manteca de cacao. Otras piezas de madera con forma de espadas, cuchillos, hachas, serpientes y lunas niqueladas, ascendían dispersas en un torbellino que era seguido por una cabeza de Eleguá hecha de cemento, cuyos ojos pintados de color arcilla, engendraron un silencio de orishas. Unas sombras portaban collares con cuentas alternas entre rojas y blancas, rojas y negras, blancas y azules, verdes y negras; otras conciliaban en un mismo collar el negro, el rojo, el amarillo y el verde. Una mano me rozó con un brazalete de cuero que poseía círculos de caracoles blancos. Agarró un tablero de cedro que al contacto iluminó de repente la estancia, y del techo descendió un paño cuadrado con una mitad triangular en rojo y la otra en negro. En el centro una esfera alternaba en semicircunferencias estas dos tonalidades contrapuestas con el fondo. Ibamos a quedar atrapados por el paño cuando nos liberó una voz. "Ilé Ocha." Me di cuenta que estaba en la casa del santo, su templo. Entonces surgió en una entrevisión su iddé, aquella manilla del Olúo de la Abuela con cuentas de vidrio tornasoladas que tanto me impresionaron el día del despojo, y que aludían a su santo ángel de la guarda. El babalawo tenía puesto un collar de mazo donde reconocí una moneda africana cauri. En él había un abalorio multicolor como si estuvieran representados todos los orishas del mundo. Se inició el suyere. El canto fue en honor de una deidad para que intercediera, delante del Dios Supremo Olofi, en beneficio de un joven. Antes de manifestarse el orisha descubro que estoy en otra región, y como un saltimbanqui intruso en la gnosis alejandrina, paso de un sitio a otro en un calidoscopio de sueños que des hacen en cristales una existencia disfrazada de colores.

Camilo sueña necesitar una firma y le ponen un cuño en un papel que lo prepara para la firma. Está en un sitio de ingobernables resonancias donde no hay secretos pensamientos. Él calcula la importancia de esa rúbrica en su vida. No ha pronunciado palabra, pero bastó pensar esa significación, “la Firma”, y sobre él se ha repetido un rechinar de labios mojados que golpean la ansiedad y tensan la expresión contra los tabiques de la habitación: “La Firma” “La Firma” “La Firmaaaaaa” hasta quedar el eco sesgado en el aire. Camilo se pone en marcha hacia otro compartimento en el que informan está la firma, y le estampan dos cuños en sustitución de las orejas. Él escribe un cartel grande con letras altisonantes para que todos lo lean: “YO SÓLO NECESITO UNA FIRMA”, y le pegan dos cuños más, uno en el lugar de la nariz y otro en la boca. Ahora respira cuños, habla cuños... se está desangrando de cuños porque también los brazos se han transformado en cuños, las piernas son cuños, hasta orina y caga cuños. Alguien organiza una ceremonia al HOMBRE CUÑO. Camilo ha podido presenciar la celebración antes de que acontezca. Él no quiere los honores de la tribuna ni el himno de las medallas. Conoce el final. Pero un señor de gafas oscuras y guayabera blanca le arranca los ojos, e introduce en las cuencas dos magníficos cuños que lo dejan troquelado. En ese momento, Camilo ha igualado la pobreza y la riqueza. Parece como nuevo. Se olvida de la firma. Ya no le interesa. ¿Qué es una firma al lado del HOMBRE CUÑO? Él anda alrededor de una muralla como si saliera de un mundo que hay que reinventar. Va poniendo cuños con los pies al caminar por la acera, tropieza y pone un cuño al apoyarse en el muro. Tras el muro cualquiera ha sentido el impacto de la mano en el hormigón amurallado y pronuncia una cifra mágica, por ejemplo, el uno. Y salen huyendo del número un caballo, un tintero, un camello y el sol. Todo se torna otra vez oscuro. Camilo, sin poder ver, choca y alguien con entusiasmo de *ninguno* asegura llamarse “el Cuatro.” Él corre perseguido por un gato, una boca, un soldado de llave y vela. Una mole formalista de buró y archivos de rutina se prende con el fuego impersonal de la vela, mientras Camilo se escabulle sintiendo que es humo de Isla y su futuro impenetrable humareda. Detrás del muro cantan un rezo que hace bajarle el santo a una persona. Adopta la forma de otro cuerpo. Camilo es poseído por ese acto, se comporta como si una divinidad permaneciera en él. El orisha lo exorciza de cuños. Camilo se estremece fuera de sí, se tumba inconsciente, echa cuños por la boca y no para hasta salir una espuma blanca que lo deja limpio de cuños. Camilo duerme. Mordido por los azares del sueño fue descendiendo hasta el centro de su alma.

Me caso con Mariana. Hemos ido a comprar el ajuar de la boda en un comercio de postrimerías. Su mismo nombre postergaba: “El Ocaso.” Vacilamos antes de introducirnos en el establecimiento. Su aspecto parecía un pacto con

el demonio. No obstante, esa era la tienda asignada en la ciudad para los recién casados. Ella me cogió de la mano y me obligó a rebasar el umbral de la planta baja. Mariana y yo pasamos a ser parte del oscurecimiento.

–La libreta y el carnet –aulló imperativo el empleado igual que un Cancerbero a la entrada del Hades.

Mariana mostró las cartillas de racionamiento y el documento que acreditaba el enlace.

–Suban al segundo piso –dijo como si quisiera que nos largáramos de allí.

El edificio era un árbol de navidad de luces y una plaga de ventiladores giratorios que mantenían despeinados a los trabajadores. Un cartel en un pabellón lateral anunciaba: “Este es un centro que ahorra. Venceremos.” Estaba prohibido utilizar los ascensores por el gasto de electricidad. La escalera nos condujo al puesto de una descendiente de Licaón que era la encargada de recibir nuestras primeras necesidades.

–¿Qué desean? –preguntó la Licaona con cara descompuesta.

–Una batidora –contestó Mariana.

–No hay –manifestó la Licaona indicando con singular complacencia el puesto vacío de las licuadoras.

Mariana y yo buscamos entre la lista de enseres de la boda otros utensilios domésticos.

–Deme entonces una olla de presión –pidió ella con pasión cenicienta.

La Licaona nos miró como si la hubieran insultado.

–Sólo tenemos tapas de ollas –declaró cocinándonos a fuego lento.

–¿Y qué más tienen...?

–Pregunten y yo respondo –me interrumpió la Licaona limando sus plateadas uñas.

Mariana hecha una Furia romana me llevó hasta la tercera planta donde ofertaban ropas femeninas y masculinas. Un Endimión dormía tras el mostrador.

–Señor, señor... –le despertó Mariana.

–¿Si? –se despertó el Endimión tanteando con los ojos achicados quiénes eran los nuevos aventureros.

–Me gustaría comprar un pantalón y una camisa –expresé con afán infantil por lucir tan bello como el Endimión ante Mariana.

El Endimión verificó primero que mi documentación estuviera en regla como si hubiese sido imposible que Mariana y yo pudiéramos haber llegado hasta él.

–Elija entre los dos. La casilla de la camisa es la misma del pantalón. Si consume el número del pantalón pierde el de la camisa –especificó el Endimión durmiéndose ante nosotros.

–Señor, señor... –le avivó Mariana igual que un timbre de despertador.

–¿Si?

–¿Y qué puedo hacer?

–¿Conoce Ud. el teorema de Liborio? –interrogó el Endimión.

Nos había desarmado a Mariana y a mí con aquella pregunta.

–No –afirmamos los dos.

– $A + B = C$. Angustia más Bobería es igual a Consolación. Si no puedes comprarte un pantalón y una camisa, llévate un pijama.

El Endimión se adormiló al enunciar esa resolución de “Ocaso”.

–Señor, señor... –llamaba Mariana desconsolada.

–¿Si?

–¿Ud. ha sugerido venderme un pijama? –indagué abriéndole los párpados para que viera mi ofuscación.

–La casilla de los pijamas incluye pantalón y camisa... –suspiró el Endimión cansado de explicaciones.

–¿Dónde está el Administrador de este local? –inquirió Mariana dispuesta a lidiar contra el universo en “Ocaso”.

El Administrador llegó bailando una polca. Había en el ambiente un óptimo espíritu danzario. Mariana fue a dirigirse a él pero siguió de largo con pasos de Tai-Chi.

–Señor, señor... –gritó Mariana al Administrador despabilando nuevamente al Endimión que prosiguió la frase donde se había dormido.

–...porque le toca el seis que es un número par –concluyó el Endimión.

–¡Ahí dice trece, el pijama es un trece! –exclamé yo apuntando hacia la vidriera que exhibía el número del pijama.

–¿Trece? –dudó de pronto el Endimión pavoneándose en el sobresalto como si saliera del pijama un pavo real.

–Trece –repetí sin asombrarme de que surgiera ahora del pijama un niño.

–Con que trece... –ironizó el Endimión en un tono que lo metamorfoseó en adolescente.

–Sí, trece –replicó Mariana.

Apareció él, el hombre, mi padre, consumando el significado de ese número en la tradición mágica insular. Ahí estaban las etapas de la vida *rematadas* por él. Rompió el papel que me había unido a Mariana, y me raptó de allí confundiénome con un Ganimedes caribeño a la orden de: “Ocaso, o caso.” Los dos nos diluimos en una vereda de luces disolventes.

–Pa’ ti este moforibale.

El babalawo ha emprendido el ceremonial por Camilo. No ve a nadie más que al Olúo sin poder precisar su silueta.

—Obaluayé ayuda a este moquenque.

Camilo, de espaldas, es un niño. Percibe que la encomienda del babalawo apresta su alma ante el soberano del universo. El sacerdote negro hace modyuba para que la reverencia de iniciación transparente con el saludo la secreta alabanza de Camilo a la divinidad.

—Ibaé bayé tonú —rogó el babalawo animando a los antepasados que mediaran con su fortaleza y presencia en el ritual del niño.

Con págugu, el bastón de cintas y cascabeles, golpeó el suelo cada vez que llamaba a los espíritus de la familia. Quería ofrendar a Camilo la tradición de sus ancestros para que le protegieran del miedo.

—¡Egún!

Y vino Ikú, la muerte. Los tambores sonaron. Camilo crecía y crecía con cada golpe de una percusión de ultratumba. Olubata, el maestro del ritmo, no paraba de tocar a fin de apaciguar la muerte. Por dentro Camilo evocaba el día que siendo un crío la madre le enseñó cómo espantar la muerte: "...aparecerá una rumbita como ese guaguancó que tanto te gusta bailar, y entonces baila mientras repites muerte muerte muerte..." No pudo contenerse y volvió el rostro creyendo que podía hablar de frente con Ikú.

—Estoy aquí para pedir por mi amigo Gerardo en alta mar.

Sólo había una pared y el cuerpo refractado de Camilo. Se engendró el temor de la imagen con la que no nos identificamos. La muerte se había mudado en espejo. Camilo sintió el silencio del cristal y cómo él era ese reflejo. Estaba absorto, con la expresión de un grito oculto que cubrió el rostro. Se adentró en el relieve de un sueño que lo eclipsó de razones y espejismos.

El barrio está inquieto. Los vecinos hormigean cargando ruedas de camiones, cámaras hinchadas de tractores, termos con té, bolsas de limón, depósitos plásticos llenos de agua. Es un día desconocido en la rutina del barrio. Han tomado la calle para armar un extraño artefacto que Camilo nunca ha visto. La memoria asociativa le hace suponer un instante tratarse de un juego de niños, después rectifica, no, es un concurso callejero en homenaje a una efeméride de *La Comuna*; luego, al examinar atentamente el armatoste que se va construyendo con la ayuda de todos, reflexiona si es un bastión, la amenaza de una invasión. Cada vez más vecinos y transeúntes se agrupan en torno a ese objeto que ha erigido la imaginación popular como si rindieran un extraño culto. En menos de media hora dicen que han fabricado el delirio, una balsa. Se incorporan los miembros de la tripulación, madres, niños, una muchacha embarazada y los maridos que cuidarán no se enamore el mar de sus mujeres. Van juntos en aquel planeta de fantasía. Patean la improvisada embarcación, saltan sobre ella,

prueban en el pavimento que no se hundirá. Llega el último pasajero. Es Pelli, el joven taxista que ha quedado cuadrapléjico en un accidente por la carretera central. Lo sacan de la silla de rueda y lo acuestan en la balsa para comprobar su espacio. El trayecto se debate elemental, factible. A fin de cuentas el trópico les pertenece. No puede fallarles su mar del Caribe.

Es la hora de partir. La Querendona del barrio ha convencido a uno de los amantes para que traslade la balsa en la rastra hasta la avenida del Malecón. Todos vinieron a dejar sus huellas en la nave que parecía un invento dadaísta. Levantan la embarcación sin los navegantes y la depositan en el interior de la rastra. Fuimos caminando detrás de ella como un cortejo fúnebre, lentamente, hacia el mar.

Amanece en el litoral habanero. Camilo no sabe cómo ha caído dentro de aquella balsa. Se sorprende de que por vez primera lo prohibido deje de serlo en la Isla. La policía ayuda a los balseros a entrar en el mar, arreglan gorros y sombreros, dan algunos consejos de cómo actuar si atacan los tiburones. La Habana parece haber desembocado en el Malecón para el adiós de los que fueron sus hijos. No hay distinción de edades, razas ni clases. Camilo piensa: "Ser balsero une." Tiene tiempo de contemplar a una anciana despedirse de un bebé que llora. Una mujer se desmaya. Otros abrazan a los que estamos allí como si fuéramos héroes. Montones de manos desean suerte a montones de rostros que no conocen. La ciudad saca sus pañuelos con lágrimas y se oyen aplausos y aleluyas que vocean súplicas y promesas religiosas. El mar está cegado bajo tantas almas flotantes.

Navego. "Cuando no hay esperanza la soledad del océano es tu soledad, entonces deja de ser un horror el mar y se torna la vastedad en puente hacia la esperanza. Firmado: Yoel." Me parece el nombre perfecto. Yo—él, Camilo y Cualquiera, Todos y Nadie. Con él pongo fin a mis remotas objeciones de nombrar las cosas.

Me desdoble con facilidad en actor y público, el sueño que sueña. No dulcifica saberlo, pero puedo comprenderme en ese océano vital. Así, soy el superviviente espectador de mis actos.

Toco la balsa. Ella no es tan sólo una red de tela que aísla del abismo. Es también ansias, futuro. Asisto ante Yoel sin necesidad de noticias sobre esos que dicen conocerme dentro de mí. Soy aquel adolescente.

La travesía. Mi suerte revela que no es singular. Poblaciones enteras que no me han sido presentadas van conmigo. El viaje siempre es un regreso hacia ningún lugar. De ahí que Camilo, Cualquiera, sean Alguien.

No puedo remar. Se ha hecho tarde arrepentido de todo, hasta de ir armado de paciencia frente al horizonte. La noche soy yo entre lo oscuro.

Imagino qué habría sido mi vida si no estuviera allí. Fue la peor condena. La deriva. “Estás pagando tu amor propio, ese orgullo que siempre te traicionó. Mírate, ¿dónde está cada cosa que amaste? ¿A quién le importa tu muerte segura?” Extrañé las grandes verdades del mundo: mi cuarto, las calles, el olor de La Habana, vieja, señorial, incomparable.

Hay balsas vacías. Se divisa el fuego con los colores del atardecer que me habían relatado encuentran los balseiros en muchas millas de agua. El resplandor comenzó a deshacer lo que formó su origen con lento deseo. “Es el gran suicida. Mata lo que le da vida”, dijo Yoel desengañado. ¿Por qué Nadie impide el suicidio?

Aquel jaleo de olas, la sed, quería beberme el mar. ¿Dónde estaba el Dios de la Abuela? ¿O estaba y era yo el ausente?

Fácil pareció lanzar mi existencia en aquella orilla. Me había introducido en sus aguas como se entra en un salón de baile, confiado de invitaciones, tan seguro de que si habría de elegir un final para Yoel yo me salvaría.

Camilo mira las mismas cosas que lo han mirado a él toda la vida: cuerpos, sombras, soledades. Percibe en el mar la corriente de sus antepasados deslizarse por las venas. Se pregunta si aquella persona flotando sin reflejo no es algún pariente lejano olvidado entre las oscuras olas de las que él todavía es testigo.

En la hora suprema lo que cuenta es lo que jamás había sido supremo. Alucina Yoel. Extrañé una taza de café caliente, una ducha...

Nado dentro de un ataúd. Sé que soy niño otra vez y sigo vivo porque tengo hambre. Trato de abrir la tapa de la insólita balsa al escuchar unos toques de tambor reproduciendo la entonación de una persona que habla. No puedo salir. Es mi madre en una tregua de su silencio insobornable. Discute con mi padre porque quiero dormir junto a ella. Se me hace insoportable sentirle y no verla.

Empecé a hundirme. Carmenate montado en su bicicleta viene hacia mí haciendo piruetas sobre el oleaje. Trae en volandas el pañuelo de Gerardo con la inconfundible fragancia de sensitiva que embalsama el espacio. Saco fuerzas. Yoel se había ido ya para siempre.

—¡Arlequín, Arlequín! —exclamé como nunca le había llamado—. ¿Dónde está Gerardo?

El ruido de batá. La batahola. El redoble de tambores era ensordecedor. Un oriki repetía con su canto el eco del nombre. Como una esfinge de indescifrable acertijo caí en otras regiones oníricas.

A quien no espera, la nada no desespera, sueña esta frase en una pesadilla críptica. Camilo se ha enamorado de una vaca que el Guajiro Biyayo lleva a la

Matrona. El ambiente es de contigo sin luz y agua. La vaca es más femenina que Mariana, y tiene los ojos de la Miliciana y el cuerpo de Tania. Entre pecho y cintura mete una voluptuosidad que enerva. Comienza la telenovela, el drama nacional de la Isla. La vaca se ha hecho parte de la familia, pero está allí con un único fin: comérsela. El Guajiro Biyayo mata el amor de Camilo. Colonio hace la correspondiente denuncia en comisaría. Gerardo ayuda a repartir el cuerpo de la vaca en La Habana para que no puedan acusar al Biyayo. El Misionero y el Guataca, vestidos de policía, sorprenden el racionamiento de aquel crimen en la ciudad. El *hecho* moviliza a la opinión pública por asesinato. Al Guajiro lo encarcelan diez años por confundir un bien del Estado, la vaca, con un plato de comida. Gerardo es detenido con cuatro libras de carne y un dólar. Comparece ante el Tarambana de la Cripta que detenta el puesto de juez del Tribunal de Justicia. Asisten como testigos del juicio Coquito y Frutabomba en representación de los comuneros del barrio. Coquito es el responsable de vigilancia y Frutabomba el presidente del Comité de Defensa de la Revuelta. Éste porta una banderita a manera de batuta mientras sus uñas postizas destellan convicción y militancia. Coquito, en un segundo escaño, bajo los extractores de aire de la sala del tribunal, ventea una crecida melena teñida de rubio. Muestra ínfulas de dominio sobre el público presente con pose de espía que compra el pan en una cola. Los dos rinden cuenta de la maldad de Gerardo.

—Es un Chinchorrero —alega Frutabomba como si fuera a dirigir un mitin.

—Yo lo he visto en el Malecón hacer con el falo el juego de la suiza mientras los delfines saltan por los aires —declaró escandalizado Coquito.

La sentencia del Tarambana hila los plañidos de la pareja picassista y el suplicio de Camilo sin su vaca.

—Quince años de cárcel pa' Gerardo: cinco pol el cabrón dólar, y diez pol la puta vaca.

El martillo del juez cerró la sesión con un toque de aldaba que abrió la puerta a Camilo en el salón hechicero del Olúo.

El babalawo narra a Camilo la leyenda de Babalú Ayé, el San Lázaro de la Isla. “Hubo un tiempo en que Babalú fue desobediente y lo arrojaron de sus posesiones infectado de repelentes enfermedades. Pa' que no hablara le cerraron la boca. Humillado y rechazado por su pueblo yoruba decidió irse. En su marcha le maldecían como un demonio. Echú se apiadó de Babalú deambulando por los caminos y lo condujo a Orula. Él, poseedor del secreto de la adivinación, con los oráculos ékuele y el Tablero de Ifá, le comunicó a Babalú Ayé un sacrificio que debía realizar. En lo adelante tenía que viajar siempre en compañía de dos perros. Orula pronosticó que se encaminaría hacia un lugar

donde lograría ser otra vez importante. Y así fue. En Dahomey había un rey tirano que al ver a Babalú se postró ante él y rogó perdón por sus errores. Desde entonces, Olofi santificó a Babalú Ayé que cumplió los consejos de Orula, y con la lluvia lo purificó de culpas y enfermedades.” Camilo experimenta una mitología de sensaciones. Piensa que el babalawo ha establecido una parábola de su existencia y se equipara con Babalú. La voz en off del Olúo indica que no lo vuelva a intentar.

–No compares a los orishas con la gente. Los santos se pueden molestar.

–Pero los orishas fueron seres reales... –agregó Camilo imbuido de un círculo de secretos.

–No somos dioses, muchacho –replicó el babalawo haciéndose de carne y hueso.

Camilo percibe en el sacerdote negro el misterio de lo invisible. El sueño, excitado por la fantasía de la realidad, lo impulsa hacia el ensueño.

Una mano revuelve hojas y raíces en una cazuela. Hierven. Camilo advierte el riego de una piel plagada de pústulas con esa poción. Las llagas, abiertas y sangrantes, se curan. Un mayombero, al que no se puede precisar los rasgos, adereza un mejunje con adormidera, caraguá, trozos de uña del pie y pelos de la cabeza del enfermo. Tritura, reduce a polvo en una mixtura los ingredientes de la mágica receta, da a beberla en el café. Camilo descubre que es el enfermo. Crece en él un amor desmedido por todas las cosas hasta encajarse en un sueño más profundo.

Invocan al espíritu que habita en la cabeza de las personas, Orí, para proteger la inteligencia y apartar la locura. El babalawo se vale del oráculo de Ifá. Orula parece dar argumentos a Camilo de su relación con otros orishas por medio de un patakín que exalta en la fábula asombros iguales a los vividos por él. No se atreve a decirlo, pero el tablero Até Ifá revela al babalawo que Camilo sigue pensando en Babalú Ayé como sangre de su alma. Pierde el conocimiento cuando el sacerdote negro descifra awo, el misterio, con ikines, esas nueces que adivinan a Camilo bajo la ciega andanza de la luna.

–Iború, Iboya, Ibocheché.

Aparecen las tres mujeres que salvaron la vida a Orula y cuidan a Camilo mientras sale de la inconsciencia entre las manos de ellas. El dueño del secreto de Ifá, Orula, se ha manifestado.

–Podrá vivir en Ilé Ifé –sentenció Orula.

Camilo ya está allí, la ciudad sagrada de los yorubas en la que radica Oní, la principal autoridad religiosa. La vegetación es barroca. Cree hallarse en la Sierra del Rosario. La belleza enmudece. Fue tan bello lo que vio... En la ribera

de un río se detiene. Su ser transcurre en aquel cauce que es una vaga memoria de algarabías. Muy lentamente le allega la impresión de su existencia como si sólo se pudiera estar vivo desde el recuerdo. Un ruido de caracoles proviene del fondo del agua. Mientras más se esmera en localizarlo, más se ahonda en esa fluencia de su propia vida. De repente, escucha:

–Eledá está conforme.

Estoy ahora entre paredes, en la casa del Olúo. Me distraigo con un canastillero donde una güira irradia animación. Han “montado la prenda” con fuerza sobrenatural. El babalawo había ejecutado una ceremonia propicia al santo de las cabezas. Terminó de “rogar la cabeza” cuando yo me reintegraba del viaje imaginario por Ilé Ifé. Siento rehacerse el sonido de caracoles. Puedo determinar esta vez su procedencia sin grandes esfuerzos. Me quieren resguardar con poderes mágicos. Antes hay que remontarse a las márgenes de la adivinación. Hacen dilogún. El babalocha tira los caracoles sobre una estera y advierto en sus ojos la interpretación por la posición en que han caído las piezas. Odún, las letras de Regla de Osha, han hablado a través de los caracoles.

–El futuro está en el azar.

Sobrevino en mí el pasado oponiéndose al mensaje del dilogún, como un río de horas aciagas con el rostro de todos y todas nuestras miserias.

–Alguien te ha metido en el caldero. Hay que hacer un trabajo pa’ quitar el daño. Han echado maleficio. Te habían debilitado a Eledá –reafirmó el babalawo.

La voz de un palero propuso efectuar el ritual del “amarre de las cuatro esquinas” para que ningún espíritu malicioso pudiera interrumpir la limpieza que me iban a consagrar. El santero tocó mi cabeza y descendí hasta un sopor que fue borrando la visión en el entorno de un yo cósmico durmiente.

De la espesura salió Ekú, la jutía, jugando con un güije. No era el tipo de fantasma que aparece cerca de los ríos. Parecía un ser más corpóreo que yo, y hasta más humano en los rasgos y la delicadeza de su trato con Ekú. Tan pronto lo avisté se escondió tras una mata de pomarroza. Su estatura, camuflada en la maleza, transmitía una ambigüedad como si quisiera aparentar ser más grande o más pequeño de lo real. No recuerdo su imagen con cabellos largos ni piel cobriza, sino similar a un niño que reconoce el bosque como suyo. Hizo un silbido que imitó el sonido del alba y surgió el travieso Laroye. Daba la impresión de estar recién despierto y haber brotado del mismo güije. De este modo, Laroye, con figura de Elegguá niño, espoleó al güije en un malabarismo de manos para que dejara el escondrijo. Le debía procurar unas cosquillas maravillosas porque el güije no paraba de reír. Todo era un temblor de

matorral al correr él entre los árboles perseguido por Laroye. Se desvió hacia el río y con otro silbido logró ensanchar la orilla hasta sus pies. Laroye interrumpió la carrera como si le asustara el agua. El güije se zambulló con tal alboroto que aventó el vuelo de unas irritadas garzas que graznaron su reprobación por aquel comportamiento frente a ellas. Cuando se alejaron, aleteando aires de altanería, él sacó la cabeza igual que un brujito, y lanzó sobre Laroye un chorro de agua que empapó su atuendo de orisha infante. Luego se sumergió brujón y no se mostró más. Laroye no delató sorpresa al descubrirme enmascarado entre las lianas.

–Tú eres el que estaba esperando –dijo al coger mi mano y llevarme hasta “vititi nfinda”, los ojos del monte.

Lo primero que me enseñó fue saludar a los cuatro vientos y hacer una reverencia. “Así se habla en el monte con ella, la espiritual Siguaraya, que abre, tapa y rompe caminos.” Después, como en un preámbulo de juego con güije, se sumió en una picardía montaraz. Me acordé de Gerardo. Laroye, al comunicar el fascinante lenguaje del monte, acompañaba las palabras de un histrionismo donde sacar la lengua, engolar la voz, o hacer muecas, condimentaban el sustrato de una expresión que sugería más que decir. De esta manera, reveló el alucinante sentido de las cosas que nos rodean. “Ésta es la taimada Adormidera, sirve para embaucar”. Se agachó y palpó con cuidado de caricia reversible. “El inefable Agracejo, se emplea para hacer daño y bien.” Dio unos pasos y aspiró con fuerza como si limpiara su alma. “El generoso Aguinaldo Blanco, despoja de nocivos influjos.” Entre unos matojos se detuvo con ese gesto tan propio de Gerardo cuando tramaba una pillería. “El potente Ají guaguo que hace la brujería más fuerte.” Un poco distante, en un claro del bosque, la mirada se le enterneció. “La tierna Albahaca, para la buena suerte y santiguar de malos bilongos e influencias.” Laroye apenas reparó en la Escoba Cimarrona. En un desplante de Elegguá niño indicó desdeñoso: “Es para que la muerte se vaya de casa.” Su atención recuperó el interés al distinguir “el Huevo de Gallo, cuyo cocimiento repone el vigor y la virilidad.” Golpeó un tronco con clave rítmica. “La poderosa Majagua, castiga la maledicencia, apresa la sombra, y no la libera.” Sonrió frente a “la indestructible Pega Pega que une matrimonios”; y con “el hermoso Rompe Saragüey, aliado en el despojo y la purificación del hogar”, prolongó la conducta de unguida expansión que desveló en el Aguinaldo Blanco. Al rato, invadido de un fulgor de antiguos deseos, se rascó con gracia por el cuerpo mientras se refería a “la bilonguera Sacu Sacu, destinada al sentimiento.” Posteriormente sus arrumacos se concentraron en “la romántica Sensitiva que enamora la sensibilidad,

escucha cuando conversamos y no se puede arrancar sin caricia.” Laroye parecía guiarme hacia el corazón de la Sierra del Rosario. Estábamos en la Loma del Taburete cuando tocó tres veces a Iroko, la ceiba, “mansión de los santos.” El árbol se quebró en dos mitades. “La montaña guarda el espíritu de los que han subido a ella.” Entreoí, a la vez que varios suyeres llegaban de un remoto espacio. Comenzaron a salir de Iroko unos seres que había visto pintados en el tapiz del Olúo. No podía creerlo. “Son ellos, son ellos”, repetí con emoción. Uno a uno fueron apareciendo los orishas y se intrincaron por la manigua hacia el santuario del babalawo. Laroye desgajó un fruto del “noble Tamarindo para soñar con paz.” Sus bostezos se fueron acentuando al señalar “la afortunada Verdolaga que esclarece la suerte.” Casi se duerme al vislumbrar “la misteriosa Yaya, hija del bien y del mal”. El niño Elegguá soñaba cuando advirtió: “Esa de allí, la crecedora Yedra, no abandona a quien abraza.” Entonces sentí la asfixia esparcida por los Troglos cuando uno se halla cerca de ellos, con sus típicas caras funerarias de pésame amaestrado. Me fui sofocando con los bronquios haciéndose branquias bajo esa exhalación de Troglos de acecho en asechanza que trepaba por mí como una enredadera. Caí en una profundidad sin güije.

Han realizado en Camilo el “amarre de las cuatro esquinas.” En el aire hay olor a ron. La chamba. Un chorro de aguardiente baña el pescuezo de un pollito desangrado sobre la nganga. El babalawo le echa ají guagua para que la magia sea más potente. Practican biagué con cuatro pedazos de coco. Adivinan a Camilo en una escena con Saurio y Troglos. Humillan, blasfeman.

—Eso no está bien —opinó el Mayordomo que cuidaba la nganga al conocer la visión del biagué.

El babalawo oficia un ritual. Coge siete fibras de majagua, siete pastillas de añil, pide un cuchillo nuevo que se lo alcanzan, y cuatro lenguas de res, una por el Saurio y las otras por los tres Troglos. Las atraviesa de lado a lado con el filo espejeante del cuchillo. Agarra velas, parte una de ellas, la enciende al revés, y llama por su nombre a los blasfemos ante la piedra del Orisha. Arde unos minutos, la apaga, da en las lenguas la misma cantidad de cuchilladas del tiempo que duró la vela encendida, y con cada tajo mete una bolsita de añil, suplicando a Yemayá escarmentar a los que engendran falsos testimonios. La esperma de la vela y las lenguas preparadas por el babalawo son llevadas al mar. Camilo no puede estar allí pero sueña la ceremonia más allá de la estancia del sacerdote. Se efectúan tres pasos hacia delante y tres hacia atrás mencionando los destinatarios del hechizo. El babalawo los está entregando a Yemayá. El embrujo se abandona en la orilla. El mar concluye la obra mágica.

Camilo camina por las rocas. Pescan. Sentado entre los pescadores hay un espíritu invisible a los demás que Camilo reconoce. Es Vodum. Le hace un gesto para que se acerque. Camilo no se ha repuesto del acto mágico del babalawo. Vodum parece darse cuenta de su incertidumbre. Se dirige a él imitando la misma pintura donde su madre lo inmortalizó una vez, de cuerpo entero, en aquel cuadro permeado del barroquismo de La Habana. Allí Camilo estaba en el Morro como si fuera el faro de la ciudad. La madre con ese paisaje había regalado al hijo su universo. Vodum respiraba con dificultad. De pronto se metamorfoseó en un Camilo anciano, y como si el futuro reprodujera la extinción irremediable de lo que había sido, desapareció sin poder contemplarlo.

–Pa'llá, Pa'llá. No vuelvas más, si no, Olofi te castigará –exigió el babalawo cuando Abicú, espíritu viajero que mata prematuramente, había encarnado en la figura de Vodum para atormentar a Camilo con el remedo de su propia imagen.

Él yace en trance. La sensación de un sofoco agarrotado fue cediendo mientras surgían miembros de la Regla Lucumí, Regla de Mayombe, Regla de Palo Cruzado y Regla Kimbisa con una finalidad que trascendía el letargo y el alcance de un oficioso ceremonial. El babalawo solicitó la presencia de los santos. El asheré, a ritmo de maraca, con sus cuatro güirras adosadas de cruces y símbolos en rojos, invocó a Changó. La voz de la Abuela sobresalía sin que fuera posible ubicarla.

–Vi a Ochún entre las enfermeras asistiendo a mi hija el día que nació Camilo –dijo con devoto agradecimiento por la alegre Ochún.

–Yalode, Yalode –llamó el coro de santeros a Ochún y Yemayá.

Agogó, la campanilla de Yemayá, tintineó movida por el babalawo. La ofrenda de su fruta predilecta, el melón de agua, y una jícara con melao, atrajo su intervención. Vestida con una bata de espuma y mar, la patrona de los marinos, Yemayá, apareció del brazo de Ochún. Ella, en la forma de una seductora mulata, la acompañaba. Los movimientos de Ochún, ceñidos en un ropaje amarillo del que colgaban rutilantes cascabeles, eran pura melodía. Uno de los presentes puso a sus pies unas palanquetas de gofio con miel sin atreverse a mirar esos ojos de tanta hermosura. Otra señora negra tocó con los dedos la tierra por donde había pasado Yemayá, y al besarla empezó a revolverse por el suelo. En ese instante, ambas, Yemayá y Ochún, se sincretizaron en las diosas del altar de la Abuela. Yemayá, en la Virgen de Regla, y Ochún en patrona, la Isla. Las dos bendecían los nuevos obsequios depositados a otras deidades. A Changó le brindaron el amalá, harina de maíz y carnero. Él no tardó en llegar con una banda de Obbá cruzada en el pecho y una chaqueta roja de listas blancas. El babalawo,

tendido en el piso boca abajo, con las manos pegadas al cuerpo, trasladó su salutación. Camilo volvía en sí cuando Changó se puso en la cabeza una corona que simulaba un castillo desde el que se podía dominar el mundo. Por su parte, el orisha de los caminos se dejó observar tras sacrificársele un ratón con un gorro poblado de cuentas y cauris. Lucía un pantalón corto igual que un niño lleva su papalote como un cometa sideral. Las patas del pantalón, roja y negra, rememoraban a Arlequín. Era él, Elegguá, el Niño de Atocha, que venía discutiendo con Echu. Parecían representar el *yin* y el *yang* del panteón yoruba. Si uno hablaba en positivo, el otro callaba en negativo. Obatalá, de blanco impecable, intentaba apaciguarles. Se había manifestado luego que le dedicaran, para él solo, una torre de merengue y una natilla de leche. Con un refinamiento equitativo, consciente de ser el orisha mayor, hijo de Olofi y artífice del hombre, se negaba a tomar partido por uno u otro. Así, se limitaba a dulcificar bebiendo la champola que el babalawo le había hecho con pulpa carnosa de guanábana y leche condensada. Su aliento frutal casi adormece a Camilo en un sueño aromático donde Obatalá fue la Virgen de las Mercedes. Pero la emoción de algunos religiosos al contemplar la humilde aparición de Babalú Ayé, tras consagrar en su nombre un trozo de pan quemado y tostarle unas mazorcas de maíz, *alebrestó* a Camilo. Envuelto en una tela de saco morado, seguido de dos perros y apoyado en una muleta, Babalú imponía santa veneración.

—Padre del mundo, padrecito del mundo —pregonaron los fieles.

Babalú Ayé bendijo a quienes le adoraban como un San Lázaro del pueblo. Separado del grupo, Camilo percibe a un joven mestizo que levanta la pierna izquierda y reproduce la acción de disparar una flecha. Saludaba a Ochosi, justiciero y guerrero. Este orisha había admitido la codorniz puesta en su honor en el altar por el joven mestizo, y Ochosi hacía ver la aceptación guardándola en su gorro de piel de tigre. El babalawo lo recibió con acatamiento a la vez que rogaba por medio del asheré la comparecencia de Orisha Oko. El sonido del güiro lo invitó a salir de la fuente de porcelana donde vivía. Miró con sentimiento duradero los ñames y babosas que componían su ofrenda. Él, deidad de la tierra, patrono de labradores, juez de orishas, estaba para pedir por el mundo. Una chica con un collar de siete cuentas rosadas y siete azules turquesa, se posternó ante él por el milagro que le concedió: tener un hijo. Él lloraba también de agradecimiento desde el útero de la madre. Orisha Oko fue alabado por el coro de rumberos.

Orisha Oko, tuya es la tierra.

San Isidro Labrador, nuestro Orisha Oko.

*Son tus dos rostros,
el día y la noche:
La noche la muerte, el día un hombre perfecto.*

El babaloshá, poseído de la mística cadencia de Iyá, Itótele y Okónkolo, los tres tambores sagrados que traducían la letra como si la percusión fuera la onomatopeya del canto, dio las gracias a Orisha Oko por esa acción divina, inmerso en el zumbido de sus mensajeras, las abejas.

–Oggún, San Pedro, está aquí –anunció el cántico del coro.

Las abejas volaron hacia él dando la bienvenida. Con el rostro de un cazador ermitaño, seguro de sus poderes, el señor de los hierros llevaba un cinto de fibras de palma del que pendía el ebbó realizado en su culto: una botella llena de su espirituoso favorito, un aguardiente de caña recién destilado. Echó hacia atrás la cabeza con impulso viril para darse un trago y cayó al suelo su achatado gorro. Agayú Solá, con largos pasos, lo recogió y al devolver la prenda a Oggún, Camilo comprobó que su cara no era ya de San Pedro, sino del mismísimo San Miguel Arcángel. Entre el guerrero atroz y salvaje que podía ser Oggún, imperaba ahí, entre todos, en el templo del Olúo, el espíritu bueno.

La Habana parecía de fiesta porque allí estaba su patrón, Agayú Solá, padre de Changó. Había abandonado su refugio en la palma real tan pronto sintió a los devotos celebrar sus dones terrenales. Cargó a uno de los niños que integraba el coro de los santeros y compartió con él una de las nueve galletas ofrecidas en su homenaje.

–San Cristóbal, San Cristóbal, tu ciudad te ama –alababa el coro en lengua africana en el apogeo del ceremonial.

Inle, dueño del río, con su belleza andrógina, arropado de un verde marino que resaltaba los imaginativos adornos de caracoles engastados en su elegante vestido, departía animadamente junto al San Juan Bautista del Caribe, Osun, a quien Camilo consideraba vigilante de sus sueños después de enterarse en una ocasión, por boca de la Abuela, que Osun dormía despierto. Un poco más tarde, con el polvo del monte a cuestras, Osain mereció la adoración de los santeros al inundar el ambiente las hierbas mágicas que florecían de su cuerpo. Era la naturaleza encarnada a través de su dios, Osain. A pesar de tener un ojo, una sola pierna y una mano, nadie se asustó al verle. Estaba de pie, saltando de alegría, parecido a San Antonio Abad, glorificando a sus adoradores.

–¡Eres grande, Osain! –decía Apwón, el cantante de los tambores batá.

–Aché Iworo –respondió Osain deseando prosperidad a los presentes.

En ese instante se incorporó al grupo de orishas Olokun, mitad pez y mitad hombre. Camilo pudo apreciar que además de mandar sobre el océano, era la divinidad de los babalawos, porque el semblante del Olúo rejuveneció. Detrás de Olokun vino la orisha remolino, Oyá, reina de los vientos, cuyos ademanes parecieron a Camilo copiados por Coquito. “Ella es una bola de humo, un ciclón en un vaso de agua”, recordó a Gerardo insistiendo que Coquito era “una bicha tapá.”

El mujeriego Changó se acercó a Oyá, pero ella, como si adivinara sus intenciones, adoptando la forma de la Virgen de la Candelaria, lo esquivó. El despecho de Changó se fue liberando a través del pelo que crecía sin parar. Rojo de cólera y amor, el orisha de la masculinidad se encerró en sí mismo como una Santa Bárbara para que Oddúa, primer rey de Ifé, testigo de su ira, no exacerbara las festinadas carencias de la clausura. De este modo, él, Changó, símbolo de creatividad entre los laberintos del hombre y de la mujer, podía burlar mejor a ese orisha fún fún, blanco, porque Oddúa, hermano de Oddún y Orula, era hermafrodita.

—Rey de los yorubas, dueño de la soledad, favorece a este tu hijo —rogó el babalawo encomendándose a Oddúa para sacramentar el collar blanco de un iniciado.

Oddúa se alejó de Changó y preservó el collar de soledades. Camilo creía entender ahora por qué el Maestro aseguraba que nunca estamos solos. “La soledad es hermafrodita” —concluyó Camilo como se culmina un testamento.

Los orishas iban llegando para soñar otra vez el principio. Hasta que la muerte, Ikú, irrumpió embravecida porque no se le había convidado. En su séquito de tierra negra había seres sin ámbito que eran polvo de espectros. Su presencia propagó una expectación lacerante. Ikú apenas podía soportarse a sí misma del furor que la abrumaba y empezó a emanar ofoché, los polvos maléficos que originan arayé, la sombra mala. Pero Olofi, Olorun y Oloddumare, los dioses de la creación, se reunieron en lo alto y decidieron hablar a través del Olúo. Querían castigar esa osadía de Ikú que deshonoraba a los otros orishas asistentes en la invocación de awó, el sacerdote. El babalawo, al mismo tiempo que su cuerpo estuvo en el templo, fue con su alma al encuentro de Olofi. Él ordenó comunicar a la muerte el siguiente mensaje:

—Vete, o Éggun, el espíritu de los muertos, mandará sobre ti.

Camilo cerró los párpados como si no ver impidiera observarle. Y en aras de que Ikú se olvidara de él cuando abriera los ojos, pronunció con un silencio de muerte para que sólo ella pudiera escucharle: “Todos nacemos muertos. La vida es un engaño a la muerte.” El tambor batá vibró. Ikú y su corte fúnebre se habían ido.

La danza de los orishas se efectuó con Yemayá al frente. Una mulata, devo-

ta de la diosa del mar, con un abanico de nácar y oro trenzado de caracoles, saltó al centro del baile. Con los brazos imitó el movimiento de las olas del mar y hacía sonar el collar de cuentas de agua ultramarina al girar la cabeza como si soplara una apacible brisa. La mulata reía al transformarse en olas que iban por el océano. Bracea, nada, se zambulle, rema hasta la orilla del Malecón donde Ochún aguarda su turno. Camilo atiende maravillado a otra mujer descalza que se introduce en la coreografía de Yemayá con bordados paños y plumas de pavo real en alusión a la sensual y bella Ochún. Unas manillas de oro la vuelven toda luz, mientras las manos resbalan voluptuosas por el cuerpo semejante a un riachuelo que se pierde más allá del monte.

—Oñí, oñí, oñí —pedía la mujer en éxtasis que desparramaran miel por Ochún, su santa.

Antes que Obatalá participara del baile seducido por Ochún, el babalawo colocó en el altar una jarra con miel que exacerbó las amorosas contorsiones de Ochún. Un hijo del rey del pensamiento, Obatalá, con custodias del Santísimo Sacramento y ocho cintas, se sumó al bailete con pasos de anciano enarbolando una espada. Luego agitó un rabo de caballo blanco en señal de limpiar los caminos, induciendo a Elegguá a revelar sus dotes escénicas. Descendiente de Obatalá y Yemú, Elegguá complació situarse detrás de la puerta a fin de iniciar desde ella su danza. Igual que un dios ansioso de chiquilladas, Elegguá se hizo niño para sacar la lengua, burlarse del público y hacer un dibujo en un papel. Camilo tuvo oportunidad de examinarlo. Era un boceto del casco antiguo de la ciudad, tal y como lo había contemplado junto a Mariana. “El paisaje de La Habana, Camilo, tiene duende”, decía ella, y Elegguá, que es también portero del azar, sorprendió a Camilo parafraseando a Mariana.

*Tres ojos son de Obi,
En ellos La Habana está,
Tiene duende, tiene Otá,
En la Isla vive Elegguá.*

Entre habanero y carabalí, Camilo se puso a hacer palmas con Elegguá, fascinado primero de que descubriera sus pensamientos, devoto más tarde, al transitar el orisha por el dibujo de La Habana abriendo senderos, devolviendo al paisaje insular su duende y güije de siempre. En los ojos de Camilo bailaba el alegre niño Elegguá que llevamos por dentro cuando sus labios parecían haber perdido irremisiblemente el sentido secreto de salvación que posee la risa en este mundo. Oggún se internó en aquella danza arborescente, como si La Haba-

na y el templo del Olúo formaran parte de un mismo bosque. Elegguá rendía cabriolas sobre un pie mientras el coro entonaba:

*Eyá Aránlá, niño Elegguá,
ningún santo te precederá.
Eyá Aránlá, tuyos son tres toques,
en el Orú del Eyá Aránlá.*

Oggún, revestido con piel de tigre, lucía un collar de cuentas verdes y negras. Ejecutó una interpretación de sus dos almas: la guerrera, empuñando un machete que rastreó amenazante el espacio; y la trabajadora, representada en el baile de la cotidianidad del yunque frente al martillo. Al finalizar se agachó sobre un pie, arrastrando el otro en unas complicadas maniobras que contagiaron al andrógino Inle, el cual avanzó en cuclillas impulsando la mano derecha en distintas direcciones como si desembarazara el terreno de hierbas y matojos. Se desplazaba en un serpenteo de gestos de pescadores en una canoa. Camilo se fijó en el collar de Inle. Adquiría diversas tonalidades con un brillo de diamante enloquecido que iba del matipó verde oscuro al azul prusia cuando las piruetas eran más zigzagueantes. Esa fluorescencia bailable animó el zapateo de Ochosi con voces de cacería. Intercalaba el arco y la flecha en una pantomima bélica para que no hubiera dudas de su condición de santo guerrero. Más allá del templo del babalawo la capital entera pareció vibrar como el tambor batá en la solemnidad de awó al decidir su patrón, Agayú Solá, San Critóbal de La Habana, poseer la figura de un joven negro que, alzando mucho los pies, dedicó su danza a erradicar cualquier obstáculo en la Isla.

*La verdad etá,
lo principal no se ve.
Marisela, el repudio se fue.
Marisela perdona ya.*

Camilo porfió curioso en conocer, entre el gentío de feligreses y la congregación de orishas, a quién le había bajado el santo de Agayú Solá. “Marisela, Marisela.” Se unió al estribillo acordándose de ella. Tenía que ser. No hay otra Marisela en la Isla que pudiera perdonar a todos. Tiembla. Ella llora el acto de repudio donde él fue uno más en la condena. “Marisela, soy un miserable.” Volvía a no moverse como si tuviera ante sí la terraza, aquellos ojos sin luz. El coro y los tambores retumbaban mientras el poseído sorteaba la mirada de Camilo.

*Comprendel y no poseel,
invisible é la felicidad.
Baila que baila, Agayú Solá.*

El crescendo rítmico alcanzó el punto climático. El embrujado se desplomó exhausto. Camilo sentía ahora miedo de confirmar que el joven negro era Marisela. Babalú Ayé entró al baile. Fue renqueante hasta el hechizado, mientras pronunciaban “espanta al *Caballo*, espanta al *Caballo*”. Babalú, en un hablar fañoso de manos contraídas, danzó entorno al poseso con dificultad. El joven, acostado con la cara hacia el suelo, se impregnó del anhelo febril del San Lázaro bailongo.

–Omó, Ilé Ocha é la Isla. Ven Omó, Obaluyé quiere a Iworo –cantaba Babalú Ayé ahuyentando las moscas que no deseaban la realización de su credo.

El coro tradujo las palabras de San Lázaro en un acorde de cencerros y maracas.

*Hijo, la casa templo
es la Isla, ven Hijo,
que el Rey del mundo
ama a su pueblo.*

El hechizado se movió despaciosos como si saliera de un cascarón. Las moscas se precipitaron sobre la carne ulcerada del poseso. La moscarda abría zanjás purulentas al lamer entre las llagas de la piel. Babalú Ayé metido en gestos abigarrados, removi6 el Ajá para barrer del aire lo malo con sus varetas de palma de corajo y tela de saco. El poseído se puso en pie. Camilo, desconcertado, contempló contemplándose. Changó no dio tiempo a reaccionar al hilar un carrusel que impulsó a Camilo en una rotación circular.

La fuerza cinética distendió el rostro de los orishas. En la unión inverosímil de dioses de la memoria y símbolos de generaciones que buscan su alianza, Camilo fue extrañeza y observación a través de la paciente conversión de unos y otros en el rendido ritual de la velocidad. Esa aceleración existencial que había experimentado como parte de su época, donde lo real se distanciaba cada vez más de la apariencia, cobró forma en la identidad de lo diferente. Camilo, tras cada vuelta en el carrusel, encontraba en los rostros de las deidades yorubas un simbolismo divino equivalente con la cultura grecolatina. Y como si Homero y Hesíodo se hubiesen inspirado en el panteón africano para humanizar el Olimpo, se hilvanaron los orishas con los mitos griegos en una

orgía de imágenes donde Hermes y Afrodita alentaban la fantasía hermafrodita. El carrusel se trocó en una guagua de la concordia con griegos y orishas en una peregrinación por los barrios de La Habana, como si en Regla o Guanabacoa pudiera estar el templo de Delfos. Así, en un ajiaço grecoamericano, Olorun era Helios, que con guayabera y tabaco, vivía en la calle Aguacate soñando con Amargura; Obatalá salía de la esquina de Teja para ser Gea, Atenea, o Mnemosine, sin renunciar a Némesis, Temis y Musa; Ikú, con peineta y chancleta, se alquilaba cada día en una casa distinta de La Habana Vieja por ser pariente directo del Hades, aunque Éggun, el espíritu de los muertos, le endilgó nuevos familiares cuando Hécate, Perséfone, Aqueronte, Caronte, Cerbero, Tánato, Hermes y Eurídice se mudaron de Matanzas a la capital de la Isla. Ni con Oggún ni Ochosi hubo previsibles vacilaciones. Oggún fue Hefestos, el feo de la Picota; y Ochosi, Artemisa, la negra caliente de la Avenida del Puerto. Pero respecto a Osún y Osain sí hubo involuntarios desvelos. Porque Osún se hermanaba a Morfeo, Hipno y Endimión, tres psicologías en una rijosa cabeza de mulato renegado que dormía en la calle Damas con sus amantes, a fin de no pillarle su novia por Desamparados; y Osain se compenetraba con Pan, el “papirriqui” de Peña Pobre, que sin un centavo en el bolsillo, tenía a todas y todos contentos al hacerse pasar por Eco, Aretusa, Oreas y Sátiros en algunos de sus encuentros. A partir de Orisha Oko las relaciones divinas se fueron complicando porque obligaba a interpolaciones. De ahí que Gea apareciera en el triángulo amorio del matrimonio entre Orisha Oko y Deméter, la buenaza insatisfecha que reservaba inexorablemente en sus noches de media luna un sitio en la cama a Príapo, el 20 x 2 pulgadas de vaya usted a saber qué. Yemayá se desvivía por Poseidón, el chulo de zapato de dos tonos que residía en Baratillo; y Ochún se amigaba con Afrodita al caer la tarde en la Plaza de las Ursulinas. La censura androginal hizo considerar a Camilo la posibilidad de que, en el río del olvido, Lete, se vieran de vez en vez, en secreto, otros dioses perturbados por el erotismo de Ochún. Entonces, y solo allí, Ínaco, el bolao; Iltía, la reprimida liberada; Hera, la Josefina de Carraguo; y Hebe, la morenaza de dos bandos, podían deslizarse por las aguas de Ochún. Olokun no demoró en imponer su oceanía amistosa con Calipso, Escila, Caribdis y las Sirenas, en una fiesta de percheros en el Paso de Churruca que alentó fantasmagorías lujuriosas y supersticiones de pueblo “porque los cuerpos iban por un lado y las ropas por otro”. Mientras, Agayú Solá se mostró encantado con el nudo gordiano de Niké y las Amazonas, avivado en la cuartería de la calle Inquisidor, lejos de la envidia de Ares y Alcides, los cuales no pudiendo compartir su suerte, eran capaces de castigar con la hoguera a los capitalinos por las licencias que él,

Agayú Solá, patrono de La Habana, inspiraba en la ciudad a través de su *licenciosa* conducta. Changó excitó más la propulsión de la guagua-carrusel cuando surgió como un Eros de la pasión mestiza y un Dioniso del despedote sexual. De este modo, Orula se casó con Apolo e Iris en el callejón de Espada deseando no ser molestado más por Oyá, que aunque no renegaba de Céfiro y Eolo, parecía un majá insaciable. Olofi, cansado del juego saturnal de Changó y de las elucubraciones asociativas de Camilo, intervino como un Zeus del Templete que pone fin al desenfreno olímpico y restablece la templanza. Inle y Asclepio tuvieron los minutos contados para esconderse como Coquito y Frutabomba, cogidos de la mano, en un callejón del bulevar de Galiano que Changó les inventó con nombre de Papaya en homenaje a Frutabomba. Hécate, con su jauría fantasmal de perros áulicos, quiso aprovechar la confusión y llevarse a Camilo como una Eurídice picada por un majá de Santa María. Ella, venerada por magos y brujas con sus tres cabezas, había adoptado la apariencia de Orfeo pretendiendo que Camilo no se asustara, pero Olofi había preparado la historia de Deucalión, no la del desvanecimiento contemplativo. Hécate tuvo que refugiarse en el espacio asignado por la mitología, allá donde la oscuridad vaga por encrucijadas espectrales. Camilo ya no alucinaba. Olofi indujo el ensueño en sueño. Changó frenó la guagua-carrusel. Los edanes de la diadema de Ochún resplandecieron en un nimbo de paz Zen. Camilo abandonó el túmulo de las analogías y regresó al universo onírico de Olofi.

Sonaba con Deucalión y su esposa Pirra salvados de una tempestad de nueve días y nueve noches. La realización de aquel destino de ellos: la barca, la cima del monte Parnaso, el oráculo délfico, los huesos, las piedras, las nuevas generaciones, era saboreado junto a él por Yemayá, a quien el babalawo había consagrado finalmente el tamal Ekrú Aró, plato adorable de la Virgen de Regla Yemayá, compuesto de pasta de *frijoles carita* enrollada en jugosas hojas de plátano. Con esta ofrenda el sacerdote ultimó el ritual previo a la revelación de la palabra de los orishas. A punto estuvo Camilo de despertar cuando descubrió en la embarcación de Deucalión a Gerardo. Él era un ritmo de olas, una serenata playera de la que Camilo compartía el secreto de la letra. Gerardo hacía de timonel con un canturreo de voz quebradiza:

*Chencha, la gozadora
Camina por el solar
Tira que viene y va
Yo me voy pa'llá,
Pa'llá, pa'llá,...*

El mar se agitaba como mecido por la eufonía, y Camilo se preguntó si acaso el oleaje se producía porque los peces bailaban bajo las crestas de las olas. Gerardo iba con el hijo de Prometeo hacia Ara Onu, la cósmica región donde el alma logra trascendencia eterna. Olofi les aguardaba con los brazos abiertos. Uno a uno, los tambores y cánticos se fueron recogiendo en un silencio patriarcal.

Las deidades, conformes por la devoción de sus hijos, deliberaron a puertas cerradas qué debía decir el Olúo tras el ceremonial. Después de acordar la decisión armoniosa, en una resonancia de cuatro por cuatro bilongos, al crear *el con paz* del universo, se agruparon en torno a Olofi para oír a Orula transmitir melódicamente *el compás* de la voluntad orisha.

-Todo lo dividido se unirá. La Isla será una misma familia. Aché -afirmó Orula para desencanto de Eris, que con su perfidia alada, había fomentado la discordia y la ruptura.

Aña, el dios del tambor batá, ascendió hasta Olofi la alegría por aquella promesa de los orishas que Iyá, Itótele y Okónkolo festejaron con una conga multitudinaria a las afueras de la casa del babalawo. Religiosos y no creyentes quemaron albahaca con incienso para alejar los malos espíritus. Y orishas y santeros se enlazaron en una fiesta popular donde el olor de la albahaca humeante transportó a Camilo hacia otra época en la que hay un bembé.

La música y el baile celebran en un cabildo el reencuentro de esclavos negros del África con amigos y familiares recién llegados a la Isla. Camilo está entre ellos como un jardín silenciado por una hoja caída. Se convertirá esa noche en cimarrón cuando los demás brinden con guarapo el consuelo de ser juntos esclavos. En el batey, mientras alían eyá cerca de la fogata para cenar pescado ahumado, él pone en la puerta del barracón, donde descansa la servidumbre, una cruz tallada en rompe saragüey y pinta otra debajo con manteca de cacao. Oye ya con añoranza cimarrona el jolgorio de sus compatriotas.

*Aremú, arará, aguamí Até Ifá.
Bantú, batá, bembé biagué batá.
Efik, epó, ekú ewe eyá.
Ilé, itá, Iyá Mi Ilé ochá.
Obi, ochá, omó oñi otá.*

Las palabras reinventaban la conga al mezclarse en el bullanguero bembé que hace emerger de las inalterables potestades del sueño: la baraja, el espejo, la lámpara... Despierto.

Miro con extrañeza el cuarto. Detrás de la puerta han colocado ramas de escoba cimarrona y una nuez de coco seco. Es obi, el fruto sagrado de los yorubas. Alguien ha dibujado además una cruz con manteca de cacao. La Abuela está baldeando la casa con hojas soñadas de aguinaldo blanco.

Condenados a reír

1

Había abierto los ojos, pero la Isla estaba en el sueño del cinematógrafo.

El Maestro profesaba que el sueño fue “el gran demoleedor de la escolástica.” No sé si aludía a la vitalidad renovadora de lo onírico, donde se diluyen las unidades de tiempo, acción y lugar, o quizás se refería a una cuestión más profunda que yo no alcanzaba a precisar. Pero fuera lo que fuere, al volver de la *realidad* del sueño, la vida se comunicó a la luz del día no como el eco de un recuerdo convertido en himno solar, sino como la sensación agrisulce de un cristal roto. Siempre el silencio del espejo es aterrador.

En el barrio chino de La Habana exhibían una película que estaba conmocionando a la ciudad. Y como yo creía con Terencio en el “hombre soy: nada humano me es ajeno”, fui a empapar-me de esa conmoción para ser más habanero. Así, llegué al cine a través de una de las paradojas premonitorias del barrio chino: la calle Reina. A fuerza de renunciadas y desamparos, parecía un ilustre erial por donde hubieran campeado las tropas mongolas de Gengis Khan.

Nadie podría suscribir que allí estaba el espíritu de Confucio, pero sí el de la Confusión. Los habitantes que se veían, repartidos por las bocacalles de la barriada, constituían una ensalada de chinos negros, blancos y cobrizos. Algunos poseían tanta *calle* caribeña como boca oriental tenía yo para degustar los arroces *tres delicias*. Apenas uno o dos ancianos, oriundos de Pekín, mostraban, sentados en un rincón de una estrecha acera, el rostro con el que se debió encontrar Marco Polo en su visita al imperio de Kubilai Ján. Un arcaico letrado, grabado con caracteres chinos, indicaba el tiempo de un mundo enigmático que ahora, descuidado y envejecido por el olvido, revelaba en su marginación los secretos sobrevivientes de un pasado misterio. Entre esos arcanos venidos a menos, había una señora china a la que llamaban To-Tá porque decían estaba *tostá*, loca. Era en sí una reliquia. Su aspecto aunaba el brío de Celeste Mendoza y la antigüedad de la dinastía de los Ming. Aquella dedicación suya, vender en los bajos de un edificio ramilletes de plantas con el aviso de “mágicas”, cuando en verdad resultaban iguales a las de cualquier herboristería, era coyuntural. El auténtico oficio que la obsesionaba, y al que culpaban de su enajenación, consistía en propiciar matrimonios entre los de su raza para hacer de partera de la

mayor cantidad de chinitos legítimos posibles. La clave de esa actitud estaba en el cementerio chino de La Habana. Una superficial mirada a sus incontables nichos y sepulcros haría conjeturar que el paisaje de la capital era tan chino como Lao-tse. Pero en las últimas décadas esta situación, según To-Tá, había cambiado abruptamente. Y la grandeza del taoísmo para aceptar en el Tao a mestizos chinos, había terminado por alarmarla. “¡Qué selía del Himalaya con neglos chinos!” Le oí cuando me acerqué a comprar una de sus flores como si fueran sobrenaturales, cómplice de una tradición cultural que se extinguía también en aquellas canastas tejidas con las fibras del árbol nacional de la Isla. Todo presentaba esa transparencia de abandono de la que se aprovechan los mercenarios de novedades, capaces de vender en fotos allende los mares como el descubrimiento de un estilo innovador de existencia, la más triste y desdichada pobreza que nadie desearía. Sin embargo, allí estaba el séptimo arte haciéndose el primero al remover antiguos y fieles ilusionismos que inducen al rito. Él, menos que Dios y más popular, repite la vida del símbolo que es siempre la víspera de nuevas pasiones. Aquella calle última, con sus ruidos de amor, daba a la entrada.

El cine en la Isla conserva ese espíritu ancestral del individuo a solas en la oscuridad. Cuando se apagan las luces es como si descendiera el cielo democrático de la noche para que cada uno pueda escoger una estrella y hacerla suya. Los espectadores que se agolpaban en la sala habrían parecido cualquier público de no quedar oscurecidos. Con los créditos nace esa otra vida que quisimos y no pudimos realizar. Y al estar ahí, delante, haciéndose en otros por nosotros, desata las inhibiciones en una emancipación pública y unánime. El cañón de luz del proyector se transforma en el reflector de ocultas ansias. El cine es una futuridad pretérita: será la libertad que no posees, es el país que no te dejan vivir, hasta que comprendes, al concluir la historia, que fue la casa donde tus sueños vivieron un viaje hacia la mismidad. El cine se inventó para que nada pueda encarcelar un sueño. ¿Existe una libertad mayor que soñar lo que no eres?

El descenso suave de la luz proporcionó a la sala una levedad que destacó a la protagonista. Era la Taconera: una mujer de pullas y armas tomar. Sus caderas, sinuosas entre los dictámenes del sexo y el júbilo del deseo, empiezan a levantar las primeras pasiones en los más precoces espectadores.

—¡Riconal!

La Taconera se desnuda en una cascada brasileña. Sus pechos los bebe el primero de los amantes y emborrachan a la mitad del público.

—¡Yegua!

Vive entre dos y tres hombres que la invitan a lucir sus poderes terrenales, mientras todos los asistentes a la tanda de las siete le hacen un hijo desde las lunetas del cine.

—¡Bestial!

Yo estaba sentado entre Emoción y Fantasía. Emoción se comportaba como si se evadiera de un ocio de silencios, y Fantasía como si la Taconera actuara sólo para complacer sus espejismos. A los tres nos unía una misma escenificación: escalar durante hora y media otro mundo que hiciera inigualable nuestros días iguales. Hubo un momento en que Emoción agarró mi mano como si estuviera al lado de la Taconera, y Fantasía se apretó contra mi hombro queriendo que no me negara a dar un paseo por Brasilia. Esta es la imprecisa traducción de los hechos víctima del uso de las palabras. Porque Emoción y Fantasía, más que sublimes, eran inefables. De esta manera, lo que sucedió en el cine del barrio chino barrió la medida y achinó la visión. Como barajas del azar, las escenas se apoderaban lentamente del juego entre Emoción y Fantasía, provocando en mí el he vivido y nos han vivido, ley consciente de leyes subconscientes.

—¡Yaaaaaaaaa! —exclamé con Fantasía y Emoción casi encima de mí sin que nadie pudiera oírme entre los gritos libidinosos de los otros espectadores.

Tuve vértigo de imágenes, atareadas sensaciones que se multiplicaban en una filiación intolerable, experimenté el soterrado alimento del placer: la negación, la incertidumbre, la afirmación, la incertidumbre, la negación... Pero en el cine del barrio chino de La Habana había otros dos personajes, Casualidad y Fingido, que propiciaron se partiera el rollo de la película. Me escabullí sigiloso, a oscuras, como un animal arisco encantado de haber sido poseído en el fondo por sus Emoción y Fantasía.

—¡Cojo, suelta la botella! —gritaba tras de mí un público enrabiado con el proyccionista porque se había interrumpido la excitación en la parte más comprometida de la Taconera.

Caminé por la destronada calle Reina hasta mi casa. Pude contemplar de lejos los destellos del farol del vestíbulo prendido con maternal sutileza, esperando mi llegada. Imaginé qué hacía la Abuela en ese momento dentro de su habitación pronunciando su frase “no sé qué quiere el recuerdo que no se cansa de querer”, vi a mi madre creciendo toda de blanco oscilante frente al lienzo, pintando un lugar de nadie donde el color es parte de la inmóvil inmortalidad, y a mi padre, en su estudio como en un sótano de instintos, trazando sobre planos militares imaginarias fortificaciones para proteger a la Isla, a mi ciudad, de las sombras de un pasado que tampoco fue luz. Dudé si acudir a la cita de un grupo de alumnos de la Universidad que organizaban esa noche una velada en el *Azote* cultural de la Isla, la *Azotea*, aludido alegóricamente con esta declinación

femenina en aras de burlar la censura. “Las diez del periquete”, miré el reloj pensando qué habría sido de Gerardo y la Taconera en el barrio chino, él, que utilizaba la “hora del periquete” para significar, en una incongruente fugacidad, que podía gastar el tiempo sin apuros. ¿En qué mares estaría? Ella, la Azotea, como el Mare Nostrum del Caribe, impuso su irrefutable respuesta.

2

Cuando Stendhal afirmó que “todo podía adquirirse en la sociedad, excepto el carácter”, evidentemente ponía de manifiesto su desconocimiento de lo que representa una Azotea. La frase apócrifa, pero genuina, habría obtenido más resonancia en la Isla si el genial francés hubiera declarado: “Puede adquirirse todo en la sociedad, excepto el carácter y una Azotea.” Porque allí, la Azotea, es como un Faro de Alejandría. En ella no se ama, se hace el amor, no se lee, se adivina la escritura de la poesía que está en el espacio, y de ahí pasa al viento, y del viento a la brisa que recorre la Isla. En la Azotea se nace, se vive y revive en libertad. Allá, en lo alto de sus humildes terrazas, se conserva la criptografía de una Isla profunda, secreta, indómita, como las ruinas de un museo viviente del futuro que se resiste a morir, en mitad de la noche, la grandeza de lo marginal y lo prohibido. La Habana desde ella, con un verso, es invencible; la Isla, un poema inagotable. La ciudad, su gente, se anticipa a realizar en la cubierta de un edificio ese mundo negado que late oculto, comunicando la certeza de su existencia, la manifestación de su realidad, nunca insensible en la Azotea. ¿Qué son en su ámbito los azotes de ese otro día a día? Ellos, dentro de sus fueros, se azotean con el testimonio de un mar que la vuelve como otra isla flotante en el vórtice de la Isla. Todos, vencedores y vencidos, acuden a su estancia, no para creer o volver a soñar. Van, sencillamente, como nace el abismo de la eternidad, o como revela el Olío, porque es awó, ese misterio de la divinidad que consiste en preguntar lo que ya sabemos. La Azotea, más que una metáfora es un símbolo, más que un símbolo, representa aquello que nunca podrás perder porque ya es tuyo, hoy, para siempre. Cuando se padecen días idénticos que comienzan el desgan, o como yo, que fui utopía, dolor y desencanto en el vacío sucesivo de un tiempo simultáneo, se mira la Azotea igual a un tiempo sin medida para evitar que Isla a Isla nos vayamos anegando en la soledad del trópico, que es como la forma sin fondo de una canción sin música. Así, el vacío no es incesante. Y si llegado el momento, las estaciones se comportan como un perfecto burócrata para rendir la inconstancia de nuestros días, podamos decir, frente a frente, al tiempo, desde la Azotea, yo soy, a pesar de mí mismo.

3

Elogiaba los cuentos de otros como había aplaudido aquella vez a Camilo, tras su lectura de *Maracas, el paraíso recobrado*. Ella también estaba. El encuentro con Tania en la Azotea le produjo una alegre sorpresa. No sabía de ella hacía varios días, y la última ocasión había afianzado en él esa vaga impresión cuando sentimos que no somos indiferentes a los demás. Camilo la saludó con la gardenia que compró a To-Tá, y Tania correspondió con la sonrisa de todos sus encantos.

–Camilo, qué bueno verte –expresó besándolo en la mejilla.

–Es para ti –pronunció él en su estilo habitual frente a ella que desconocía el cómo y el por qué.

Tania olió la flor con delicadeza como si aspirara algo más que una gardenia.

–Somos ahora dos, como quiere la canción –añadió con los ojos dulcemente entreabiertos hurgando el efecto de sus palabras en Camilo.

Él no daba señales de entender. “Somos ahora dos...” La frase removió en Camilo la confusa sensación de la última noche en la Cripta. La memoria se extraviaba con el desnudo de la Miliciana. “Somos ahora dos pa’ ti, máma”. ¿Gerardo, la Miliciana,...él? ¿Dónde estuvo en ese espacio de tiempo entre la *puesta* de la Miliciana y la *salida* de Gerardo? El recuerdo se fue bifurcando hasta hacerse irreal. “Nagüe estás atarrillao con la Tania. Sigues sin dar pie con bola.”

–“Dos gardenias para ti...” –tarareó Tania–. Tú, yo, la gardenia...

La Azotea palpitaba con la lectura de otros versos. Ella y él, un poco más recogidos en un extremo de la terraza, oían cómo el poema se fundía con el sonido de las olas, tan cerca de esa casa donde la poesía y el mar eran una forma de conspiración.

–Hoy tocan unos músicos amigos. Me gustaría que fueras conmigo –manifestó Tania oliendo nuevamente la flor.

–Es que... –Camilo rebuscaba una excusa amable cuando lo interrumpió la evocación de Gerardo: “Asere, eres un caso perdido.”

–¿Es qué, Camilo? ¿Así me tratas después de tanto tiempo...?

Ahora era Tania quien se contuvo al no hallar las razones que podían justificar la compañía de Camilo como un pacto entre el trato y el tiempo. ¿Qué podía venir *después* de ese *tanto tiempo*?

–¿No me dirás que no, verdad? –preguntó ella con un tono de súplica que parecía ahondar el sentido medieval de la caballerosidad de Camilo.

Tania agarró la mano de él como si estuvieran en aquella función teatral donde se había hecho parte de la representación junto a Camilo.

–Sí, sí y sí –contestó por él gardenizándolo en una entonación a lo Machín.

A pie, por una ciudad de farolas apagadas, con la estampa nocturna de bicicletas errantes desplazándose a través de oscuras calles y callejones, Camilo fue a su lado, atendiendo a Tania hablar de esos grandes temas intrascendentes que conversan los enamorados cuando no se atreven a cruzar el umbral de la declaración amorosa por temor al rechazo. Ella, indecisa ante el desaire; él, decidido a que su acción no diera lugar al más allá de una reacción. Así, evitando ella ser rechazada, y esquivando él las insinuantes miradas, prefirieron apasionarse los dos por cualquier comentario donde ninguno implicara sus deseos, como esos diálogos en los que nadie participa y todos intervienen, conscientes de ser mejor el ridículo de la frivolidad a la seriedad de un inseguro amor. Tania contó qué música le gustaba, y él, sintiéndose comprometido a reciprocitar algunos de sus gustos, relató lo que haría si llegaba a cumplir los cien años.

4

No, no me sentía nada bien. Quería asombrarme y lo había conseguido. El concierto transcurría allí, en ese espacio enmascarado por Tania con la certeza de otra *sorpres*a más grande que el reencuentro con ella. Era aquel parque nuestro, de Mariana y mío.

—Ya no hay vacantes—indicó Tania en alusión a las sillas próximas al entarimado que hacía de escenario, pero yo, por ese goce de las palabras en superponer una realidad sobre otra, o traslucir en el frío orden de la sintaxis el tórrido caos latente en la gramática existencial de cada día, me figuré que Tania echaba de menos las *ménades* desnudas desplegadas en aquel parque hacía un mes en el *performance* de jóvenes escultores, contagiados en la isla de sarampión libertario tras *La Sombra* de cismas internacionales. Y aunque desde entonces *no había ya vacantes*, por mandar el Delegado su retirada de la vista pública, no parecían haberse ido definitivamente a juzgar por la bacanal exaltación de los concurrentes que nos incitó a Tania y a mí beber hasta emborracharnos: ella por la cara de impresiones que debí tener cuando llegamos, yo para ahogar el recuerdo de Mariana.

Tania me creía fascinado con el despliegue de una de tantas ferias organizadas como una logia ambulante por el nuevo Secretario de *La Comuna* para atraer a los fieles indecisos. Esa experiencia me llevó a estimar que sí existen el *más acá* y el *más allá*. Porque ella, observando cómo me acercaba embriagado al banco donde Mariana y yo habíamos hecho el amor, cubierto ahora por un cartel con el eslogan de “Sígueme”, imaginando Tania que al abrazar la tela con el lema abrazaba la consigna, entró en esa catarsis de hinchacha hinchado que yo conocía por Jonathan Swift en la *Plaza*, y comenzó ella a

abrazarme a mí también, con un tufo de cerveza a granel que le sacó extrañas palabras.

—Por eso ansiaba que vinieras y te vieran aquí. Nunca dudé que fueras de los nuestros —dijo Tania mientras el cantautor, desde la tribuna del parque, con la guitarra alzada entre las manos de rockero de un cuarto de libra, amenazaba romper el instrumento contra la diana de una foto enemiga expuesta para escarnio público.

Seguimos abrazados los dos ridículamente sobre aquel banco. Ella rompió a cantar con el público y a reír y a hablar como si yo fuera un confesionario.

—Tienes que perdonarme...

Yo no la podía oír entre aquellos cuerpos anónimos por un espectáculo que los idiotiza. “Almas ortopédicas, cada vez requieren una prótesis para ser”, vino hasta mí el verso del Proscrito. No podía precisar ya en la melopea multi-forme que me atenazaba, si era de él, o yo lo había inventado para atribuírselo al Proscrito. Intenté incorporarme rodeado de cintas atadas a las cabezas con los “Somos felices aquí” y “Sígueme”. La pregunta no era sólo hacia dónde. Allí, el Ché, ese Childe Harold contradictorio entre el paredón de fusilamiento y la rosa púrpura del *hombre nuevo*, era una teñida camiseta, un solitario llavero en la trastienda, una imagen de barro hecha sobre un molde vacío. La cabeza sin cuerpo del guerrillero, en el sellito de siempre, competía en unos estantes con la publicidad del “mejor ron y tabaco del mundo”. La juventud compraba y llevaba sus ídolos sin saber quiénes eran. En la insoportable vaciedad de los símbolos me sentí como si repitiera los pasos en una casa abandonada. “Amanecerá, en la circulación de las desintegraciones tardías, la noche del olvido.” Floreció en mí, entre aquel arenal, la expresión de Mirco al referirse a ese estado de cosas: “los cantos de sirena del abismo.” Yo simplemente identificaba la consigna de un negocio. Todo operaba como un narcótico antediluviano donde el *sociolismo* descubría el opio mercantil, y el capitalismo coqueteaba su remordimiento social.

—...no soy lo que tú crees, Camilo. Pero me he enamorado de ti...

Tania gesticulaba como aquella actriz que admiraba en la encarnación de *Medea*. Su voz se perdía en la filarmonía de las arengas. Había como el peso de una secta, el presente de un teatro sin futuro. Estaba mareado. Detrás de aquel concierto de la afirmación ideológica se ocultaba el desconcierto de las negaciones políticas.

—...debes comprenderme. Todo el mundo tiene miedo...

“La incertidumbre de *quién es quién* evita el caos”, volví a oír a Mirco atravesando el eco de Tania. Evoqué en mi interior la discusión con él a propósito

de mi idea: la Isla es un circo con su caballo, leones, y payasos. Para Mirco yo estaba en un nuevo error. "La Isla es un circo sin payaso. Somos la risa facilona, bufones del choteo triste. Nos falta la sonrisa alegre. Estamos condenados a reír sin ser felices."

—...que la mitad de la Isla haya desconfiado de la otra mitad facilitará la reconciliación. Yo también he sufrido cuando informé sobre ti...

Tania no dramatizaba, *era* el drama. Imbuida del fervor alcoholizado del ambiente, hablaba como si estuviera transmitiendo la cosa más normal de la vida con la naturalidad de su habitual coquetería. Yo escuchaba sonidos aislados que se alzaban sobre el enredo de gente y música electroacústica. "Isla", "Reconciliación", "Amor", eran como silenciosas esporas salidas de su boca que parecían volar por el parque antes de alcanzar mis oídos. Ebrio también de su belleza, me hizo pensar en aquella mujer sensual del panteón orisha, encarnación de una fidelidad muertera, que nombraban Obbá.

—...el día que te negaste a colaborar me pidieron seguirte —Tania reía nerviosa—. Si vieras las fotos que te he hecho...

Sonreí mecánicamente junto a ella porque de pronto su acento parecía masculino. "La música se resiste a la falacia." Las facciones de Tania se empezaron a confundir en mi mente con la del Maestro. Me daba vueltas la cabeza. Ella besó mi boca cuando fui a hablarle, a explicarle que no entendía mucho, que apenas podía escuchar. "En cada acorde, Camilo, vive inaudible a los detractores de lo nuevo, la melodía del porvenir", percibí en un claroscuro coral las palabras del Maestro emanando de la boca de Tania.

—...Pero te juro que mis informes han sido de amor...

Estaba ante mí, seducida cada vez más por la patética embriaguez del entorno, aceptando la actuación del personaje que le había tocado representar al revelarme actor de su farsa. Vomité.

—Camilo, Camilo, ¿estás bien?

Ella hacía lo posible por sujetarme y mantener el equilibrio. Lentamente distinguí su rostro, la conciencia de esa manera suya de querer, como si espiar equivaliese a una declaración de amor. No sé cuándo lo hice, pero le pregunté al oído igual que si comprendiera al fin qué me estaba tratando de contar casi a gritos:

—¿Por qué?

Los ojos parecían menos de Tania.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —increpaba ella histéricamente, llorando y golpeándome como si de repente me odiara.

La abracé. Y contesté aquel silencio de su beso con otro silencio.

—Adiós —me fui sin pronunciar su nombre.

Reapareció en mí la mirada de Marisela y dejé de ver en Tania a Obbá. No sé si eso es el delirio, aunque se presentó fijamente como una figura que no existe, pero se presente. En la tribuna habían terminado de pintar sobre un fondo rojo un solo *término*: “Sígueme”.

Supé qué era la muerte. La he querido olvidar para no perdonarla.

5

“Hoy como ayer...” Alguien había sintonizado al Benny desde un balcón de la calle Paseo. Se apoderó de Camilo esa sensación de los años de su infancia hiperestésica, cuando bastaba un sonido al azar para entrever una confabulación orquestal. Todavía le bailaban en la mente imágenes disímiles por el vértigo de la cerveza y la declaración de Tania. “Hoy como ayer...” A Camilo le pesaba el cuerpo como si llevara al país sobre los hombros igual que aquel Atlas de la niñez. No era la brusca memoria de las cenizas y las ruinas, sino la noche, que crecía en él semejante a una impaciente semilla. “Todo el mundo tiene miedo”, ah, Tania, Tania... Un carrito de granizado goteaba sus delicias en una de las entrecalles. Se paró como el viviente fantasma de una muriente existencia. Pidió un refresco casero de limón. Y al entregarle el cambio el granizadero, con las manos pegajosas por los itinerantes sabores de su maltrecho carrito, Camilo no podía creer lo que iluminaba aquella farola. “Muchas Felicidades”. Esa letra, la frase, el casi licuado billete de un peso por el “Hoy como ayer” haciendo su labor de mano en mano, nada más que podía haber sido, en todo el planeta, de la Abuela. Abrazó al pobre viejo que le había servido con tanto cuidado, en uno de sus vasos de papel, esa Felicidad.

—¡Muchacho, me has bañado! —protestó el viejo, salpicado de hielo y limón con la vehemencia de Camilo, sin entender por qué el joven al echarse a correr le daba las gracias.

“...Yo te sigo queriendo, mi bien...” Coreaba desde la avenida, junto al Benny, que parecía cantar para él con esa voz que descifraba la Isla. “...Con la misma pasión que sintió mi corazón, cuando te vi junto al mar...” Otra vez nacía el mundo, Mariana, el mar... Él corría pletórico cuando el “Muchas Felicidades” de la Abuela cedió paso al “Yo también he sufrido” de Tania precipitándose por las calles de su imaginación hasta la encrucijada trascendental del Maestro: “La felicidad consiste, Camilo, en no pensar que hay que ser feliz”. Se fue metiendo dentro de la noche acosado por la imagen de ella confundiendo con Mariana en ese beso que supo a los ojos de Marisela. “Sueña, a soñar”, pedía el Maestro. Pero Camilo caía en el ensueño cotidiano de la furiosa realidad.

“Maestro, no puedo, no puedo... La nación se ha convertido en un sueño donde no se sueña nada”, dijo dominado por lo sombrío, sintiendo el dolor de la despedida del Maestro como si fuera reciente, como si el “Muchas Felicidades” le extenuara y se volviera también contra él, justo cuando en la lejanía el Benny respondía “...Yo no sé, lo que voy a hacer, en tu ausencia mi bien...” Retornó el mareo con la resaca de abatimiento sacudiéndole en plena carrera. “Sigue, no te canses.” Atravesó la calle Zapata en dirección al único rincón en que seguir no era nunca para él “Sígueme”: el jardín de Mariana y Camilo.

La *Plaza* era una quietud deshabitada. Vio cómo la explanada semejaba otro espacio en la noche sin emblemas ni estandartes. Martí, marmolizado en la tribuna, daba la impresión de respirar cansancio, con la vista un poco más baja, como si ocultara su pesar ante la realidad. En frente, la epopeya del Comandante Guevara, atrapada por el azar en la foto que ha logrado ser más famosa que la doctrina, con sus ojos llameantes inclinados hacia el horizonte, como si se apartaran del presente buscando ansiosos un mañana que no llega. Parecía no querer encontrarse con la figura cabizbaja de Martí, de no aceptar esa actitud reflexiva, de triste meditación del poeta de mármol. Camilo sintió la soledad del mausoleo, el desdén de la historia implícito en cada homenaje. Contempló esa otra forma de muerte que es convertir en estatua la vida. Desde ese ángulo de la *Plaza*, el *guerrillero heroico* tampoco le miraba. En aquella altura ciclópea proyectada hacia lo inconmensurable, con un desasosiego nocturno, aparentaba no ser consciente de pertenecer a una mitología de lo imposible.

Estaban esperándole con sus muchos desvelos. Camilo respiraba entrecortado, nervioso, con esa visión que renueva lo perdido. “Es mi manera de decir que nunca podrán sacarme de este país”, recordó el aliento de ella. Parecía que Mariana arrancaba con Camilo aquellos dos pinos solitarios de la *Plaza*.

En la casa dormían. Fue hasta el teléfono ganado por la idea de que al otro lado algún vigilante acechaba todavía sus palabras a esa hora de la madrugada. Alzó el auricular con un bostezo que se tragaba el hastío, y se despidió hasta el amanecer con un: Buenas noches, camarada.

6

Las cinco de la mañana. El Tulipán se transforma en el nombre de una calle, la eternidad es un tren.

La Habana Vieja, con sus barbacoas desfondadas de inquilinos, había perdido el récord de habitantes por milímetros cuadrados.

—¡Concho! —se quejaron cuando subí al tren y me senté en el corredor de lo oscuro.

Íbamos fermentándonos, cuajados en el pasillo de un tren que llamaban el “lechero”. Yo deseaba volver a la Sierra del Rosario. Quería realizar una promesa.

Parecía el Juicio Final. Desde que partimos de la estación el tren fue adquiriendo la estampa perfecta de un Arca de Noé. Allí lo humano y lo animal se confundían en un mismo instinto de salvación. El “lechero”, ese remolcador de *super*-vivencias, era otra de las manifestaciones de *la sin razón de la causa*.

A diferencia de su prima-hermana la guagua, el “lechero” vive de paradas. Se podría decir que las busca, las desea, las ama: si el maquinista se interesa por un par de aguacates en un cruce de tractores, hay que detener la marcha; que si entre estación y estación los viajeros compran un saco de malanga o de frijoles negros en plena vía, la locomotora se inmoviliza; que si va a llover a 900 kilómetros, en el otro extremo de la Isla, el conductor frena y pone, por si acaso, los nuevos limpiaparabrisas porque los anteriores se los habían robado en una de las visitas a su amante, un Miércoles cualquiera, mientras los pasajeros esperaban pacientemente en el tren su regreso sin saber dónde estaba. El tiempo no existía dentro del lechero. Era fácil perecer allí de perpetuidad. La Isla se hacía con él infinita. Una hora de camino, entre La Habana y la Sierra del Rosario, pertenecía a la edad de los siglos. La travesía del “lechero” equivalía a la historia desconocida del mundo.

La entrada de una mujer con ínfulas de gallina, en la estación de La Habana, provocó recoger a los cien metros al viejo del gallo, y a los otros cien un muchacho con pinta de pollo, por si no resistía el *viejo* las presunciones de *gallina*. Los asientos eran de madera, y se fueron cediendo paulatinamente a los pasajeros que iban llegando. Así, apareció desde el andén, de pueblo en pueblo, un bestiario de personalidades y protagonistas del lechero igual que si se tratara de representantes de alcaldías y ayuntamientos. Pude observar la arrogancia de un pato con cejas de funcionario al ocupar su asiento, el despotismo ilustrado colarse por la ventanilla con cabeza de carnero, la insolencia de su acompañante, un cerdo afónico que al subir llenó de excrementos el pasillo donde nos hacinábamos con una provocación chauvinista de hacer puercos por doquier. La falta de voz no se debía a juergas porcinas, sino a las operaciones practicadas en la garganta para no delatar su presencia. Ciertamente poseía ese aire clandestino de los forajidos. Entre él y su pareja había no poca complicidad, al punto de creer yo que el tabaco, las patillas, y las gafas de sol en la cabeza de carnero, eran del cerdo.

Todo se complicó antes de la estación de Candelaria, en ese espacio elemental que dicta un tiempo minucioso donde la hora de brujas desata el sin sen-

tido. Un bodeguero solterón, con meta fija de asno, se empeñó en acostarse en el único baño del vagón. Una joven se había instalado allí con sus polvos faciales, y apoltronada sobre la letrina de aluminio, embadurnada de cremas y perfeccionada en su disfraz de gata, no consentía que la sacaran del aseo bajo ningún pretexto. Dos señores, con semblante de pavos arrepentidos, seguían la escena burlándose de la gata como si ofendieran a los que iban en el “lechero”. Indignado, el muchacho con pinta de pollo, echó el pelo hacia atrás en forma de cresta de odio encorvado, y en un internacionalismo de especie, intervino plantándole cara a los dos pavos al grito de “guanajos”. Aquellas agallas inspiraron la admiración de la mujer con ínfulas de gallina. Ella parecía tener una propensión Dalí a entender la gallardía como el retrato de un huevo escachado derriéndose en la pared.

—Ese sí que es un hombre —presumía ella en un cacareo lechero.

El marido, atónito como el gallo viejo de alas sin espuelas, sintiendo peligrar destino y *gallardía*, receloso de su minúscula ira, entró en combate al percatarse de que la esposa desviaba las miradas al gallito intrépido. Eso no lo podía consentir él, el quiquiriquí de *mil amores y ninguna negativa*. El maquinista, al verificar por el retrovisor que las palabrotas y ofensas volaban como plumas, pelos y huevos, paró por enésima vez. Hacía tanto calor que los huevos reventados en las ferrosas paredes parecían freírse. El tren se detuvo en un exuberante cañaveral que con el lascivo movimiento de sus tallos invitó afuera a una gratuita guarapera. No hubo quien se resistiera a la tentación de pegar el diente al verde dulzor de la lozanía.

—¡Caña fresca! —exclamaron.

Bajamos del vagón en dirección al cañaveral: gata, asno, gallos, pavos, gallina, cerdo... Todos, a su manera, expresaron su furor de horas en un arrebato cañaveral. Mientras mordía la carne azucarada de la caña, fructificó en mí la frase de Gerardo “Dale caña al cañaveral”, con la que él aludía a la relación sexual. Observé cómo comíamos. Sugestionaba asociar el acto de comer con el instinto sexual de cada uno. Reí al pensar en el cañaveral como un remanso de la sexualidad de la Isla.

—¡Señores me van a complicar! —gritó el maquinista al contemplar cómo las plumas, pelos, y huevos de los tripulantes habían sido sustituidos por el consumo del cañaveral.

—Macho, con el para que te para llevo siete horas sin comer —pareció reclamar con la mirada el cerdo afónico como si el maquinista fuera de su especie.

—Allá ustedes, yo me voy, y el que se quede, se jode —anunció el maquinista encolerizado por interrumpir el trayecto secular del “lechero”.

El bufido segregado de “AAAAh... no” del meta fija de asno, nos integró, y nos asnarizamos. Entre una chiva quinceañera que no quería *chivarse*, y la gata negada a perder el tren, corrimos nuevamente en una horda de patos con patas, y gallina con gallos hacia nuestro vagón, puesto en marcha por la finisecular locomotora. Todos, menos cabeza de carnero y el cerdo afónico, que eligieron no proseguir en el lechero para ir al *Ingenio* del cañaveral a *trapichear* cómo la caña del despotismo ilustrado, bajo el brazo de cabeza de carnero, podía dar un poco de melaza al nepotismo deslustrado del cerdo afónico.

Hubo una extraña calma en lo adelante, quebrantada únicamente por una peste a sudor que seccionaba el ambiente en círculos infernales, y los ocasionales pregones asediando tras el descanso de la locomotora en las estaciones.

–Vaya la croque, llévate la croqueta calentica aquí.

–Cómete tu turrón de maní, a mitad de precio ahora.

–Platanito maduro y fritura de maíz, arriba que se acaba.

Era una avalancha de productos con precios fantasiosos que retaban la imaginación imperial de cualquier negociante del mundo. El Fondo Monetario Internacional se habría arruinado con la compra de aquellas croquetas, turrones y frituras. Nos quedaba el consuelo del olor del maní recién tostado al pasar los cucurucho por encima de nuestras cabezas, el vapor aromático de la manteca destilándose por la piel de las frituras, o la visión de un batido en medio del desierto con los plátanos que iban en las cestas de arecas. Hasta que llegó la quinta glaciación en Candelaria, mi destino.

No más apareció, y los vendedores y animales desaparecieron haciendo la señal de la cruz por el hombre de aleaciones, un *robín* sin Hood de ninguna palabra que había subido en la terminal de Candelaria. Era mi estación, pero Robín, con su apatía metálica, hizo un gesto que todos entendimos. Había que hacer una fila primero. El tren no se iría mientras él inspeccionara. Y fue distribuyendo entre los que estábamos, con una frialdad mineral, el botín alucinante abandonado por los vendedores alucinados. Un niño fue el primero en recibir de su mano un cucurucho de maní que guardó con ilusión. Uno a uno Robín repartió croquetas, turrones y plátanos igual que si nos diera la absolución. Un ruido en el baño del vagón alertó su periglaciación. Era la gata. No había podido escapar atrapada por un saco de arroz que cortaba la salida en la puerta. El Robín ganó en herrumbre y se volvió el polizonte de todas las palabras.

–¿Dónde está el dueño? –el tono acusador provocó la sirimba del vuelta-bajero al ver cómo se quedaba su familia sin los ahorros de meses.

El niño abrazó al padre desmayado, y de su descosido pantalón fueron

cayendo los granos del cucurucho de maní como si él también perdiera un tesoro.

El saco de arroz descendió al andén primero que yo. No hubo adioses para no llamar la atención. Tras de mí Robín llevaba en la espalda los ahorros del vueltabajero. El tren silbó la partida. Bajo las piedras de la terminal empezó a liberarse la energía convocante de la siguiente parada, “Estación Primavera”, que abrió puertas y ventanas sin sospecharlo el instinto periglaciario del polizonte. El paisaje del “lechero” volvía a ser el de un Arca de Noé.

7

Somos periódicos hasta el desamor, somos cíclicos hasta la locura. Camilo no deseaba arribar a esa conclusión poco antes de alcanzar la cima de la Loma del Taburete. Durante el ascenso una fuerza le empujaba a no continuar. La imagen del niño del tren abrazado al padre le removió el pasado cuando él era capaz de esos *quieros* públicos que prometían un amor sin manchas. Se acordó de aquel domingo de la infancia... el padre, al protegerlo de la lluvia, cayó sobre la cerca de la fuente maldita, y se enterró bajo la axila izquierda la punta de una púa que casi le cuesta la vida. Él había sido ese niño que prefirió a su padre ante el regalo más grande del universo. Incluso había ido más allá en la celebración de los cinco puntos a un centímetro de la aorta, al huir en la mesa del restaurante con los dos pesos de propina porque a su padre, y a él, “le hacían falta”. Sabrá Dios para qué quería un niño dos pesos, pero el padre, con los cinco puntos vendados, fue tras el hijo, entre sillas, mesas y sonrisas. “Posee casta de soldado. Está hecho para la resistencia” —comunicó a la esposa, jubiloso del futuro cadete que ella le había parido. Eran otros tiempos. Camilo tampoco renunció al recuerdo de su primer encuentro con la Sierra del Rosario. Tan cíclico se estimó que comprobó si el Carnet de *La Comuna* se hallaba junto al amuleto de ácana. Ahí estaban, tal y como los había ubicado dentro del cuaderno en la página del texto tachado donde no *cedía* a la claudicación: “No me voy a dejar arrastrar por el hipócrita afecto.” ¿Por qué hace años había suprimido este escrito que en ese instante se descubría premonitorio? Cerca se hallaba la transcripción de un sueño que desechó por resultarle de mal gusto. La afectación que su espíritu experimentaba le llevó a ser indulgente con este desliz. ¿Qué habían sido sus sueños sino un reloj de arena que arenizaba esa definición de Isla que veía: un niño que crece, un hombre que espera, y un anciano que murmura la pérdida de los años? ¿Acaso no oyó al Maestro bromear que el tiempo y el espacio se unieron por vez primera en un reloj de arena? El viento pareció imitar la risa del polizonte cuando el vueltabajero se desmayaba. El misterio contestaba al

misterio. La brisa traía ahora la seriedad del Maestro. “Quienes se ríen de la alegría terminan tristes; los que se mofan de la tristeza, acabarán burlados por el sarcasmo de la risa.”

La Sierra estaba ahondada de rumores ansiosos de sobrevivir al declinar de la tarde. “Hay en la selva como la evidencia de una revelación última”, sentía. Empezó a percibir el bosque como la historia de la Isla, cómo el monte ocupaba el sitio de lo histórico. En la raíz de un bejuco intuyó una promesa de amor indígena, en el tronco de una palma vislumbró siglos de tradiciones, en la copa de una ceiba estaba el presente del país. Cada árbol era un capítulo, cada parte del monte encerraba una época. El bosque constituía una dimensión más que intangible, inviolable. Allá, en sus claros, parecía hacerse el futuro enigmático de la nación. Camilo se fue dejando guiar por la naturaleza poseído de nuevos parajes trenzados entre sí que desvelaban el desconocimiento de sus existencias. Y aunque la imaginación se extasiaba sin ese ocio de Isla que anula la imagen y el símbolo, su orientación se fue complicando con los caminos que inventa el follaje para proteger sus secretos. Admiró las alianzas dilatadas por el paisaje en su ánimo, y se preguntó si los frutos de los árboles de ese oquedal no poseían también una propiedad celeste al albergar en su interior los colores crema de aquel cielo con una nitidez que debía saber a mamey o chirimoya. “Este paisaje es el único himno verdadero que conoce mi vida”, reconoció cuando ya era tarde. Camilo se había perdido en la búsqueda de la cima de la montaña. El miedo a la espesura se fue apoderando de él a medida que los ramajes se asemejaron a las paredes del laberinto circular de la guagua-carrusel del Changó del sueño. “Nadie sabe que estoy aquí”. Esta idea fue calando hondo hasta transformar su bosque de la historia en jungla. De repente, el reflejo de unos débiles rayos de luz filtrados por la floresta, dibujó como una silueta entre la hojarasca. Camilo creyó oír algo y siguió lo que adivinaba. “Es vititi nfinda, los ojos del monte quieren que no me pierda”, se dijo sin importarle la verosimilitud de este razonamiento inspirado por un crujir de hojas secas. Avanzó igual que si estuviera dentro de aquel sueño suyo donde los orishas eran realidad. Caminaba presintiendo a Vodum tras aquellos sonidos. “Tiene que ser, tiene que ser”, repetía sin precisar qué era lo que “tenía que ser” exactamente. Él, que aceptó de niño a silfos y silfides como los seres más naturales del mundo, se autosugestionaba con las ganas de que en verdad fuera Vodum quien estuviera encaminando la inercia de sus pasos. Sonrió al cabo de unos minutos. “Ahí, es ahí”. Era su meta, la cúspide. La niebla velaba.

La tierra había dejado de crujir. Solo, en la cumbre que le proclamó miembro de *La Comuna*, Camilo era una crepitación. Serían las 8 cuando sacó el

Carnet de *La Comuna* y lo enterró, allí, en ese lugar al que en cierto modo pertenecía. Luego extrajo del cuaderno el amuleto de ácana del babalawo y pidió un deseo en silencio, con el resguardo entre los dedos, como había visto hacer a la Abuela y al Olúo cuando pedían un deseo grande como el suyo. Camilo volvió a sentir un ruido impreciso entre las hojas. Fue hasta la roca donde abrazó su hazaña de llegar hasta lo más alto del monte y escondió en ella el amuleto. Hizo una promesa. Una sombra desaparecía.

8

Al retornar a La Habana ellos debían haber notado el *más* de mi abrazo... La Abuela en la cocina, anhelando asombrarme con un nuevo dulce, mi madre en la sala, esperándome sentada tras el lienzo blanco, él, mi padre, midiendo el mutismo de ella con sus pasos. Allí seguían los soldaditos de plomo de mi infancia que él ingenuamente puso en la cómoda, cerca de los perfumes de ella, para conquistarla en su campo de batalla, aunque los dos estuvieran destinados a la soledad de la compañía. Me acordé de aquella etapa de mi vida, mi madre enseñándome a escribir. Entonces no sabía que vivía la gloria cuando ella cogía mi mano y juntos hacíamos nacer las iniciales de mi Paraíso. Tal vez la persistente blancura de sus lienzos llevaba un hermético mensaje descifrable tras la ausencia, cuando ella, la Abuela y mi padre sólo pudieran existir en mi mente dibujados por el perfil del recuerdo. Imaginé que esa pintura inacabada sería completada por mí alguna vez, quizás al reaparecer sus rostros en esa foto del azar que encontramos en un rincón sin eternidad de la casa, porque allí la abandonamos convencidos de poseer el tiempo de sus existencias, ignorantes de que llegaría la hora donde la presencia de los seres queridos en el solitario hogar se llenaría con la evocación del sonido de la puerta que se cierra. Me vi venciendo el dolor del vacío al formar una nueva familia que la memoria se encargaría de proteger de la muerte de luces y sombras. Entonces supe que me convertiría yo también en la impresión de esa mano que nos guió en la infancia a través del silencio de las palabras para comenzar, otra vez, la invención de un paisaje compuesto por la música de las cosas que están junto a nosotros desde lo invisible.

El mar parecía desgarrado por el corte de las olas. Frente a él ¿qué eran encrucijadas? Las vivencias ya no se presentaban mías como si Camilo me abandonara. El mar se trasciende con cada ola, deduje contemplándolo, y así quería ser yo para nunca llorar el pasado de un tiempo que jamás volvería. Tantas vidas vividas y nunca fui enteramente yo en ninguna de ellas.

Las tonalidades de la tarde sobre la superficie evocaron oleadas de gentes. Vino a mi mente el lenguaje del Proscrito. En el fondo del mar, lateral a la

muerte, está la otra Isla de aquellos que lo intentaron todo y siguen, intactos, oscurecidos de azul, esperando continuar algún día, en ellos o en otros, la realización de todos los intentos. Él amaba a Victor Hugo. No pude eludir su frase preferida: “bajo el Edén existe un infierno mucho más horrible que el tártaro pagano.” Hugo también tenía sus Islas.

Sí, todo está escrito, menos el olvido, ese silencio de lo que hemos sido antes de ser. El Maestro creía en lo prenatal y en Emerson: “Abandonar puede tener justificación, abandonarse no la tiene jamás.” Esa cita adquiriría un valor especial cuando sentí que el malecón me miraba por última vez. Tenía miedo, impotencia. ¿Cómo ser igual que el Maestro en sus frases sobre mí mismo? La impotencia no es estática, sino una acción sin acto. El impotente es un subterfugio corruptible, Camilo. Y yo estaba decidido.

Ah Camilo, otra vez tú, mi significado. Estás y no me oyes; camino y no me ven. Así son como tuyos los versos de Villena:

*“¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada
grande que hacer?”*

Uno entra al mar convencido de que la mentira es histórica, la verdad efímera y fatal. Recuerda, recuerda, eso es lo que nos falta, el origen... el mar. La voz del Proscrito resonaba mientras cada brazada pronunciaba mis nombres inevitables: Mariana, Gerardo, Carmenate, Mirco, tantos... Cuando se hable de la Isla cien años después ya será tarde. No se podrá haber eludido esa perversión de la Historia que es interesarse por el presente cuando es pasado. Entonces entre tergiversaciones y dudosas pruebas, te convertirán en el falso testimonio de una tradición. La verdad muere de historia.

El oleaje hacía vibrar la piel como un cuerpo abovedado. El malecón aparentaba no conocerme. ¿Y si siempre fuera así, llegar y partir entre desconocidos?

Lentamente el mar fue como un bosque. Camilo sintió crecer los pinos atados a su cuerpo. Pensó en Yemayá, Ochún, Mariana... entrelazadas en el agua. Cerró los ojos nadando entre lo que no había sido e iba a empezar a ser. Sonrió. Ella le hablaba al oído entre las olas. Todavía pensó que era feliz...

Títulos publicados:

- FILOTEO SAMANIEGO:
Sobre sismos y otros miedos.
- RENÁN FLORES JARAMILLO:
El oscuro oleaje de los días.
- JAIME MARCHÁN:
La otra vestidura.
- OSCAR PEYROU:
Máscaras de polvo.
- CARLOS M. SUÁREZ RADILLO:
Un niño.
- SEBASTIÁN BAUTISTA DE LA TORRE:
La vejez, esa eterna juventud.
- EDUARDO ZEPEDA-HENRÍQUEZ:
Pentagrama familiar.
Virgenes ancestrales y otros relatos.
- JOSEFINA VERDE:
Cuando mueren los delfines.
- DORELIA BARAHONA:
Retrato de mujer en terraza.
- MANUEL ALBERTO RAMY:
Margarita y otros cuentos de San Marién del Mar.
- BJÖRN AFZELIUS:
La Habana era una fiesta.
- CARLOS VARO:
Rosa Mystica.
- JAIME MARCHÁN:
Destino Estambul.
- CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES:
Erase una vez en La Habana.
- MANUEL MARTÍNEZ MALDONADO:
Isla Verde.
- JOSÉ LUIS PONCE DE LEÓN:
La seducción de Hernán Cortés.
- JAIME MARCHÁN:
Itinerario de trenes.
- CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES:
Zarpazos a la memoria.
- ANTONIO JOSÉ PONTE:
Un seguidor de Montaigne mira La Habana.
Las comidas profundas.
- ANGELA REYES:
Morir en Troya.
- GONZALO NAVAJAS:
La última estación.
- MARITZA LÓPEZ-LASSO:
Ajuste de cuentas.
- EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN GUERRA:
Los potros de bárbaros atilas y otros cuentos.
- EVELIO DOMÍNGUEZ:
El héroe del espigón.
- PEGANG JUANG:
Mitos coreanos.
- FUMIO HARUYAMA:
País con islas.
- STELLA DUPUIS:
Memoria de viento.
- KIM UN-KYUNG:
Cuentos coreanos del siglo XX.
- LILLIAM MORO:
En la boca del lobo.
- JAVIER SETÓ:
Soledades, derrotas y otros desconciertos.
- FÉLIX BELLO VÁZQUEZ:
Impresiones y estampas de los campos.
- MARIO L. GUILLOT CARVAJAL:
Iré a Santiago de Cuba.
- JAIME MARCHÁN:
Dacáveres.
- JOSÉ LUIS GRACIA MOSTEO:
El rock de la dulce Jane.
- CONSUELO TRIVIÑO ANZOLA:
La casa imposible.
- SU JUNG-IN:
La hoguera.
- LUIS A. AGUILAR MONSALVE:
La otra cara del tiempo y otros cuentos.
- STELLA DUPUIS:
Teli-Ka Mandir.
- HO KYUN:
La historia de Hong Kiltong
El héroe confuciano.
- FRANCISCO JAVIER SACHEZ GARCÍA:
Tratado geográfico sobre la aversión.
- CONDESA DE MERLIN:
Viaje a La Habana.
- GONZALO NAVAJAS:
En blanco y negro.
- MARITZA LÓPEZ-LASSO:
Pasión y Fe.
- OMAR NOGUERA CARRASCO:
Un verdadero Hiroshima.
- IVÁN GONZÁLEZ CRUZ:
La isla del olvido.

Verbum NARRATIVA

Esta es la historia de una *Utopía* frustrada, el testimonio de una generación que asiste al nacimiento y muerte de un mito: el triunfo de la libertad.

Frente a la desesperanza, la crisis del ideal, los personajes de esta novela, hijos de la Revolución cubana, intentarán dentro de una realidad saturniana ser felices, y aferrarse a la conquista de otra épica, sobrevivir.

Un lenguaje comprometido con la búsqueda de nuevas técnicas narrativas, el original acercamiento a las causas de la crisis actual de la sociedad cubana, y la defensa de valores humanos universales, más allá de cualquier contexto político y social, otorgan a esta obra un lugar singular en la literatura contemporánea que convierte a *La isla del olvido* en una metáfora de la memoria contra la indiferencia y el silencio.

Iván González Cruz (La Habana, 1967). Doctor en Comunicación Audiovisual y profesor de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Politécnica de Valencia. Fundó y dirigió las publicaciones culturales *Albur* (La Habana, 1987-1992), y la censurada revista *Credo* (La Habana, 1993-1994). Fue profesor de la cátedra de estudios cubanos del Instituto Superior de Arte de Cuba (1991-1996). Autor de la novela *El signo de Jade* (México, 1995), y de las obras de teatro *El banquete de los Hunos* (La Habana, 1989) y *El juego de la pirámide* (La Habana, 1990). Director y guionista del documental *La cultura como resistencia* (Generalitat Valenciana, 2003). Especialista en la obra de José Lezama Lima, sus estudios han visto la luz a través de los siguientes libros: *Lezama-Michavila: arte y humanismo* (Valencia, 2006); *Imago* (Valencia, 2005); *Antología para un sistema poético del mundo* [2 vols.] (Valencia, 2004); *Diccionario. Vida y obra de José Lezama Lima* [Primera y Segunda parte] (Valencia, 2000-2006); *Poesía y Prosa. Antología* (Madrid, 2002); *El espacio gnóstico americano* (Valencia, 2001); *La posibilidad infinita* (Madrid, 2000); *Lezama Lima* (Madrid, 1999); *Archivo de José Lezama Lima. Miscelánea* (Madrid, 1998); *Fascinación de la memoria* (La Habana-Madrid, 1994). Es coautor, junto a la escritora cubana Diana María Ivizate González, de la edición facsimilar del *Álbum de los amigos de José Lezama Lima* (Valencia, 1999) y de la órbita de la revista *Albur* (Valencia, 2002).

